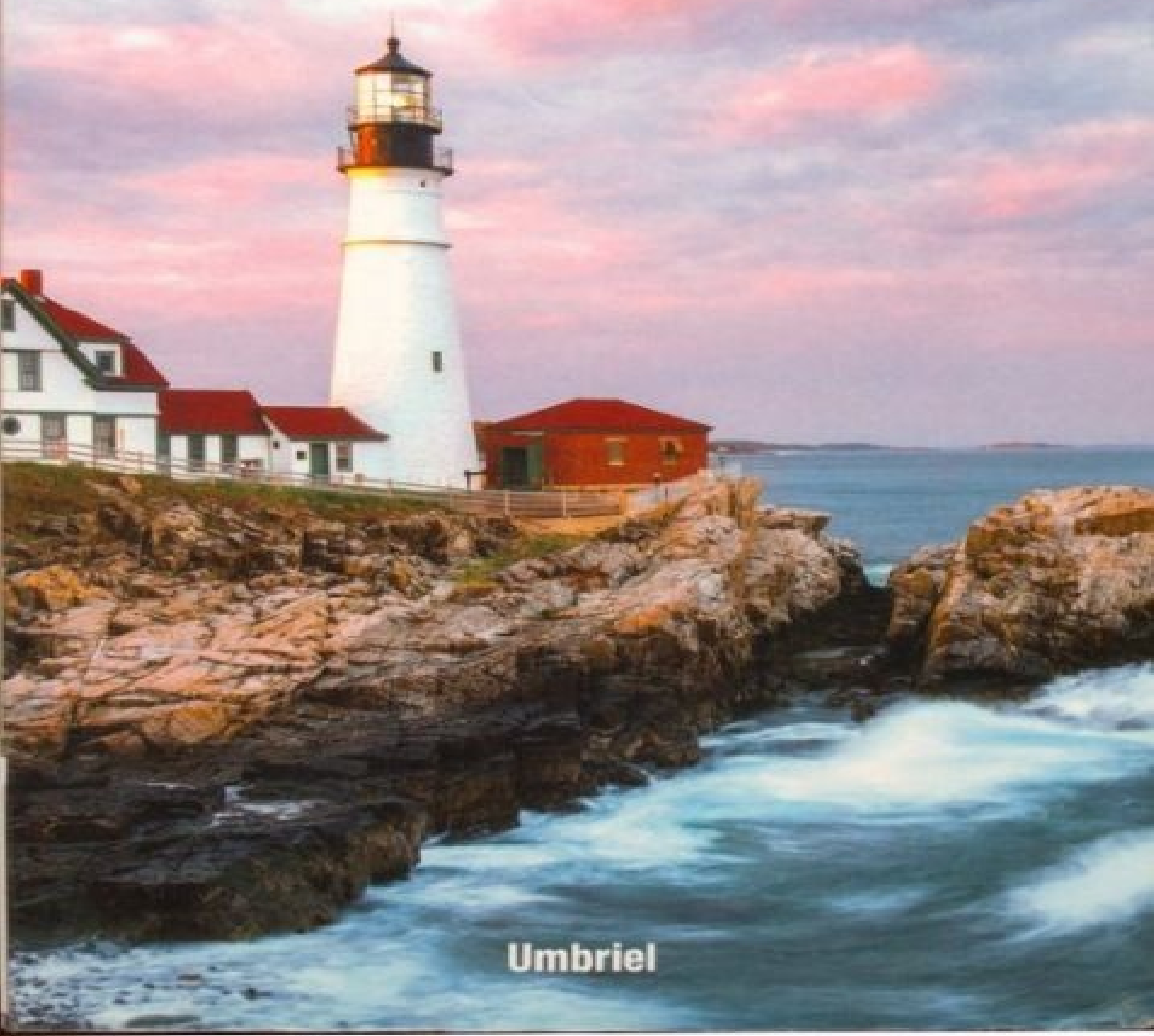


# SANTA MONTEFIORE

*Los secretos del faro*



Umbriel

Ellen Trawton está a punto de casarse con un hombre al que no ama, su trabajo la deprime y su madre se entromete en todos los aspectos de su vida. Cuando un día descubre un puñado de cartas dirigidas a su madre por una tía Peg, cuya existencia hasta entonces desconocía, decide huir. ¿Qué mejor lugar para romper todo contacto con el pasado que el imponente paisaje de Connemara? Pero tras la salvaje belleza de ese perdido rincón de Irlanda se oculta un misterio que parece imposible de desentrañar. Como la oscura y solitaria presencia de Conor Macausland, un hombre desolado por la trágica muerte de su esposa Caitlin en el viejo faro. El encuentro casual entre Ellen y Conor genera una conexión muy especial e imposible de soslayar, pero Ellen no tarda en darse cuenta de que el pasado de Conor no es lo que parece, y que su propia familia también alberga secretos en su pasado. Santa Montefiore nos trae la fascinante historia de una familia dividida y de un amor que se niega a morir...

**SANTA MONTEFIORE**

**LOS SECRETOS DEL FARO**

**Traducción de Marta Torent López de Lamadrid**

Argentina • Chile • Colombia • España  
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Secrets of the Lighthouse*

Editor original: Simon & Schuster UK Ltd. A CBS Company

Traducción: Marta Torent López de Lamadrid

1ª edición Mayo 2014

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2013 by Santa Montefiore

All Rights Reserved

© de la traducción 2014 by Marta Torent López de Lamadrid

© 2014 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. - 08036 Barcelona

[www.umbrieeditores.com](http://www.umbrieeditores.com)

ISBN: 978-84-92915-45-3

E-ISBN: 978-84-9944-739-1

Depósito legal: B-7.895-2014

Fotocomposición: Montserrat Gómez Lao

Impreso por Romanya Vails, S.A. - Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Dedicado a:  
Miguel Pando y  
Nathalie de Montalembert*

*Aunque no los vea, no se han ido;  
porque siempre están en mi corazón*

# Prólogo

Es otoño y, sin embargo, parece más bien verano. El sol resplandece y calienta, el cielo es de un azul translúcido perfecto. Chorlitejos grandes y charranes pequeños retozan en la arena y las abejas buscan néctar en el brezo bermejo, pues las heladas aún están por venir y los rayos siguen siendo cálidos sobre sus cuerpos. Las liebres buscan refugio en la hierba alta, y las mariposas, que con este tiempo inusual para la estación han eclosionado, revolotean alrededor del tojo en busca de alimento. Sólo las sombras son ahora más prolongadas y las noches caen más temprano, húmedas y frías y oscuras.

Subo al acantilado y contemplo el océano hasta los confines de la tierra, donde el agua se funde con el cielo y un velo misterioso de neblina azul envuelve la eternidad. La brisa tiene la suavidad de un susurro y hay algo intemporal en su modo de soplar, como si fuera el mismísimo aliento de Dios llamándome a su seno. Puedo ver a izquierda y derecha la extensa costa de Connemara; las playas desiertas, los prados de suave terciopelo con ovejas pastando, las rocas escarpadas donde la tierra se precipita al mar. Miro al frente hacia Cambrey Island, el pequeño montículo de tierra y roca que se encuentra a unos ochocientos metros de distancia, como un antiguo barco pirata abandonado. El viejo faro está carbonizado por el incendio que lo destruyó, dejando un triste armazón blanco donde antaño se erguía imponente y fuerte, guiando a los marineros de vuelta a tierra sanos y salvos. En estos días sólo las gaviotas se aventuran a ir allí para picotear los restos de desafortunados cangrejos y quisquillas atrapados en pozas, y para posarse en el frágil esqueleto de madera quemada que cruje y gime siniestramente con el viento. A mí me resulta romántico en su desolación y me quedo paralizada, recordando con nostalgia la primera vez que fui remando hasta allí para explorar a poco de casarnos. Estaba en ruinas ya entonces, pero mi esperanza era que el faro poseyera una calidez sorprendente, como una casita de muñecas infantil que sigue resonando con las carcajadas de sus juegos mucho después de que los niños hayan recogido y se hayan marchado. Fui presa de la fantasía, me quedé embelesada mientras el viento se levantaba a mi alrededor y el mar se encrespaba y se enfurecía. Cuando los cielos se oscurecieron y decidí volver remando a la orilla, descubrí que estaba perdida como un marinero náufrago. Pero los marineros náufragos no tienen maridos heroicos que los rescaten en flamantes motoras, como tenía yo. Recuerdo el rostro furioso de Conor y el miedo en sus ojos. Aún siento el escalofrío de emoción que me produjo su inquietud, incluso ahora. «Te dije que no vinieras nunca hasta aquí sola remando», masculló, pero su voz hizo un quiebro que me llegó al alma. Presioné los labios contra los suyos y sentí el dulce sabor de su amor. El faro jamás perdió su encanto y, para mi desgracia, nunca perdí la fascinación por ese lugar solitario y romántico. Encajaba con mi personalidad solitaria y romántica.

Ahora me atrae a través de las olas con una luz que sólo yo puedo ver y hasta me parece distinguir la silueta de una niña de blanco, corriendo por la hierba con los brazos extendidos; aunque siempre he tenido una imaginación desaforada. Podría tratarse simplemente de una enorme gaviota, abatiéndose sobre una presa.

Me giro de súbito, al oír a la gente que ahora está llegando a la ermita de piedra gris que hay a mis espaldas. Está a un corto paseo colina arriba desde el aparcamiento y observo con curiosidad el cortejo fúnebre enlutado, subiendo por el camino cual solemne fila de pollas de agua. Nuestra casa está ubicada fuera del pueblo de Ballymaldoon, que cuenta con una iglesia mucho más grande. Pero esta pequeña ermita, erosionada por el clima, rodeada de viejas lápidas y envuelta en mito que siempre me ha fascinado, tiene algo especial. Dice la leyenda que en el siglo XIV un joven marinero la mandó construir para su difunta esposa, con el fin de que pudiera velar por él cuando se hiciera a la mar, pero los

elementos han erosionado todas las lápidas, así que es imposible leer lo que en su día se grabó en ellas. Me gusta pensar que la lápida del final, la más cercana al mar, es la que contiene los restos de la mujer del marinero. Ya sé que ella no está ahí dentro ni lo ha estado nunca: únicamente sus huesos, desechados junto con la ropa que ya no necesitaba. Pero es una historia conmovedora y a menudo me he preguntado qué fue del desconsolado marinero. La querría muchísimo para construir una iglesia entera en su memoria. ¿Me construirá Conor una iglesia?

La ermita se llena de gente, pero no me acerco. Veo a mi madre, enjuta y cansada como una gallina negra esquelética, bajo un ancho sombrero negro adornado con plumas de avestruz —demasiado ostentoso para este discreto funeral, pero ella siempre ha procurado parecer más distinguida de lo que es—, y a mi padre caminando a su lado, alto y circunspecto con el traje negro de rigor. Tiene sesenta y cinco años nada más, pero los remordimientos le han dejado el pelo blanco y le han encorvado ligeramente, haciendo que parezca mayor. Han venido de Galway. La última vez que hicieron este viaje fue el año en que Conor y yo nos casamos, pero en aquella ocasión estaban encantados de librarse de mí. Ninguna de mis seis hermanas ha venido. Pero no me sorprende: siempre fui la oveja negra y ahora es demasiado tarde para enmendarlo.

Mis padres desaparecen en el interior de la ermita para ocupar sus sitios entre la feligresía local y me pregunto si les abochornan las muestras de amor de la gente: porque aquí me quieren. Incluso el único hombre que yo había dado por hecho que no asistiría está discretamente sentado en su banco, ocultando su secreto tras una máscara de piedra. Me acerco, tímidamente. La música me atrae hasta la misma puerta como si tuviese brazos que se alargan y me abrazan. Es una antigua balada irlandesa que conozco bien, puesto que es la favorita de Conor: «Cuando los ojos irlandeses sonríen». Y sonrío con tristeza al recordar esos viajes en helicóptero de Dublín a Connemara cuando la cantábamos todos juntos en voz muy alta por encima del estruendo de los rotores, nuestros dos hijos pequeños con sus grandes auriculares en la cabeza, intentando cantar, pero sin lograr pronunciar las palabras.

Justo entonces, mientras busco refugio en el pasado, la figura alta y greñuda de mi marido subiendo por el sendero me devuelve bruscamente al presente. Finbar, de tres años, e Ida, de cinco, le agarran con fuerza las manos, sus piecitos dando algún que otro tropiezo, porque les cuesta caminar al ritmo de sus grandes zancadas. Los ojos oscuros de Conor están clavados en la ermita, su alargado y bello rostro, contraído en una mueca como si ya estuviera defendiéndose de las acusaciones que mascullan disimuladamente contra él en los bancos. Los niños parecen desconcertados. No entienden. ¿Cómo van a entenderlo?

Entonces Finbar ve una gaviota de lomo negro que está un poco más adelante y de repente le suelta la mano a su padre para perseguirla. El pequeño agita los brazos y grita para ahuyentarla, pero el ave se limita a brincar como si tal cosa por la hierba, procurando mantenerse a una distancia prudencial. Ida le dice algo a su padre, pero Conor no la escucha. Se limita a mantener la mirada fija en la ermita de enfrente. Por un momento creo que me ve. Me está mirando directamente a mí. El corazón me da un vuelco. Quiero correr hacia él con cada fibra de mi ser. Quiero que me envuelva en un abrazo como hacía siempre. Ansío su roce como la vida ansia el amor. Pero no se inmuta y vuelvo a esconderme entre las sombras. Él no ve más que ladrillos y piedra y su propia desolación.

El deseo de estrechar a mis hijos contra mi pecho me precipita al infierno y entonces entiendo qué es el infierno. No es una tierra de fuego y tortura en el centro del planeta, sino una tierra de fuego y tortura en el centro de la propia alma. Mi anhelo es persistente e insoportable. No puedo besar sus tiernas frentes ni rozarles la piel con los labios y susurrarles mi amor al oído. Estoy convencida de que sus corazoncitos se alegrarían de saber que estoy cerca. Sin embargo, no puedo. Estoy aquí encerrada y tan

sólo puedo observar con impotencia mientras pasan por mi lado y entran en la ermita, seguidos del féretro y sus seis serios portadores. El féretro, que entre sus paredes de roble esconde la mayor de las mentiras.

Sigo en el exterior un rato más. Los cantos resuenan dentro de la ermita. La brisa trae el aroma de los lirios. Oigo la voz estridente de la excéntrica madre de Conor, Daphne, que canta más alto que todos los demás, pero no experimento una sensación burlona y divertida como normalmente: sólo una furia creciente que me hierve en el bajo vientre, porque es ella la que está allí para consolar y recomponer el corazón roto de su hijo, no yo. Pienso en Finbar e Ida y el féretro que descansa frente a ellos, y me pregunto qué sienten al enfrentarse con la muerte por primera vez en sus cortas vidas.

Debo encontrar la manera de explicárselo. Tiene que haber *algo* que pueda hacer para contarles la verdad.

Hago acopio de coraje cual guerrero pertrechándose de armas. Jamás imaginé que esto sería tan duro. Pensé que, a estas alturas, todo sería mucho más fácil. Pero yo me lo he buscado, de modo que soportaré el dolor con valentía; después de todo, es decisión mía estar aquí.

Pero ahora estoy asustada. Entro sigilosamente en la ermita. Han parado de cantar. El padre Michael sube al púlpito y habla en un tono lastimero, y creo que está verdaderamente triste y no sólo fingiendo. Los feligreses atienden con los cinco sentidos. Me distraen momentáneamente los enormes arreglos de lirios de tallo largo a cada lado del altar, como hermosas trompetas blancas que alzan sus silenciosos labios hacia el cielo. Vibran con una energía superior que me atrae hacia ellos y tengo que emplear toda mi voluntad para resistir su atracción. Soy como una voluta de humo atraída por una ventana abierta. Me centro en mi objetivo y camino sigilosamente sobre el suelo de piedra hacia el féretro. Está bañado por un haz de luz que se filtra por las ventanas polvorientas, como los focos de un escenario. Nunca he sido la actriz famosa que en su día ansiaba ser. Pero mi momento de gloria ha llegado al fin. Todas las miradas están puestas en mí. Estoy donde he anhelado estar toda mi vida. Debería deleitarme con su devoción, pero no siento más que frustración y desesperación; y remordimientos, la verdad: siento unos remordimientos terribles. Porque es demasiado tarde.

Me giro de cara a los fieles y me pongo a chillar con todas mis fuerzas. Mi voz reverbera en toda la ermita, rebotando en las antiguas paredes y el techo, pero sólo los pájaros de fuera oyen mi grito y salen volando despavoridos. Los ojos de Conor no se mueven del féretro, la cara contraída de dolor. Finbar e Ida están sentados entre su padre y la madre de Conor, inmóviles como figuras de cera, y yo me vuelvo hacia el féretro en cuyo interior yace mi muerte. Mi muerte, ya me entiendes, pero no mi vida; ya que yo soy mi vida y soy eterna.

Y, sin embargo, nadie sabe la verdad: que estoy frente a ellos como una actriz que ha saludado por última vez al público y ha bajado del escenario. El cliché se cumple. Mi disfraz y mi máscara descansan en ese féretro, que han confundido conmigo, y mi marido e hijos me lloran como si me hubiese ido. ¿Cómo se les ocurre pensar que he podido abandonarlos? No los abandonaría jamás, ni por todas las riquezas del cielo. Mi amor me retiene aquí, porque es más fuerte que la más fuerte de las cadenas, y ahora comprendo que el amor lo es todo. Es lo que somos, sólo que no lo sabemos.

Me acerco a mis hijos y alargo la mano, pero estoy hecha de una vibración más sutil, como la luz, y no notan nada, ni siquiera el calor de mi amor. Presiono la cara contra las suyas, pero ni siquiera perciben que estoy cerca, puesto que no tengo aliento con el que rozar su piel. Únicamente notan su pérdida, y yo no puedo consolarlos ni enjuagarles las lágrimas. En cuanto a *mis* lágrimas, las derramo para mis adentros, pues soy un espíritu, un fantasma, un espectro o como me quieras llamar; no tengo cuerpo



físico, luego sufro el dolor en el alma. Me desplazo furibunda por la iglesia, esperando alguna reacción. Me muevo veloz como un perro colérico, pero soy como un susurro y nadie me oye aullar, salvo los pájaros.

Lo más raro de morir es que no es nada raro. Estaba viva y al cabo de un momento estaba fuera del cuerpo. Me pareció lo más natural del mundo estar fuera de mí misma, como si lo hubiera hecho ya cientos de veces, pero se me hubiera olvidado. Lo que sí me sorprendió es que sucediera tan pronto, cuando aún me quedaba tanto por hacer. No me dolió ni me dio miedo. En cualquier caso, no en ese momento. El dolor todavía estaba por venir. Lo que dicen de la luz y los seres queridos que bajan para acompañarte es cierto. Lo que no te cuentan es que puedes elegir; y yo elegí quedarme.

El padre Michael se aclara la garganta y se seca las lágrimas de los ojos llorosos ante los serios rostros de su feligresía.

—Ahora Caitlin está con Dios y en paz —afirma, y yo no acierto a arrancarle la Biblia de la mano y tirarla al suelo—. Deja marido, Conor, y dos hijos pequeños, Finbar e Ida, a los que amaba con un corazón grande y generoso. —Mira directamente a mis hijos ahora y habla con gran autoridad—: Aunque ella se haya ido con Jesús, les ha dejado un pedazo de sí misma: el amor que llevarán en sus corazones a lo largo de toda su vida. —Pero yo soy más que eso, quiero gritar. No soy un recuerdo; soy más real que tú. Mi amor es más fuerte que nunca y es cuanto he dejado.

El oficio finaliza y salen en procesión para enterrarme en el cementerio. Me gustaría que me enterraran cerca de la esposa del marinero; me entierran, en cambio, junto al muro de piedra que hay colina abajo. Es absurdo ver cómo depositan el féretro en la tierra, conmigo cerca, sentada en la hierba, y tendría su gracia, de no ser tan desesperadamente triste. Conor lanza un lirio blanco a la tumba y mis hijos echan sus dibujos, luego retroceden junto a la sombra de su padre y se encogen contra sus piernas, con rostro pálido y lloroso. Estoy cansada de intentar captar su atención. Una gaviota vuela hacia mí, pero yo la espanto por el mero placer de ver su reacción.

El tiempo no existe donde yo estoy. De hecho, me doy cuenta ahora de que el tiempo tampoco existe donde tú estás. No hay más que un eterno ahora. Naturalmente, en la Tierra hay un tiempo psicológico, por lo que puedes hacer planes para mañana y recordar el ayer, pero eso únicamente existe como pensamiento; la realidad siempre es el ahora. De modo que los días, las semanas y los años no significan nada para mí. Sólo hay un presente eterno desde el que asisto a la desintegración de cuanto amo.

Es como si, con mi muerte, el castillo de Ballymaldoon se hubiera quedado también sin vida. Es como si hubiésemos muerto a la vez. Contemplo a los hombres en grandes camionetas subiendo por el sendero de acceso, bajo los robles que se amontonan sobre el camino creando un túnel naranja y rojo, sus delgadas hojas cayendo de las ramas y revoloteando al viento como polillas. A cada lado, un muro bajo de piedras grises impedía el paso de las ovejas en su día, pero no ha habido ovejas aquí desde que Conor compró el castillo y las tierras circundantes hace casi veinte años, por lo que ahora los prados son agrestes. Me gustan así. Observo la alta hierba meciéndose con la brisa, y de lejos parecen olas en un extraño océano verde. Los camiones se detienen frente al castillo, donde hace cuatrocientos años se apostaron los soldados de Cromwell para tomarlo por la fuerza para un oficial, en recompensa por su lealtad. Ahora el ejército de hombres fornidos está aquí para llevarse los cuadros y muebles de valor a un guardamuebles, porque Conor está tapiando ventanas y atrancando puertas para mudarse a una casa más pequeña cercana al río. Siempre ha sido un hombre solitario; los hombres creativos suelen serlo, pero ahora veo que está replegándose aún más en sí mismo. No puede vivir aquí sin mí porque yo era la que le infundía vida a este lugar y ahora estoy muerta.

Me gustó el castillo desde el primer instante que lo vi, enclavado aquí al pie de la montaña cual cuarzo ahumado. Me imaginé sus imponentes muros grises escalados en su día por príncipes que venían a rescatar a princesas encerradas en las pequeñas habitaciones de la torre que se yerguen por encima de los gabletes. Me imaginé a los cisnes deslizándose en su día por el lago y a los amantes tumbados en las orillas bajo el sol vespertino para asistir a su cortejo. Me imaginé a *Billy, Goats y Gruff*, las tres cabras del cuento de hadas noruego, trotando por el antiguo puente de piedra, desconocedoras del malvado trol que acechaba debajo en las sombras. Me imaginé los espíritus de damiselas y caballeros rondando esos largos pasillos de moquetas escarlata sin intuir en ningún momento que yo sería uno de ellos, aprisionada por el anhelo de mi corazón. En ningún momento pensé que moriría joven.

Observo con impotencia que la mayoría de los muebles que con tanto mimo elegí son cargados y llevados y amontonados en las camionetas, bajo la supervisión del administrador de la propiedad, Johnny Byrne, y su hijo Joe. Es como si estuviesen desmembrándome, pieza a pieza, y colocando mis extremidades en féretros una vez más; sólo que esta vez estoy convencida de poder sentirlo. La consola de estilo Jorge VI de roble desmochado; el espejo parcialmente bañado en oro; el juego de veinte sillas de comedor Jorge IV que compré en una subasta de Christie's. Los bustos de mármol, lámparas chinas, mi escritorio de arce. Los arcones de ébano, los sillones y sofás Victorianos, las jardineras alemanas; el diván regencia; las alfombras indias. Se lo llevan todo, dejando únicamente muebles sin valor. A continuación descuelgan los cuadros y grabados, y quedan a la vista pálidos recuadros en las paredes desnudas, y me horroriza su falta de caballerosidad, como si estos hombres musculosos hubieran despojado a una dama de su ropa.

Me temo que se disponen a retirar la mejor posesión de todas: mi retrato; Conor lo encargó a poco de casarnos. Lo hizo Darragh Kelly, el famoso pintor irlandés. Ocupa un lugar de honor sobre la gran chimenea del vestíbulo. Llevo puesto mi vestido de noche favorito de color esmeralda, a juego con mis ojos, y la cabellera pelirroja me cae en brillantes ondas sobre los hombros. La verdad es que era guapa. Pero la belleza de nada sirve cuando se pudre en un ataúd a dos metros bajo tierra. Poso los ojos en él, mirando fijamente el rostro que en su día me perteneció, pero que ahora se ha ido para siempre. Tengo ganas de llorar por la mujer que fui, pero no puedo. Y es inútil que en este lugar empiece a moverme como una loca como he hecho en la ermita, porque nadie me oirá, salvo los otros espíritus que seguramente merodean como yo en este oscuro limbo. Estoy convencida de ello, aunque aún no los he visto. Eso me alegraría, creo, porque estoy sola y me siento sola.

Sin embargo, no lo descuelgan. Es el único cuadro que queda en el castillo. No puedo evitar sentir una oleada de orgullo cuando por fin atrancan las puertas y me dejan contemplar en paz la belleza terrenal que fui en su día. Me reconforta, ese cuadro, como si fuese un disfraz que puedo ponerme para sentirme a mí misma una vez más.

Conor y los niños se adaptan a su vida en la mansión Reedmace, construida abajo junto al río, cerca del puente de piedra donde moran las cabras y el trol de mi imaginación, y la madre de Conor, Daphne, se muda también para cuidar de ellos. Debería alegrarme que los niños tengan una abuela bondadosa y dulce, pero no puedo evitar estar celosa y resentida. Ella los abraza y besa en mi lugar. Los baña y les cepilla los dientes como solía hacer yo. Les lee cuentos para dormir. Yo acostumbraba a hacer voces y dar vida a las historias. Pero ella se limita a leer, no tiene mi talento, y veo que los niños se aburren y sé que querrían que ella fuese yo. Sé que querrían que fuese yo, porque lloran en silencio en la cama y se quedan mirando la fotografía mía que Conor ha colgado en la pared de su dormitorio. No saben que estoy todo el rato a su lado. No saben que estaré siempre con ellos mientras vivan.

Y va pasando el tiempo. Ignoro cuánto. Las estaciones vienen y se van. Los niños crecen. Conor pasa

tiempo en Dublín, pero ya no es productor de cine, porque ya no tiene la voluntad ni el hambre de serlo. El castillo vacío se vuelve frío como las rocas de las colinas, y los vientos y la lluvia lo azotan. Yo soy perenne como las plantas y los árboles, sin nadie con quien hablar, excepto los pájaros. Y entonces una noche, en pleno invierno, Finbar me ve.

Está durmiendo, sueña a trompicones. Estoy sentada a los pies de su cama como cada noche, observando cómo la respiración sube y baja su cuerpo con un movimiento suave, rítmico. Pero esta noche está inquieto. Sé que está soñando conmigo.

—Tranquilo, mi amor —digo, como tantas veces, en voz baja, desde mi otro mundo—. Estoy aquí. Siempre estoy aquí. A tu lado.

El pequeño se incorpora y me mira con asombro. Me mira a mí. No me traspasa con la mirada, sino que me mira a mí. Estoy convencida de ello porque sus ojos reparan en mi pelo, mi nariz, mis labios, mi cuerpo. Muy abiertos de asombro, se empapan de mí y yo estoy tan asombrada como él.

—¿Mamá? —susurra.

—Mi amor —contesto.

—¿Eres tú?

—Soy yo.

—No estás muerta.

Sonrío con la sonrisa de alguien que guarda un hermoso secreto.

—No, Finbar. No estoy muerta. La muerte no existe. Te lo prometo. —Y me da brincos el corazón al ver su cara encendida de felicidad.

—¿Nunca te irás?

—Nunca me iré, Finbar. Sabes que no. Siempre estaré aquí. Siempre.

La emoción empieza a despertarlo y lentamente me va perdiendo.

—¿Mamá...? ¿Mamá..., sigues aquí?

—Sigo aquí —le digo, pero él ya no me ve.

Se frota los ojos.

—¡Mamá! —Su grito despierta a Daphne, que corre a su lado en camisón. Finbar sigue mirándome fijamente, buscándome en la oscuridad.

—¡Finbar! —exclamo—. Finbar, ¡sigo aquí! —Pero es inútil. Me ha perdido.

—No es más que un sueño, Finbar —lo tranquiliza Daphne, acostándolo con dulzura.

—No era un sueño, abuela. Era real. Mamá estaba a los pies de mi cama.

—Ahora a dormir otra vez, cariño.

Finbar sube el tono de voz y sus ojos brillantes parpadean desconcertados.

—Estaba aquí. Sé que estaba aquí.

Daphne suspira y le acaricia la frente.

—Tal vez sí; al fin y al cabo, ahora es un ángel, ¿verdad? Supongo que siempre está cerca, cuidando de ti.

Pero sé que no se lo cree. Sin embargo, sus palabras convencen a Finbar.

—Sí, creo que sí —dice él entre dientes, luego cierra los ojos y se queda dormido.

Daphne lo observa un rato. Puedo percibir su tristeza, es densa como la humedad. A continuación se vuelve y sale de la habitación, y de nuevo estoy sola. Sólo que esta vez, la esperanza ha prendido en mi corazón. Si Finbar ha logrado verme una vez, puede que vuelva a hacerlo.

Ellen Trawton llegó al aeropuerto de Shannon con una única maleta, chaqueta de pelo sintético, tejanos pitillo y botas de cuero fino que no tardarían en resultar sumamente inadecuadas para el campo agreste y escarpado de Connemara. Nunca había estado en Irlanda ni recordaba a la hermana de su madre, Peg, en cuya casa había quedado en hospedarse, con la excusa de que buscaba paz y tranquilidad para escribir una novela. Como chica londinense, a Ellen más bien le horrorizaba el campo, por considerarlo pantanoso y notoriamente tranquilo, pero la casa de su tía era el único sitio donde sabía que su madre no vendría a buscarla. Y el único sitio en el que podía alojarse sin que le costara un dineral. Tras dejar su puesto como responsable de *marketing* de una pequeña joyería de Chelsea, no estaba en posición de tirar la casa por la ventana. Esperaba que tía Peg fuese rica y viviese en una casa grande en una zona civilizada del campo, cerca de una próspera localidad con tiendas y cafeterías. No pensaba que fuese a aguantar si vivía en medio de la nada únicamente con ovejas con las que hablar.

Accedió al vestíbulo de llegadas y escudriñó los rostros ansiosos de la multitud en busca de su tía. Su madre aún era alta y guapa a sus cincuenta y ocho, con el pelo largo teñido de caoba y los pómulos altos, así que Ellen dio por hecho que tía Peg sería parecida. Al instante sus ojos se posaron en una elegante señora de abrigo largo de pelo de camello, con un vistoso bolso de marca en unas manos de perfecta manicura, y su corazón se llenó de alivio, porque una mujer que viviera en plena ciénaga no llevaría unos zapatos de salón tan elegantes ni unos pantalones de *tweed* tan impecables. Arrastró la maleta por el suelo.

—¡Tía Peg! —exclamó sonriendo de oreja a oreja.

La mujer se volvió y la miró atónita.

—¿Disculpe?

—¿Tía Peg? —Pero incluso al decirlo, Ellen supo que se había equivocado—. Lo siento —farfulló—. Pensaba que era otra persona. —Se sintió momentáneamente perdida en el aeropuerto desconocido y su determinación flaqueó. A pesar de lo mucho que se había complicado la vida para escapar, casi deseó estar de nuevo en casa, en Eaton Court.

—¡Ellen! —exclamó una voz a sus espaldas.

Se giró y vio una cara expresiva y radiante que le sonreía con emoción.

—Pero ¡mírate! ¡Si eres la estampa del *glamour*!

A Ellen le sorprendió que su tía hablase con un acento irlandés tan marcado cuando su madre hablaba como la reina.

—He sabido que eras tú nada más verte aparecer por la puerta. ¡Cómo te pareces a tu madre!

Tía Peg se parecía a un huevo sonriente, con el pelo pincho gris y enormes ojos azules que brillaban con irreverencia. A Ellen le alivió verla y se inclinó para besarla en la mejilla. Peg la abrazó con firmeza y presionó la cara contra la de su sobrina. La mujer olía a lirios del valle y a perro mojado.

—Espero que hayas tenido un buen vuelo, cielo —continuó entrecortadamente, soltándola—. Puntual, que ya es mucho hoy día. Ven, vamos al coche. Ballymaldoon está a dos horas en coche, así que si tienes que ir al váter, mejor que vayas ahora. Aunque, naturalmente, podemos parar en una gasolinera por el camino. ¿Tienes hambre? Seguramente no te habrán dado gran cosa para comer en el avión. Yo siempre me llevo sándwiches de casa. Me horroriza el queso que les ponen. Sabe a goma, ¿no crees?

Ellen dejó que su tía arrastrase su maleta por el vestíbulo. Reparó al instante en sus resistentes botas de cordones y los gruesos pantalones marrones que había remetido en unos calcetines de caza. Decididamente, tía Peg vivía en una ciénaga, pensó Ellen abatida. A juzgar por sus manos rudas y curtidas, no cabía duda de que cortaba su propia leña y también cuidaba ella misma de sus plantas.

—No te pareces en nada a mamá —le soltó sin poder contenerse.

—Bueno, para empezar soy mucho más mayor y siempre hemos sido muy distintas —repuso su tía, sin asomo de desagrado.

Ambas hermanas llevaban treinta y tres años sin hablarse, pero tía Peg no parecía la clase de persona rencorosa. La madre de Ellen, por el contrario, era la clase de mujer para la que el rencor era una dolencia cotidiana.

Lady Anthony Trawton era una mujer a la que no había que contrariar. Ellen conocía perfectamente la línea que formaban sus labios, la nariz que se hinchaba y el breve resoplido de desaprobación que venían siempre a continuación. No hacía falta gran cosa para incitar su desaprobación, pero ser el «tipo inadecuado» de persona era el *peor* de los crímenes. Ellen había sido una adolescente rebelde, a diferencia de sus hermanas de cabellos dorados, que eran un dechado de virtudes en el mejor de los casos y unas anodinas en el peor. No habían necesitado ser moldeadas, porque por alguna razón habían salido exactamente como su madre había deseado: obedientes, monas y elegantes, con el mentón poco pronunciado de su padre, pelo rubio y ojos ligeramente saltones. Ellen, por el contrario, poseía una naturaleza salvaje y creativa, exacerbada por la oposición irrazonable de su madre a su independencia, como si emprender su propio camino fuese a convertirla de algún modo en el «tipo inadecuado» de persona. Con su pelo azabache y temperamento rebelde, era el bicho raro en lo que podría haber sido una familia ideal. Pero Ellen era difícil de moldear; su madre lo había intentado, forzándola por activa y por pasiva a encajar en el corsé destinado a cualquier joven aristócrata que se preciara de serlo, y durante un tiempo Ellen había transigido dejándose encorsetar. Había sido más fácil rendirse y dejar de luchar; un alivio, casi. Pero una mujer sólo puede ir cierto tiempo contra su naturaleza antes de que la infelicidad la oprima y le obligue a recuperar su forma natural. Ellen no sabía concretar el momento exacto en que había decidido que ya tenía bastante, pero su vuelo a Irlanda era consecuencia de una lucha eterna por la libertad.

Tía Peg no había asistido a la boda de ninguna de las hermanas de Ellen, a pesar de que Leonora se había casado con un conde y Lavinia con un barón —cualquier cosa por debajo de eso habría sido causa de un significativo resoplido por parte de su madre—, y su nombre jamás era mencionado. Ellen había captado los suficientes retazos de conversaciones a lo largo de los años para saber que había cierto distanciamiento. Las postales y cartas navideñas que llegaban todos los años de Ballymaldoon eran recibidas con un resoplido de desdén y rápidamente guardadas en el último cajón del estudio de su madre. Incapaz de contener su curiosidad, Ellen las había hojeado en un par de ocasiones y había descubierto que su madre tenía un pasado secreto, pero había aprendido a no hacer preguntas al respecto. Las postales siempre habían despertado su interés y, en ocasiones, cuando sorprendía a su madre con la mirada triste y perdida, se preguntaba si su nostalgia tendría algo que ver con ellas. Tal vez, al igual que el olor de las hojas que se queman en otoño, las letras desprendían una fragancia que traspasaba el cajón y la devolvían a su pasado. Ahora, cuando Ellen había necesitado un lugar al que huir, las cartas le habían proporcionado toda la información necesaria para dar con su tía, gracias a las etiquetitas adhesivas enganchadas en la parte superior de la página, que incluían la dirección y su número de teléfono. Nerviosa y un tanto asustada, sabía que estaba a punto de descubrir lo que su madre había ocultado todos estos años. No le preocupaban mucho las terribles consecuencias en caso de ser

descubierta. Contempló las manos ásperas de Peg y pensó en los tersos dedos blancos de su madre y las uñas perfectamente esmaltadas. Su madre se había casado bien, Peg no. Era evidente que sus vidas eran muy distintas, pero ¿por qué?

—¡Me pegaste un susto de muerte cuando me llamaste! —dijo Peg—. Aunque fue una bonita sorpresa; en serio. De todas las personas que podían haberme llamado, ¡tuviste que ser tú! ¡Quién me lo iba a decir!

—Espero que no te molestase. Es que necesitaba salir de Londres. Allí hay demasiado movimiento y ruido para pensar.

—No es el entorno adecuado para una novelista en ciernes, estamos de acuerdo. Me muero de ganas de que me cuentes qué estás escribiendo. ¡Qué chica tan lista!

A Ellen siempre le habían gustado las palabras. Cada vez que miraba por la ventana sentía la imperiosa necesidad de describir lo que veía. Tenía diarios llenos de poemas y relatos, pero había decidido cambiar el rumbo de su vida hacía muy poco, al comprender que la felicidad únicamente llega cuando uno hace lo que realmente ama, y que si no intentaba escribir una novela ahora, jamás lo haría. Su madre se burló de sus aspiraciones de convertirse en una «escritorzuela», pero el deseo de Ellen de expresarse era más fuerte que el deseo de su madre de sofocar su creatividad. Connemara sería el lugar perfecto para ser fiel a sí misma.

—No he venido sólo a escribir, tía Peg. Me gustaría *tratarte* un poco; al fin y al cabo, *somos* familia —añadió Ellen amablemente.

La velocidad a la que su tía hablaba le hizo pensar que no solía tener compañía.

—Es todo un detalle por tu parte, Ellen. Supongo que no le has dicho a tu madre que estás aquí.

—No.

—Me lo imaginaba. ¿Y dónde cree que estás, pues?

Ellen visualizó la nota que había dejado encima de la mesa de la entrada, debajo del espejo ovalado frente al que su madre se retocaba pelo y maquillaje cada mañana antes de salir hacia sus comidas de señoras y galas benéficas. A estas horas ya la habría encontrado. Seguro que le había provocado un resoplido monumental. Se preguntaba qué le habría contrariado más: el hecho de que Ellen hubiese desaparecido sin decírselo o el hecho de haber manifestado que al final posiblemente no se casaría con William Sackville. Puede que su madre hubiese tenido que sentarse tras leer *esa* frase de la nota. Aunque William no era ni barón como el marido de Lavinia, ni conde como el de Leonora, su familia estaba muy bien relacionada y era propietaria de un gran coto de caza en Escocia. Su madre estaba empeñada en que estaban muy lejana, pero visiblemente, emparentados con la difunta Reina Madre.

—Le he dicho que me iba al campo a casa de una amiga —mintió.

—¡Ay! ¡Eres tremenda! —replicó Peg—. Ahora a ver si recuerdo dónde he aparcado el coche.

Tras recorrer las hileras de flamantes coches, Peg se dirigió alegremente hacia el vehículo más sucio. Era un viejo volvo, diseñado en forma de caja robusta.

—Perdona por el desorden, pero normalmente sólo nos subimos *Mister Badger* y yo.

—¿Mister Badger?

—Mi perro pastor. Lo he dejado en casa. Luego disfrutarás de su compañía.

—Estupendo —contestó Ellen, procurando aparentar entusiasmo. Su madre tenía un papillon diminuto llamado *Gofre*, más parecido a un juguete que a un animal, si bien sus ladridos neuróticos eran demasiados reales y muy enervantes. Leonora y Lavinia estaban empeñadas en comprar perros pequeños en Harrods, que pudieran pasear en sus bolsos, no porque les gustasen los perros, pensaba Ellen, sino porque eran accesorios de moda como las agendas Smythson y los llaveros de cuero de Asprey. De haber podido comprar sus bebés en Harrods, se figuraba que probablemente lo habrían hecho.

Peg subió al coche y apartó los periódicos del asiento del pasajero. Ellen reparó en los pelos de perro pegados al cuero.

—¿Dónde vives? —le preguntó, toda esperanza de una ciudad civilizada con elegantes tiendas y restaurantes desvaneciéndose al ver barro en la alfombrilla.

—Justo en las afueras de Ballymaldoon, un pueblo precioso junto al mar. Tendrás mucha tranquilidad para escribir tu libro.

—¿Está perdido en *medio* del campo?

—¡Oh, sí, completamente perdido! Tengo un montón de animales. Espero que te gusten los animales, Ellen. Quizá te hayas fijado en mi atuendo campestre. Refresca mucho en la costa oeste, y hay humedad. ¿Te has traído más botas, cielo?

—No, sólo éstas.

—Son muy elegantes, pero se te echarán a perder en un día. Por suerte, tengo unas de sobra que puedo dejarte.

Ellen echó un vistazo a las cómodas botas de Peg y se mostró reacia.

—Gracias, pero no hará falta. Probablemente no saldré mucho.

Peg la miró con el ceño fruncido y luego se rió con ganas.

—Es que es lo más gracioso que he oído en toda la semana.

Ellen se preguntó si su madre se había peleado con algún familiar más que viviera quizás en Dublín.

—Bueno, ¿qué tal *está* Maddie? —le preguntó Peg una vez ya en la carretera.

Su voz no se alteró, pero Ellen se fijó en que estaba agarrando el volante con fuerza y mantenía la mirada al frente.

—¿Maddie?

—Tu querida madre.

Ellen nunca había oído que la llamaran por ese nombre.

—Verás, es que sus amigos la llaman Madeline y el resto lady Trawton...

—No lo dudo. Siempre tuvo bastantes aires de grandeza. Me imagino que sigue hablando como una duquesa.

Ellen estaba demasiado impaciente para ocultar su curiosidad.

—¿Por qué os peleasteis?

Peg apretó los labios.

—Pregúntale a tu madre mejor —contestó con firmeza.

Ellen comprendió que tenía que andarse con pies de plomo.



—Perdona, tiene que ser doloroso hablar de ello.

—Es historia. —Se encogió de hombros—. Es agua pasada.

Ellen pensó en las cartas y postales guardadas sin consideración por su madre y se compadeció de su tía. Tenía un aire solitario.

—Te dará pena no ver a tu familia.

Peg dio un respingo.

—¿Pena a *mí* no ver a *mi* familia? ¡Señor, niña! ¿Qué te ha contado esa mujer? Debería darle pena a *ella* no ver a *su* familia, aunque no creo que le dé ninguna. Llevamos más de treinta años sin saber nada de ella.

Ellen estaba atónita. Había tomado a Peg por una solterona.

—¿Qué? Yo pensaba... —Vaciló, no quería ofender—. ¿Tienes hijos, tía Peg?

La mujer titubeó unos instantes y su perfil se ensombreció, como un paisaje cuando el cielo se encapota.

—Tengo tres chicos, todos ya en la treintena, trabajando. Son buenos chicos y estoy muy orgullosa de ellos —respondió en voz baja—. Maddie y yo tenemos cuatro hermanos. Supongo que eso no lo sabías, ¿verdad?

Ellen estaba estupefacta.

—¿En serio? ¿Cuatro? ¿Dónde están?

—Aquí en Connemara. Somos una familia grande; unida. Tienes un montón de primos.

—¿Ah, sí? No tenía la menor idea. A mi madre sólo la he oído nombrarte a ti, ¡y eso cuando se suponía que yo no estaba escuchando! Eras tú la que enviabas postales navideñas cada año.

—¡Que me figuro que irían a parar a la basura! —añadió Peg con amargura.

—Al último cajón de una cómoda.

—Verás, en su día Maddie y yo estuvimos muy unidas. Éramos dos chicas en una familia dominada por los chicos, así que nos unimos. Pero fue su decisión irse de Irlanda y romper con sus familiares, no a la inversa, y al hacerlo le partió el corazón a nuestra madre. No creo que esté mal que lo sepas. Los chicos jamás la perdonaron.

—No conocí a mi abuela.

—Ni nunca la conocerás, por desgracia.

—Está muerta, ¿verdad?

—Sí, murió hace diez años.

—Supongo que mi madre no hizo las paces con ella antes de que muriera. —Peg meneó la cabeza y formó una delgada línea con los labios—. ¿Y mi abuelo? —inquirió Ellen—. ¿Tengo abuelo?

—Murió en un accidente de coche cuando éramos pequeños. Mamá se hizo cargo de la granja y nos crió sola. Maddie detestaba ensuciarse las manos, pero a mí siempre me han encantado los animales. Cuando mamá murió, Desmond, nuestro hermano mayor, se hizo cargo de la granja. Yo me hice una pequeña granja para mí. Es lo único que sé hacer. ¿Te importa si fumo? —De repente parecía exhausta, como si la emoción de encontrarse con su sobrina la hubiese dejado sin energías.

—¿Fumas? —le preguntó Ellen, sintiéndose más optimista de pronto.

—Me temo que sí. He intentado dejarlo, pero creo que soy demasiado mayor para adquirir nuevas costumbres.

—En casa fumar es tabú. Tengo que esconderme y asomarme a la ventana de la habitación para dar una calada.

—Hoy día es tabú en todas partes. Con tanto control el mundo se ha vuelto un lugar más aburrido. Las mejores fiestas son los botellones.

—¡Vaya! Estoy completamente de acuerdo contigo. Siempre me quedo congelada, dando caladas, pero en la mejor compañía. Aunque reconozco que no intentar dejarlo sería de idiotas. Lo que pasa es que necesito un buen motivo para hacerlo.

—Echa un vistazo en mi bolso. Verás un paquete de Rothmans. Coge uno, y luego sé una buena niña y enciéndeme otro, anda.

—No me digas que sigues viviendo en casa, ¡a tu edad!

—Tengo treinta y tres.

—Demasiado mayor para vivir con tus padres.

—Bueno, no siempre he vivido con ellos. Fui a la Universidad de Edimburgo. Luego, cuando volví a Londres, viví con Lavinia hasta que se casó. Mi madre me convenció de que volviera a casa cuando tuve problemas económicos. Me pareció absurdo rechazar la oferta de alojamiento gratuito, sobre todo cuando la casa es tan grande y ellos tienen más espacio del que necesitan. Mi madre lleva años intentando casarme.

Pensó en William y se estremeció. Le había mandado un mensaje de texto, pero no se había atrevido a encender el iPhone para ver si había contestado.

—Es bastante anticuado dar tanta importancia al matrimonio —continuó Ellen.

—Bueno, el príncipe William ya no está en escena, con lo que Maddie estará muy decepcionada. Aunque siempre queda el príncipe Harry, claro.

Ellen se rió.

—¡No vas desencaminada, tía Peg! —Mientras rebuscaba en el bolso con estampado de alfombra de Peg, le habló de los magníficos matrimonios de sus hermanas—. Para mi madre no eres una «persona formal» hasta que te has casado bien. Lavinia y Leonora son las dos sumamente «formales» ahora.

—¡Cielos! Maddie no habrá cabido en sí de gozo ante semejante resultado.

—Aunque no creo que esté demasiado contenta conmigo. Soy la mayor, por lo que, técnicamente, debería haberme casado primero. El problema es que no estoy segura de querer casarme con la clase de hombre que mi madre quiere para mí.

—Sigue el dictado de tu corazón, cielo, y siempre serás feliz. Las grandes fincas y los títulos no son nada al lado del amor verdadero. De hecho, creo que no traen más que problemas. Mucho trabajo duro y responsabilidad. La vida es mejor cuando es más sencilla.

Ellen encendió un cigarrillo y se lo pasó a Peg, a continuación encendió otro para ella. Entreabrió la ventanilla y el humo salió serpenteando hacia el denso aire de febrero.

—Dime, ¿tienes marido? —le preguntó inhalando con fuerza y notando que la tensión de sus hombros desaparecía.

—Hubo un marido hace mucho tiempo, pero emprendimos caminos separados.

—Lo siento.

—No lo sientas, no. Mi hijo pequeño y mis hermanos cuidan de mí.

—Nunca se sabe si un matrimonio durará o no. Mamá y papá parecen bastante felices, pero no hay nada escrito.

—Bueno, nunca sabes lo que te deparará la vida ni cómo reaccionarás a ello. Unas cosas te unen más y otras te separan.

—¿Te ves con tu ex?

—No, emigró a Estados Unidos. Los chicos van a verlo, naturalmente. Volvió a casarse, con una mujer mucho más joven, y tuvo una peque... —Hizo una pausa y dio una gran calada—. Una pequeñaja —dijo en voz baja, y su voz se quebró como si esa palabra le hubiese dolido—. Bueno, ya no será pequeña. Aun así no tiene ningún motivo para volver.

Ellen notó que el ambiente del coche cambiaba. Se volvió repentinamente denso de pesar, como si la humedad de fuera hubiese entrado por la ventanilla abierta. Se apiadó de su tía, pues saltaba a la vista que le había dolido mucho que su marido se volviera a casar y formara otra familia.

—Háblame de tus hijos —le pidió alegremente, cambiando de tema.

Peg sonrió y el ambiente se animó.

—Pues son buenos chicos —empezó—. Se llaman Dermot, Declan y Ronan. Dermot y Declan están casados y tienen hijos, y vienen a verme de vez en cuando, pero Ronan, bueno, sigue en Ballymaldoon y no parece probable que vaya a sentar la cabeza próximamente.

En tanto se adentraban en el corazón de Connemara, Ellen dejó que su tía hablara sin parar de sus hijos. Contempló el paisaje y la belleza del mismo la cogió desprevenida. Se vio atraída por el agreste y extenso paisaje de montañas rocosas y valles húmedos, donde los ríos se deslizaban por el brezo y las casas de piedra en ruinas se erguían como esqueletos en las laderas, expuestas al viento y las brumas procedentes del mar. Había algo melancólico en la pura inmensidad de las tierras salvajes, como si los seres humanos hubieran sido derrotados por su indómita naturaleza y hubieran tirado la toalla, desesperados, abandonando sus hogares para tratar de buscar una vida más tranquila en los pueblos y ciudades. No había torres de alta tensión, había unos cuantos repetidores de telefonía, poca cosa aparte de la carretera larga y recta que se abría paso entre las ciénagas y las altas hierbas, y las colinas escarpadas que se alzaban hasta el cielo, sus cumbres desapareciendo en las nubes. Ellen nunca había visto nada parecido y observó con fascinación y miedo cómo el mundo urbano civilizado con el que estaba familiarizada era reemplazado por esta tierra insolentemente silenciosa.

Por fin bajaron al valle hasta el pueblo de Ballymaldoon y Ellen avistó el océano centelleando a lo lejos, tan vasto e indómito como el paisaje de Connemara. Tía Peg habría bordeado el pueblo de no ser por su sobrina, a quien pensó que le gustaría una breve visita.

—No es que haya mucho que ver —comentó mientras recorrían en coche una calle tranquila de casas de colores pastel perfectamente dispuestas en fila detrás de unos muros de piedra y matorrales. Presidía el pueblo una gran iglesia gótica situada majestuosamente en una pendiente, tapada por altos sicomoros y roca—. No voy a misa —comentó Peg—. El padre Michael me considera una impía. Claro que se equivoca; siento a Dios conmigo permanentemente, pero ese cura me pone los nervios de punta, siempre lo ha hecho. Así tal cual. De modo que no tienes que ir si no quieres. A mí me da igual.

—Mi madre va a misa todas las mañanas en Londres. ¿Te lo puedes creer? —dijo Ellen.

—Tú dirás. Pero no creo que Dios tenga mucho que ver en ello. —Ambas se echaron a reír.

—¡Vaya! Un *pub*. ¡La cosa empieza a mejorar! —exclamó Ellen mientras Peg reducía la velocidad frente al Pot of Gold—. ¿Está bien?

—Lleno de vecinos y familia. Yo, personalmente, prefiero la vida tranquila. Pero los chicos te llevarán, si quieres.

—¿Tus hijos?

—No, me refiero a mi hermano, Johnny, y su hijo mayor, Joe. Johnny administra el castillo y Joe trabaja con él. Creo que Johnny y Joe están casi todas las noches en el bar. Ve con ellos. Joe te presentará a todos los que tienes que conocer. Como te he dicho, tienes cantidad de primos. No todos viven en Ballymaldoon, naturalmente, pero muchos sí. El Pot of Gold te hará gracia. Creo que encontrarás unos cuantos personajes para tu novela ahí dentro. —Se rió por lo bajo, como si ya tuviese unos cuantos en mente.

Peg condujo hasta el puerto, donde los barcos pesqueros estaban amarrados al muelle o atados a las boyas, un poco más lejos. Había un montón de trampas para langostas apiladas en las piedras y un par de pescadores de aspecto rudo, con jersey grueso y gorra, que fumaban y charlaban sentados mientras remendaban sus redes. Un chucho escuálido estaba tumbado en los adoquines, temblando de frío. Ellen pensó que los hombres no tardarían mucho en irse al Pot of Gold para tomarse una Guinness y para que el perro buscara un sitio caliente junto al fuego. Ballymaldoon era un pueblecito precioso, pero saltaba a la vista que no tenía tiendas decentes que la tentaran. Daba igual, pensó, porque no tenía mucho ahorrado ni podía pedirles dinero a sus padres después de la nota que les había dejado. Desde luego en ese sentido había quemado las naves. Se preguntó cuánto tardaría en asfixiarse aquí en la Nada y volver a Londres, muriéndose por un poco de vidilla cual pez fuera del agua, arrepentida y sumisa. Por muy bonito que fuera aquello, no parecía que hubiera mucho movimiento.

Tía Peg siguió recorriendo el pueblo hasta la otra punta. Aproximadamente a kilómetro y medio en sentido paralelo a la costa giró por una pista de tierra y subió por la colina entre muros de piedra gris y exuberantes pastos verdes salpicados de ovejas, hasta que llegaron a un par de modestas granjas blancas de la cima.

—No es nada del otro mundo, pero es mi hogar —dijo alegremente, deteniéndose frente a la casita de la izquierda. Ellen se llevó un chasco. Había prácticamente dado por hecho que su tía tendría una casa más grande. Sin embargo, era curiosa y pintoresca con un empinado tejado de paja en el que se habían recortado pequeños tragaluces que se habían pintado de rojo a juego con la puerta. No había árboles que la protegieran de los elementos, tan sólo el bajo muro de piedra, y supuso que lo habían construido sólido y resistente a fin de soportar los atroces vientos invernales.

Puede que la casa hubiese sido un chasco, pero cuando salió del coche y se volvió, la vista la dejó sin aliento. Allí, parpadeando entre la bruma vespertina, estaba el océano, y justo en medio, surgido del crepúsculo como un fantasma, estaban los restos carbonizados de un faro en ruinas. Lo observó un momento. El sol se había hundido tras el horizonte y las luces centelleantes de Ballymaldoon podían verse lejos a la derecha, mezclándose con las primeras estrellas que asomaban por las nubes. Lentamente, el faro se fue desdibujando conforme la noche y la niebla se cernieron sobre él, y entonces desapareció, como si jamás hubiese estado allí.

El correteo de unas patitas hizo apartar la vista a Ellen. Se giró y vio a *Mister Badger*, un border

collie blanco y negro, seguido de un cerdo rojo anaranjado que gruñía.

—Espero que te gusten los animales —dijo Peg mientras volvía al coche a por la maleta de su sobrina.

—¡Claro que sí! —repuso Ellen, sin saber si darle unas palmaditas al cerdo o salir corriendo.

—No sufras por *Bertie*, es un buen chico y está domesticado. ¿Lo ves? Le caes bien —añadió al tiempo que *Bertie* metía el hocico entre las piernas de su sobrina y gruñía. Ellen dio un respingo, asustadísima—. Acaríciale las orejas, cielo, eso le encanta. —Pero su invitada ignoró el consejo y corrió a casa.

Dentro se estaba a gusto y calentito, y olía a perro mojado. El recibidor estaba alicatado con piedras grises cuadradas, las paredes, pintadas de blanco crema, decoradas con acuarelas marinas pintadas por aficionados. En la cocina había un polvoriento puf marrón, un saco de vinilo relleno de bolitas de poliestireno que servía de cama para *Mister Badger*. Delante de una estufa amarilla, embutida bajo la campana de la chimenea junto a un ordenado montón de leña, había una esterilla de paja. Ellen supuso que ésa era la cama de *Bertie*; si los cerdos tenían cama. Las repisas estaban abarrotadas de tazas altas y utensilios, tarros para bolsitas de té, café y bolígrafos. Había una tetera de aspecto anticuado sobre los fogones, esperando a que la hicieran hervir. Peg miró hacia el reloj de la pared y sonrió.

—Supongo que es demasiado pronto para una copita. ¿Te apetece un té, cielo? Estarás hambrienta. Tengo jamón y pan de soda recién hecho. —Abrió la nevera—. He preparado un guiso para la cena, pero ¿qué tal si picamos algo? No hay nada como un viaje largo para abrir el apetito. ¿O preferirías ver antes tu cuarto y asearte?

—Sí, eso sería genial, gracias —contestó Ellen mientras *Bertie* entraba en la cocina y ocupaba su sitio en la esterilla.

—Andando, pues. —Peg le subió la maleta por la escalera, pese a la insistencia de Ellen de llevarla ella—. Soy tan fuerte como un buey. Esto no es nada comparado con las ovejas que he cogido en brazos.

Abrió la puerta que daba a una habitación de decoración floral con techo bajo de viejas vigas de madera, una gran cama de pino, armario y cómoda. Cruzó la moqueta a zancadas y abrió la ventana para dejar salir una mosca enloquecida que zumbaba contra el cristal.

—Tienes vistas al mar.

A Ellen le dio brincos el corazón.

—Con el faro —dijo.

—Sí —repuso Peg, con voz cautelosa.

—Está en ruinas. Me encantan las ruinas. —Se reunió con su tía en la ventana.

—Ésas son muy trágicas. Una madre joven murió allí hace cinco años en un incendio. Aunque vete tú a saber qué hacía allí a esas horas de la noche.

Ellen clavó los ojos en la oscuridad, pero no vio nada.

—¡Qué pena!

—Joe te lo contará todo al respecto. No para de hablar de eso. El marido de la chica, Conor Macausland, después de que ella muriera dejó el castillo y se mudó a una casa más pequeña de la finca, pero Johnny y Joe aún trabajan allí, manteniendo los jardines para que estén bonitos. Ella era una apasionada de la jardinería. —Bajó la voz—. Según las malas lenguas, la asesinaron.

Ellen estaba horrorizada.

—¿Quién?

—Su marido. —Peg cerró la ventana y echó las cortinas—. Durante una temporada fue el principal sospechoso. La policía se volcó en el caso, pero no encontraron absolutamente ninguna prueba que demostrara que lo hizo él. Hay quienes creen que no encontraron pruebas que indicaran que *no lo hizo*.

—¡Qué horror! ¿Tú qué crees?

Peg suspiró.

—Creo que fue un trágico accidente, pero algunos no se conforman con eso. Les gusta que haya un poco de misterio y crimen. —Sonrió con ironía—. Verás, aquí la vida puede ser un tanto aburrida y a la gente le gusta adornar las cosas para pasar el rato. A mí, personalmente, me gusta la vida tranquila. —Anduvo hacia la puerta—. Tu cuarto de baño está siguiendo por el pasillo, la segunda puerta de la derecha. Si no te importa, no abras la primera puerta, porque *Reilly* está durmiendo ahí.

—¿Reilly?

—Una ardilla que rescaté justo antes de Navidad. No podrían haberme hecho un regalo más bonito. —Sonrió con orgullo, como si hablase de un niño pequeño—. Lleva desde entonces hibernando en el armario del lavadero. Al lado de la caldera hace calor, así que pensé que estaría calentita. Se despertará dentro de uno o dos meses y luego intentaré domesticarla. Si necesitas sábanas limpias o lo que sea, pregúntame primero porque sé en qué estante están.

Ellen le sonrió como si tal cosa, como si una ardilla en el armario del lavadero fuese algo de lo más natural.

—Claro —dijo—. ¿Algún otro animal que deba tener en cuenta?

—Dentro de casa no. Tan sólo los ratones y murciélagos del desván, pero no te molestarán. *Bertie* no subirá aquí arriba, pero si entras en la cocina de madrugada puede que se te eche encima creyendo que eres una intrusa. Cuando era un lechón, se abalanzó sobre Oswald y consiguió fracturarle una pierna, así que ¡imagínate lo que podría romper ahora!

—¿Quién es Oswald?

—Mi gran amigo. Te encantará. Me alquila la casita de al lado y viene casi todas las noches a jugar a cartas.

—¿Ayuda en la granja?

Peg resopló un poco como *Bertie* y se echó a reír.

—No. ¡Si conocieras a Oswald verías lo gracioso que eso suena! Es un caballero inglés jubilado que, por increíble que parezca, pinta vestido con traje de tres piezas. Esas acuarelas de abajo son tuyas. Le dan lo suficiente para pagar el alquiler, pero no mucho más. Creo que lo hace por placer. Es un gran amigo. Te gustará. —Sus ojos chispearon al decir eso y Ellen se preguntó si no estaría un poco enamorada de ese caballero inglés.

—Estoy deseando conocerlo —comentó Ellen.

—Abajo hay una agradable salita en la que puedes escribir. Encenderé la chimenea y podrás instalarte allí cuando yo no esté. Ahora aséate y baja cuando estés lista. Iré preparando el té.

Ellen extrajo el teléfono del bolso y lo encendió. Instantes después le entraron dos mensajes de voz y dos

de texto. Los dos primeros eran de su madre; los eliminó sin escucharlos. Un mensaje de texto era de William: *Cariño, ¿qué está pasando? No lo entiendo. Por favor, llámame para que podamos hablar.* Su frialdad no le sorprendió en absoluto. Era el tipo de inglés de clase alta que casi nunca se alteraba por nada. Había recibido una educación que le proporcionaba un acusado sentido de sus derechos personales y la confianza en que todo acabaría saliendo bien; al fin y al cabo, siempre había salido bien, por lo que no había ningún motivo para creer que la repentina fuga de Ellen sería distinta. Estaría poniendo cara de paciencia y suspirando «¡mujeres!», del mismo modo que su padre se encogía de hombros ante las flaquezas de su madre. El otro mensaje de texto era de Emily, su mejor amiga: *¡Dios mío! ¡Al final lo has hecho! Tu madre ha llamado dos veces, pero me da demasiado miedo contestar. ¿Qué le digo? Llama, por favor.* Ellen apagó el teléfono y caminó hasta la ventana. La abrió de par en par e inspiró el húmedo aire nocturno. Un escalofrío le erizó la piel. No sabía si se lo había producido el frío o la emoción de haber huido. Era igual. Por fin se sentía libre del deber. Había estado complaciendo a sus padres durante los primeros treinta y tres años de su vida; ahora, al fin, podía ser autocomplaciente.

En el piso de abajo, Peg estaba sentada a la mesa de la cocina leyendo la prensa mientras comía pan con queso. Ellen se fijó en un pájaro de aspecto amenazante que se había posado en el respaldo de su silla. Era negro como el carbón con los ojos del color de la venturina.

—Me imagino que es otro amigo, ¿no? —le preguntó, retirando la silla lo más lejos posible del pájaro.

—¡Ah, sí! Es mi pequeña grajilla. —Peg habló con entusiasmo—. Lo crié cuando salió del huevo y ha vivido conmigo desde entonces. Intento ahuyentarlo, pero siempre vuelve. No puedo deshacerme de él. —Se rió, y Ellen supo que en realidad su tía no quería que se fuese—. ¿Ahora sí quieres un té?

—Me encantaría, gracias. —La grajilla la observaba con recelo—. ¿Cómo se llama?

—*Grajita* —contestó Peg entre risas—. No es un nombre muy ocurrente, pero le queda bien.

Al oír su nombre, *Grajita* voló sobre la mesa y picoteó las migas de galleta que Peg le había dejado. Era tan grande que a su lado el bote de galletas parecía enano.

—Tienes una barbaridad de animales.

—El problema es que no sé decir que no, y todo el mundo lo sabe. Lllaman a mi puerta para traerme cualquier animal abandonado o herido. —Peg le pasó una taza alta de té—. La leche está en la jarra. Oswald viene a las seis a tomar una copa de vino. El té no puede ni verlo. Siempre tengo una botella de clarete en lo alto de la nevera únicamente para él, pero si quieres un poco, puedes coger sin problemas. Mañana te presentaré a *Charlie* el burro, *Larry* la llama, mis gallinas y ovejas. Sólo tengo una docena de ovejas. *Snowdrop* es mi favorita; la crié desde que el zorro mató a su madre. Me tenía toda la noche en vela con sus exigencias. ¡Peor que mis hijos de bebés!

Ellen sorbió el té y se sintió automáticamente como nueva.

—Aparte del repugnante de *Gofre*, a mi madre no le gustan los animales.

—*Gofre* es un perro, supongo. Con un nombre como ése, *espero* que sea un perro.

—Sí, es un perro enano.

—A Maddie siempre le molestó mucho mancharse la ropa, incluso de pequeña. No sé si la gente cambia mucho. Era como un cisne entre ocas.

—Tú no eres una oca, tía Peg.

Ellen se rió.

—En comparación con tu madre, ya lo creo que sí. Nació la última, pero acaparó toda la belleza. No es que me importe. Ya soy vieja y sabia y sé que la belleza no sirve de nada si la persona no es bella por dentro.

—No creo que a mi madre le importe mucho lo que hay en el interior.

—Pues antes le importaba. Aunque si es feliz... —Se encogió de hombros—. ¿Te apetece otro cigarrillo antes de que venga Oswald? No le gusta el tabaco, así que procuro fumar un poco antes de que venga para que la casa no huelga.

—Sí, por favor —contestó Ellen. Era cierto que Peg no era una belleza como su hermana, pero tenía el rostro ancho y amable de la persona siempre predispuesta a ver la bondad ajena—. Me alegro de



haberte encontrado, tía. Pensar que, de no haber hurgado en las cartas de mi madre, a lo mejor jamás me habría enterado de que existías...

Peg le pasó la cajetilla a su sobrina, que se colocó un cigarrillo entre los labios.

—Nunca es demasiado tarde. Todos los ríos desembocan en el mar de un modo u otro. Ella trató de mantenernos ocultos, pero nos has encontrado tú solita.

Encendieron sendos cigarrillos y bebieron el té a sorbos en la acogedora calidez de la cocina. Peg siguió hablando de su familia, y su acento irlandés se enrollaba alrededor de sus palabras cual cola de cerdo, y las suaves subidas y bajadas de su entonación arrullaron a Ellen. *Bertie* estaba acostado en la esterilla, gruñendo en sueños, en tanto *Mister Badger* estaba acurrucado en su cama. *Grajita* volvió a su sitio en el respaldo de la silla de Peg, pero miró a Ellen con cautela, sin fiarse aún de la desconocida que se había colado en sus vidas.

Ellen estaba tan a gusto en la cocina de Peg que hasta la hubiera abrazado. En Londres, la cocina de sus padres era el dominio de la señora Leonard. La familia comía en el comedor y la señora Leonard cocinaba y recogía. Ya tenía sus años, era de la generación que había crecido con la puerta tapizada en verde que, desde el siglo XVIII, había sido un rasgo característico de todo hogar con servicio, y como resultado se sentía comodísima en su dominio tras esa puerta que separaba la zona noble de la de la servidumbre. Además de la señora Leonard, estaba la señora Roland, el ama de llaves, quien vivía en el sótano, y Janey, una chica vivaz recién salida de la universidad que era la asistente personal de Madeline Trawton, aunque Ellen no entendía qué hacía todo el día, ya que su madre no trabajaba. Su padre tenía un chófer que se pasaba la mayor parte del tiempo llevando a su madre a las selectas tiendas de Bond Street y a comidas benéficas. Pensándolo bien, en su infancia habían predominado las niñeras de uniforme gris procedentes de las tierras del norte. No recordaba época alguna en la que la casa no hubiera estado llena de empleados.

Ellen pensó en su casa. En realidad, no era en absoluto un hogar, sino un escaparate, decorado y frecuentemente modernizado por el famoso diseñador francés Jacques Le Paon, y la cocina, que la señora Leonard ocupaba como una gallina con acusado sentido de la propiedad, era un lugar funcional e impersonal que la familia casi nunca pisaba. No como la de Peg. Se reclinó en la silla y se dejó absorber por la estancia. La cocina de su tía era el mismísimo corazón de la casa y Ellen se empapó de su amor agradecida.

Al cabo de un rato Peg se levantó a abrir una ventana y hervir un cazo de café para disimular el olor a humo. Echó un vistazo al reloj de la pared, cuyo minuterero iba acercándose lentamente al doce. A las seis menos cinco, Peg sacó dos copas de vino del armario y cogió la botella medio llena de clarete de lo alto de la nevera. Le quitó el corcho y la colocó con cuidado sobre el montón de leña contiguo a los fogones para calentarla. A los cinco minutos la puerta principal se abrió y entró con resolución un hombre hecho un palillo que rondaría los sesenta y cinco, con traje de tres piezas, sombrero y gafas.

—¡Dios bendito! ¿Ya son las seis? —exclamó jovialmente al tiempo que entraba con paso largo en la cocina—. ¡Ah...! La adorable Ellen, venida de la Gran Niebla.

—Éste es Oswald, cielo —dijo Peg, su sonrisa casi engullendo todo su rostro.

Ellen se levantó y le ofreció la mano.

—Encantada —dijo—. Me han hablado mucho de ti.

Oswald le dio la mano y sus ojos gris claro chispearon de alegría.

—Somos artistas. Congeniaremos como un par de ocas en un estanque —anunció. Su acento inglés

era inconfundible, como la porcelana fina. Ellen nunca habría dicho que fuese pintor. Sus manos eran suaves y limpias. El traje de *tweed* y la camisa estaban perfectamente planchados.

Peg trajo enseguida las copas a la mesa, luego volvió instantes después con la botella. Oswald se sentó y dejó que Peg le sirviera una buena copa de clarete.

—Bueno, bueno..., ¡qué maravilla! —Tomó un sorbo y a continuación alzó su copa hacia Ellen—. Bienvenida a tu tierra natal.

Ella se echó a reír; Oswald ya le caía simpático.

—Gracias.

—Ésta es una tierra de sirenas y magia. No vayas a pensar que todas las historias que has oído sobre Irlanda son folclore. No, son absolutamente verídicas. Si aguzas bien la vista, verás duendecillos verdes escondiéndose en el brezo y robando monedas que meten en la marmita de oro del pie del arco iris.

—¡Venga ya, Oswald! Eres un granuja. —Peg se rió mientras le pasaba una copa a Ellen y se sentaba en su silla con una copita de Jameson y una jarra de agua para sí—. No te creas nada de lo que diga, cielo. Vive en un mundo de hadas.

—También existen —añadió con seriedad, bajando la voz. Ellen no sabía si únicamente bromeaba para tomarle el pelo a su tía—. Lo oyen todo. —Movi6 los labios sin emitir ningún sonido, mirando con cautela alrededor de la estancia—. Y, además, roban cosas, así que más vale que tengas cuidado y guardes bajo llave tus objetos de valor.

—Te está tomando el pelo —terció Peg—. Y no ha bebido más que un sorbo.

—Es cierto. ¡Vamos, Peg! Siempre estás hablándome de cosas que se mueven o desaparecen misteriosamente.

Ella negó con la cabeza.

—Con la casa repleta de animales no es de extrañar. *Bertie* tiene debilidad por los objetos brillantes.

—¿Lo has pillado in fraganti? —quiso saber Oswald.

—No, pero sé que es él.

—¿Lo ves? No hay pruebas. Lo que te decía, son las hadas. ¿Conoce a Dylan ya?

—Aún no. Mañana supongo —contestó Peg, con cierta inquietud, pensó Ellen.

Oswald se volvió hacia ella para ponerle al día.

—Dylan sabe dónde yacen todos los duendes y te lo dirá si le pagas un whisky. Es creativo, como nosotros, Ellen, y en consecuencia un alma muy sensible, aunque por desgracia el alcohol le ha hecho más excéntrico de lo que era en su día. No estoy seguro de que los duendes que afirma ver no estén realmente nadando en el whisky de esa cabeza encharcada suya. —Sonrió abiertamente, dejando ver dos colmillos torcidos que le daban aspecto de lobo—. Pero sigue teniendo una elevada dosis de ese famoso atractivo irlandés. Es imposible no sentir simpatía por Dylan.

—Me parece todo estupendo para mi novela —dijo Ellen.

—¡Oh, sí! Aquí tendrás mucha inspiración —convino Oswald, arqueando las cejas—. ¿De qué va tu libro?

—Amor, misterio..., ya sabes —contestó ella sin precisar—. Si quieres que te diga la verdad, aún no lo sé muy bien.

—Cuanta menos idea tengas mejor; así podrás empaparte del ambiente y dejar que tu imaginación te

lleve a lugares desconocidos y mágicos. Olvídate de tus historias londinenses, no tienen cabida aquí en Connemara.

A Ellen le animó el consejo de Oswald. Estaba acostumbrada a que su madre apagara su entusiasmo. Estaba ansiosa por explorar el lugar y hallar inspiración entre las construcciones en ruinas y las colinas escarpadas. Escondida en esta remota región de Irlanda, podría decidir qué hacer, a su ritmo. Peg parecía encantada de tenerla en casa; y William, su inminente boda y su controladora madre se le antojaban muy lejanos, lo cual era reconfortante.

Oswald se quitó el sombrero de *tweed* y se quedó a la cena, lo que tía Peg, como buena irlandesa, llamaba *tea*. Ellen dio por sentado que se quedaba siempre. Comieron guiso de carne con repollo y patatas hervidas, que su tía llamaba «papas» y que puso en el centro de la mesa para que cada cual se las pelara. De postre había hecho una tarta de melaza, que era la favorita de Oswald, aunque nadie lo diría a juzgar por su complexión. Parecía un junco de ensortijada pelambre gris en la parte superior.

Después de cenar, le enseñó a Ellen los cuadros que le había regalado a Peg y le comentó que, si alguna vez no podía pagar el alquiler, le obsequiaba con un cuadro.

—Algún día valdrán una fortuna y Peg será muy rica.

—¿Y para qué quiero ser rica? —dijo la mujer desde la cocina.

—Tú no sabes lo que quieres.

—El dinero no da más que problemas. Estoy muy bien así, muchas gracias.

—El dinero no tiene nada que ver con la felicidad, estoy de acuerdo, pero es evidente que, mientras la buscas, te hace la vida más agradable —repuso él. Entonces bajó la voz y señaló un cuadro del faro, antes de que el fuego lo destruyera—. Todo un misterio —dijo, golpeteándolo con la uña.

—Peg me ha hablado del incendio.

—Un asunto horroroso. Pobre chica. Aún era joven, no mucho mayor que tú, y también guapa. Tenía una melena pelirroja del color del brezo rojo fuego, ojos verdes, piel blanca como la leche y un temperamento salvaje, pero frágil. Emanaba cierta ingenuidad. Me imagino que estaba cerca de las hadas y los duendes. —Se rió entre dientes y habló en voz más baja—. Pero no se lo digas a tu tía. No le gusta reconocer que cree en esa clase de cosas.

—Peg me ha contado que el marido...

—Conor, sí, pobre hombre. Yo en su lugar habría huido, con todo el mundo señalándome y la palabra asesinato sin verbalizar en los labios de la gente. Pero tiene una casa en la finca y nunca lo vemos. Es muy reservado y pasa la mayor parte del tiempo en Dublín, me parece. Era un exitoso productor de cine, pero no sé si ha conseguido hacer nada desde que Caitlin murió. Ahora los niños van al colegio allí.

—Deduzco que vivían en un castillo.

—También lo he pintado. No me quedó mal. Johnny y Joe te llevarán ahí arriba y podrás echar un vistazo. Como novelista, es el sitio ideal para ambientar un libro.

—Ya siento la inspiración —contestó ella impaciente.

—¿No tienes novio?

—No —mintió ella, cruzando los brazos por delante del pecho.

—Ése es un gesto muy defensivo —comentó él pensativo.

—Tuve uno, pero se acabó.

—¡Ay...! Has dejado a un pobre hombre en Londres con el corazón destrozado, ¿verdad? —Le sonrió con amabilidad y la miró con ojos escrutadores—. Es mejor que le rompas el corazón ahora que romper los de ambos en el futuro.

Ella supuso que el corazón de su madre era el que más roto estaba.

Ellen ayudó a su tía a llevar la bandeja de café a la sala. Había encendido el fuego y corrido las cortinas, y la habitación olía agradablemente a humo de leña. *Mister Badger* entró tranquilamente y se subió al sofá con la despreocupación de un perro que se limita a seguir su rutina nocturna. Peg y Oswald ocuparon sus sitios a la mesa de cartas montada junto al ventanal, mientras que Ellen se sentaba en el sillón junto al fuego y veía cómo *Grajita* entraba volando y se posaba en la cómoda arrimada a la pared del fondo.

—¿Quieres jugar? —le preguntó Peg a su sobrina.

—No, gracias. No juego a cartas —contestó, preguntándose dónde estaba la televisión y si su tía tenía el canal Sky.

Peg le leyó el pensamiento.

—Me temo que no tengo televisión. Tengo una biblioteca en la salita donde escribirás tu libro. ¿Qué te gusta leer?

—Principalmente ficción. Novelas románticas, de misterio, sobre lugares hermosos. Escapismo, supongo —contestó ella al pensar en todas las cosas de las que tenía que escapar—. Y también me gusta la ficción histórica, como los libros de Philippa Gregory. Los he leído todos.

—Y tienes que leer a los clásicos —terció Oswald, que añadió sabiamente—: *A la larga, los hombres alcanzan sólo aquello a lo que aspiran, luego deberían apuntar alto*. Hala, una cita para ti. Lee a Oscar Wilde, Dumas, Maupassant, Austen, Dickens. Lee a los Grandes, Ellen, y puede que acabes escribiendo como ellos.

—¿Es eso lo que haces con tus cuadros? —le preguntó ella con sonrisa burlona.

—No, porque soy viejo y he tocado techo en términos de aptitud. Tú eres joven y tienes un largo camino por delante.

—No sé yo si eso me convence mucho, Oswald. Creo que nunca se es demasiado mayor para aspirar a la excelencia.

—Ahora eres tú la que me toma el pelo a *mí* —dijo él entre risas.

—¿No crees que mereces un poco de tu propia medicina? —señaló Peg, chasqueando la lengua y mirándolo con ternura.

—Reparte las cartas, querida, y empecemos.

Ellen comprendió que, si ellos pensaban jugar a cartas todas las noches y no había televisión para distraerse, no le quedaría más remedio que buscarse un libro para leer. Se preguntó qué diría Emily y sonrió. No creía que su amiga pudiese aguantar cinco minutos en una casa sin televisión. *Ella* tampoco estaba segura de aguantar tanto, pero una casa con dos ancianos excéntricos y sin tele era a todas luces más apetecible que estar en Londres, en casa, con un prometido al que no amaba y una madre avasalladora empeñada en casarla sin una buena razón.

Se arrellanó en el sofá y contempló el fuego, pensativa. Era consciente de que le debía a William más que un mensaje de texto; la verdad es que tenía que haber sido más clara. «Tengo que irme porque necesito tiempo para pensar» no era sinónimo de: «No te quiero y no quiero casarme contigo». La fecha del enlace estaba prevista para junio, faltaban casi cinco meses. La iglesia de la Inmaculada Concepción de Farm Street estaba reservada para el sábado 22 y el posterior banquete en Claridges sirvió a su madre de excusa para comer allí cada semana con el señor Smeaman, el empalagoso director de eventos. Ya tenía cita con Sarah Burton, que había diseñado el vestido de boda de la duquesa de Cambridge, porque Madeline Trawton insistía en que quería un diseño no menos hermoso para su primogénita, si bien Ellen no tardó en advertir que eso respondía más al deseo de impresionar a sus amigos que de complacer a su hija. Tanto Leonora como Lavinia habían disfrutado de unas bodas espléndidas, pero las novias acabaron ocupando un segundo plano, porque su madre había deslumbrado más que ellas dos juntas.

Mientras Ellen cavilaba sobre su dilema y Peg y Oswald jugaban a cartas junto al ventanal, *Grajita* empezó a graznar desde el mueble. «*Cra-cra*», graznó, yendo desesperado de aquí para allá sobre la cómoda en la que se había posado. Entonces *Mister Badger* levantó la cabeza y aguzó las orejas. Se tensó como si cada uno de sus sentidos prestase atención a algo que sólo un perro puede percibir. Ellen lo observó distraídamente al principio y después con creciente interés. El animal empezó a menear la cola y a seguir algo invisible con los ojos, como si ese algo pasease por la habitación. Entonces aulló nervioso, su cola aporreando los cojines. Era todo sumamente extraño, pero ni Oswald ni Peg parecieron darse cuenta. Ellen se levantó de su asiento y se arrodilló en la moqueta para acariciarlo. Él la miró fugazmente, advirtiendo su presencia, pero enseguida volvió a distraerlo el ente invisible.

—Tía Peg, mira un momento a *Grajita* y a *Mister Badger* —dijo—. Se comportan de un modo muy raro.

La mujer echó un vistazo y sonrió.

—Son un poco excéntricos, me temo.

—Son las hadas —dijo Oswald, sin apartar los ojos de su mano de cartas.

Peg meneó la cabeza.

—No asustes a mi sobrina, que acaba de llegar. No quiero que vuelva a Londres huyendo de los fantasmas.

—Si es un fantasma, es simpático —dijo Ellen. Entonces, mientras *Grajita* salía de la habitación volando, añadió—: No puedo poner las manos en el fuego por tu pájaro, pero a *Mister Badger* le cae bien. Mira cómo lo sigue con los ojos.

—A los perros les gustan las hadas —comentó Oswald con cierto aire autoritario—. Pero no sienten tanta debilidad por los duendes.

—¿Piensas jugar, Oswald, o vamos a seguir diciendo tonterías?

Jugó su carta.

—¡Toma! Esto te bajará los humos.

Ellen acarició el hocico de *Mister Badger* y éste no tardó en calmarse y poner la cabeza entre las patas. Cerró los ojos y suspiró profundamente antes de quedarse dormido con el movimiento rítmico de sus caricias.

Ellen, se preguntaba qué le habría alterado tanto. No creía en las hadas ni los duendes, pero que hubiese fantasmas le parecía de lo más natural.

—¿Cuántos años tiene esta casa? —le preguntó a su tía.

—Pues se construyó a principios del siglo dieciocho —respondió Peg.

—Entonces, ¿es posible que haya fantasmas?

—Querida, ya te he dicho que hay hadas. Un montón de hadas —contestó Oswald antes de soltar una fuerte risotada—. *Ésa* sí que ha sido una buena jugada, ¿verdad, Peg?

—¿Murió alguien aquí, que tú sepas? —insistió Ellen. Ni Oswald ni su tía respondieron, y ella estaba demasiado obsesionada con la idea de que la casa estuviese encantada como para fijarse en que los dedos de Peg planeaban vacilantes sobre las cartas—. ¿Verdad que es posible que haya un fantasma en la casa?

—Yo no creo en los fantasmas —contestó la mujer con sequedad. Entonces añadió en voz baja—: La gente que ve fantasmas los ve porque *quiere* verlos. Es ese deseo el que hace que vean y oigan cosas que no están allí. Triquiñuelas de la mente. *Mister Badger* sale corriendo tras una mota de polvo que brilla bajo la luz o una mosca tan pequeña que no puedes verla. No te dejes engañar por los cuentos de hadas de Oswald; Irlanda le tiene obsesionado. Me niego a oír semejantes pamplinas. Por qué no vas a buscar un libro para leer, en la biblioteca tengo muchísimos.

Ellen se dio cuenta de que había puesto el dedo en la llaga, y lo lamentó. Se levantó y salió tranquilamente, dejando a su tía y a Oswald sentados a su mesa de cartas. Les oyó hablar en voz baja mientras ella recorría el pasillo, luego reinó el silencio en la pequeña biblioteca, salvo por el tictac de un viejo reloj de pared.

Era un cuarto pequeño con dos paredes repletas de estantes, una ventana en la otra punta con un escritorio colocado enfrente, y en la pared contigua una gran chimenea que estaba oscura y fría. Sobre la moqueta habían puesto alfombras y en el centro de la habitación habían colocado una mesita cubierta de desordenadas pilas de revistas y libros. Olía a los restos de humo incrustados en las cortinas y telas. El suelo crujió cuando Ellen caminó hasta la estantería en busca de algo inspirador. No concebía que hoy en día alguien pudiese vivir sin televisión. ¿Cómo se mantenía su tía conectada con el mundo? Recorrió los lomos con la mirada hasta que topó con un título que le llamó la atención: *Castillos de Irlanda*. No era una novela, pero daba igual. La hojeó, leyendo los encabezamientos de la parte superior de cada página. Era una historia sobre castillos, algunos de ellos en ruinas, otros intactos, con preciosas y brillantes fotografías. Su curiosidad aumentó. No había nada más romántico que unas ruinas.

El gallo cantó al amanecer, pero Ellen ya estaba despierta. Desde la ventana de su cuarto ahora pudo ver mejor el faro. Conservaba parte de su estructura blanca externa, misteriosa a la débil luz matutina, pero los restos ennegrecidos quedaban a la vista como las costillas calcinadas de un viejo barco, expuestos al viento y las gaviotas que osaran acercarse allí. Estuvo mirándolo un buen rato. La visión del abandono tenía un no sé qué cautivador y le produjo una gran melancolía. La atrajo como le atraían los castillos en ruinas, y anheló saber cómo había muerto la joven y por qué había ido allí.

El mar estaba liso como el satén, las rocas aparentemente benignas en la paz de la tierra que despertaba. El silencio era una novedad para Ellen, que estaba acostumbrada al ruido de la ciudad, pero sintió que se apoderaba de ella, suave como el plumón, y por unos momentos se quedó absorta en el paisaje. Sus pensamientos se apaciguaron, se le despejó un poco la cabeza y vivió el momento, percibiendo la infinitud en el panorama quedo e intemporal.

Entonces oyó a Peg trajinando abajo en la cocina, el correteo de patitas y el gruñido del cerdo. La puerta principal se abrió y Ellen vio a su tía saliendo de la casa con *Bertie* y *Mister Badger*, que olisqueó el suelo con entusiasmo y levantó la pata delante de la cerca. Su tía cruzó el prado a zancadas con un grueso abrigo marrón y botas, un gorro de lana calado sobre la frente y un enorme cubo negro en su mano enguantada; podría haber bajado rodando la colina si hubiera querido.

Resultaba extraño pensar que Peg tenía el mismo ADN que la madre de Ellen, que era esbelta, refinada e iba de punta en blanco. A Madeline Trawton la peinaban en una peluquería chic de Chelsea tres veces por semana, y se hacía frecuentes manicuras y tratamientos faciales. Ellen no creía que su tía se hubiese hecho una manicura jamás, por no hablar de un tratamiento facial. Parecía una figura solitaria, ligeramente encorvada, redonda como un pudín de Navidad; le sorprendió sentir tanto cariño hacia una mujer a la que apenas conocía. La vio contando ovejas y luego silbando con fuerza, su aliento elevándose como el humo en el frío aire matutino. Pensó que silbaba al perro, pero al cabo de un momento un burro gris peludo subió trotando por la falda de la colina. Cuando llegó hasta Peg, metió el hocico en el cubo y dejó que ella le acariciara la cabeza y las orejas cariñosamente. Las ovejas también se aglomeraron a su alrededor, hasta que *Mister Badger* entró en acción, ahuyentándolas celoso. Una oveja de cuello bastante largo se resistió al control del perro y arrimó su cuerpo suave y lanudo a Peg. A Ellen le pareció que tenía el cuerpo muy raro hasta que entendió que de oveja, nada, que era una llama, y sonrió por la excentricidad de su tía, preguntándose qué pensaría su madre de ella.

Al pensar en su madre se apartó de la ventana y sacó el iPhone del bolso. Lo encendió y esperó a que le entraran los mensajes. El corazón se le empezó a acelerar y la ansiedad que había sentido en Londres volvió para disipar la paz de que había disfrutado sólo unos momentos antes. Comenzó a sudar conforme los mensajes fueron pitando al entrar: sms, correos electrónicos y el buzón de voz. La noticia debía de haber circulado, dedujo. Los miró temerosa. William, su madre, su padre, que normalmente se mantenía al margen de los conflictos familiares, Leonora y Lavinia, Emily y su gran grupo de amigas, todos habían intentado contactar con ella de un modo o de otro. Sintió una oleada de pánico. Fue insoportable. Había huido de Londres para evitar esto: a la gente, al *sinfín* de personas que le decían cómo tenía que vivir su vida. ¡Ojalá desaparecieran todos!

Con una creciente sensación de claustrofobia se puso apresuradamente los tejanos y el jersey. Se metió el teléfono en el bolsillo trasero y bajó corriendo los escalones, de dos en dos. Ignorando la hilera

de botas de goma de Peg, introdujo los pies en las suyas de cuero y se puso su chaqueta de pelo sintético. Una vez que estuvo fuera, el aire frío le azotó en la cara y le quemó los pulmones, despertando de golpe sus sentidos. ¿Por qué no había hecho esto antes?, se preguntó enfadada. Caminó por la gravilla con paso largo y saltó la cerca del prado en el que Peg estaba ahora hablándole a la llama.

—Buenos días —dijo su tía al ver que su sobrina se dirigía resueltamente hacia ella, pero se puso seria cuando detectó la expresión turbada de Ellen—. ¿Estás bien, cielo?

Ella inspiró hondo y se estremeció, haciendo caso omiso de la llama, que la observaba imperiosamente.

—Voy a bajar al mar —anunció mientras metía las manos en los bolsillos.

—¿Ahora? ¿Antes del desayuno?

—Me apetece dar un paseo estimulante.

Peg frunció el ceño. Reconocía el miedo cuando lo veía.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquila. —Ellen sonrió tenuemente.

—¿Qué te apetece tomar a la vuelta? ¿Huevos con beicon? ¿gachas?

—No he tomado gachas en mi vida. Suelo tomar fruta. Mi madre insiste en que no coma demasiado, no vaya a ser que me hinche...

Estuvo a punto de añadir: «antes de la boda», pero se contuvo. Peg arqueó las cejas, como si le estuvieran hablando en otro idioma.

—¡Señor! Pero, criatura, ¡tienes que comer! Mírate, estás en los huesos. Tu madre ha perdido el juicio. Te haré gachas con miel y un plátano pequeño y te sentirás como nueva.

Ellen reprimió las lágrimas. Quería de todo corazón sentirse como nueva.

Peg bajó los ojos hacia los pies de la joven.

—¿Seguro que quieres echar a perder esas botas tan buenas?

—No me importa. —Ellen desvió la vista—. El cuero es resistente y, francamente, me importa un comino si se estropean. Ahora vuelvo. —Las ovejas se apartaron y se fue colina abajo a paso ágil. Peg se la quedó mirando unos instantes, con los brazos en jarras y el ceño fruncido arrugándole la frente bajo el gorro.

Cuanto más rápido caminaba mejor se sentía. El aire era tonificante y sus mejillas enrojecieron y entraron en calor. Llegó al camino y lo cruzó, tomando un atajo que bajaba al mar entre la alta hierba. Una casita de piedra abandonada se erguía triste junto a los deteriorados restos de una cerca. Arbustos y hierbajos crecían a su aire en su tejado y se propagaban por los huecos entre las piedras de las paredes. Con el tiempo volvería a la tierra de la que había salido y las olas la arrastrarían. Un día todo desaparecería, pensó con filosofía, porque lo material no dura. *Por eso tengo que vivir la vida que quiero vivir, porque un día yo también desapareceré.*

En ese momento, la marea estaba baja, y había quedado al descubierto una playa ancha de arena blanca. Había rocas negras desperdigadas aquí y allí, como focas durmientes, y las gaviotas blancas brincaban por las pozas poco profundas en busca de alimento. El viento soplaba por entre el faro abandonado como los fantasmas que juegan entre viejos huesos, e inspiró hondo, llenando completamente



los pulmones. Al exhalar sintió que la tensión se disipaba y los hombros bajaban. La visión del mar y el cielo infinitos eliminó la pesadez que le oprimía el pecho y experimentó una maravillosa sensación de alivio. Caminó por la arena, sin importarle que sus botas caras se mojaran, y siguió avanzando hacia el océano. Conforme se acercó al agua el rugido del mar se intensificó. Era un sonido agradable, muy distinto al estruendo del tráfico, e inspiró ávidamente el aire salado. El viento le revolvió el pelo y la humedad se lo rizó, haciendo que los bucles de color castaño rebotaran sobre su espalda y por toda la cara. Sin lamentarlo lo más mínimo, sacó el iPhone del bolsillo de los tejanos y lo lanzó al mar lo más lejos que pudo. Cayó con un *plaf* y desapareció.

Tras aquello experimentó una inmensa sensación de libertad. Fin de los mensajes acosadores. Fin de todo contacto con Londres. Fue como si hubiese tirado a su madre y a William, a sus hermanas y amigos —de hecho, su vida entera— al agua. Todos ellos se habían sumergido con ese teléfono y ahí estaba ella, sola en una playa desierta, al fin liberada del deber, la responsabilidad y el molde terrible que la había aprisionado. Había cruzado un puente destruyéndolo a su paso. Ahora podría ser quien quisiera ser. Sonrió con satisfacción y dejó que el viento se llevara su pasado. Al extender la vista hacia la vasta extensión del mar entendió que el mundo estaba lleno de posibilidades infinitas.

Deshizo lo andado por la playa con cierto brío en el paso, cruzó el camino y subió por la colina donde las ovejas pastaban tranquilamente y el burro contemplaba el mar, a solas. Cuando avistó la casa, vio varios coches estacionados en la gravilla al lado del sucio Volvo de Peg. Igual de viejos y llenos de barro que el de su tía. Se preguntó quién habría venido tan de mañana.

Al abrir la puerta le llegó el olor a beicon envuelto en un aire cálido. *Mister Badger* la recibió saltando. Ella le dio unas palmaditas y luego se sacó la chaqueta y las botas. El cuero se había manchado allí donde el agua lo había empapado, pero no le importó. Estas botas formaban parte de la vida que ahora sabía con certeza que no quería. De la cocina llegaba el eco de voces, muy particularmente voces masculinas graves. Entró tímidamente.

—¡Ah, estás aquí, cielo! Ven a conocer a tu familia —Peg le sonrió contenta y feliz.

Ahí, sentados a la mesa, sujetando altas tazas de té, había cuatro hombres de la edad de Peg y otro más joven, más o menos de la edad de la propia Ellen, que los miró atónita.

—Éstos son tus tíos —continuó Peg—: Johnny, Desmond, Ryan y Craic, y ése es Joe, el hijo de Johnny.

Ninguno de ellos se levantó para saludarla, pero todos se quitaron la gorra. La curiosidad de su mirada era tan evidente como el hambre en los ojos de los lobos.

—Me temo que al enterarse de que estabas aquí todos han querido ser los primeros en verte de cerca —añadió Peg.

*Ésta es mi familia*, pensó Ellen con incredulidad mirando a los hombres bruscos y peludos como si fuesen de otra especie. A primera vista no se parecían nada a su madre. ¿En serio tenían la misma sangre? Hizo un esfuerzo consciente para serenarse y ofreció la mano con educación. Los internados le habían enseñado a ocultar sus sentimientos. Siempre podía hallar refugio en los buenos modales cuando una situación novedosa amenazaba con desestabilizarla.

—Así que sois los hermanos de mi madre —dijo. Le dieron la mano uno por uno, repitiendo su nombre, levantando la vista hacia ella como si también a ellos les costase descubrir sus propios rasgos reflejados en los suyos.

—Soy Desmond, el mayor de los Byrne —dijo el primero dándose aires—. Mi mujer, Alanna, también quería venir, pero tenía que ir a trabajar, así que la conocerás después.

—Tengo muchas ganas de conocerla —repuso Ellen, que encontró intimidatoria la siniestra belleza de Desmond. Era el más grande de todos, fornido, de hombros anchos y musculosos y un cuello corto y ancho. Su pelo era moreno e hirsuto, moteado de gris, y una espesa barba negra tapaba una cara ancha y seria. Parecía la clase de hombre capaz de tumbar a una persona sólo con ponerle un dedo encima.

—Y yo soy Johnny, y éste es mi hijo —terció el hombre un poco más menudo de al lado.

Al igual que Desmond, Johnny tenía los ojos azules hundidos, pero la expresión de éstos era más amable y más diáfana que la de su hermano. También tenía barba, pero el pelo parecía suave y le cubría menos la cara, y, a diferencia de Desmond, que presumía de mata de pelo, a Johnny ya le clareaba.

—Hola —dijo el hijo de Johnny, Joe.

Tenía la mano caliente, le apretó la suya con fuerza y a Ellen casi se le cortó la respiración cuando le crujieron los huesos de los dedos.

—Perdona, no pretendía hacerte daño —continuó, y sonrió con la boca torcida.

Era guapísimo cuando sonreía, pensó, y supuso que de joven su padre habría sido tan guapo como él, porque eran muy parecidos, salvo por los ojos de Joe, que eran de un verde musgo intenso.

—Este chico no sabe la fuerza que tiene —intervino Ryan, sacudiendo su pelo castaño rojizo con fingido desdén—. Te pido disculpas en nombre de mi sobrino; ¡es puro músculo sin materia gris!

A continuación rió, y sus dientes amarillos y torcidos quedaron al descubierto.

—Esto se hace así, chico —le dijo a Joe, y le dio la mano a su sobrina con suavidad—. Encantado de conocerte, Ellen. Soy Ryan.

—Hola, Ryan. —Ella se rió, su mano le pareció cálida y suave, como la masa de harina.

—Y yo soy Craic —se presentó el último.

Y había cierta inseguridad en sus ojos gris pálido y una blancura en su pigmentación que no compartía con sus hermanos. De todos sus tíos, era el más parecido a su madre, y Ellen le sonrió cordialmente, más tranquila al descubrir algo que le resultaba familiar en los rostros desconocidos que le sostenían la mirada. Pero pese a esa similitud, eran mundos aparte. Los acentos irlandeses de los hombres eran fuertes; sus manos, grandes y ásperas. Ellen pensó en la piel suave y las uñas pulidas de su padre. Las suyas eran las manos de un hombre que trabajaba en un lujoso despacho de Mayfair y disfrutaba de largas comidas con sus amigos en el White. Las manos de sus tíos le recordaban a los albañiles que trabajaban permanentemente en la casa de Eaton Court, satisfaciendo las insaciables demandas de su madre o su necesidad de evitar el aburrimiento a cualquier precio.

—Ven, siéntate, cielo. Te he hecho gachas, y té. —*Grajita* se posó en el respaldo de la silla de Ryan, en la cabecera de la mesa. Su tío no pareció darse cuenta de que estaba allí, o estaba tan acostumbrado a los singulares inquilinos de su hermana que lo ignoró como quien no se fija en una silla o una tetera. Ellen ocupó el asiento libre del otro extremo de la mesa. Peg le puso delante un cuenco de gachas. Había añadido un caminito dorado de miel en forma de espiral. Humeaban de manera tentadora.

—¿Y vosotros qué estáis tomando? —preguntó Ellen, rompiendo el incómodo silencio. La estaban mirando todos como si fuese un animal exótico que Peg hubiese rescatado de un país extranjero—. ¡Pero si tía Peg os ha preparado un banquete!

—Huevos con beicon para los chicos —dijo la mujer, sirviéndole té en la taza—. Ataca, cielo. Aquí

no nos andamos con ceremonias.

—¿Desayunáis aquí todas las mañanas? —preguntó a Joe porque era de su edad.

Él sonrió y sus ojos oscuros centellearon con picardía.

—¡Qué va! Lo único que suele haber en el menú es una taza de té, ¿verdad, Peggie?

Ella le dio, en broma, un capirotazo. Tenía el pelo moreno, grueso y brillante, y una cara afilada y pícara. Ellen detectó el cariño de sus ojos cuando miraba a su tía.

—Como Peg no quiere ir al bar, tenemos que venir aquí —añadió Johnny con una sonrisa.

—¿Por qué no quieres ir al bar, tía Peg? —inquirió Ellen.

—Demasiada gente —contestó encogiéndose de hombros.

—La cocina de Peg es un lugar estupendo para charlar después de una larga jornada de trabajo —terció Johnny con amabilidad—. ¡Hace el té bien cargado!

—Yo soy el dueño del bar —intervino Craic—. Pero no me lo tomaré como algo personal —añadió, guiñándole el ojo a su hermana.

—¿Tú eres el dueño del Pot of Gold? —repitió Ellen, impresionada. Nunca había conocido al propietario de un bar.

—Sí, es mi cruz.

Desmond levantó su taza de té y sonrió burlón.

—Muchos creen que la práctica hace al maestro, pero el bebedor consumado nunca alcanza la perfección.

—¿Quién escribió eso? —le preguntó Ellen.

—No lo sé, pero ¡seguro que era irlandés!

Todos se rieron con ganas. La incomodidad desapareció y todos empezaron a hablar a la vez, sus voces graves y cavernosas como de oso. Peg los atendía con mimo, haciendo más tostadas y sirviendo más té, y Ellen recordó la figura solitaria del prado, que tanto distaba de la anfitriona jovial que era ahora, trajinando con afán en su cocina, el rostro radiante de alegría.

Ellen nunca había tenido una familia grande. Su padre, Anthony, venía de una familia aristocrática de Norfolk, que había sido propietaria de la enorme y preciosa finca de Hardingham Hall durante más de cuatrocientos años. Al morir el padre de Anthony, su hermano mayor, Robert, heredó la mansión familiar y el título de marqués de Zelden. George, el hijo de Robert, aceptó el condado, como cabía esperar, y Anthony, el padre de Ellen, se quedó simplemente como lord Anthony Trawton. Su hermana, Anne, se había casado con un escocés y se había ido a vivir a Edimburgo, y Anthony, naturalmente, se había instalado en Londres. Como no era una familia muy unida, se juntaban pocas veces, aparte de la tradicional reunión navideña en Hardingham Hall, donde fingían una gran unión familiar, desfilaban en procesión en la iglesia local y prometían hacer más esfuerzos por verse al año siguiente. Nunca lo hacían. Ellen, sentada entre sus nuevos familiares, intentó entender su animada conversación, maravillada ante el mundo que su madre había decidido ocultar, y deseó haber formado siempre parte de él.

—Me gustaría tomar una copa con vosotros esta noche en el Pot of Gold —propuso Ellen, tras acabarse con remordimientos la última cucharada de gachas—. Nunca he estado en un auténtico *pub* irlandés.

—Pues tú te lo has perdido, ¿no? —dijo Johnny.

—Ya vendré a buscarte —se ofreció Joe.

—Así nos conocerás en pleno —añadió Johnny.

—Pero ¿estás preparada para conocernos a todos? —terció Ryan, sacudiendo su cabeza de rizos rojizos.

—Ahora lo estoy. Y aquí ya sois unos cuantos. —Ellen se rió.

—Lo bordarás, cielo —la tranquilizó Peg, dándole unas palmaditas en el hombro al tiempo que se inclinaba para retirarle el cuenco de gachas vacío—. ¿Lo ves? Tan sólo te hacían falta unas gachas para que el color volviera a tus mejillas.

—¿Qué tal está Maddie? —preguntó Desmond, reclinándose en la silla.

Reinó el silencio y la incomodidad descendió de nuevo sobre ellos como una nube espesa. Sus hermanos se miraron desasosegados, pero Desmond ni se inmutó. No parecía la clase de hombre al que le preocupara demasiado ser diplomático.

—Está muy bien —contestó Ellen con absoluta indiferencia.

—¿Qué le parece que estés aquí en su tierra natal con nosotros? —inquirió Johnny, acariciándose nerviosamente la barba.

—No sabe que está aquí —respondió Peg por ella.

Los hombres miraron a Ellen de hito en hito.

—¿No sabe que estás aquí? —repitió Ryan—. ¿Dónde demonios cree que estás, pues?

—En la campiña inglesa, en algún sitio, intentando escribir una novela.

—Eres escritora, ¿verdad? —dijo Joe—. Eso es magnífico.

—Sería más exacto decir que *intento* serlo —replicó Ellen dando un resoplido, como si realmente no importase mucho si llegaba a serlo o no.

—¿Qué escribes? —inquirió Joe.

—Novelas, ya sabes, sobre relaciones, la vida —contestó dándose aires—. Oswald me ha hablado del castillo. Parece un buen sitio en el que basar un libro.

—Puedes venir hoy con Joe y conmigo, si quieres. Trabajamos allí arriba. Yo soy el administrador de la finca y Joe se dedica a fumar y a mirar —dijo Johnny riéndose entre dientes—. ¡Es un vago redomado!

—Eso, sigámosle la corriente al viejo —replicó Joe, poniendo los ojos en blanco—. Dejemos que crea que lo hace todo él solito. —Se dirigió a Ellen—. Hay un montón de fantasmas allí arriba sobre los que escribir.

—No le hagas caso, cielo. Los únicos fantasmas son ellos dos haciendo el ganso tras una noche de juerga en el Pot of Gold —intervino Peg.

—Me imagino que no tendrán mucho que hacer allí arriba —añadió Ryan—. El castillo está cerrado y el señor Macausland pasa la mayor parte del tiempo en Dublín. Si se pasaran el día entero de picnic, nadie se enteraría ni le importaría.

—Entonces..., si tu madre no sabe que estás aquí, ¿cómo nos has encontrado? —Desmond centró de nuevo el tema en Ellen, su mirada fija y penetrante.

—Por las cartas y postales navideñas de tía Peg que mi madre guarda en un cajón. Creía que Peg era su única hermana. No sabía que tenía cuatro hermanos varones.

—Eso me lo creo —farfulló Desmond—. ¿Y qué le dirás?

Ellen se encogió de hombros sin soltar prenda.

—No pienso decirle nada. Ojos que no ven, corazón que no siente. No es necesario que sepa que os he encontrado.

Bajó los ojos porque percibió que tía Peg veía a través de su máscara. La mujer la miraba pensativa. A su historia le faltaba información que Ellen no estaba preparada para dar, pero un rubor de culpabilidad le calentó las mejillas porque sabía que a estas alturas su tía seguramente se imaginaba que había huido.

—Me encantaría ver el castillo —dijo, ansiosa por cambiar de tema.

No quería seguir hablando de su madre. No le gustaba la sensación de estar sometida a un interrogatorio, especialmente cuando ocultaba tantas cosas.

—Bueno, no hay nada como el presente —dijo Johnny, empujando la silla hacia atrás—. Gracias por el desayuno, Peg.

—Mañana no vengáis todos a mi puerta esperando otra fritanga, ¿eh?

—Demasiado tarde, Peggine —se rió Joe—. Es una forma genial de empezar el día.

—Sois como una jauría —replicó la mujer—. Ahora, ¡largo! Tengo cosas que hacer.

—¿Cómo está la ardilla ésa? —preguntó Craic.

—Hibernando. Y se llama *Reilly*, por cierto.

—Tú sí que eres genial, Peg —dijo Desmond, dándole una palmadita en el hombro.

—Con lisonjas no conseguirás nada, Desmond Byrne. Ahora, salid todos de mi casa.

Los echó fuera como a un rebaño de ovejas.

—¿Seguro que no quieres venir al bar? —preguntó Desmond, su voz bronca sonó de pronto sorprendentemente cálida y llena de compasión.

—Seguro —contestó ella en el mismo tono, como si hubiese algo indescriptible en el aire que los separaba de lo que ambos eran plenamente conscientes, pero que no estaban dispuestos a expresar.

—De acuerdo. Entonces nos tomaremos una pinta con nuestra sobrina —concedió él.

—Traedla sana y salva, ¿eh?

—No le quitaré ojo.

Peg vio que Ellen se ponía su chaqueta de piel. Era el abrigo menos indicado para el campo.

—Coge unas botas más, cielo. Te llenarás de barro arriba en el castillo con los chicos, y puede que llueva, así que llévate también un abrigo. Tu ropa parece carísima, no la destroces.

Ellen decidió llevar su propia chaqueta, pero cedió en las botas. No eran modernas, pero eran cómodas y le iban perfectas.

—Tenemos el mismo número de pie —le dijo a Peg.

—A ver si seremos familia —repuso su tía riéndose por lo bajo—. Te veo luego. Pero no te creas todo lo que te cuente Joe, ¿eh? Dice muchas tonterías.

—Me encantan las historias de fantasmas —contestó Ellen, siguiendo a los hombres.

—A mí antes también me encantaban —añadió Peg, casi para sus adentros.

Y cuando Ellen se volvió, la cara de su tía parecía desesperadamente triste, como si en su día un incendio le hubiese abrasado el corazón, igual que al faro.

Estoy en un limbo, ligada a la tierra, pero sin pertenecer a ella. El hecho de poder estar donde yo quiera, a voluntad, me brinda poco consuelo. No tengo cuerpo. Soy como una voluta de humo que nunca se desvanece, dejándose llevar de un sitio a otro por mi simple fuerza de voluntad. Un minuto estoy en Dublín, al siguiente en Connemara. ¡Qué fácil habría sido viajar así con mi cuerpo! Y, sin embargo, los años me han vuelto solitaria. Me he negado a mí misma el cielo, pero no desempeño función terrenal alguna. Únicamente puedo observar las vidas de aquellos a los que amo como en un sueño. No necesito dormir y jamás tengo hambre. No noto el frío ni la lluvia sobre mi piel, y, sin embargo, experimento un hondo y duradero placer contemplando la hermosa campiña irlandesa, como siempre me ha ocurrido; tal vez ahora me complace incluso más, porque es lo único que tengo.

La frustración que sentía al principio se ha suavizado y me he resignado a esta no existencia. Me siento sola, pero no lo estoy. Los espíritus recorren los pasillos del castillo, pero no se fijan en mí. Podría enloquecer intentando perseguirlos, registrando las habitaciones en busca de su compañía. Son como la niebla que desaparece en el aire igual que el aliento en una mañana fría de invierno. Me figuro que estaban ahí cuando yo vivía, existiendo en esta dimensión paralela, tan poco interesados en mí como lo están ahora. No sé dónde van ni por qué no se comunican conmigo. Estaría bien tener un amigo.

Nunca me gustó Dublín. Soy una chica que nació y se crió en Galway. Odiaba el ruido y el cemento en vida y sigo odiándolo ahora que estoy muerta, aunque lo sufro con mucho gusto para estar cerca de mis hijos. Disfruto de su buena salud y su felicidad, porque tengo que reconocer que son felices. Han enterrado su desolación como los perros que sepultan huesos en la tierra, bien hondo, pero siempre recuerdan dónde. Un día me desenterrarán y volverán a llorar su pérdida, pero así es como funcionan las penas. No es tan fácil borrar un dolor tan profundo. La persona no puede sino tapanlo y esperar olvidarlo con el tiempo. Pero inevitablemente, más tarde o más temprano, tendrá que afrontarlo y superarlo porque, al igual que la tierra acaba arrojando todos sus huesos enterrados, el corazón humano arroja su dolor. Puede que yo no pueda rodearlos con mis brazos cuando necesitan el consuelo de su madre, pero estoy a su lado cual sombra que no pueden ver, y estaré ahí cuando su pérdida resurja desafiándolos.

¿Y qué hay de Conor? Él no ha enterrado su dolor como Ida y Finbar. Lo lleva siempre como brasa candente en el centro de su corazón. De haber sabido que me quería tanto, jamás habría hecho lo que hice. ¡Oh, Conor, mi amor! ¿Por qué no me quisiste así en vida?

Ahora pasa la mayor parte del tiempo en Dublín, y, sin embargo, las películas, cuya producción tanto esfuerzo y tanto entusiasmo le costaron, se han secado como hortensias sedientas. Bebe demasiado y se pega demasiadas juergas con la esperanza de que el ruido de la gente y la música lo distraigan del dolor de su corazón y de sus remordimientos de conciencia. Cuando lleva a los niños a Ballymaldoon, no se acerca al castillo. Cabalga por las colinas, su pelo moreno cual crin al viento mientras su caballo salta los muros de piedra y las zanjas. Recorre las playas, una silueta oscura y solitaria recortada sobre la arena blanca y el mar alborotado. Él no sabe que estoy justo a su lado, porque no dejo huellas, y cuando alargo el brazo para coger su mano, estoy tan fría y soy tan intangible como el propio viento.

No se arriesga a ir al pueblo. El Pot of Gold es un hervidero de chismes y no puede soportar las miradas condenatorias y el cuchicheo. Desconfiaron de él desde el principio, cuando compró el castillo años atrás. Era un urbanita procedente de Dublín, de madre inglesa y padre irlandés, y por mucho que se considerase irlandés, los irlandeses de pura cepa siempre aseguran que un anglo-irlandés primero es

anglo y luego irlandés. Sencillamente éste no es el caso de Conor ni lo ha sido nunca. Ama Irlanda con toda el alma, y en ella Inglaterra no tiene cabida. Pero les molestó el hecho de que no hiciera vida social ni celebrara espléndidas fiestas para los vecinos, y, lo que es peor, que no fuera a misa. Pero Conor no es un hombre religioso, si bien es un gran pensador y sé que se siente más cerca de Dios en la naturaleza que en una iglesia. Me pregunto ahora si cree que Dios lo ha traicionado, si duda que haya siquiera un Dios. Me gustaría decir que lo sé, ahora que estoy muerta; pero he decidido seguir atada a la tierra, de modo que desconozco a Dios tanto como él. Sólo sé que no morimos, puesto que soy suficiente prueba de ello. Pero adónde vamos después... Tendré que esperar para verlo. Ahora mismo, tengo ojos únicamente para aquellos a los que amo; no los levantaré hacia el cielo, no sea que me tiente.

Cuando Conor se casó conmigo, yo era una chica irlandesa y soñadora que aspiraba a ser actriz. Nos conocimos en el plato de una película que estaba produciendo en Galway. Yo tenía un papel pequeño y todo el mundo comentó que hice que se fijara en mí porque quería hacer progresos en mi carrera. Pero lo cierto es que nos enamoramos. Me atrajo su carácter romántico y creativo, y a él, el mío. Dijo que yo era la clase de chica que inspiraba poemas y cuadros y canciones. Pero por mucho que me empeñara, no era la clase de chica susceptible de protagonizar una gran producción. De modo que me metí de cabeza en el castillo de Ballymaldoon y me volqué en la crianza de nuestros dos hijos, y me conformé con los poemas que Conor escribía sobre mí y el cuadro que mandó pintar para colgar en la pared sobre la gran chimenea del vestíbulo. Conor era cuanto yo quería y sabía que jamás desearía nada más, siempre y cuando yo estuviese con él. No añoraría la vida de actriz, a la que de buena gana había renunciado, ni soñaría con la fama y la adulación, porque si yo era la luz de los ojos de Conor, no necesitaría brillar en los de nadie más. Pero el amor es extraño. En ocasiones, por mucho amor que uno reciba, nunca es suficiente.

Cuando ya no puedo soportar la pesadumbre que me produce Dublín, vuelo entre los altos árboles y colinas de Connemara y mi corazón canta de alegría. Me deslizo sobre la superficie del lago, donde las nubes se reflejan en el agua como escenas de mi vida que veo con desapego, como si perteneciesen a otra persona. Me sitúo en lo alto del acantilado, con vistas al faro en ruinas donde acabó mi vida. Miro desde lejos, pues no soporto ir allí. Me detengo en los lugares que amo: el castillo, la iglesia del marinero, las playas, acantilados y colinas. Pero no puedo ir al faro porque es demasiado doloroso revivir mis recuerdos. Los remordimientos siguen siendo la espina de mi corazón y los sufro cada instante de mi muerte.

Y entonces, una fría mañana de febrero, estoy rondando por los jardines del castillo cuando veo a una extraña en mis tierras: una hermosa desconocida de cabellos de azabache en compañía de Johnny y Joe Byrne. Cuando Conor está en Dublín, esos hombres cuidan de la finca. Pero además de la señora Haggett, que viene cada semana a limpiar y quitar el polvo al esqueleto que era mi hogar, ninguna mujer ha puesto un pie allí. Hasta ahora.

Me quedo paralizada. Hace mucho que nadie suscita mi interés. Me acerco y veo que, en efecto, es adorable. Tiene los ojos hundidos, de color pardusco con diminutas motas doradas. Su piel es luminosa y tersa, y tiene los labios gruesos, en los que se ha puesto brillo. Tiene aspecto de extranjera, esa expresión de asombro e incertidumbre ante un lugar desconocido, y lleva la chaqueta más ridícula que he visto en mi vida, pero me imagino que el pelo sintético está de moda y que por eso la lleva. Tal vez sea la novia de Joe, pero no se tocan como hacen los amantes ni saltan chispas entre ellos. Son como hermanos, pero sé que Joe sólo tiene hermanos varones.

Pasean por los jardines del castillo. Puedo ver que la chica está admirada por la magnificencia de mi casa. No me extraña. Hoy, el cielo está tan azul como el mar y esponjosas nubes blancas lo surcan como barcos. El sol brilla con intensidad y cada cierto tiempo, cuando pasa una nube, el valle se sume en las



sombras y el aire se vuelve húmedo y frío. Entonces la nube sigue navegando y la luz se precipita hacia las colinas como una ola luminosa, engullendo la sombra y asaltando el castillo en un deslumbrante estallido de resplandor. Es como si Dios hubiese abierto su cofre del tesoro repleto de oro y fuese eso lo que iluminara el cielo. Su belleza me distrae un momento, pero entonces al oír mi nombre vuelvo al grupito que pasea bordeando el lago.

—¿Y cómo era Caitlin Macausland? —le pregunta la joven a Joe. Su acento es inglés y elegante, como el de la madre de Conor.

—Estaba mal de la cabeza —contesta Joe—. Como una cabra.

—¿Qué? ¿En serio estaba loca?

—No, loca de verdad, no, era simplemente excéntrica, supongo.

—¡Era maravillosa! —Johnny vuelve a unirse a ellos y habla en tono de admiración—. Desprendía algo salvaje. En su día fue actriz, ¿sabéis? Nació para actriz, pero renunció al casarse con el señor Macausland. Yo creo que fue una pena, porque habría sido buena actriz; digo yo.

Joe se ríe de su padre con cariño. A Johnny se le ve bajito y fornido al lado de su hijo, que es alto.

—Papá estaba un poco enamorado de ella —dice Joe, sonriendo abiertamente—. ¿Verdad, papá? ¡Venga, hombre! Confiéaselo a Ellen, es de los nuestros. —¡Ajá! O sea que son familia. Una prima inglesa, tal vez. Me pregunto cómo es eso posible.

Johnny se encoge de hombros con indiferencia. Está acostumbrado a las bromas de su hijo.

—Es lógico que me diera pena, dando vueltas en este castillo, sola, mientras su marido estaba casi siempre fuera. Era una mujer que necesitaba mucha atención.

—Y eso tú lo dominas, ¿verdad, papá? —Joe se sonríe.

—Tienes mucho que aprender de las mujeres, chico —contesta Johnny—. Sobre todo de las mujeres guapas, y, sí, de acuerdo, ella era guapa.

—¿Se relacionaba con los vecinos? —pregunta Ellen.

—Cuando el señor Macausland se ausentaba, ella cantaba en el Pot of Gold con todos —asegura Joe—. Tenía una voz estupenda y fuerte. ¿Tú cantas, Ellen?

Pero antes de que ella conteste, Johnny interrumpe y su voz suena cargada de nostalgia.

—Era fascinante. ¡Ah..., en serio! No podías dejar de mirarla —asegura.

—¿En qué sentido era fascinante? —sondea Ellen.

—Bueno, tenía unos ojos muy verdes, y al mirarte te traspasaban y eras un pez que se había tragado el anzuelo, atrapado en su mirada. Era una belleza, lo reconozco. Pelo rojo fuego y piel blanca y pálida. Era como un cuadro.

—Y la *retrataron* —interrumpe Joe—. Hay un retrato suyo enorme colgado en el vestíbulo del castillo. El señor Macausland nos dijo que lo dejáramos donde está. Fue muy explícito al respecto. Después de que muriera, sacamos todos los objetos de valor, pero no ese cuadro. —Mete las manos en los bolsillos del pantalón y su aliento rocía el aire húmedo—. El señor Macausland se trasladó entonces más abajo, junto al río, y el castillo fue tapiado. Es como si también *la* hubiese encerrado ahí dentro.

—¿Te refieres a que no pudo soportar vivir allí sin ella?

—No después de lo que pasó en el faro.

El semblante de Johnny se endurece. Ya no parece nostálgico, sólo enfadado.

—¡Jesús! ¡Fue una muerte terrible! —exclama acalorado.

—¿En serio la asesinaron? —pregunta Ellen, y el aire a su alrededor se queda inmóvil.

—No, no la asesinaron ni la mató el señor Macausland. ¿Quién te ha dicho eso? —masculla Johnny.

Ellen da un respingo al oír su tono de voz.

—Tía Peg me ha dicho que eso es lo que se rumorea.

—¡Qué idiotas! La gente dice muchas cosas, pero eso no significa que sean ciertas.

Joe vuelve a contar la historia. La he oído entera con anterioridad montones de veces, pero me interesa la chica y lo que opine de ésta. Le devora la curiosidad.

—La noche que murió estaba en el faro con Macausland. Al parecer se pelearon y ella corrió a lo alto del faro. Por alguna razón se produjo un incendio y tuvo que saltar para salvarse. Pero encontraron su cuerpo al pie del faro, destrozado sobre las rocas. Fue alrededor de medianoche, ¿verdad? Bueno, Dylan Murphy estuvo en la playa paseando a su perro más o menos media hora antes de eso y jura haber visto a un hombre alejándose a remo.

—¿Quién era el hombre? —pregunta Ellen, intrigada.

—Nadie lo sabe —Johnny vuelve a encogerse de hombros.

—O nadie lo dice —añade Joe enigmáticamente—. El señor Macausland insiste en que Caitlin y él eran los únicos que estaban allí aquella noche.

—¿Tenéis alguna teoría acerca de quién podría haber sido esa persona misteriosa?

Johnny se rasca la suave barba cana.

—Pues para mí que son imaginaciones de Murphy. Había estado en el bar y seguramente estaba como una cuba.

—¿Y cómo se incendió el faro? Yo creía que no estaba en uso.

—La policía encontró un montón de velas por toda la escalera —afirma Joe.

—Caitlin Macausland era una mujer un poco dada al dramatismo —añade Johnny—. Solía ir remando hasta el faro, pero sólo cuando el señor Macausland estaba de viaje. Él sabía que era peligroso y le prohibió alejarse mar adentro incluso de día. Naturalmente, ella se rebeló. Era así por naturaleza. Era salvaje, digamos. Muchas veces yo salía de madrugada de casa de Peg y veía velas parpadeando en las ventanas del faro. No sabíamos qué tramaba, pero todo el mundo sabía que era ella y nadie le dio importancia, hasta el incendio.

—Me pregunto qué haría en el faro toda la noche —piensa en voz alta Ellen—. Haría un frío tremendo. ¿Nadie le preguntó nunca a qué iba?

Joe se ríe y su padre lo acompaña, sólo ellos le ven la gracia.

—Caitlin Macausland no era la clase de mujer a la que hacías preguntas —dice Joe—. Y si le preguntabas, te contestaba con acertijos. Era imposible sonsacarle algo que no quería que se supiera.

—Creo que le tenía miedo al señor Macausland —asegura Johnny enigmáticamente, asintiendo con la cabeza como si ese miedo a mi marido fuese la respuesta a todo—. Porque cada vez que él bajaba al pueblo, ella desaparecía. Dejaba de venir al *pub* y tampoco la veías por el pueblo.

—Quienes la veían en el patio de la escuela decían que se ponía nerviosa y se volvía retraída cuando él estaba en casa. Nada que ver con la chica despreocupada que era cuando él se ausentaba.

Joe está encantado de tener más chismes que contar.

—Me pregunto a qué se debería —susurra Ellen.

—¡Ah...! Es un hombre difícil, el señor Macausland —explica Johnny—. Sé que el corazón de ella estaba aquí, en Connemara. Era una chica de campo, sí. Odiaba la ciudad. Ella misma me lo dijo. Venía a ayudarnos con las plantas y se quejaba de tener que ir a Dublín cuando prefería estar aquí. Tuvieron algunas peleas fuertes. Creo que él quería educar a los niños en Dublín, pero ella se empeñó en vivir aquí. Ganó esa batalla. Creo que acabó ganando casi todas las batallas. El señor Macausland cedió, probablemente para vivir más tranquilo, y se largaba a Dublín siempre que podía. El matrimonio apestaba a leche agria.

—Nada más morir ella, él se llevó a los niños a Dublín —dice Joe en un tono que da a entender que esto tiene gran trascendencia—. No vienen mucho por aquí, y cuando lo hacen, el señor Macausland parece muy deprimido.

—Así es —coincide Johnny—. Como si le hubiesen arrebatado la vida.

—Pero no puede estar lejos, ¿verdad? —dice Joe—. No sé, podría vender el castillo, ¿no? Pero no lo hace. ¿Por qué?

Los dos hombres se encogen de hombros meneando la cabeza.

Llegan a la parte delantera del castillo. Ellen repara en las torres y torretas y su cara es puro asombro, como lo fue la mía cuando lo vi por primera vez. La magnificencia del lugar te corta el aliento, incluso una mañana fría de febrero en que los muros están húmedos y los árboles están desnudos y retorcidos como ancianos artríticos.

Johnny extrae la llave del bolsillo y la introduce en la cerradura. Entro tras ellos. Me encantaría que la chimenea del vestíbulo estuviese encendida, y hubiese muebles y alfombras para que esta desconocida pudiese apreciar lo bonito que solía ser mi castillo. Pero despojado de todo cuanto le daba vida, ahora lo han dejado a solas con sus recuerdos, triste y desamparado como a mí. Hace casi más frío dentro que fuera y el aire tiene la textura enrarecida y húmeda de una catedral. Me dan ganas de abrir las ventanas, pero están tapiadas. Ellen percibe el dolor que hay ahí, lo intuyo, porque se mete las manos en los bolsillos y apenas habla. Pasea hasta mi retrato, una pizca de color en las paredes incoloras, y levanta la vista. Casi se queda boquiabierta y el grito de asombro tarda en salir.

Me la quedo mirando desde los ojos del cuadro. Nos miramos la una a la otra. Ella clava los ojos en mí y yo en ella, y me está viendo. Sí, me está viendo como si estuviera viva. La atrapo como a un pez en un anzuelo, y no la dejo escapar. Johnny y Joe vienen y se quedan en silencio a su lado, y levantan los ojos hacia mí como han hecho tantas veces en los últimos cinco años, tratando de entender mi muerte. Johnny se quita la gorra en señal de respeto y Joe no tiene ninguna broma que hacer. Todos me miran en silencio. Las mejillas de Johnny se sonrojan, porque me quiere; Joe detecta en el retrato una vida que no ha visto antes; y a Ellen, en fin, aparte de mi belleza, le afecta mi tragedia. Los recorre un escalofrío colectivo y de repente siento que ya no estoy sola. Dentro de este cuadro, casi puedo fingir que estoy viva.

Por fin se rompe el silencio.

—Con ese vestido verde parece una antigua estrella de cine —susurra Ellen.

—Es que era una chica chapada a la antigua —coincide Joe con tristeza—. No estaba hecha para el mundo moderno.

—Su piel parece traslúcida, ¿verdad? Sin imperfecciones, quiero decir. ¿A qué edad murió?

—Treinta y cuatro —replica Johnny con rotundidad—. Aún era una niña. Dejó dos hijos pequeños que crecerán apenas sin recuerdos de su preciosa mamá.

—¿No os da la impresión de que nos está mirando? —pregunta Joe nervioso.

—Sí —coincide Ellen—. Parece real.

—Todo esto me da miedo —asegura Joe, apartándose—. Creo que este sitio está encantado. Nos vemos fuera.

Y se marcha.

Estoy exultante. Joe sabe que sigo aquí. Lo presiente. En cuanto a Ellen, esta adorable desconocida a quien retengo con mis ojos, ella también lo percibe. Estoy convencida. Me mira larga, largamente, las preguntas haciendo equilibrios en la punta de su lengua. Y, mientras me mira, puedo leerle la mente con la misma claridad que si estuviese hablando en voz alta. *¿Por qué tuviste que morir, Caitlin? ¿Quién era la persona que se alejaba a remo en plena madrugada? ¿Qué hacía allí? ¿Qué hacías tú en la isla, para empezar? ¿Qué hacías allí, Caitlin? Dime, ¿qué estabas haciendo sola en un faro desierto?*

—Johnny, ¿dónde está ahora? —pregunta Ellen en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir qué dónde está. ¿Crees que está aquí?

Johnny es un hombre que cree que vida y muerte son dos estados distintos, tan separados como la noche y el día.

—No creo en los fantasmas, si te refieres a eso. Ahora está con el Señor, Ellen.

Pero ella me mira a los ojos con descaro y percibe mi presencia más allá del óleo y el lienzo. *Yo no estaría tan segura*, piensa, y entonces sé que mi esperanza de comunicarme ahora recae sobre ella.

Ellen se reunió fuera con Joe. Estaba encorvado de frío, dando las últimas caladas a un cigarrillo. Al verla expulsó el humo y sacudió la cabeza.

—Ese retrato me pone los pelos de punta —dijo—. ¿Quieres un pitillo? —Extrajo la cajetilla del bolsillo.

Ella vaciló unos instantes, luego accedió.

—Bueno, vale.

—¿Qué opinas?

—Opino que es muy guapa —contestó Ellen. Se colocó el cigarrillo entre los labios y lo encendió con la colilla encendida que Joe le ofreció.

—Te seré sincero: era un poco brujilla. Papá se niega a oír nada en su contra, como ves.

—¿Y qué crees que sucedió *realmente* aquella noche en la isla?

Joe bajó la voz y miró con inquietud hacia la puerta.

—No creo que el señor Macausland la matara, pero está claro que provocó su muerte de un modo u otro.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta donde yo sé, estaban como el perro y el gato. Ella solía gritarle y él también. El señor Macausland tiene bastante genio. —Exhaló una nube de humo—. Míralo de esta manera: si él no hubiera estado en la isla aquella noche, a día de hoy ella aún seguiría con vida.

Ambos se quedaron en silencio cuando Johnny salió del castillo y cerró la puerta.

—Aparte del cuadro, no hay mucho que ver dentro —dijo, uniéndose a ellos en la gravilla.

—He visto suficiente —comentó Ellen.

—Lo entiendo. Este sitio está encantado. —Joe tiró su cigarrillo al suelo y lo aplastó debajo de la bota—. ¡Dios! Me da escalofríos mirar ese retrato.

—¡No seas bobo! —Johnny se rió entre dientes.

Joe se giró hacia Ellen.

—Parecía que iba a salir del maldito cuadro. —Se rió nerviosamente.

—Estoy de acuerdo contigo, Joe. No he visto un retrato más realista en toda mi vida. Me estaba mirando a los ojos.

—Vamos a tomarnos una cerveza —sugirió Johnny—. Presentaremos a Ellen en el Pot of Gold y charlaremos tranquilamente sin frío.

Los tres se subieron al asiento delantero de la furgoneta roja de Johnny.

—Es una pena que nadie viva ya en el castillo —reflexionó Ellen en voz alta mientras Johnny pasaba por debajo del arco de celosía de robles.

—Antes de vaciarlo era un lugar magnífico —convino Johnny.

—¿Volverán a vivir aquí algún día?

—Lo dudo —replicó Joe—. Demasiados recuerdos para el señor Macausland, me imagino.

—¿Crees que acabará vendiéndolo?

—No, se lo dejará a su hijo, Finbar, cuando tenga edad suficiente para vivir en él —señaló Johnny.

—Pobres niños —susurró Ellen—. Han perdido a su madre y su casa.

Alargó la mirada hacia el paisaje invernal que ahora bañaba el sol. Prados escarpados se extendían a izquierda y derecha, separados por bajos muros de piedra, que se desmoronaban a trozos por el abandono. Una bandada de vistosos cuervos negros se peleaba por la carcasa de cierta criatura desafortunada, sus intensos graznidos cortaban el aire como esquirlas de hielo. Había algo ominoso en la escena, como si la muerte dominara los jardines del castillo. Cuando la furgoneta salió al camino, Ellen se alegró de irse.

—Bueno, ¿crees que has encontrado un poco de inspiración para tu libro? —preguntó Joe, arqueando las cejas con provocación—. Podrías escribir una estupenda historia sobre fantasmas.

—No sé si querría volver a ese castillo para llevar a cabo la investigación —contestó—. ¿Cómo puedes trabajar ahí todos los días?

—No entro —se limitó a responder Joe—. Pero a veces, cuando estoy en el jardín, tengo la sensación de que me observan.

Johnny puso los ojos en blanco.

—Jesús! ¿Os estáis escuchando?

—Juro que ese lugar está encantado —repuso Joe con firmeza—. A lo mejor por eso el señor Macausland nunca pasa del umbral; ¡teme que ella se venga!

—No seas bocazas —masculló su padre por lo bajo—. No pasa del umbral porque le duele la maldita alma y no hay más verdad.

Joe guardó silencio. Hicieron el trayecto hasta Ballymaldoon sin decir nada más.

El Pot of Gold se encontraba en la calle principal, pintado de rojo sangre de toro con el nombre grabado en gruesas letras doradas en la parte superior. Johnny estacionó la furgoneta en el aparcamiento trasero y lo rodearon juntos.

—Bienvenida a mi segunda casa —dijo Johnny. La idea de una pinta y una comida abundante había transformado su rostro en una amplia sonrisa.

—¿*Segunda* casa, papá? —bromeó Joe.

—Déjate ya de tonterías, chico —replicó su padre, pero sus ojos brillaron de feliz expectación cuando empujó la puerta.

Ellen los siguió adentro, donde la temperatura era cálida y el aire estaba cargado. El olor a cigarrillo viejo estaba incrustado en las alfombras y la tapicería desde antes de que prohibieran fumar en lugares públicos. Había una lumbre agradable en un extremo y las paredes estaban forradas de grabados, caricaturas y demás parafernalia. Reconoció en el acto a Craic, el hermano de Johnny. Estaba detrás de la barra, sonriéndoles. Algo en su sonrisa le recordó a su madre. Ellen experimentó un momentáneo sentimiento de culpabilidad, pero éste desapareció antes de que pudiera darle vueltas.

—Venís un poco pronto —le dijo Craic a su hermano—. Supongo que estáis usando a Ellen como excusa para no trabajar.

—Soy muy viejo y estoy hecho polvo para necesitar una excusa —contestó Johnny, apoyándose en la barra como un gran buque atracando en su muelle habitual—. ¿Qué vas a tomar, Ellen?

—Supongo que más vale que tome una Guinness.

Johnny estaba encantado.

—Es una Byrne. ¡Sí, señor! —Se rió entre dientes. Craic colocó un vaso de borde ancho debajo del grifo y empezó a llenarlo de cerveza negra. Ellen procuró no poner cara de asco. Hubiese preferido pedir una Coca-Cola, pero Johnny le asustaba un poco y pensó que le caería mejor si pedía una Guinness. Craic se la sirvió en la barra. La espuma cremosa resultaba cuando menos tentadora. Le entraron ganas de retirar un poco con el dedo y probarla primero, pero Johnny y Craic la estaban observando entusiasmados. No le quedaba más remedio que llevársela a los labios. Era fuerte y amarga y lo más asqueroso que había bebido en su vida. Tragó con fingida fruición. Su actuación fue lo bastante convincente. Craic llenó un par de vasos más para Johnny y Joe y luego se puso a hablar de cosas de las que ella no tenía ni idea. Se preguntó si se pondría en evidencia pidiendo un vaso de agua. La cerveza negra le quemaba la garganta.

Cogieron sus bebidas y se sentaron a una mesa en el rincón, por lo que Ellen veía perfectamente a los vecinos que entraban en el *pub*. Comprendió con bastante celeridad que ellos también la veían perfectamente. Todo el que entraba se iba directo a hablar con Johnny, como si estuviera dando una especie de fiesta privada, pero en ningún momento apartaban de *ella* sus ojos inquisidores.

—Se rumorea que la hija de Maddie está en el pueblo —le susurró Joe a Ellen—. Me temo que todos vienen a verte.

—De haberlo sabido, me habría arreglado más —respondió ella, sintiéndose lamentablemente observada—. Ni que fuera un animal del zoo.

—No viene mucha gente nueva por aquí, pero no te miran sólo por curiosidad, me temo. Tu madre era célebre.

—Cuéntame, ¿qué pasó? ¿Por qué lleva tanto tiempo sin hablarse con su familia?

Joe se encogió de hombros.

—Tendrás que preguntárselo a Peg. No se me da bien la historia familiar. —Tomó un trago de cerveza, que le dejó un bigote de espuma en el labio superior—. Yo me he enterado esta mañana de que existías.

—Eso no me sorprende en absoluto. Se lo he preguntado a Peg y ella me ha dicho que se lo pregunte a mi madre. Pero mamá nunca ha hablado de ello, jamás. Yo pensaba que Peg era su única hermana. No tenía ni idea de que también tenía cuatro hermanos. Ni de que yo tenía primos. Es como si ninguno de vosotros existiera.

Él meneó la cabeza con pesar.

—Eso tuvo que romperle el corazón a la abuela.

—¿Cómo era nuestra abuela?

En la cara de Joe apareció una sonrisa pícaramente hermosa.

—Tenía una personalidad tremenda, que Dios la bendiga. Era pequeñita, pero crió a seis niños ella sola. No tuvo que ser fácil, porque la granja no daba mucho dinero, pero tenía una fe profunda y lo consiguió. El padre Michael es su primo hermano y venía a comer todos los domingos, lloviese o hiciese sol. ¿Sabías que vistió de luto por mi abuelo hasta el día en que murió? Nunca la vi vestida de otra

manera. Parecía dura, pero por dentro era cariñosa, la verdad. Podía tomarse una pinta con todos nosotros y darte un sopapo por idiota, pero si tenías problemas o no estabas contento o lo que sea, te ayudaba. Hubiera matado a cualquiera que amenazase a su familia. La familia lo era todo para ella. Por eso seguramente le partió el corazón que tu madre se fuese y no volviera nunca. Aunque nunca habló de ello. No era nada quejica.

—¿Qué hizo mamá? —Ellen se mordió el labio tratando de pensar en una buena razón para que su madre abandonara a su familia—. ¿Crees que cometió alguna barbaridad? —Habló en voz más baja—. ¿Algo tan horrible que nadie está dispuesto a hablar de ello, ni siquiera ella?

En ese momento la atención de ambos se dirigió a la puerta, que se abrió bruscamente, dejando entrar una fría ráfaga de viento que acompañaba la ominosa presencia de un hombre. Entró resueltamente en el *pub* con una gorra negra bien calada y un grueso abrigo del mismo color, y paseó los ojos por el local, posándolos en Ellen cual misil que se dirige a su objetivo. Ella se estremeció. Había atisbos de locura en su mirada.

—¡Dios mío! ¿Quién es ése? —le dijo a Joe entre dientes.

—Dylan Murphy —contestó él en un tono que insinuaba que tenía mala fama—. Y viene hacia aquí para *conocerte*.

—¿Muerde? —Ellen miró hacia Johnny, que empezó a rascarse nerviosamente la barba.

Joe se echó a reír.

—No, sólo está chalado. ¡Hola, Dylan!

El hombre retiró la silla que había enfrente de Ellen sin esperar a ser invitado. Se sacó el abrigo y se sentó, saludando a Johnny y a Joe como si los hubiese visto sólo minutos antes.

—Así que tú eres la hija de Maddie, ¿eh? —preguntó, contemplándola desde el otro lado de la mesa con ojos castaños del color de la turba de Connemara.

—Sí, soy Ellen, ¿qué tal?

Él la miró más insistentemente.

—¿Sabes que ése es el nombre del personaje de una novela? —dijo.

Ella se rió nerviosamente.

—Bueno, sé que significa «luz brillante» en griego.

—Es un bello personaje de la novela *La edad de la inocencia*, de una escritora norteamericana llamada Edith Wharton. Ellen Olenska, la repudiada condesa de Olenska. —Inspiró por la nariz, recreándose en el nombre; entonces lo repitió con una inflexión en la voz, como si fuesen notas que subían y bajaban—. Condesa de Olenska.

—¿Comerás con nosotros? —preguntó Johnny.

Por unos momentos, Ellen dio por hecho que hablaban de la cena, hasta que quedó claro por el contexto que se trataba del almuerzo. Los tres hombres hablaron de comida unos minutos. El *pub* se había llenado de pescadores con jersey grueso y Ellen reconoció al perro del día anterior, que paseó hasta la lumbre como si la hubiesen encendido especialmente para él.

—Voy a pedir que nos tomen nota —sugirió Joe—. ¿Tú qué quieres, *Ellen Olenska*? —preguntó, enfatizando su nuevo apodo.

Ella hizo caso omiso de la maliciosa curvatura de sus labios.



—Tomaré estofado de cordero. ¿Te importa pedirme también un vaso de agua?

—En realidad no te gusta nada la Guinness, ¿verdad?

—Eh... mmm...

—No tiene importancia, Ellen. Si bebes agua, por mí no hay problema. —Ella miró hacia Johnny, pero no estaba escuchando. Estaba inclinado hacia Dylan, con cara de enfadado, hablando en voz muy baja, por lo que no pudo oírlo. Ella clavó los ojos en su cerveza, incómoda bajo el peso de los numerosos pares de ojos que la observaban desde todos los rincones del *pub*.

—¿Qué?... ¿Te gusta Ballymaldoon? —preguntó Dylan, y el cambio en su tono dio a entender que Johnny le había reñido por ser descortés.

—Aún no he visto gran cosa, pero lo que he visto es precioso.

—Estupendo. —A eso siguió una incómoda pausa. El espíritu combativo con que había entrado ahora se había apagado, dejándolo curiosamente desinflado. La contemplaba con mirada angustiada, como si escudriñase sus rasgos en busca de la respuesta a cierta pregunta tácita.

—Acabamos de subir al castillo —dijo, desesperada por llenar el silencio y deseosa de que él apartase de ella esos ojos de loco—. Es un lugar triste ahora que está vacío.

—Le he enseñado el retrato —terció Johnny—. ¡Tendrías que haber oído a estos dos hablando de fantasmas sin parar!

Dylan pareció aliviado por tener algo de lo que hablar y la miró con más dulzura.

—Johnny es un viejo cínico —dijo, y le temblaron las comisuras de los labios—. Sólo se cree lo que ve.

—No estoy diciendo que no haya fantasmas; lo único que digo es que Caitlin Macausland no es uno de ellos. Si le preguntas a Joe, te dirá que ella está en el jardín asegurándose de que no arranca las plantas buenas. ¡Menuda estupidez!

Dylan negó con la cabeza y sonrió a Ellen. Al hacerlo, algo en su rostro cedió, trasluciendo su naturaleza, atractiva, divertida y descarada.

—¿Y tú qué opinas, Ellen Olenska? ¿Crees que Joe dice estupideces?

Le sorprendió descubrir que le caía bien el hombre, que ahora le sonreía con picardía.

—Vuélvemelo a preguntar dentro de una semana. Es mi segundo día y acabo de conocer a Joe, así que no sabría decirte si me parece un bocazas o no.

—Me gusta cómo has dicho eso. —Dylan se rió por lo bajo—. Bocazas, pronunciado con el más elegante de los acentos londinenses.

—Es que mi sobrina es muy elegante —dijo Johnny—. ¡Una niña bien londinense!

Joe regresó a la mesa con un vaso de agua para Ellen, que lo aceptó agradecida.

—Apuesto a que te ha sorprendido descubrir que tu familia es de clase obrera —dijo tomando asiento.

—De clase obrera y *honest*a —añadió Johnny—. ¡No hay nada de malo en ello!

—Tía Peg me ha dicho que mi madre siempre tuvo aires de grandeza. ¿Es eso cierto?

Los ojos de Johnny se desviaron hacia Dylan, luego volvieron a mirar a Ellen. Tomó un sorbo de cerveza.

—Sí, soñaba a lo grande —contestó con cautela.

—No sé nada de su infancia —dijo ella, lanzando la caña y confiando en pescar un pez enorme lleno de información. No se le escaparon las miradas furtivas que intercambiaron su tío y Dylan; al fin y al cabo, tal vez ella no fuese la única persona que escondía secretos—. Es como si su pasado no existiera. Me refiero a que me daba pena tía Peg, porque no había tenido la oportunidad de conocernos a todos, cuando es al revés. ¡Nosotros hemos perdido la oportunidad de conocerlos a todos! Ni siquiera sabía que mamá tuviese hermanos, ¡y nada menos que cuatro! Es demencia!

—¿Tú tienes hermanos, Ellen Olenska? —preguntó Dylan, frotándose nerviosamente el mentón rasposo.

—Dos hermanas pequeñas.

Él enarcó las cejas.

—¿En serio?

—Las dos están casadas.

—¿Ya se han casado?

Ella se encogió de hombros.

—Soy la única que queda por casar; eso sí me caso.

Iba a añadir que su madre estaba empeñada en casarla, pero no lo hizo. Algo en su interior le aconsejó no hablar más de la cuenta.

—No hay que casarse demasiado joven —dijo Joe—. La vida es larga.

Dylan la miró fijamente desde el otro lado de la mesa, sin decir nada. La punta de locura de sus ojos ahora había sido reemplazada por una solemne curiosidad y devoró sus rasgos como si llevase años muerto de hambre.

—Decidme, ¿cómo era mi madre de pequeña? —preguntó Ellen, alejando la conversación del matrimonio y deseando que Dylan no la mirara así. La incomodaba mucho.

—Salvaje como una serpiente —dijo Johnny, apurando su vaso de cerveza negra.

—¿Mamá? ¿En serio? ¿Estás seguro?

—Tan seguro como que ahora estoy aquí sentado. Peg siempre fue sensata, pero Maddie, no sé, ¿qué puedo decir? —Meneó la cabeza—. Era una cabezota. Era sólo cuestión de tiempo que cometiese una auténtica estupidez.

Ellen frunció el ceño.

—¿Y qué *hizo*?

En ese momento apareció la camarera con un par de platos. Se inclinó sobre la mesa.

—¿Salchichas con puré de patatas para ti, Johnny? —dijo, sonriéndole afablemente—. ¿Lo mismo para ti, Dylan?

—Otra ronda de cerveza —contestó Johnny, cogiéndole de las manos el plato caliente—. Y otro...

Miró el vaso de Ellen.

—Vaso de agua —dijo Joe, encogiéndose de hombros pesaroso.

Johnny sacudió la cabeza.

—Otro vaso de agua. ¡Jesús! ¡Para qué vamos a malgastar una buena pinta! —Y levantó su vaso de

cerveza negra y dio un gran trago.

La camarera volvió con los platos restantes y todos atacaron con hambre. Ellen formuló de nuevo la pregunta.

—¿Qué hizo? Alguien lo sabrá, ¿no? —Miró hacia Dylan, pero éste evitó su mirada y guardó silencio.

—Huyó —se limitó a decir Johnny.

—¿Así sin más?

—Así sin más —contestó él masticando un gran bocado de salchicha—. Conoció a tu padre, se enamoró y nunca volvimos a verla.

—Pero eso no tiene ningún sentido —protestó Ellen.

—Eso mismo pensamos nosotros.

—Entonces, ¿se fugó?

—Supongo que podrías llamarlo así. Como te decía, era impredecible. Siempre supimos que cometería alguna estupidez.

—¿Vuestra madre lo desaprobó o algo? La gente no huye sin motivos.

—Mamá quería que se casara con un buen irlandés católico. Ella eligió a un buen protestante inglés. Eso es todo.

Ellen se quedó en silencio. Puede que Madeline Byrne se hubiese casado con un protestante, pero era católica hasta la médula. Ellen y sus hermanas se habían criado en el catolicismo, y tanto Leonora como Lavinia se habían casado con católicos. Estaba más claro que el agua que su madre jamás había dudado de su fe.

—¿Así que por eso no vino nunca a casa, porque vuestra madre pensaba que había renegado de su fe? Eso es absurdo. Es una católica devota. ¿Sabéis que va a misa todas las mañanas?

—Tu madre quiso una vida diferente, Ellen —dijo Johnny con ternura—. Nadie la rechazó ni nadie la habría rehuido si hubiera venido a casa. Fue su elección.

—¿Y tú? ¿Has venido en busca de algo? —preguntó Dylan, mirándola fijamente. Sus ojos ya no tenían una expresión de locura, sino de algo más triste, los despojos de esperanza.

*Mi libertad* sería la respuesta más sincera, pensó Ellen, pero contestó:

—No, lo cierto es que he venido por casualidad. Jamás pensé que encontraría a mi familia perdida. —Bajó los ojos hacia su comida—. Supongo que mi madre nunca se imaginó que querría encontrarla.

—Entonces, ¿no sabe que estás aquí? —inquirió Dylan, pero asintió para sí como si algo acabase de encajar. Sonrió, sus ojos centelleando ahora con renovado optimismo—. A veces el destino tiende una mano cuando la gente se vuelve testaruda.

Ellen lo miró arqueando las cejas.

—¿Crees que estaba *predestinada* a encontrar a mi familia? —preguntó.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. —Le sonrió abiertamente y una vez más la afectuosidad de su rostro la cogió desprevenida—. Las coincidencias no existen, Ellen Olenska. Todo pasa siempre por una razón.

—Es escritora —interrumpió Johnny—. Ha venido para escribir sobre el castillo y sus fantasmas.

—Escritora, ¿eh? ¡Fíjate tú! —musitó Dylan, las comisuras de los labios le empezaron a temblar—. Así que decidiste venir aquí a escribir tu libro cuando podrías haber ido a cualquier parte del mundo. —Asintió para sí de nuevo y pinchó el último trozo de salchicha—. ¡Fíjate tú!

—El destino —comentó Joe, guiñándole un ojo a Ellen—. Dylan *está al tanto*.

—Oswald dice que sabes dónde yacen todos los duendes —le dijo Ellen a Dylan—. ¿Lo sabes?

—Oswald está mal de la cabeza —aseguró Johnny—. Pero hace feliz a Peg.

—Es un pintor pésimo —añadió Dylan.

—Pero juega muy bien a las cartas —terció Joe.

—Es todo un personaje —dijo Ellen, levantando el vaso de agua—. Los personajes maravillosos son singulares y hay que valorarlos. Hay tanta gente corriente; como la salsa de pan y leche que no lleva sal. No soporto lo mediocre y lo insípido. Oswald está hecho de colores primarios. Es fabuloso y único.

—*Eres* escritora, ¿verdad? —pensó Dylan en voz alta.

Ellen se sintió una consumada impostora y se ruborizó.

—Me temo que en realidad no. No me han publicado nada ni probablemente lo hagan.

—Todavía —dijo él—. No te han publicado nada *todavía*.

—Gracias por los ánimos.

—También es adivino —bromeó Johnny, ahora rubicundo por la cerveza negra—. ¡Venga, Dylan! Dile lo que hay en su futuro.

—Tienes ojos de escritora —continuó Dylan, ignorando a Johnny—. Penetrantes e inquisidores. —Ella se rió, abochornada—. Y tienes una sonrisa preciosa —añadió con nostalgia—. Como tu madre.

Johnny volvió a dejar a Ellen en casa de Peg después de comer. Ella se fijó en que el coche de su tía no estaba delante de la casa y supuso que habría salido, a comprar comestibles quizá. Si fuese una escritora como Dios manda, ahora saborearía la oportunidad de tener un rato tranquilo en la salita delante del ordenador portátil. Lo cierto es que le daba más bien terror la idea de empezar una novela; nunca había intentado escribir una. Se quedó frente a la puerta principal, preguntándose qué hacer. No estando Peg, podía llamar a Emily a Londres desde la cabina de teléfono y enterarse de las novedades, pero no estaba segura de querer saber que su madre estaba perdiendo el juicio, tratando de encontrarla o que William no cabía en sí de angustia. No en vano había arrojado su iPhone al mar. Metió las manos en los bolsillos del abrigo y se encogió de hombros. El cielo se había nublado, volviendo el aire neblinoso y húmedo. Pudo ver el faro surgiendo imponente de la niebla como un galeón fantasmagórico. Parecía solitario y frío allí a lo lejos. Se preguntó qué demonios habría llevado a Caitlin Macausland a remar mar adentro tan a menudo, y de noche. Le daba repelús la idea de estar sola en medio del mar, pudiendo hablar únicamente con las gaviotas.

Decidió dar un paseo en lugar de hacer frente a la casa vacía y su ordenador portátil, y se dirigió hacia el prado donde la llama lanuda y el burro avejentado de Peg mascaban hierba junto a las ovejas. Se le hacía extraño estar desconectada de su vida londinense. Estaba acostumbradísima a contactar con sus amigos presionando un botón. Los mensajes de texto y los correos electrónicos habían puntuado sus días tanto como las comas y los puntos puntuaban la página de un libro. Pero ahora, aparte del teléfono fijo de tía Peg, no tenía manera de contactar con nadie.

Connemara era muy tranquilo. Podía oír los chillidos de las gaviotas, notar el viento en la cara y la llovizna en la piel. Podía oír el rugido del océano y oler la sal y el ozono que impregnaban el aire. Y, al hacerlo, tomó conciencia de una quietud interior en la que no había reparado antes. En Londres iba constantemente a la carrera: corría para llegar puntual al trabajo, corría para ir a una reunión, corría para arreglarse y salir. Siempre corriendo, con un ruido constante como telón de fondo. Nunca había tiempo simplemente para *estar*. Ni siquiera cuando iba al campo a casa de unos amigos estaba sola como ahora. Nunca estaba sola ni atenta a la reposada quietud que hay en el corazón de cada roca, flor y árbol.

Aquí en Connemara no había por qué ir corriendo a ningún sitio. No tenía más remedio que «estar», y era esta entrega al momento lo que le hizo comprender lo superficial que había llegado a ser su vida. Ahora se preguntó, mientras descendía la colina en dirección al mar, si había huido deliberadamente hacia delante, hacia un futuro prometedor con William que la librara de un presente en casa que dejaba mucho que desear. ¿Y en qué *consistía* su presente? ¿*Por qué* dejaba tanto que desear? La quietud le permitió ver su situación con más claridad, como si la respuesta hubiese estado siempre allí, inadvertida, una vocecilla pugnando por ser oída entre el jaleo de sus carreras. Dejaba mucho que desear porque no le había pertenecido. Había estado viviendo la vida que sus padres querían para ella, pero no era la vida que ella deseaba para sí misma. Estaba cansada de la lucha constante por ajustarse a sus expectativas, el esfuerzo incesante para pretender ser algo que no era, como si hubiese estado llevando un traje que no le iba bien, y ahora, por fin, se hubiese deshecho de él.

Entendió, mientras pasaba por delante de la casa abandonada de la playa, que también estaba huyendo de sí misma. No le gustaba la persona en que se había convertido ni la persona en la que se convertiría de seguir el camino calculado al milímetro de sus hermanas hacia una existencia holgada económicamente, pero fría como la señora de William Sackville. Había algo terriblemente huero en la rutina de su vida

cotidiana en Londres: las fiestas, los besos al aire, los amigos que sólo estaban para lo bueno, las compras y comidas. No había profundidad en ello. No le hacía sentirse nada realizada. Aguantó el azote del viento y anduvo por la arena lejos del alcance de las olas. Leonora y Lavinia se reirían de ella si les decía que estaba harta de las vacaciones en San Bartolomé, harta de leer revistas de moda junto a la piscina que prometían felicidad adquiriendo un nuevo pintalabios o un bolso, harta de esquiar en San Moritz, harta de la gente infinitamente superficial que vive para las invitaciones y para moverse en los círculos adecuados; el hormiguero de *gente* superficial y arribista. Se rió por lo bajo con amargura, asombrada por su repentina lucidez y por el hecho de estar hablando en voz alta como una mujer poseída. Su madre la llevaría a ver a su terapeuta, su padre la miraría perplejo, sacudiendo la cabeza una vez más ante la niña a la que no había entendido nunca. Pero la verdad es que nada de eso le hacía feliz. Claro que había momentos de felicidad, muchos, pero eran tan efímeros como los estallidos de sol; sentía un desasosiego en lo más profundo de su alma; y no era feliz.

Siempre había deseado enérgicamente crear algo, lo que fuese; un libro, un poema, una canción o un jardín... Aún no acababa de saber muy bien qué; sólo sabía que quería expresarse de alguna manera. En la adolescencia había aprendido a tocar la guitarra por su cuenta, pero cuando había pedido recibir clases en el colegio, su madre había fruncido la nariz contestando que no quería que su hija se uniese a un grupo de música «ni ninguna tontería de ésas», y en lugar de eso la había matriculado en clases extraescolares de francés, porque al parecer, según su madre, todas las jovencitas tenían que hablar francés. Así pues, había formado un grupo de música para darle a su madre en las narices y escrito canciones pop con sus amigos, actuando en conciertos escolares a los que sus padres no eran invitados. Había hecho sus pinitos literarios escribiendo cuentos, era muy buena en arte y había cantado en el coro. Pero se había juntado con una pandilla de chicas rebeldes y había pasado la mayor parte de su adolescencia detrás de los setos fumando cigarrillos y despotricando contra la autoridad, en lugar de hacer las cosas que le habrían hecho crecer como persona. Ahora lamentaba todo ese tiempo desperdiciado. Lamentaba haber dejado marchitar su lado creativo. Pero nunca era demasiado tarde para dejar entrar el sol. Todavía estaba a tiempo de escribir el libro, componer la canción, plantar el jardín. Ahora mismo, parecía que la vida se abría ante ella como una puerta inesperada a un vasto horizonte nuevo.

Inspiró hondo y sus hombros se relajaron. Aquí, en este hermoso lugar, sintió la paz que nace sólo de la propia armonía con la naturaleza. La sensación de dicha era tan intensa que rompió a llorar. Fue tan sorprendente que se echó a reír al mismo tiempo. Nunca había reído y llorado a la vez, ni con tal abandono. Fue la sensación más maravillosa que había vivido jamás. Las nubes se volvieron más grises y densas y empezó a llover. Su chaqueta de pelo sintético, que tan inapropiada resultaba en aquella playa, no tardó en empaparse y pegársele al cuerpo como el pelaje mojado de un perro. Si no hubiese hecho tanto frío, se la habría quitado y la habría arrojado al mar, para darle el mismo fin que a su iPhone.

El problema era que no sabía qué ni quién quería ser. Únicamente sabía que no le gustaba la persona que era. De lo que sí estaba segura, sin embargo, era de que no pensaba volver a Londres hasta que se hubiese hecho una idea de quién era *realmente*, más allá del condicionamiento de sus padres. Hasta entonces, se quedaría en Connemara. Empezó a deshacer lo andado por la playa en dirección a casa de Peg. Ahora la lluvia caía con fuerza y estaba calada hasta los huesos. Apretó el paso y se estremeció cuando una gota de agua rodó por su espalda. Si tenía la intención de quedarse con Peg, debería pagar un alquiler, pensó. Era evidente que a su tía no le sobraba el dinero y no sería justo exprimirla, por cómodo que ello pudiera ser. Si se quedaba más de una semana, lo suyo sería aportar algo.

Al llegar a la cuesta casi corría, impelida por la idea de un baño caliente y una taza de té. Avanzó a trompicones por la hierba empapada, pasando junto a las ovejas indiferentes que estaban totalmente secas

bajo sus abrigos de lana, y el pobre burro, que parecía empapado y desconsolado bajo la lluvia, aunque tenía un cobertizo al final de la cuesta para poder resguardarse del viento. La casa apareció ante sus ojos y no le sorprendió ver más de un vehículo aparcado en el exterior. Cada vez era más evidente que la enorme familia de Peg se aseguraba de que no se sintiera nunca sola.

Entró como una exhalación y *Mister Badger* apareció en el recibidor saltando de contento. *Bertie* el cerdo se quedó delante de la cocina de leña, roncando ruidosamente. Peg se levantó de un brinco de la silla en la que estaba tomándose un té al lado de un joven.

—¡Jesús, niña! Pero ¡mírate! ¿Dónde has estado? ¿Johnny te dejó en el castillo? Sácate ahora mismo esa chaqueta que la colgaré para que se seque.

—He ido a dar un paseo —explicó Ellen, quitándose la chaqueta como si fuese una segunda piel.

—¿Con este tiempo? ¿Te has vuelto loca?

—Tira la chaqueta. La he destrozado.

—Las pieles se pueden mojar —terció el joven con sequedad.

—Las sintéticas no —contestó Ellen.

Peg señaló hacia el hombre.

—Éste es mi hijo, Ronan.

El joven, que aparentaba más o menos la edad de Ellen, levantó la vista bajo un espeso flequillo rubio, pero no sonrió.

—Te daría la mano —dijo ella disculpándose—. Pero te la mojaré.

—Entonces te la daré cuando estés seca —repuso Ronan.

—Creo que será mejor que suba a darme un baño.

—Sí, creo que será lo mejor, cielo. La verdad es que estos londinenses no son nada de campo. —Peg se volvió hacia su hijo—. Tendrías que haber visto las botas que traía...

Mientras Ellen subía arriba pensó en los miembros de la familia que había conocido aquel día. Eran todos guapísimos, de mirada intensa y fuerte personalidad. Era casi como si hubiese entrado en el guardarropa de C. S. Lewis, accediendo a un mundo nuevo y fascinante que siempre había estado allí más allá de los abrigos de piel. Por un momento experimentó una oleada de rabia por el hecho de que su madre los hubiera mantenido a todos ocultos; después de todo, ¡también eran familia de Ellen! ¿Y qué pasaba con Lavinia y Leonora? ¿Cómo pudo su madre sencillamente borrarlos también de sus vidas? ¿Qué pudo haber hecho tan horroroso que imposibilitara su regreso? ¿Acaso los recuerdos de su niñez no contaban para nada? ¿No la mantenían en vela por la noche? ¿Añoraba a su familia?

Se bañó con agua caliente y el vapor empañó las ventanas al tiempo que la lluvia golpeaba el cristal como si fueran guijarros. Cuando volvió a bajar en tejanos y jersey, su tía seguía a la mesa de la cocina con Ronan.

—Ven a tomarte un té calentito, cielo —dijo, levantándose para coger la tetera del calentador donde se mantenía caliente—. Ahora tienes mejor cara. ¿Qué has hecho con la ropa mojada?

—Está en el cuarto de baño —contestó Ellen, sentándose frente a Ronan.

—Pues ahí no se secará, ¿verdad? Bájala luego y la colgaremos encima de la estufa de leña.

—¡Vaya, pastel! —exclamó Ellen hambrienta, echando un vistazo a *Grajita*, posado en su silla

habitual—. Me extraña que el pájaro no se lo haya zampado todo —le dijo a Ronan.

—Sabe que lo echarían de aquí si lo hiciera —repuso él—. Está bueno. Cómete un trozo.

Ellen se sirvió un poco de pastel mientras su tía se disponía a preparar más té.

—Supongo que los chicos te han llevado a comer al *pub* —dijo Peg, sentándose de nuevo con la tetera y una taza alta para su sobrina.

—Sí, he conocido a Dylan Murphy —contestó ella, mirando atentamente a su tía.

—¡Oh, Dylan ! Es todo un personaje —repuso Peg, con total hermetismo.

Ellen decidió ir directa al grano.

—Quería a mamá, ¿verdad? —Peg dejó de servir té. Durante unos instantes dio la impresión de que no sabía qué decir—. Se le nota. Me ha mirado con esos ojos grandes y tristes.

—Seguro que trataba de buscarte un parecido con tu madre —dijo Peg, sirviendo de nuevo.

—¿Y qué le pasa?

—¿A Dylan? Supongo que no habrá problema en que te diga la verdad. Ha pasado mucho tiempo. También será nuevo para ti, Ronan. —Se sirvió leche en la taza y removió concienzudamente—. Dylan creció con todos nosotros, pero a la que siempre quiso más fue a Maddie. Ella también estuvo enamorada de él un tiempo. Pero entonces conoció a tu padre y, bueno, el resto es historia, ¿no?

—Es una historia que me gustaría saber —insistió Ellen. Peg suspiró y se sirvió otro trozo de pastel. Ellen pensó que lo hacía por nerviosismo—. Por favor, tía Peg. Creo que, ya que estoy aquí, tengo derecho a saber. Si no me lo cuentas tú, alguien más acabará haciéndolo.

—Muy bien. La verdad es que estaban prometidos cuando ella conoció a tu padre.

Ellen se quedó helada.

—¿Iba a casarse con Dylan?

Ronan parecía tan sorprendido como su prima.

—¡Toma ya! —exclamó; en su rostro serio apareció dibujada una sonrisita—. El viejo Dylan Murphy se lo tenía bien callado.

—Veréis, de joven era guapísimo. —Peg sonrió a su sobrina—. Muchas mujeres piensan que ahora es incluso más guapo. Nunca se ha casado, probablemente porque todavía siente algo por tu madre. La pobre Martha tiene una paciencia infinita y es buena mujer. Debería casarse con ella, pero no estoy segura de que él llegue a olvidar nunca a tu madre.

—No me extraña que me haya mirado así.

—Todos dimos por sentado que Dylan la llevaría al altar. Encajaban tan bien..., eran como dos gotas de agua. Ambos eran bohemios y creativos. Pero entonces conoció a tu padre.

—¿Cómo? ¿Qué hacía él aquí?

—Estaba pasando el verano con los Martin, antiguos propietarios del castillo.

—¿Durmió en el castillo? ¿El mismo castillo que he visitado hoy?

—El mismo. Conor Macausland se lo compró a Peter Martin. Casi se muere al venderlo, el pobre hombre. Verás, había pertenecido a los Martin durante generaciones, pero Peter tenía un negocio inmobiliario que tuvo que hacer frente a una serie de problemas y se quedó sin dinero. Se fueron a vivir



ni más ni menos que a Australia; supongo que para alejarse lo máximo posible del castillo de Ballymaldoon.

—¡Qué raro se me hace pensar que mis padres se conocieron aquí, y yo sin saberlo!

—¿Dónde creías que se habían conocido? —preguntó Ronan.

Fue entonces cuando Ellen se dio cuenta de que sus padres le habían mentido.

—En Escocia —contestó en voz baja—. Mamá me dijo que se conocieron en una cacería en Escocia.

—¡Como que tu madre hubiera participado en una cacería! —se mofó Peg, que por poco tiró el té—.

En serio, sé que siempre tuvo aires de grandeza, pero insinuar que vivió esa clase de vida es, cuando menos, ridículo. ¡Pero si no había salido nunca de Irlanda!

—¿Sabías que era irlandesa al menos? —preguntó Ronan.

Ellen notó que se exasperaba. Su primo la miraba con expresión de incredulidad, como pensando que era boba por haber sido tan ingenua.

—Por supuesto que sabía que era irlandesa, aunque nunca ha hablado mucho de Irlanda. Sólo te mencionaba a ti, Peg, y cuando creía que no estábamos escuchando. Si le preguntaba por el pasado, fruncía los labios y cambiaba de tema. No se nos ocurría sondearle y, francamente, no nos interesaba mucho, la verdad. ¿En serio se consideraba tan terrible huir con un inglés protestante, tía Peg?

La mujer jugueteó, pensativa, con su taza de té.

—No creo que el problema fuese el hecho de que tu padre fuese un inglés protestante —empezó a decir lentamente—. Fue el hecho de que tenía que casarse con Dylan. Un día estaba organizando la boda y al siguiente hizo las maletas y se largó.

—¿O sea que es verdad que se fugó?

—Me temo que sí. —Peg titubeó, como si supiese algo que no estaba dispuesta a revelar, y entonces añadió en voz baja—: Se veía con tu padre a espaldas de Dylan. No estuvo bien, teniendo en cuenta la devoción que él sentía por ella. Por eso tu madre no volvió. Porque se sentía culpable —dijo con rotundidad.

—Pero sentirse culpable durante más de treinta años es un poco exagerado.

Peg parecía deseosa de zanjar el tema.

—Elegió otra vida, cielo. Se casó con un hombre rico, empezó una nueva vida y no quiso saber nada de la anterior; no hay más.

Aquello mortificó a Ellen.

—¿Se avergonzaba de vosotros?

—Yo creo que sí —contestó Peg en voz baja—. No creo que fuésemos lo bastante buenos para ella. Maddie era ambiciosa. Siempre quiso ser una princesa, de un modo o de otro. No quería la vida que Dylan le ofrecía. Quería algo mejor, y en cuanto surgió la oportunidad, la atrapó pese a romperle el corazón al pobre Dylan. No olvides que era muy guapa y seductora, Ellen. Le bastaba un chasquido de dedos para tener a los hombres postrados a sus pies, ofreciéndole la luna si podían. —Peg pegó un mordisco al pastel—. Supongo que consiguió la luna.

—Pero no incluiros a todos vosotros en *nuestras* vidas es muy egoísta.

—Me temo que Maddie siempre fue una niña bastante egoísta.

—Es tan injusto —dijo Ellen con vehemencia—. Me habría encantado conocerlos desde siempre.

El semblante de Peg se suavizó.

—Eso es todo un detalle por tu parte, cielo. Pero no te pongas sentimental. Tu madre hizo lo que le pareció mejor, y a tus hermanas y a ti os ha ido bien, ¿verdad? Aunque ahora que nos has encontrado, se armará un buen revuelo. ¡Dios sabe qué hará tu madre cuando se entere! —Peg parecía preocupada—. ¡No se te ocurra decirle que te he contado toda la historia!

—Por supuesto que no. Te doy mi palabra. Pero me da mucha rabia. No quiero volver jamás.

Su tía la miró con dureza.

—Entonces actuarás tan mal como tu madre. —Ellen se dio cuenta de que, huyendo de su propia boda, ya lo había hecho.

—Pobre Dylan —dijo con tristeza. Tomó un sorbo de té. Había hablado tanto que estaba casi frío.

—Deja que te dé otra taza —sugirió Peg, levantándose—. Verás, las personas son la suma de sus experiencias. Es comprensible que a Dylan le diese por beber, teniendo en cuenta su pasado. Fue un chico que tuvo una infancia muy feliz, pero Maddie le rompió el corazón. Nunca se recuperó. Sufrió horrores. Desde entonces está triste. Creo que su vida ha sido un gran desengaño.

El rostro de Ronan se frunció.

—No tenía ni idea de eso, mamá. ¡Pobre hombre! Tiene que ser inhumano amar y perder de esa forma.

—¿A qué se dedica? —preguntó Ellen.

—Compone música. Tiene mucho talento. Es una pena que se diese a la bebida, porque creo que realmente podría haber hecho algo con su vida. Veréis, antes tenía un grupo de música. En su época tuvo bastante éxito, en Irlanda por lo menos. —Peg se rió—. Ahora cuesta creerlo, ¿verdad? Toca la guitarra y canta. —Ellen se preguntó si la decisión de su madre de no pagarle clases de guitarra había tenido algo que ver con Dylan.

—Y ahora es el principal cliente del bar —terció Ronan con pesar—. ¡Pobre hombre! —repitió—. Siempre me pareció un payaso. ¡Tonto de mí!

—No seas tan duro contigo mismo, Ronan. No lo sabías. —Se dirigió a Ellen—: Al principio escribía canciones para él, pero luego dejó de actuar y escribió para otros grupos —continuó—. Si supieras los nombres de algunas grandes estrellas que cantan sus canciones, te sorprenderías. Tuvo muchísimo éxito con un par de baladas. Dadme un segundo, a ver si puedo tararearlas.

—¿Tú a qué te dedicas, Ronan? —preguntó Ellen, que reparó en que estaba muy callado y quiso incorporarlo a la conversación.

—Soy carpintero —contestó él a la defensiva, desafiándola con la mirada.

—No te pongas a la defensiva, Ronan —le reprendió su madre—. No tiene nada de malo ser carpintero. Eres muy bueno. Puede hacer cualquier cosa con madera, absolutamente todo. Es capaz de copiar cualquiera de esas sofisticadas cocinas cuyas fotografías salen en las revistas. Jamás notarías la diferencia. ¡Tiene muchísimo talento!

—Es mi madre... Se nota, ¿no? —parecía incómodo.

—Hizo muchas cosas para Caitlin Macausland en el castillo.

Al oír el nombre de Caitlin el rostro de Ronan se ensombreció y se puso mohíno.

—Sí, bueno, eso fue hace mucho tiempo. He hecho muchas cosas desde entonces.

—A Ronan no le gusta trabajar para otros —continuó Peg, para bochorno de su hijo—. Le gusta trabajar por su cuenta, a su aire.

—Ser autónomo es un auténtico privilegio —dijo Ellen, que quería que su primo volviese a sonreír—. Yo estoy intentando ser escritora. He pasado los últimos seis años de mi vida trabajando en el departamento de *marketing* de una joyería londinense y odio estar metida en un despacho de nueve a cinco. Hago lo que puedo por ser puntual, pero llego tarde todas las mañanas. Haría lo que fuera por ser mi propia jefa como tú.

—¿Y qué has escrito? —preguntó él.

—Nada muy bueno todavía, pero espero inspirarme aquí.

—Puede basar su historia en el castillo y el faro —sugirió Peg.

—¿Por qué? —inquirió Ronan.

—Porque están rodeados de misterio —contestó su madre.

—¿Quieres escribir una novela de *crimen* y misterio? —le preguntó a Ellen.

—¡Ya basta, Ronan! —exclamó Peg enfadada—. No quiero oír ninguna de tus tonterías sobre ese tema. ¡Para qué lo habré sacado!

—Porque ahí tienes una historia sensacional.

Ellen le interrumpió.

—No voy a escribir *su* historia, no. ¡Por Dios, no sé nada al respecto! El faro en ruinas y el castillo me parecen simplemente románticos.

—No creo que haya mucho romanticismo allí —dijo él, riéndose con cinismo—. Era una pareja que siempre estaba discutiendo.

—Pero ¿por qué hablas así de ellos, Ronan? En su día la admirabas mucho a ella —dijo Peg.

—Hoy he visto su retrato. Era guapísima, ¿verdad? —comentó Ellen.

Él se sirvió un trozo de pastel.

—Pero eso de nada sirve ahora que está muerta —dijo.

Ellen dejó la taza.

—Dime, ¿por qué él sacó todo lo que había en el castillo y sólo dejó ese cuadro? ¿Por qué hizo eso? ¿No quiso llevárselo?

Ronan suspiró con impaciencia.

—¿Porque a lo mejor es demasiado grande para colgarlo en su casa? No lo sé. ¿Qué más da?

—Me intriga. ¿Por qué no guardarlo?, digo yo. Dejarlo en la casa es siniestro, ¿no? Es como si ella siguiese allí.

—No lo sé, Ellen, ni me importa —contestó Ronan con brusquedad.

Peg sonrió a su hijo con indulgencia.

—No le hagas caso, cielo, es sólo que está harto del tema.

—Quédate aquí un poco más de tiempo y tú también te hartarás, te lo aseguro —dijo Ronan—. ¡La gente aún habla de ello! —Mordió el pastel y masticó animadamente.

Entonces Peg asintió con la cabeza.

—En eso tienes razón. Han pasado cinco años y siguen hablando de ello. Claro que resulta difícil no hacerlo con el faro permanentemente delante de sus narices como recordatorio constante.

—¿Por eso no vas al *pub*, tía Peg? —inquirió Ellen—. ¿Porque estás harta del chismorreó?

—No, no voy al *pub* porque me gusta la tranquilidad —respondió tajante—. ¿Por qué no llevas a Ellen, Ronan? Joe dijo que lo haría, pero le diré que ya habéis ido. Puedes presentársela al resto de la familia.

Él miró a su prima socarronamente, arqueando una ceja.

—¿Crees que estás preparada para una sobredosis de Byrnes?

—No lo sé. Quizás esté mejor aquí jugando a cartas con Oswald y tía Peg.

—Dijiste que no jugabas a cartas, cielo, y no hay televisión. Así que ¿por qué no te vas con Ronan? Él cuidará de ti, ¿verdad, Ronan?

—Estarás de maravilla —dijo, pero aún no le había dedicado una sonrisa. Ellen confiaba en poder arrancarle una en el Pot of Gold—. Primero tengo que dejar las herramientas en casa —dijo levantándose—. Si no te importa que pasemos por mi casa, luego te llevo.

—No me importa, claro que no —dijo Ellen, compensando su malhumor con un entusiasmo excesivo—. Estaré encantada de ver dónde trabajas.

—¡Oh, el taller de Ronan es un tesoro oculto! —dijo Peg con efusividad.

—Sí, mamá, ¡igual que el de Miguel Ángel! —repuso él, pero al mirarla la expresión de su rostro se suavizó y esbozó una sonrisa desganaada.

No tardaron mucho en llegar a la casita de Ronan. Situada entre la casa de su madre y Ballymaldoon, tenía también unas vistas fascinantes del mar. Estacionó la furgoneta delante y sacó su pesada caja de herramientas de la parte trasera.

—Echa un vistazo, si quieres —le sugirió a Ellen—. El taller está en la parte de atrás.

Ella lo siguió por un camino que se abría entre la hierba alta y la maleza hasta el otro extremo de un jardín muy descuidado. Ya empezaba a anochecer, las primeras estrellas centelleaban en el cielo cada vez más oscuro como barcos lejanos acercándose a través de la neblina. El aire era húmedo y frío, y del mar llegaba un viento cortante. Ellen se arrebujó en el abrigo que le había dejado su tía, tiritando.

El taller de Ronan era un cobertizo grande de madera, levantado contra un terraplén herboso. Por fuera no llamaba la atención, pero cuando él abrió la puerta y encendió las luces, Ellen comprendió que, en efecto, era un tesoro oculto tal como había dicho Peg. Hileras de herramientas colgaban de ordenados estantes en las paredes, las tablas de madera estaban perfectamente amontonadas, extrañas máquinas se alzaban entre montones de virutas de madera y en el centro de la habitación había una maciza mesa de trabajo con diversas herramientas encajadas en ingeniosas ranuras hechas a medida. Eso en sí era como una obra de arte. Ellen deslizó los dedos sobre la superficie, maravillada por lo ingenioso del diseño.

—Te has inventado tú esto, ¿verdad? —dijo ella, y él seguramente detectó la admiración en su voz, porque dejó la caja de herramientas y empezó a enseñárselo todo.

—La necesidad es la madre de la invención —replicó él—. Así que con el tiempo, según las necesitaba, he ido haciendo cosas para mi propio uso, para hacer más eficiente mi trabajo.

—Tu madre tiene razón; eres realmente capaz de crear cualquier cosa con madera.

—¡Oh, esto no es nada! Éste es sólo mi lugar de trabajo —repuso—. ¿Quieres ver mis trabajos?

—Me encantaría —contestó ella, viendo que el orgullo sonrosaba las mejillas de Ronan mientras sacaba un gran álbum negro de fotografías de un cajón de su escritorio.

—No suelo enseñarlo mucho, porque aquí todos me conocen y la mayoría de trabajos me salen por recomendación. Pero voy guardando todo lo que he hecho, más que nada para tenerlo yo. Supongo que me he encariñado con mis trabajos.

Tras decir eso, por fin sonrió. Ellen notó que sus ánimos se levantaban como un planeador empujado por una corriente térmica. Se sentaron a la mesa de trabajo y Ronan le mostró todos sus encargos. Había cocinas y baños completos, una casita infantil, aparadores, mesas y sillas.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —inquirió ella, mirando con detenimiento los intrincados corazones tallados en los postigos de la casita de juguete.

—Bueno, mi tío Ryan tiene una empresa de construcción y su carpintero, Lee, es un genio con la madera. Me lo ha enseñado todo.

—¿Trabajaste de aprendiz?

—Durante ocho años. Luego Lee se jubiló y estuve trabajando para Ryan, después me establecí por mi cuenta. Para entonces ya me había hecho un nombre.

Ellen volvió la página y reconoció en el acto un banco a orillas del lago del castillo.

—¡Ah..., seguro que esto fue para Caitlin Macausland! —Notó que él se tensaba a su lado—. Es un

banco precioso —se apresuró a añadir.

No tardó en entender, conforme pasaba las páginas, que Ronan le había hecho más que un simple banco. Había un asiento que rodeaba un árbol, un cenador en forma de pentágono, una mecedora, una cancela para el jardín y cajones vivero en el huerto.

—¡Dios! ¡Sí que eres prolífico! Me imagino que al trabajar para ella no tendrías tiempo de trabajar para nadie más.

Él asintió.

—Eso es verdad. Me dio la posibilidad de hacer cosas con las que la mayoría de los carpinteros sólo sueñan.

—La conocerías bien —musitó ella sin pensar. Entonces, recordando su previa reacción al tema, añadió—: Perdona. Sé lo harto que estás de todo el asunto.

—Estoy harto de las mentiras, Ellen —repuso él, para su sorpresa; a continuación inspiró hondo—. Todos afirman saber algo, pero no saben nada. Sólo hay dos personas que saben qué pasó realmente aquella noche en el faro. Una no quiere hablar y la otra no puede.

—Entonces si tampoco sabes nada, ¿cómo estás tan seguro de que él la mató? —preguntó ella sonriendo para quitarle importancia al comentario—. ¿No eres tan malo como el resto?

Él inspiró por las fosas nasales dilatadas.

—Yo la conocía y sé que le tenía miedo a su marido. Él tenía muy mal genio. Creo que sería capaz de cualquier cosa en un arranque de ira.

—O sea que no habría sido un asesinato.

—Bueno, puestos a buscarle tres pies al gato, llamémoslo homicidio involuntario. Pero la cosa es que la mató.

—En realidad no lo sabes.

—No, no lo sé —reconoció él de mala gana.

Entonces, incapaz de dar con algo más sustancioso en lo que fundamentar su opinión, cerró el cuaderno.

—Pero la culpa la tiene él, ¿vale? Me juego el pellejo —añadió con firmeza, y por el endurecimiento de su perfil Ellen dedujo que *quería* creérselo.

Se preguntó si había un hombre en Ballymaldoon que no estuviese un poco enamorado de Caitlin.

—No sé tú, pero yo necesito una copa —prosiguió Ronan, poniéndose de pie. Volvió a guardar el álbum de fotos en el cajón del escritorio y apagó las luces.

Cuando Ellen y Ronan llegaron al Pot of Gold estaba lleno de vecinos. El aire estaba cargado de calor humano y humo de la chimenea abierta, y había mucho ruido. El clamor de voces se apagó un poco, sin embargo, cuando entró Ellen, que vio rostros desconocidos alargando el cuello para verla mejor. Sintió alivio al ver a Johnny y a Joe sentados a una mesa arrimada contra la pared y corrió a reunirse con ellos.

—Eres como una estrella de cine —comentó Johnny cuando ella llegó—. Lo siguiente será pedirte autógrafos.

—Y yo cobraré una libra por barba —añadió Joe, frotándose las manos.

Ellen reconoció a Desmond, quien le presentó a su esposa, Alanna, una mujer de piel blanca y huesos finos con un pelo cobrizo que le caía en rizos sobre los estrechos hombros. Sonrió y le invitó a sentarse en el banco dando unas palmaditas a su lado.

—Ven, siéntate a mi lado, cariño. Llevo todo el día oyendo hablar de lo guapa que eres. Joe, ve a buscarle algo para beber. ¿Qué te apetece? Yo estoy tomando un vodka con tónica.

—Sé lo que *no* tomará, ¿verdad, Ellen?

Él le sonrió burlón y le guiñó un ojo.

Ella le devolvió la sonrisa, las bromas de Joe le proporcionaban una agradable sensación de pertenencia.

—Quería impresionaros —contestó.

—Pues puede que hayas engañado a papá, pero a mí no. —Echó la cabeza atrás, riéndose.

Alanna no entendía nada.

—¿De qué va todo esto?

—Tendrías que haber visto la cara que puso esta tarde cuando intentaba beberse una Guinness. ¡Tronchante!

—¡Venga, Joe, déjate de bromitas! —Alanna saltó en defensa de Ellen—. No le hagas caso, ¡siempre está haciendo el ganso y nadie le hace ni caso!

—¡No te creas que saldrás impune de ésta, Joe Byrne! —respondió Ellen.

—¡Uy, qué miedo! Bueno, ¿qué vas a tomar?

—Lo mismo que Alanna, por favor.

—Genial, ¡porque me daría vergüenza pedir agua! —Joe se perdió entre la gente.

—Vamos a ver: a quién más no conoces por aquí... —se preguntó Alanna, aguzando la vista mientras recorría la sala con la mirada.

Ellen reparó en la presencia siniestra de Dylan en el bar. Estaba enfrascado en una conversación con Ronan, bebiendo una cerveza. De vez en cuando, levantaba la vista bajo su alborotado flequillo moreno y sus penetrantes ojos negros la miraban como un buitre observando a su presa. Ella procuró ignorarlo; al fin y al cabo, nada podía hacer con su amor imposible hacia su madre. Se preguntó si, de verla ahora, lamentaría haber malgastado tantos años en añoranzas.

Ellen se concentró en conocer a las mujeres de sus tíos y sus hijos ya mayores. Se le antojaba imposible aprenderse todos sus nombres. Tenía más primos de los que hubiera podido soñar. Su vida familiar en Londres parecía estéril y aburrida en comparación con este alegre clan Byrne. Desde luego ruidosos eran. Un pescador curtido por el mar llamado Eddie no tardó en empezar a tocar el acordeón y la gente se puso a cantar a pleno pulmón.

Ellen se imaginó a Caitlin Macausland, cantando con todos ellos, tal como le había dicho Joe. La visualizó en medio de toda esta gente, brillando con más intensidad y más hermosa que un ángel, mezclada con ellos, pero inalcanzable, tentadora. No era de extrañar que su muerte siguiera escandalizando y entristeciendo a la gente. Suponía que se había vuelto más fascinante muerta que en vida. Siempre pasaba lo mismo.

—¿Qué tal en casa de Peg? —preguntó Alanna cuando el canto se había apagado y la gente empezaba a irse.

—Quiero a tía Peg —contestó Ellen con sinceridad—. Es un encanto de mujer.

—Estará encantada de tenerte por casa.

—Espero no acabar siendo una carga.

—En absoluto. Estoy convencida de que estará feliz con tu compañía.

—Tiene a Ronan.

—Sí, él está muy pendiente de su madre. Es un buen chico, aunque complicado, te advierto.

—Es serio, no como Joe.

Alanna se echó a reír.

—Sí, desde luego con Joe tenemos la diversión garantizada.

—Johnny y Joe me caen fenomenal. No quiero volver nunca a Londres.

—¡Pues claro que no! Acabas de llegar.

—Ya me siento como en casa.

—Es lo que le pasa a la gente en Connemara. —Se rió con frescura—. Mira, yo nací aquí, como todos los Byrne, y todos seguimos aquí. ¿Tienes que volver para algo?

Ellen suspiró. Estaba deseando ser honesta y decirle a su nueva familia que había dejado a su prometido en Londres, pero le preocupaba demasiado lo que pensarán de ella.

—Bueno, no le he dicho a mi madre que estoy aquí —dijo, lo cual como mínimo era cierto.

—¡Ya! Desmond me lo ha contado.

—Así que en algún momento tendré que decírselo, ¿no?

—Tú hazle saber que estás bien, es lo único que les preocupa a las madres; y te dejará en paz.

—No sé... Creo que se pondrá furiosa conmigo por hurgar en su pasado.

—¿Tienes que decírselo?

—Bueno, de momento no pienso soltar prenda. Quiero quedarme una temporada en casa de tía Peg y escribir mi novela...

—¿De qué trata?

—No estoy segura. Espero que esto me inspire.

—¡Oh, sí, ya lo creo que te inspirará! —Alanna se rió.

—Podría escribir sobre tía Peg y todos sus animales. Sólo eso ya sería una lectura amena.

—Lo sé, tiene la casa llena, ¿verdad? Y los animales no son estúpidos; si hay uno herido o que a lo mejor simplemente quiera dormir calentito, encuentra el modo de llegar a casa de Peg.

—Es una pena que no venga al *pub*.

Alanna se puso seria.

—No le gustan los chismorreos.

—Eso me ha dicho.

—En un pueblecito como Ballymaldoon *siempre* hay rumores.

—Aun así es increíble que Caitlin y Conor Macausland sigan dando que hablar después de todos estos años.



—¡Ah..., no! No son esa clase de rumores los que la disuaden de venir al *pub*. ¡Son los rumores sobre ella!

—Pero ¿por qué iban a hablar de Peg?

Alanna dejó su vaso y bajó la voz.

—Sabes que tu tía sufrió la pérdida de una hija, ¿verdad?

Ellen se la quedó mirando horrorizada.

—No, no lo sabía. ¿Cuándo?

—Hace muchos años. Tenía a los chicos y también una niña llamada Ciara.

—¿Qué le pasó?

—Murió con siete años, la criatura. Fue una tragedia terrible.

—¿Cómo murió?

—Se ahogó en el mar. Fue un accidente, lógicamente. Pero Peg no lo ha superado. No creo que ninguna madre llegue a recuperarse nunca de la pérdida de un hijo, únicamente aprende a vivir con ello.

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

Ellen ahogó un grito. Visualizó la silueta solitaria de Peg cruzando el prado con paso largo para atender a sus ovejas y ahora entendió por qué tenía un aire sombrío.

—¿La encontraron?

—Sí, sólo la habían perdido de vista un momento y ahí estaba, ahogada. Había estado discutiendo con su marido, por lo que, naturalmente, se culparon a sí mismos. El matrimonio ya tenía sus problemas antes de eso, pero después les resultó imposible seguir juntos.

—¡Oh, pobre Peg! Es terrible. ¡Menuda carga!

—Sus hermanos la cuidan. Son muy protectores con ella. Y tiene a Ronan muy cerca. Nadie habla de ello, pero todos somos conscientes. Es imposible superar algo así.

—Así que por eso su marido se fue a vivir a Estados Unidos.

—Una tragedia como ésta o te une más o te separa. En su caso, los separó. Ninguno tuvo la culpa, pero se culpaban mutuamente y a sí mismos, y cuando Bill dijo que quería que se marcharan, Peg se negó tajantemente. Quería quedarse cerca de Ciara. Está enterrada aquí en la iglesia.

Ellen se compadeció de Peg. Ahora entendía por qué le había parecido tan triste cuando en el coche le había hablado de su ex marido y la hija de éste.

—¿Por eso sigue llamándose Peg *Byrne*?

—Siempre fue Peg Byrne, pese a estar casada. Nunca usó su apellido de casada. —Alanna le dio unas palmaditas en el brazo y le dedicó una elocuente mirada—. De esto ni mu, ¿eh?

—No, claro que no.

—Seguramente no tendría que habértelo dicho, pero si vas a vivir con ella es importante que entiendas por qué es como es.

—No creo que mi madre lo sepa.

—No, imposible. Cuando tu madre se fue, creo que Ronan aún no había nacido.

—Estoy convencida de que le daría muchísima pena no haber estado aquí para consolar a su propia

hermana cuando perdió a su hija.

—No se lo digas. Es Peg quien tiene que decírselo, si algún día quiere.

—No lo haré. Te lo prometo.

Ellen abandonó el *pub* con los ánimos por los suelos. Johnny, su mujer, Emer, y Joe la dejaron en casa de Peg de camino a la suya, demasiado alegres para advertir su cambio de humor. Se quedó unos instantes fuera mientras las luces traseras desaparecían cuesta abajo y se perdían en el sendero. El faro se recortaba sobre el cielo, que ahora estaba claro y estrellado. Pensó en Ciara ahogándose en ese mar y se preguntó cómo Peg era capaz de soportar verlo todas las mañanas al descorrer las cortinas. Quizá le sirviese de consuelo pensar que el espíritu de su hija estaba ahí fuera, no demasiado lejos. A lo mejor su proximidad al lugar donde se ahogó su hija hacía que se sintiera cerca de ella.

Se quedó ahí, en la humedad, contemplando el vasto horizonte y el ancho mar. Una luna creciente brillaba intensamente, como la vela de un barquito que hincha el viento, decorando el agua con una pálida cinta plateada conforme ascendía lentamente por el cielo. Ellen sentía más cariño hacia Peg ahora que conocía la triste corriente subterránea de su vida. Seguramente Oswald también la conocería, pensó, puesto que tenían una estrecha relación y probablemente fuese su confidente. Recordó la escena del desayuno de aquella mañana y la animada charla de Peg con sus hermanos. Una familia grande ofrecía consuelo. Pensó en la suya de Londres; de poco consuelo servía.

Más tarde se acostó y escuchó el rugido del mar y el gemido del viento azotando las esquinas de la casa. Era una nana tranquilizadora. No había aullidos de sirenas, zumbidos de motos ni de coches. No había voces de juerguistas borrachos tambaleándose por las calles tras una noche intensa ni vecinos ruidosos que pusieran la música alta. Los sonidos de la campiña eran agradables y misteriosos, y la oscuridad, profunda e impenetrable. Ellen no tardó en quedarse dormida.

Por la mañana se despertó con el chillido de un frailecillo y los ladridos de *Mister Badger*, que corría tras las ovejas por el prado con Peg. Se quedó tumbada unos instantes, saboreando la novedad de no tener que levantarse para ir a trabajar. Tenía todo el día por delante como las páginas en blanco de su novela. Improvisaría sobre la marcha.

—¿Qué tal anoche en el *pub*? —preguntó Peg mientras Ellen atacaba su bol de gachas.

—Muy ruidoso —contestó—. Conocí a un montón de familiares. Por lo visto tenéis el pueblo invadido.

—Creo que sí. Aunque hay otras cuantas familias grandes además de la nuestra. —Peg dio de comer un trocito de pan a *Grajita* con la mano. El animal lo agarró ávidamente con el pico—. Bueno, ¿qué harás hoy? ¿Vas a empezar a escribir?

—Me parece que daré un paseo largo y quizá me ponga a intentar trazar el argumento por la tarde.

—Buena idea, cielo. Hay muchos sitios bonitos para pasear por los alrededores.

Ellen tomó un sorbo de té y se preguntó por qué sabía mejor en la cocina de Peg que en la suya.

—¿Necesitas algo del pueblo?

—¿A qué te refieres?

—¿Comida?

—¡Ah..., eso! No, ayer fui a hacer recados.

Ellen supuso que recados era igual a comestibles. Empezaba a acostumbrarse a sus acentos irlandeses y su jerga.

—Me gustaría contribuir con los gastos, tía Peg.

La cara de la mujer floreció con una sonrisa.

—Te gusta esto, ¿eh?

—Sí.

—Estupendo. —Ellen parecía desconcertada—. Bueno, si quieres colaborar significa que tienes la intención de quedarte una temporada. Nadie se ofrece a pagar si pretende quedarse sólo unos días.

Ellen le devolvió la sonrisa, un tanto abochornada.

—Si te parece bien, vaya.

—¡Pues claro que me parece bien, cielo! Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. No hay cola para ocupar tu cuarto.

—Entonces de momento me lo apropiaré.

—Eso es magnífico. Y no seas tonta. Si necesito que colabores con los gastos, te lo pediré. Yo no me ando con chiquitas, o sea que lo sabrás.

—Genial, trato hecho.

—Hace un día precioso y disfrutarás de lo lindo explorando. Coge mi coche, si te apetece. Yo hoy no iré a ningún sitio.

—¿Crees que a Johnny y Joe les molestará que me dé una vuelta por el castillo?

—Supongo que estarán encantados. Cualquier excusa es buena para dejar de trabajar. —Chascó la lengua—. No me imagino a esos dos llevando nada a término allí arriba. Cuando la señora Macausland vivía, siempre estaban plantando y diseñando cosas nuevas para los jardines. Mi Ronan hizo un banco alrededor de un árbol para que ella pudiera sentarse a disfrutar del lago, y también construyó una casita en el árbol, para los niños. Ella tenía un montón de ideas. Creo que se aburría.

—Me dio la impresión de que Ronan la apreciaba de verdad.

—Sí que la apreciaba. Ganó mucho dinero con sus encargos. —Se rió con ternura al mencionar a su hijo—. Ella lo obnubilaba un poco, me parece. Se enfadó muchísimo cuando murió. Empezó a echar pestes contra el señor Macausland, asegurando que él la había matado y, la verdad, todos acabamos un poco hartos de él. La policía nunca arrestó a nadie ni hubo absolutamente ninguna prueba de acto delictivo alguno, pero mi hijo siguió en sus trece. Lo cierto es que nadie sabe qué pasó allí aquella noche, ni Ronan ni nadie salvo el señor Macausland. Que mi hijo piense lo que quiera. Ahora no le gusta hablar de ella ni que se hable de ella, la verdad.

—Lo entiendo. Era uno de los pocos de aquí que realmente la conocía.

—Bueno, no es que él fuese su confidente. Ella tenía el don de hacer que todo el que la conocía se sintiera especial. Ronan se consideraba especial, pero Johnny y Joe también. Era una seductora fascinante y todos quedaron prendidos de sus encantos. De modo que es comprensible que su muerte le afectara. La muerte es tan categórica. Cuesta aceptarla.

Ellen apartó los ojos. Ahora que sabía lo de la tragedia de la hija pequeña de Peg le incomodaba mirarla mientras hablaba de la muerte, como si mirarla a la cara fuese de algún modo una impertinencia.

Al cabo de un rato Ellen se dirigía en coche al castillo de Ballymaldoon. Si al principio había encontrado el sitio aterrador, ahora su belleza la atraía. El sol brillaba por entre las ramas, proyectando formas entrecruzadas que temblaban sobre el camino cuando el viento las mecía suavemente. Bajo la deslumbrante luz diurna el castillo en sí parecía inofensivo; sus torres y torretas, cosa de cuento de hadas. La furgoneta roja de Johnny estaba aparcada enfrente del castillo junto a otro coche pequeño que probablemente perteneciera a un encargado de la limpieza o vigilante. Por mucho que quisiera echar un vistazo al interior del castillo, sabía que, de ser sorprendida, podría considerarse una indiscreción, de modo que se conformó con los jardines.

Deambuló por los alrededores en busca de Johnny y Joe, pero la finca era tan grande y tenía tantos jardines cercados, arboretos y huertos que al cabo de un rato tiró la toalla y fue en dirección hacia no sabía dónde. De cuando en cuando el sol desaparecía tras una nube, sumiéndola en las sombras, para reaparecer al cabo de un minuto persiguiendo las sombras colina abajo y a través del valle. La vista era espectacular. Notó que se animaba y que su pecho se henchía de felicidad mientras recorría en soledad el agreste terreno. Subió empinadas pendientes y saltó pequeños riachuelos, se encaramó a escarpados riscos y escaló serpenteantes muros de piedra. El sonido del canto de los pájaros llenaba el aire y la brisa olía intensamente a suelo fértil y al brezo rosa irlandés que crecía en las rocas, confirmando al paisaje agreste un sorprendente alarde de color. Se sumergió en la naturaleza, dejando que su curiosidad la adentrara en el bosque.

Anduvo largo rato. No supo cuánto, porque esa mañana no se había acordado de ponerse el reloj. Su estómago le decía que la hora de comer tenía que estar próxima y lamentó no haberse traído una mísera galleta. Tratando de recordar por dónde había venido, empezó a volver sobre sus pasos. El problema era que, a su ojo inexperto, todas las colinas y los valles parecían iguales. Justo cuando creía estar bien encaminada, otro horizonte surgía ante ella, contradiciéndole.

Al principio no se dejó llevar por el pánico. Estaba convencida de que acabaría topando con un sendero, o divisando las torres del castillo o incluso el mar. Le entró sed y las piernas le pesaban más a cada paso que daba, pero el esplendor del paisaje mitigó su desasosiego y mantuvo el optimismo. Caminaría una media hora antes de decidirse a subir por la ladera hasta la cima. Seguro que desde allí arriba vería el castillo y sería capaz de encontrar el camino de vuelta. Se puso en marcha a toda prisa, la garganta oprimida por la angustia. Pero al acercarse a la cima se dio cuenta de que detrás de ésta simplemente había otra cumbre por escalar. No estaba ni mucho menos cerca de la cima; estaba completamente perdida. En ese momento le entró el pánico. ¿Y si nunca encontraba el modo de volver a casa? ¿Moriría allí de frío? Estaban a mediados de febrero... ¿Sabría alguien dónde buscarla? Si chillaba, ¿la oiría alguien además de los pájaros?

Iba a desfallecer cuando oyó un silbido seguido de la voz de un hombre llamando a su perro. Le dio un vuelco el corazón ante la posibilidad de ser rescatada y corrió todo lo rápido que sus cansadas piernas pudieron llevarla en la dirección de la voz. Trepó por las rocas y bajó la pendiente a trompicones y casi se dio de bruces con un enorme caballo zaino y su jinete, que subían hacia la cima de la montaña en dirección a ella.

El caballo echó la cabeza hacia atrás, sorprendido, y se encabritó. El hombre tranquilizó a su corcel con mano experta y miró furioso a Ellen.

—¿Qué demonios crees que haces?

Pero fue tan grande su alivio que Ellen no le oyó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó jadeando, y se apartó haciendo eses. Respiraba con dificultad y estaba colorada de tanto correr, y las ganas de gritar eran casi incontenibles. No notó la irritación del hombre, que enseguida dio paso a una preocupación forzada cuando vio lo asustada que estaba ella.

—¿Estás bien? —le preguntó. Su acento irlandés era suave comparado con el de los Byrne. Ella asintió enérgicamente, recuperando el aliento—. ¡*Magnum!* —chilló. Momentos después un enorme mastín marrón claro aparecía por el margen de una loma y trotaba hacia ellos.

—¡Qué perro tan grande! —exclamó al tiempo que los músculos de las piernas empezaban de pronto a temblarle de cansancio.

—Tranquila, no te comerá. Eres demasiado menuda. —La analizó con interés, tras lo cual su tono se suavizó—. No eres de aquí, ¿verdad?

—No, vengo de Londres.

—Pues has hecho un largo camino. —Las comisuras de sus labios se curvaron en un amago de sonrisa.

Su broma provocó una tenue sonrisa a cambio.

—Me refiero a que soy de Londres. Estoy en casa de mi tía.

—¿Quién es?

—Peg Byrne.

Él asintió.

—Eres otro miembro más de la familia, ¿eh? —La repasó de arriba abajo.

—Sí, somos muchísimos, ¿verdad?

—¿Cómo te llamas, pues?

—Ellen.

—¿Y qué haces aquí?

Su tono autoritario de voz hizo que le diera un vuelco el corazón. Levantó la vista y lo miró a la cara, parcialmente tapada por un sombrero de fieltro marrón y una tupida barba negra, y reconoció sus facciones en el retrato mental que se había hecho a partir de sus conversaciones con Johnny y Joe. Era guapo, de piel morena y los ojos del color azul aciano más vivo que había visto jamás, hundidos y enmarcados por unas pestañas negras y gruesas. El pelo le llegaba a los hombros y se diría que llevaba mucho tiempo sin cepillarlo. La miró con arrogancia desde el caballo, aguardando su respuesta, y Ellen intuyó enseguida quién era. No podía ser otra persona. Se comportaba como si fuese el dueño de cada centímetro de aquellas montañas.

—Estoy en una propiedad privada, me temo... —dijo ella, olvidando su agotamiento ahora que sabía con quién estaba hablando.

Él asintió.

—Me temo que así es. —Pero por su sonrisa supo que no estaba enfadado—. Soy Conor Macausland. Éstas son mis tierras y algo me dice que te has perdido.

—Sí, he disfrutado tanto paseando que no me imaginaba que sería incapaz de encontrar el camino de vuelta. No pretendía alejarme tanto.

—¿De dónde venías?

—De tu castillo. Estaba con Johnny y con Joe —se apresuró a añadir, deseosa de justificar su presencia en el castillo—. Estaba echándoles una mano, ya sabes...

—¿Y quieres volver?

—Sí, por favor. Tú indícame el camino y ya me espabilaré. —Se avergonzaba de haber sido tan tonta.

Él se rió y meneó la cabeza.

—Me gusta tu temple, pero no puedo dejar que vayas andando hasta el castillo, está más lejos de lo que crees y pareces muy cansada. Mi casa está justo aquí al lado. Ven conmigo y luego te llevo en coche.

El corazón de Ellen empezó a latir con fuerza. La idea de acompañar a Conor Macausland a su casa era sorprendentemente inquietante. Pero ahuyentó sus dudas y la vocecilla de su cabeza que le decía que no fuese a ningún lado con un extraño, menos aún con un hombre que quizás había matado a su mujer, y lo siguió bordeando la colina y valle abajo.

Conozco bien esa mirada. El modo en que las comisuras de los labios de Conor se curvan en una sonrisa y sus ojos se vuelven más intensos y cálidos. ¡Pueden ser de un azul tan frío y gélido! Pero no hay nada como la presencia de una mujer hermosa para que se derritan y adquieran un tono más suave y cerúleo. Antes solía mirarme con esa ternura, y al hacerlo mi resentimiento desaparecía y yo me sumía en un estado de feliz amnesia. Olvidaba las peleas y las acusaciones. Olvidaba mi soledad y la acuciante sed de amor que ansiaba permanentemente. Cuando él me miraba así, me daba por satisfecha.

Ahora su curiosidad la despierta esta desconocida que ha entrado en sus tierras sin autorización. El temblor de sus piernas apenas le deja seguir el ritmo. Él le da miedo, pero ella no deja que trasluzca. Johnny y Joe Byrne la han asustado muchísimo con sus tonterías. También le produce inquietud *Magnum*, que es más parecido a un león que a un perro, y su alergia al polvo que levanta el caballo ya está haciendo que le lloren los ojos y le pique la piel. Su belleza queda oculta bajo el rubor de sus mejillas y alrededor de la nariz, lo que ha estado expuesto al frío, pero me imagino que Conor es capaz de adivinarlo. Al igual que su sabueso, que puede oler a una perra a más de kilómetro y medio de distancia, Conor es capaz de detectar a una fêmea atractiva, aunque tenga el pelo encrespado y su sensual cuerpo esté escondido debajo de un gran abrigo.

Habla con ella, haciéndole preguntas personales. Ella contesta con prudencia, desvelando poco. La casa aparece delante y percibo su alivio cuando posa los ojos en ella. Creo que está mucho más cansada de lo que aparenta. La mansión Reedmace es una sencilla casa solariega de ventanas de guillotina blancas y un tejado de pizarra normal y corriente, que, sin embargo, tiene cierto encanto. En verano, la glicina blanca adorna la parte delantera, y plantan manzanos en el jardín. En primavera, la brisa transporta las flores y parece que nieve. Cuando vivíamos en el castillo, Conor hizo obras con la intención de regalársela a sus padres. Pero su padre murió y su madre decidió quedarse en Dublín, en lugar de vivir sola en una casa grande y apartada a kilómetros de distancia de todo; así que se quedó desocupada, como una jovencita encantadora compuesta y sin novio.

Me encanta el riachuelo que serpentea y tuerce valle abajo, y me encanta el puente de piedra gris, que ahora está parcialmente cubierto de hiedra. Antiguamente lo transitaba la gente que solía desplazarse a caballo y en carruaje. Cuando los coches fueron demasiado pesados para atravesarlo, desviaron el camino y dejaron la antigua pista de tierra a merced de los árboles y el brezo, y el puente, de los troles y las cabras de mi imaginación. Hay cierta magia en ello, como si formase parte de un mundo perdido con el que tropiezas, por pura casualidad, y casi te sientes como si estuvieras allanándolo, como si en realidad no tuvieras que estar allí. Ahora soy libre de quedarme todo el tiempo que quiera. En ocasiones veo luces bailoteando, como pequeñas hadas, pero podría ser simplemente el juego pícaro del sol.

Al llegar a la casa, Conor lleva su caballo a la cuadra del siglo XVII que hay detrás. Es una construcción erosionada por los elementos que tiene un reloj de generosa esfera colocado encima del arco de entrada que se abre como un abrazo para darte la bienvenida. El reloj lleva años sin funcionar, siglos quizá. Está parado en las cinco menos cuarto, y probablemente siempre lo esté. Me gusta pensar que algo mágico ocurrió a las cinco menos cuarto, cien años atrás, que detuvo el reloj para siempre: algo romántico y triste, como la muerte de un amante.

Ellen se sienta en los viejos peldaños de piedra contruidos contra la pared a modo de montadero, y se fuma un cigarrillo. Puedo ver que le tiemblan las manos. Me encanta que fume porque Conor aborrece

la adicción. Mientras se traga el veneno, él se lleva el caballo al interior y se lo pasa al hijo de la pareja que cuida de la casa cuando él está en Dublín. No son de Ballymaldoon. Conor procuró buscar gente que no estuviera al tanto del escándalo que rodeó mi muerte. Meg y Robert son discretos; si saben algo, no sueltan prenda. Ella limpia y cocina, mientras que él se ocupa de la cuadra y los jardines. Su hijo, Ewan, es un chico activo de unos diecinueve años que siempre está dispuesto a jugar con Finbar e Ida cuando no tienen colegio y vienen de la ciudad a pasar las vacaciones. Ahora tienen las vacaciones de mitad de trimestre y han estado construyendo un campamento con piedras y madera. Pretenden encender una hoguera y prepararse su propia cena. Si yo viviese, tejería historias encantadas y nos sentaríamos bajo las estrellas tapados con mantas hasta que fuese hora de irse a la cama. A Finbar y a Ida solían encantarles mis cuentos. Ahora que son más mayores los disfrutarían más todavía. Pero aún tienen a Daphne, que con los años no se ha vuelto mejor cuentacuentos. Debo ser agradecida; son niños queridos.

—Tienes frío y cara de cansada, Ellen—dice Conor, mirándola con las manos en jarras.

Reparé en sus caderas la primera vez que lo vi, su forma de llevar los tejanos bajos, realzados por la hebilla de su cinturón. Es un hombre alto, de hombros anchos y piernas largas. Está bien hecho y es atlético, y la ropa le sienta bien. Ni siquiera ahora que su tristeza lo ha llevado a beber en exceso, ha perdido su forma física. Le gusta la mirada de esta chica. Pero le ha gustado la mirada de muchas chicas y se las ha metido en la cama para deshacerse de ellas por la mañana como de las botellas de vino que aliviaban su dolor sólo provisionalmente.

Ahora la mira sonriente. Su cara se transforma cuando sonrío. Su boca es generosa y sensual, y el modo en que sus comisuras se curvan hacia arriba le hace parecer condenadamente guapo. Cuando yo vivía no llevaba barba, pero ahora le ha entrado cierta apatía en lo concerniente a su aspecto y no tiene ganas de cortarse el pelo ni afeitarse. Es un reflejo externo de su honda tristeza, como si la vida tuviese poco sentido ahora que me he ido.

Clava en ella sus cálidos ojos azules y ella no puede resistirse. Le devuelve la sonrisa, sus reservas se disuelven a la intensa luz de su carisma. Sé cómo se siente; yo también he estado allí. Pero que no piense que durará. Muchas se han sentido atraídas por él, como las mariquitas pequeñas por el sol, y todas han experimentado un escalofrío de decepción cuando él se da la vuelta y ellas quedan sumidas en las sombras. Solamente yo fui una constante en su vida; podía alejarse de mí, pero siempre volvía. *Siempre*. Aun muerta disfruto de los eternos rayos de su amor.

—Entra y te prepararé un té para que entres en calor—dice.

—¿Estás seguro? No quiero molestar.

Ella apaga el cigarrillo y se pone de pie.

Él sonrío, como si ella no pudiese molestar a nadie.

—No es ninguna molestia, en serio. Francamente, a mí tampoco me vendrá mal un té.

Caminan hacia la casa y entran por la puerta trasera. Los niños están en la cocina con Daphne. Acaban de cenar. Al ver a *Magnum* se levantan de un salto y corren a abrazarlo. A Ellen le sorprende que alguien se atreva a rodear con los brazos a tan enorme bestia. Pero *Magnum* es muy manso. Los niños lo echan de menos cuando están en la ciudad y no me cabe duda de que el perro también los echa de menos a ellos, pero es demasiado grande para que se lo lleven.

—Mamá, te presento a Ellen, la sobrina de Peg Byrne—dice Conor—. Y esas dos preciosidades son mis hijos, Finbar e Ida.

—Un placer, Ellen—dice Daphne, y frunce el ceño, preguntándose de dónde ha sacado Conor a esta



chica desconocida con acento de inglesa rica—. Puedes llamarme Daphne —añade mientras Ellen reprime un estornudo. Los ojos de la joven están ahora hinchados y le lloran sin parar. Finbar le susurra algo a su hermana y ambos se ríen disimuladamente—. Querida, parece que tienes alergia a algo —dice la madre de Conor con amabilidad.

—A los caballos —contesta Ellen.

—Deja que te dé un antihistamínico. En verano Finbar tiene alergia al polen, así que algo tendremos en el botiquín.

—Lo lamento. No suelo producir un efecto tan adverso en las mujeres —bromea Conor.

Ellen se ríe y vuelve a estornudar. Al cabo de un momento Daphne regresa con una píldora.

—Os prepararé una taza de té. Parecéis helados los dos.

—He encontrado a Ellen en la colina —dice Conor, sentándose a la mesa de la cocina.

—Me he perdido —explica la joven.

—No me extraña que tengas frío. ¿Por qué no te sacas las botas y el abrigo y vienes a sentarte? ¿Tienes hambre? ¿Has comido algo?

—Estoy bien, de verdad.

—Bueno, pondré algunas cosas en la mesa y, si te apetece, te haces un sándwich.

Daphne está encantada con la compañía. Está deseando que su hijo siga con su vida. Yo le diría que no malgaste su energía. Conor no avanzará nunca. Han pasado cinco años. Aun así ella nunca pierde la esperanza. Pone comida en la mesa y unas tazas de té. Ellen rodea la taza alta con sus manos rosadas y se encorva sobre ella como un mendigo de la calle sobre una taza con monedas. Ha dicho que no tenía hambre, pero no tarda en hacerse un sándwich de jamón y pegarle un mordisco con voracidad. Conor siempre tiene hambre. Los hombres no se sacian nunca. Se corta un poco de queso y una gran rebanada de pan y se abalanza sobre ellos como si llevase semanas sin comer. La comida los recarga a ambos de energía. Los dos picotean mientras Finbar e Ida juegan con el perro e interrumpen a su padre con preguntas, y Daphne se prepara un té mientras Meg hace acto de presencia y recoge discretamente la comida de los niños.

—¿Sabes? Nunca hubiese dicho que eres una Byrne —dice Conor, entornando los ojos y analizándola.

Ellen se ha quitado el abrigo y él posa momentáneamente la mirada en la ondulación de su pecho bajo el jersey.

—Seguramente porque me he pasado la vida en Londres —contesta ella.

—Eso explicaría tu acento inglés. No hablas para nada como ellos.

—Eso dicen *ellos*. Mi padre es inglés y mi madre perdió su acento irlandés.

Él arquea una ceja.

—Tu madre se casó con un inglés. La familia estaría encantada con eso.

Conor le lanza una mirada a su madre, porque ella es una inglesa que se casó con un irlandés, aunque por lo menos ella era católica.

—No creo que sentara muy bien, en absoluto. Mi padre es protestante, pero a mí, naturalmente, me han criado en el catolicismo.

—Dime, ¿cuánto tiempo te quedarás? —pregunta Daphne a Ellen.

Mi suegra es escultora y excéntrica como acostumbra a ser los artistas. Lleva unos anchos pantalones caqui, zapatillas de deporte violetas y una llamativa bufanda floreada colgando sobre su grueso jersey. Tiene manos de artista. Ásperas y con arcilla seca incrustada.

A Ellen le cae bien Daphne, puedo verlo. A mí también me cayó bien al principio, antes de que se entrometiera.

—Pues ahora mismo no lo sé —contesta—. No tengo planes. He venido para escribir una novela, así que supongo que me quedaré una temporada. Además, me gusta mucho esto. Aunque sólo es mi tercer día, ya me siento como en casa.

—Es lo que tiene Connemara —dice Daphne con una gran sonrisa. Ella también se enamoró de la zona.

Ellen le devuelve la sonrisa.

—Eso dice todo el mundo.

—Con razón —coincide Conor—. Vine una vez aquí para rodar una película y acabé comprando el castillo.

Rompe a reír como si ahora considerase absurda su impulsividad.

—¿Estás trabajando en alguna película ahora mismo? —pregunta Ellen.

Yo podría decirle que Conor carece de voluntad. Que desde mi muerte no ha producido una sola película, pero él se encoge de hombros.

—Proyectos hay... —miente, y su madre hunde la cara en su taza de té.

Ella sabe la verdad. Conor se pasa el tiempo en un *pub* en Dublín cuando debería estar en el despacho, y da pelotazos contra las paredes de la pista de squash para dar rienda suelta a su frustración. Su desazón no está enraizada, como las semillas del sicomoro que transporta el viento sin que echen raíces en ningún sitio.

—Me imagino que con la recesión la situación de la industria cinematográfica está difícil —dice Ellen.

Él corta otro trozo de pan.

—Una buena historia siempre es una buena historia, pero son como las piedras preciosas, muy difíciles de encontrar. Hay un montón de basura por ahí.

—Yo he venido en busca de inspiración —comenta Ellen y los ojos le brillan—. Tengo que decirles que estoy *increíblemente* inspirada. Es la belleza, a uno le cambia. —Se golpea el pecho a la altura del corazón—. Aquí dentro.

—¡Qué razón tienes, Ellen! La belleza es lo más inspirador del mundo —coincide Daphne. Trae su taza de té y se reúne con ellos a la mesa—. En vida del padre de Conor pasábamos todas las primaveras en Francia. Las buganvillas eran espectaculares y esas encantadoras plazas de pueblo con sus banquitos en los parques y fuentes eran una preciosidad. Nunca me faltaba inspiración. Pero no hay nada más inspirador que Connemara. Creo que mis mejores obras las he hecho aquí abajo. Tal vez a ti también te pase con las tuyas.

Conor no habla. Sé que le gustaría decirles que Connemara le recuerda a mí y que desde mi muerte no está a gusto en este sitio. De no ser por los niños, a quienes les encanta, seguramente ni estaría aquí. Pero por alguna razón no ha vendido el castillo ni la finca. Quizá los conserve para seguir en contacto conmigo, para que nuestros hijos y él tengan algo tangible de mí. Si supiesen la verdad: que estoy aquí en

la brisa que sopla alrededor de los muros del castillo y el puente del trol, en la luz del sol que calienta sus rostros mientras van en busca de leña con la que hacer su hoguera y piedras con las que construir sus campamentos. Estoy en la playa y las colinas. Estoy con ellos, siempre. ¡Ojalá lo supieran!

Ellen no les cuenta que ha visto mi retrato colgado en el vestíbulo del castillo. Conor es un hombre que impone, y aunque sonrío cautivador y la analiza con interés, ella habrá percibido que tiene mucho genio. Hay una negrura en sus ojos pese a la calidez de su sonrisa. Siempre me ha encantado eso en él. Es la clase de hombre imposible de domar. Hice cuanto pude, pero no tuve éxito. Lo confieso ahora: es mi mayor fracaso, además de mi muerte.

Mientras hablan, Ida se acerca y se sienta en las rodillas de su padre. Él le rodea la cintura con los brazos y la estrecha contra sí, acariciándole con la cabeza el ángulo que forman nuca y hombro. Su expresión se suaviza y se le escapa un suspiro largo de satisfacción. Ellen lo observa y detecto que le conmueve el cariño palpable que siente por nuestros hijos.

—Ida, ¿cuántos años tienes? —pregunta.

—Diez —contesta ella con timidez.

—Es un número de mayor el diez. Ya tienes dos cifras. ¡Qué grande! —Ida sonrío con orgullo—. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El ocho de julio.

—Cumple en verano.

—El año pasado estuvimos en España por mi cumpleaños y Manuela me pintó las uñas de rosa con florecitas y purpurina.

—¡Qué bonitas! —exclama Ellen. Baja la voz, fingiendo que le dice un secreto a Ida—. ¿Sabes qué? Yo sé hacerlo. Se me da fenomenal decorar uñas. Tengo sobrinas en Londres a las que les gusta que les pinte las uñas de los pies y se las decore con piedrecitas brillantes.

Los ojos de Ida se abren mucho. Es una niña a la que le encanta todo lo que brille y la idea de ponerse piedrecitas brillantes en las uñas de los pies puede con ella.

—¿Son piedras *auténticas*? —pregunta.

Los adultos se ríen de su inocencia.

—No, no son auténticas, de lo contrario tendríamos que llevarte al banco y meterte en una caja fuerte. No creo que te gustara estar dentro de una caja fuerte.

Ida frunce la nariz y menea la cabeza.

—Veo que tienes imaginación —asegura Daphne—. ¡Nunca se me había ocurrido meter a una niña en una caja fuerte!

Finbar oye lo bien que lo están pasando y se acerca como si tal cosa a la mesa. Quiere sentarse también con su padre, pero no hay sitio. Daphne alarga la mano y él la toma. Mi corazón sufre una pequeña punzada de celos. Ella lo estrecha contra sí y le planta un beso en su tersa mejilla. Ansío sentir la textura de su piel, donde nace el pelo justo encima de su oreja. Recuerdo la sensación. Recuerdo a qué huele Finbar. Los dejo y me quedo en el jardín donde los manzanos están empezando a brotar. Ida ha colgado un comedero para pájaros en una de las ramas. Me acerco y mi presencia sorprende a los herrerillos azules, que salen volando hacia los arbustos, asustados.

Al cabo de un rato, Conor y Ellen se van en el Range Rover. Por curiosidad, los sigo. Ahora están conversando como viejos amigos. No hay nada como compartir una comida para que dos personas estén a

gusto juntas. El castillo está a tiro de piedra en coche, pero a pie por las colinas es una buena caminata. El vehículo de la tía de Ellen está aparcado fuera y Conor se detiene junto a él. Siguen hablando un rato antes de que él salga para abrirle la puerta. En ese sentido es un caballero a la antigua usanza. Yo lo esperaría en mi asiento, pero Ellen ya ha abierto la puerta y está bajando.

—Muchas gracias —dice ella entusiasmada, y de pronto la mutua compañía los violenta, como si no supieran realmente cómo despedirse. Observo divertida porque sé que es probable que no vuelvan a verse nunca más. Conor no pisa el pueblo y desde luego no subirá a casa de Peg para hacerle una visita.

—Celebro haberte rescatado en la montaña —dice, y le dedica una de sus sonrisas más encantadoras.

—Yo también, aunque lamento haberte robado tanto tiempo; además de vaciarte la despensa.

—De tanto andar te entró hambre. Aquí yo siempre estoy famélico.

—Bueno, pues gracias otra vez.

—Conduce con cuidado.

Intuyo que a Conor le gustaría prolongar la conversación.

—Lo haré.

—Y suerte con el libro.

—¡Ah, sí! Gracias. Esta noche empezaré. Si lo sigo posponiendo, no lo haré nunca.

Él se ríe —creo que se reiría de cualquier cosa que ella dijera— y la ve subirse al coche de su tía y arrancar el motor. Desvía momentáneamente los ojos hacia la puerta del castillo y una sombra pasa por su rostro. Ellen le dice adiós con la mano cuando pasa por su lado. Conor está distraído y le devuelve el saludo. Ve desaparecer su coche bajo los robles y a continuación desvía otra vez la mirada hacia la puerta del castillo. Sé que está reprimiendo el impulso de entrar y contemplar mi retrato. Se queda mucho rato simplemente mirando hacia la puerta, pero no va hacia ella. Al final recapacita y vuelve a su coche.

Mi interés por esta inglesa ahora va más allá, porque posiblemente sea mi único medio de comunicación. Me ha percibido una vez y volverá a hacerlo; estoy convencida. No sé cómo, pero creo que a través de *ella* haré saber a Conor y a mis hijos que sigo viva.

Conozco bien la casa de Peg de la época en que Ronan solía vivir allí, pero no he vuelto desde mi muerte. Conozco a las ovejas y a la llama repugnante, al burro manso y a ese cerdo. *Mister Badger* solía ladrarme desde la colina cuando yo estaba en el faro, como si supiese el peligro que corría y quisiera advertirme. Me sitúo en la colina y miro hacia el mar, hacia mi muerte. El agua está negra ahora que el cielo se ha encapotado. Las olas suben y bajan y baten las rocas, convirtiéndose en un espumoso burbujeo. Anochece temprano en febrero y el faro ya se recorta sobre el cielo añil. Recuerdo las ocasiones en que hicimos el amor allí sobre el verde en verano. Las veces en que él me abrazaba y me susurraba al oído que yo lo era todo para él. Recuerdo noches bajo las estrellas, con la vista levantada hacia la luna, consciente de que él haría lo que fuera por mí. Cualquier cosa. ¡Oh, qué sensación sentirse tan querida! ¿Y ahora? El faro era mío. Mi isla secreta, exclusivamente mía. El único sitio donde me sentía verdaderamente a salvo; el único sitio donde no estaba a salvo en absoluto.

Y ahora, en la colina a la espera de que llegue Ellen, veo a una niña pequeña delante de casa de Peg. Va vestida de blanco y la rodea un aura que no es de los vivos. Su pelo es largo y moreno y, sin embargo, tiene un brillo que no tiene el pelo terrenal. Me mira con unos ojos grandes y atrevidos y su sonrisa es tímida, pero serena. Sé entonces que es un espíritu, pero, a diferencia de mí, su resplandor es etéreo. Yo pertenezco a este mundo, ¿y ella? No, ella no. Ella es más sutil, como si estuviese hecha de suaves rayos

de luz. Le devuelvo la sonrisa.

La puerta se abre y Peg sale a zancadas con *Mister Badger*. No ve a la niña, pero eso no me sorprende. Llevo suficiente tiempo en este limbo como para saber que los vivos ven a los muertos en contadas ocasiones. Y cuando nos ven, hay una barbaridad de gente que los tilda de locos, ilusos o mentirosos. ¡De haber sabido entonces lo que sé ahora! Pero no es bueno desear algo que uno no puede tener, eso también lo sé. Observo a Peg y observo a la niña, y de pronto caigo en la cuenta de que el espíritu infantil es la hija que Peg perdió en el mar. No sé por qué lo sé, pero lo sé.

Peg va a echar un vistazo a sus ovejas. Se dirige al prado con paso resuelto. *Mister Badger* va hacia la niña y entonces ocurre lo más extraordinario. No me lo puedo creer. La pequeña alarga la mano y acaricia la cabeza del perro. Lo toca con los dedos y *él nota su roce*. Detecto que el pelo se chafa bajo su mano y, sin embargo, sé que ella no es de carne y hueso. Este espíritu infantil es un rayo de luz, pero por alguna razón es capaz de incidir en el mundo material de un modo imposible para mí.

Peg se gira y ve que *Mister Badger* está distraído. Menea la cabeza con cariño, porque cree que su perro es sencillamente un excéntrico. Silba y él yergue las orejas. La pequeña retira la mano y *Mister Badger* corre hacia el prado. Entonces ella lo sigue, saltando alegremente tras él. Yo levanto la vista al cielo, convencida de que la luna ha salido y ahora brilla encima de nosotros. Pero no, las nubes son espesas y grises y una lluvia fina humedece el aire. No hay luna que valga, es sólo que la niña irradia su propia luz, y al ponerse al lado de Peg, su resplandor baña a la mujer de cierta edad. Me pregunto si lo sentirá en algún nivel de su subconsciente.

Ellen detuvo el coche en un área de descanso e inspiró profundamente. Por primera vez desde que estaba en Irlanda tuvo ganas de llamar a Emily y compartir con ella su emoción. *¡Oh, Dios! Es el hombre más guapo que he visto en mi vida,* se dijo. *¡Conor Macausland! Acabo de comer con el famoso Conor Macausland.* Cerró los ojos, luego volvió a abrirlos para asegurarse de que no estaba soñando y agarró con fuerza el volante para evitar que le temblaran las manos.

Sabía que no tenía que emocionarse con un hombre al que muchos culpaban de la muerte de su esposa. Estaba claro que era peligroso: la clase de hombre contra el que las madres previenen a sus hijas. Pero el misterio que empañaba su nombre sólo servía para realzar su atractivo y potenciar el poder de su carisma. El hecho de que pudiera ser peligroso lo hacía sencillamente más atrayente.

Con qué brusquedad este breve encuentro había movido las placas subterráneas de su vida. Su punto de vista, anteriormente tan centrado en Londres, ahora estaba focalizado en este diminuto condado irlandés de Connemara. Más concretamente, en el sensacional y precioso castillo de Ballymaldoon y el hombre fascinante al que pertenecía. Sus padres, William y sus amigos de Londres desaparecían en un borroso segundo plano tras su nuevo foco de atención, dejando que únicamente fuese consciente de Conor Macausland y el deseo que tan desprevenida la había pillado.

Visualizó su pícara sonrisa y los ojos índigo que brillaban con el azul más intenso y contrastaban con su tez morena y curtida, y unas largas pestañas negras. La tragedia que había en ellos sólo servía para granjearse aún más su cariño. Ellen nunca se había enamorado de un hombre con barba, pero el vello de su cara le confería algo salvaje y excitante, como si se tratase de un héroe de cuento o un caballero de antaño, y parecía increíblemente suave. Se imaginó cómo sería el roce con su piel y la idea le hizo estremecerse con una sensación prohibida. Se quedó en el coche hasta que hizo demasiado frío para seguir ahí sentada más tiempo sin poner la calefacción. Sus manos estaban tíasas de frío, pero su cuerpo estaba caliente dentro del grueso abrigo de tía Peg. Para cuando encendió el motor había proyectado todos sus deseos sobre este hombre que tan capaz parecía de encarnarlos, y se preguntó cómo podía ingeniárselas para volver a verlo.

Llegó a casa de Peg de un humor excelente y encontró a su tía en la cocina con Ronan y Oswald. Al verla *Bertie* se le acercó trotando y la acarició con su hocico húmedo. Como estaba muy contenta, se agachó y acarició su cabeza pinchosa. Era más suave de lo esperado.

—¡Bien, ya estás aquí! —exclamó Peg, cruzando los brazos por delante del jersey de lana—. No hemos mandado a un equipo de búsqueda por los pelos.

Para estar a punto de enviar un equipo de búsqueda estaban los tres muy tranquilos y a tan gusto, pensó Ellen.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Oswald—. Tienes las mejillas como un tomate. ¿Te has metido en algún lío?

Peg se levantó.

—Te serviré un té. ¡Pareces helada! ¿Has comido, cielo?

Ellen se sacó las botas.

—He comido con Conor Macausland —contestó como si tal cosa, saboreando el efecto que esa

noticia sin duda produciría.

Su tía se paró en seco, a medio camino de los fogones, y Oswald la miró boquiabierto, mientras la cara de Ronan se desencajaba de rabia.

—¿Has comido con el señor Macausland? —repitió Peg—. ¿He oído bien o me tomas el pelo, cielo?

—¿Y por qué? —preguntó Ronan.

Ellen se sacó el abrigo de Peg y lo colgó en la puerta.

—Me he perdido y él me ha ayudado —contestó, incapaz de disminuir el brillo en su mirada.

—Un caballero de brillante armadura —comentó Oswald con un suspiro.

—¡Sí, exacto! —añadió Ronan sarcásticamente.

—¿Y qué has hecho para perderte? —inquirió Peg.

Ellen entró tranquilamente en calcetines y retiró la silla contigua a Oswald, enfrente de Ronan.

—He ido a dar un paseo por las colinas. Estaba todo tan bonito... El sol brillaba, el lugar olía de maravilla. Estaba inspirada.

—¡Ah..., el esplendor de Connemara! —Oswald volvió a suspirar.

—¿Y qué ha pasado luego? —insistió Peg.

—Anduve y anduve hasta que decidí que tenía que volver. Pero me perdí. Todas las colinas parecían iguales. Creo que estaba caminando en círculos. La verdad es que me he asustado. No sabía dónde estaba. Entonces fue cuando Conor apareció en la colina a caballo y me rescató.

—¿Blandía una espada y golpeó a tus enemigos? —bromeó Oswald.

Ellen chascó la lengua y puso los ojos en blanco.

—Me ha invitado a su casa y he comido con su madre, Daphne, y sus dos hijos, que son adorables; aunque su perro impone bastante.

Peg parecía horrorizada.

—Me imagino que el señor Macausland también impondrá bastante.

—Yo diría que tus hermanos imponen, tía Peg, pero cuando los conoces te das cuenta de lo simpáticos que son. Conor es así. Al principio, con su barba oscura y sus greñas, me ha parecido amedrentador. Pero la verdad es que ha sido muy amable.

Ronan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—No seas tonta, Ellen. Conor Macausland de amable no tiene nada. Que no te deslumbre su cara bonita. —Pero no pudo resistir la curiosidad—. ¿Y de qué habéis hablado? —preguntó.

—¿Qué? No sé —contestó ella distraídamente—, de muchas cosas. Me ha preguntado por mí. Le he dicho que era tu sobrina, Peg, y ha bromeado sobre el tamaño de nuestra familia.

—Bueno, conoce bien a Johnny y a Joe, ¿verdad?, con lo que en realidad no eres una desconocida para él. —Puso el agua al fuego.

—Daphne es artista como tú, Oswald —añadió Ellen.

—Irlanda está llena de artistas —repuso el hombre, poco impresionado.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó Ronan.

—Los niños tienen vacaciones de mitad de trimestre —contestó Ellen, sintiéndose importante ahora

que *ella* tenía información que darles a *ellos*.

—Me imagino que volverá a Dublín en su lujoso helicóptero en cuanto acaben —dijo Ronan.

Ellen se desinfló.

—¿Tú crees?

—Viene poco por aquí, ¿verdad, mamá? Si yo estuviera en su lugar, tampoco querría que me viesen mucho por aquí —añadió.

Peg asintió con la cabeza.

—Fue un asunto tremendo, tremendo. No me sorprende que no venga más a menudo. Cada rincón de la finca le recordará a su bella esposa.

Ronanapuró su taza de té. Ellen se fijó en la sombra furiosa que oscurecía su rostro.

—Tenía tantas preguntas que hacerle —continuó ella.

—Si hubieras llegado a hacérselas, no creo que te hubiera parecido tan encantador —dijo Ronan enfurruñado.

—Oye, que no soy idiota —repuso Ellen—. No se me habría pasado por la cabeza fisgonear. El pobre hombre ha sufrido horrores.

A su primo le brillaron los ojos.

—Pero está vivo, ¿no? —Inspiró profundamente, como evitando decir nada más.

*Grajita* levantó el vuelo y se posó en la barra de la cortina encima de la ventana de la cocina. Fuera estaba oscuro como boca de lobo y el viento había cobrado fuerza. Aullaba alrededor de la casa como un fantasma.

—El único culpable es él —añadió Ronan en voz baja—. Los únicos culpables son ellos *dos*.

—¡Ah..., habladurías y especulación! —exclamó Oswald—. Dentro de veinte años la gente de Ballymaldoon seguirá hablando de esto.

—Y seguiremos estando a dos velas —añadió Peg, retirando el agua hirviendo del fuego y vertiéndola en la tetera—. Venga, tomémonos todos otro té y hablemos de otra cosa, para variar.

Poco después, Ronan fue en coche al *pub* y Peg acomodó a Ellen en la pequeña salita y encendió la chimenea. El crepitar del fuego era reconfortante.

—¿Tiene novia Ronan? —preguntó Ellen a su tía mientras enchufaba el portátil en la pared de detrás de la mesa.

—¡Qué más quisiera yo! —repuso Peg—. Como ves, es un chico muy difícil. —Suspiró con resignación—. Probablemente sea por mi culpa. Los niños nunca salen ilesos de un divorcio.

—Pero es guapísimo, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Es un chico guapo, es verdad. Los chicos Byrne son todos muy guapos. —Corrió las cortinas—. Esta noche hace viento. Celebro que no salgas.

—Es una delicia estar aquí. Es un cuarto muy acogedor.

—Tuyo será todo el tiempo que quieras.

—Tía Peg, sé perfectamente que soy una carga para ti...



La mujer se volvió y sonrió a su sobrina.

—No eres ninguna carga, Ellen. Si lo fueras, te lo diría. Es agradable tener una chica por la casa. Siempre he estado rodeada de hombres. Desde que Ronan se mudó esto ha estado muy silencioso. Tengo a Oswald. —Su sonrisa se ensanchó—. Es un granuja adorable, pero resulta agradable tener una chica de la que cuidar. —Titubeó unos instantes, considerando la inquietud de Ellen—. Oye, si quieres colabora haciendo recados. No necesito tu dinero. Tengo para cubrir lo necesario. No soy de grandes lujos, como ves. Pero si quieres colaborar, te agradecería que fueses tú a Ballymaldoon por mí. Esta humedad es perjudicial para mis huesos.

Ellen se alegró de que hubiese alguna cosa que pudiera hacer, aunque algo le decía que Peg sólo estaba siendo amable. La humedad no le impedía pasarse el día entero al aire libre con sus animales.

—Será un placer. Tú dame tu lista y haré la compra por ti, y cualquier otra cosa que necesites. Hasta te ayudaré con los animales. Considérame tu mano derecha.

—Trato hecho, pues. —Peg miró el reloj—. Ahora será mejor que me ocupe un poco de Oswald, es muy absorbente. Quiere que le ayude a elegir cuadros para una exposición del ayuntamiento. Puede que *Mister Badger* venga a tumbarse delante del fuego. Le encantan las chimeneas. Así que no te asustes. No te molestará. Estaré aquí delante con Oswald, si me necesitas.

—Gracias, tía Peg. Te agradezco muchísimo que te guste tenerme aquí. Ya me siento como en casa.

La mujer sonrió.

—Me alegra oír eso, cielo. Ahora escribe un poco, ¿vale?

—De acuerdo.

Peg se fue, dejando la puerta entornada. El fuego empezó a crepitar y chisporrotear devorando las astillas y se abalanzó sobre la leña con lenguas naranjas. Ellen encendió el ordenador y esperó con la mirada perdida a que arrancara. Apoyó el mentón en las manos y dejó que su mente volviera al momento en que Conor había aparecido en la loma a caballo. No fue consciente de la tenue sonrisa que se apoderó de su cara al visualizarlo con su sombrero de fieltro, su pelo enmarañado y su mirada de preocupación. La pantalla se encendió frente a ella, pero tampoco prestó atención a eso hasta que *Mister Badger* entró tranquilamente y se instaló delante del fuego soltando un suspiro de satisfacción, que le alertó de su presencia y la alejó de sus pensamientos.

Iba a abrir su correo electrónico cuando recordó que Peg no tenía acceso a Internet en casa. Probablemente fuese positivo que no empezara a comunicarse precisamente con las personas de las que había huido viajando a Irlanda. En lugar de eso, abrió un documento en blanco y escribió NOVELA SIN TÍTULO con una letra con bucles, añadiendo su nombre debajo. Estuvo por lo menos veinte minutos probando distintas fuentes. Cuando avanzó a la siguiente página, descubrió que no tenía nada que escribir. El blanco inmaculado de la página hizo que se acobardara, frustrada. Hasta que tuviese un argumento no valía la pena ni empezar. Claro que el héroe ya lo tenía, y puso la cabeza en las manos y volvió a pensar en él.

Eran las once cuando Johnny y Joe aporrearon la puerta de casa de Peg. Ellen estaba en la cama, leyendo una novela de Daphne du Maurier de la estantería de su tía. Dejó el libro y aguzó el oído. Oyó a su tía en el recibidor, reprendiéndolos por despertarla, pero a decir verdad justo acababa de finalizar su partida de cartas con Oswald y se había acostado hacía apenas diez minutos. Ellen se puso un jersey encima de la camiseta y el pantalón a rayas del pijama y bajó corriendo para ver a qué venía tanto alboroto.

—Justo la persona que buscábamos —dijo Joe al ver a su prima en la puerta. La miró de arriba abajo con regocijo, reparando en el pijama infantil y su pelo despeinado—. Siento haberte hecho levantar —añadió con ironía.

—¿Te han despertado, cielo? —inquirió Peg.

—No, estaba leyendo —contestó Ellen—. ¿Qué pasa?

Johnny se sentó a la mesa y la miró seriamente.

—El señor Macausland ha venido al *pub* preguntando por *ti*.

A Ellen le brincó el corazón dentro del pecho.

—¿En serio?

—Ha venido al *pub* —repitió Joe—. ¿Puedes creerlo? No había puesto un pie en ese sitio desde el incendio.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Ellen, procurando no mostrar excesivo interés, pero fracasando estrepitosamente.

—Ha entrado y el local entero se ha quedado en silencio. Podría haberse oído el pedo de un ratón —continuó Joe.

—Craic le ha servido una pinta y han estado charlando un rato —dijo Johnny con seriedad—. Se necesita mucho valor para venir a un sitio hostil como el Pot of Gold.

—Bien por él —añadió Peg, poniendo la tetera al fuego.

Joe se sentó al lado de su padre. Ellen estaba tan distraída que eligió la silla de *Grajita*, olvidando que el pájaro estaba posado en el respaldo hasta que notó que le daba picotazos en el pelo.

—¡Dios mío! —exclamó, levantándose y yéndose al otro extremo de la mesa—. ¡Lo de éste pájaro es el colmo!

—Ha tardado un poco en desviar la conversación hacia tu persona —dijo Joe con una sonrisa pícaro—. Primero se ha puesto a hablar de la finca. Luego ha dicho que te encontró perdida por las colinas y que te dio de comer.

—Lo cual es cierto —confirmó Ellen impaciente.

—Ha dicho que su hija quiere que le pintes las uñas.

Ellen sonrió.

—Le comenté que se me da muy bien hacerlo.

Peg observó en silencio desde los fogones, con expresión meditabunda.

—Quiere que vayas y le hagas la manicura, o como sea que se llame —dijo Joe. Enarcó las cejas—. Creo que está coladito por ti.

Ellen se ruborizó.

—No seas estúpido. Tengo mano con los niños, eso es todo.

—Tiene que estar colado por ti para tomarse la molestia de venir al *pub*. Se habrá imaginado que estarías allí.

—¿Por qué no te ha llamado por teléfono? —preguntó Peg—. Puede que no tenga Internet ni televisión, pero ¡tengo teléfono!

—Eso sería demasiado obvio. Ha intentado ser sutil —dijo Joe, guiñándole un ojo a Ellen.

—Que el señor Macausland vaya al Pot of Gold no tiene nada de sutil —repuso Johnny—. Di que estás ocupada escribiendo. Yo me ocuparé de que le llegue el mensaje.

—¿Crees que no debo ir? —preguntó Ellen sorprendida.

—¡Pues claro que no! —dijo Peg desde los fogones—. Me niego a que te veas metida en todo esto.

—Sólo iría para pintarle las uñas a esa niña.

Peg entornó los ojos.

—Te meterás en la boca del lobo, cielo. Él se irá dentro de una semana.

Ellen experimentó una súbita sensación de apremio. Su mente se puso en marcha atropelladamente como el ratón que intenta encontrar la salida de un laberinto.

—¿Por qué no vienes conmigo, Peg? —propuso. Su tía parecía horrorizada—. Me parece injusto no pintarle las uñas a Ida. Quiero decir que no tiene una madre que se lo haga, ¿verdad? Pobrecita. Parecía tan ilusionada cuando le dije que podría decorárselas con piedrecitas.

—¿Y dónde comprarías esas cosas? —preguntó Peg.

Ellen se encogió de hombros.

—Habrá una tienda de regalos en el pueblo, ¿no?

—Sí, Alanna tiene una pequeña tienda, pero no vende piedras para decorar uñas, eso seguro.

—Algo tendrá que me sirva. Algo que pueda cortar y pegar con esmalte.

—En la farmacia tienen esmalte.

—Estupendo, es cuanto necesito. Mañana iré al pueblo a ver qué hay. —Se volvió hacia Johnny triunfal—. Dile al señor Macausland que tía Peg y yo iremos a la hora del té para pintarle las uñas a Ida. Lo veréis mañana en el castillo, ¿verdad?

Johnny miró a su hermana frunciendo el ceño.

—Sí, lo veremos. Pero ¿seguro que quieres ir, Peg? ¿Qué dirá Desmond? No le hará ninguna gracia.

—Naturalmente que no quiero ir —contestó ella—. Pero no quiero que Ellen vaya sola, así que no me queda más remedio.

—Tienes razón; si va, no debe ir sola —convino Johnny serio.

Ellen se rió.

—Me siento como si hubiese salido de un libro de Jane Austen y necesitase carabina.

Pero Peg no se rió con ella.

—No sabes dónde te metes. Yo sí, y, como estás en mi casa, estás bajo mi responsabilidad. Creo que a tu madre le habría dado un infarto sólo de pensar que te acercas a un hombre como Conor Macausland. Es conflictivo, créeme.

—No te pases, Peggine —dijo Joe—. Sólo va a pintarle las uñas a esa niña.

Peg le dedicó una mirada acerada.

—No, va a tomar el té con el señor Macausland. Lo de pintarle las uñas a Ida no es más que una excusa. ¡Vamos, Joe, que no nací ayer! —Retiró la tetera hirviendo del fuego—. Bueno, ya que estáis aquí, ¿por qué no nos tomamos un té?

Ellen no pudo dormir de emoción. Conor Macausland había dado el paso de ir al *pub* por *ella*, y nada más se habían visto una vez. Esa única vez le había bastado a ella para despertar *su* interés por él, así que ¿por qué no el de *Conor* por ella? Sin embargo, luego, en la penumbra de su dormitorio empezó a dudar de su propio atractivo. Tal vez él había decidido ir al *pub* por Ida; después de todo, la pequeña estaba huérfana de madre y era innegable que su padre la adoraba. Quizá todo *fuese* por las uñas y no tuviese nada que ver con que ella le *gustase*.

Dio vueltas en la cama, sin poder encontrar una posición cómoda. El corazón le iba a mil por hora, impidiéndole dormir. Pensó en Caitlin y en por qué había ido al faro aquella noche, y pensó en el incendio y en si Conor había sido realmente el causante de su muerte. ¿El hombre de la barca que se alejaba remando mientras el faro ardía era Conor huyendo tras el asesinato? ¿Y por qué había dejado el retrato de su esposa colgado en la casa? ¿Para poder seguir contemplándola? ¿O porque quería encerrarla con el resto de sus recuerdos en el castillo que ahora era una tumba?

¿Estaba Ellen loca cual mariposa nocturna revoloteando alrededor de una llama? Si se acercaba demasiado, ¿ésta la devoraría? ¿O había sido Conor injustamente calumniado?

Y entonces se puso a pensar en William y lo inofensivo que parecía al lado de Conor. Se preguntó si estaría tratando de ponerse en contacto con ella y se murió de vergüenza al recordar el texto que le había enviado. Merecía algo mejor. Claro que ¿acaso no estaba nadando entre dos aguas, curándose en salud, sin querer quemar las naves, no fuera a ser que tuviese el súbito impulso de retroceder hacia un futuro estable, si bien es cierto que aburrido?

No llevaba siquiera una semana fuera de casa y, sin embargo, estos días en Irlanda se le antojaban meses. Había viajado mucho en su vida. Vacaciones en Sudáfrica y Suiza, Tailandia e India, viajes a Nueva York y Milán para ir de compras, fines de semana en Italia y Francia, y sin embargo ninguno de esos lugares le había proporcionado nunca una sensación de pertenencia. Siempre había sido una turista, una invitada que estaba sólo de paso. Connemara, por el contrario, emanaba cierta sensación de permanencia: de ser más que simplemente un destino, como el árbol errante que se reencuentra con sus raíces. Con esta reconfortante reflexión se quedó al fin dormida.

A la mañana siguiente despertó temprano tras un sueño superficial e intermitente. Despuntaba el día detrás de la casa, arrojando sobre el faro una suave luz rosada. Ella se situó frente a la ventana y contempló el oleaje del mar rodeándolo, espumeando cuando las olas batían las rocas. Enormes gaviotas blancas se posaban en la madera ennegrecida y se peleaban por los erizos de mar que la marea abandonaba a su suerte. Poco después, Peg salía de la casa con *Mister Badger* para contar las ovejas y hablarles al burro y la llama. Ellen la observó con sus pantalones marrones y gran abrigo, un gorro de lana bien calado sobre su pelo corto y canoso, y sintió que la compasión anidaba en su corazón. Había algo sumamente conmovedor en la ligera caída de sus hombros, como si el peso de su dolor, con los años, la hubiese aplastado. ¿Acaso era posible superar la muerte de un hijo? Ellen vio a Peg acariciando a la llama detrás de las orejas. Parecía muy sola allí fuera en el prado, con el mar como telón de fondo. Por supuesto que no era posible, lo sabía, su tía únicamente había aprendido a vivir con ello.

Tras un abundante desayuno a base de gachas y té, se fue al pueblo en el coche de Peg para comprar esmalte y cosas brillantes para las uñas de Ida. Estacionó junto al puerto, donde había mucho movimiento de pescadores atendiendo a sus barcas y su pesca matutina, e hizo rumbo hacia la tienda de regalos de Alanna. Deambuló por las calles estrechas, pasando por delante de bonitas casas de colores pastel y tiendas concebidas para atraer a los turistas veraniegos con jerseys de pescador, cerámica, pieles de borrego y cristal. La de Alanna fue fácil de encontrar, se enclavaba entre una cafetería y la farmacia. Había pintado la fachada de rosa fucsia subido.

Tintineó una campanilla al abrir la puerta. Alanna levantó la vista de la mesa, al fondo de la tienda, y su cara denotó reconocimiento y alegría.

—Pero ¡si es Ellen! Ya pareces una lugareña.

—Conque ésta es tu tienda. Es preciosa.

Recorrió con la mirada los estantes abarrotados de adornos brillantes, bonitos artículos de papelería, vajilla pintada, sábanas y manteles bordados, jabones como los de antes y velas aromáticas. Era un fragante tesoro oculto de caprichos que uno no necesitaba. La clase de sitio que a Ellen le encantaba.

—En este momento hay poco movimiento —se lamentó Alanna—. Aumentará en verano, cuando vengan los turistas, y ahora mismo estoy yo sola. Mary, la que me ayuda, ha tenido que irse a Waterford a ver a su madre enferma, suerte que ha pasado ahora.

—Vengo como *cliente* —anunció Ellen.

Alanna arqueó las cejas.

—¿No has venido sólo para charlar conmigo?

—Eso también, claro. Pero necesito algo que brille como la purpurina para decorar uñas.

—¡Ah..., sí! Me lo ha comentado Desmond. Vas a tomar el té con Conor Macausland. —En sus ojos se reflejó la fascinación—. Ten cuidado, Ellen, ¿me oyes? Es un hombre de muy buena planta, pero me temo que es conflictivo.

—Lo sé, pero me puede la curiosidad. No ir sería absurdo, ¿no crees? Como escritora tengo la compulsión de buscar inspiración allí donde pueda encontrarla.

Alanna se rió y se levantó de la silla.

—Me imagino que es difícil resistirse al encanto de un canalla atractivo. Veamos..., déjame ver qué puedo encontrarte. Tengo lentejuelas. —Caminó hasta un perchero del fondo de donde colgaban toda suerte de paquetes—. Éstas son bonitas.

—Sí, me servirán. Fantástico. Gracias. —Ellen siguió curioseando—. Es un pueblo muy bonito.

—Ya lo creo que sí. Es muy bonito y es un pueblo de gente buena y trabajadora. Yo no podría vivir en un sitio como Londres. Demasiado ruido, delincuencia y prisas. Las pocas veces que he estado allí he vuelto agotada. Me gusta la vida más tranquila.

—No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba estar en el campo hasta que he salido de la ciudad. Supongo que no puedes echar de menos lo que nunca has tenido. Pero ahora que sé lo que se siente estando sola en las colinas, no creo que sea capaz de volver a prescindir de ese espacio vital.

—Deduzco que te perdiste por allí arriba.

—Sí, me perdí. Fue muy estúpido por mi parte perderme así, pero no soy de campo.

Ellen se giró para ocultar su rubor.

—Ten cuidado —repitió Alanna—. Estoy convencida de que eres una chica sensata, pero no olvides quién es él cuando le pintes las uñas a su hija y él te mire con esos ojos tan penetrantes que tiene. Es muy conflictivo.

—No me pareció la clase de hombre capaz de asesinar a su mujer —repuso Ellen a la defensiva.

—No, yo no creo que la asesinara, ni mucho menos. Sé que Ronan sí lo cree, pero es lógico, ¿no? Para él, ella era la princesa de la torre y Conor era el ogro que la había hecho prisionera. —Se rió—. Pobre Ronan, llevó muy mal su muerte.

—¿Y tú qué crees que pasó? —preguntó Ellen.

—Su muerte fue un misterio, y a la gente le gustan las teorías de la conspiración, pero no creo que Conor sea tan malo. Es egoísta y un malcriado, me imagino, y muy arrogante. Nunca venía al *pub* ni se integró en la comunidad. Se quedaba recluido allí arriba en su castillo como si fuera demasiado bueno para mezclarse con el pueblo llano. Caitlin, en cambio, bajaba al Pot of Gold cuando él estaba en Dublín y se quedaba un rato en la barra hablando con Craic. Se tomaba su copa de Murphy y cantaba con todos. Creo que lo que más le gustaba eran esos momentos en que podía bajar de su torre de oro y ser ella misma. Era muy guapa, pero tremendamente desgraciada. Se le veía en los ojos. No creo que fuera fácil estar casada con Conor, por mucho dinero que tuviera. Merecía algo mejor, la pobre.

—¿Llegaste a conocerla?

—No mucho, era mujer de un solo hombre. Pero conocí a Molly, su niñera.

Este nuevo enfoque despertó el interés de Ellen.

—¿En serio?

—Supongo que se aburría y solía venir a charlar cuando los niños estaban en el colegio. Era una chica encantadora, muy dulce y amable. Adoraba a su jefa, los ojos le hacían chiribitas cuando hablaba de ella. Creo que Conor le asustaba un poco. Veía demasiadas cosas, me imagino. La cosa es que después de la tragedia me dijo que Caitlin sabía que Conor iba a volver la noche en que ella se fue remando hasta el faro, pero aun así fue. A Molly le pareció extraño, teniendo en cuenta que él le había prohibido ir allí. Era peligroso, ¿sabes?, y le preocupaba que ella se fuera en ese bote. Pero era testaruda y se emperró en ir. Pues bien, aquella noche emanaba determinación, dijo Molly, como si quisiera que él la sorprendiera. Cuando trascendió que el faro estaba lleno de velitas, Molly pensó que Caitlin había

creado un ambiente romántico para seducirlo. Su matrimonio era un auténtico desastre; tal vez fue un intento de recuperarlo.

—Pero ¿por qué en el faro, si él detestaba que ella fuese allí?

Alanna se encogió de hombros.

—No lo sé, pero Molly dijo que todas las otras veces que ella fue, se aseguró de que él no estuviera para no ser sorprendida. Ésa fue la única vez que fue sabiendo que él se enteraría. Quería que él fuese y la encontrara. ¿Por qué? No lo sé, y Molly tampoco lo sabía. No fuimos capaces de averiguarlo. La poli le interrogó, pero por lo visto aquello no les pareció relevante.

Ellen miró fijamente a Alanna y su corazón empezó a acelerarse.

—¿No creerás que ella lo atrajo hasta allí para *asesinarlo*, y que todo salió mal?

Alanna abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Jesús! Ellen, ¡ni se me había pasado por la cabeza!

—Veo demasiadas series policiacas.

Ellen se echó a reír, descartando la idea.

—Pues no eches más leña al fuego contándoles a los chicos esa teoría, ¿quieres?

—Creo que Peg me saltaría a la yugular si me oyese hablar así.

—Desde luego. Tú y Ronan con vuestras teorías siniestras...

—Y pienso investigar el mismísimo meollo del misterio —comentó Ellen entusiasmada.

—Pues ten cuidado —le advirtió Alanna—. Esa clase de hombres se ensañan con las chicas guapas y, cuando se hartan de ellas, las desprecian. Yo me mantendría bien lejos de él. Si quieres un buen irlandés, hay un montón de chicos decentes disponibles.

—Pero ¡si todos están emparentados conmigo!

—Sí, claro, eso es verdad. No se te ocurra enamorarte de uno de tus primos. ¡Eso no estaría nada bien!

—Joe es guapo. ¿Por qué no tiene novia?

—Porque está demasiado ocupado tanteando el terreno. ¿Por qué conformarse con una cuando puede tener diez?

Ellen encontró esmalte de uñas rosa en la farmacia de al lado y compró un par de cosas de la lista de su tía. Justo cuando se disponía a marcharse, Dylan Murphy apareció por la puerta y clavó en ella sus ojos de loco como si no hubiese estado haciendo nada más con su tiempo que buscarla.

—¡Vaya! Hola, Ellen Olenska —dijo, y sonrió. Se le veía muy peripuesto con americana y corbata, pero no estaba segura de querer lidiar sola con él.

—Hola, Dylan. ¿Qué tal?

—No puedo quejarme —contestó él, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta. Olía fuertemente a tabaco.

—¿Cómo va ese libro?

—Aún no he escrito ni una palabra.

—Lo harás. Eres una chica de talento, lo sé.

Su cumplido la desarmó, al igual que la fugaz dulzura de su sonrisa. Se fue con la misma rapidez con que había venido, como si le diera vergüenza haber destapado un fondo más tierno.

—Me he enterado de que Peg y tú vais a tomar el té con Macausland.

—¿En este pueblo no hay secretos o qué?

—Si quieres esconder un secreto, cuéntaselo sólo a los peces.

—Me ha pedido que le pinte las uñas a su hija.

—No creo que eso figure en la lista de obligaciones paternas, ¿verdad?

—Ni en la de una abuela —añadió Ellen—. Aun así estoy encantada de hacerlo.

—Pero ten cuidado...

—¿Tú también? Todo el mundo me advierte que tenga cuidado, como si Conor fuese una especie de demonio. Conmigo fue muy amable.

—Sí, claro, lógico, eres guapa y él es un hombre calenturiento como todos los demás.

A Ellen le dio apuro el modo en que recalcó la palabra *guapa*. Casi la cantó.

—Tía Peg vendrá conmigo, ¿sabes? —le dijo, y se preguntó por qué sentía la necesidad de dar explicaciones.

—Sí, eso será digno de ver.

Ellen no supo qué quería decir con ese comentario.

—Bueno, más vale que me vaya.

La cara de Dylan se ensombreció de desilusión.

—Te vas a hacer recados, ¿eh?

Ella sacó la lista de Peg del bolsillo del abrigo.

—Tengo que ir a la carnicería y luego a la tienda de comestibles.

—Deja que te indique dónde están, pues.

—No, de verdad, no te molestes. Seguro que sabré encontrarlo. Es un pueblo muy pequeño.

Pero Dylan ya estaba abriendo la puerta.

Ellen sonrió cuando, cinco puertas más adelante, llegaron a la carnicería.

—Me alegra que hayas venido conmigo —bromeó—; de lo contrario, puede que no la hubiese encontrado.

Dylan sonrió tímidamente.

—Algunas veces no es tan fácil ver lo que está delante de tus narices —dijo, y le abrió la puerta. Ella entró—. Dime, ¿cuánto tiempo pretendes quedarte?

—No lo sé. —Ellen se acercó al mostrador y examinó la carne que había tras el cristal—. Por ahora no tengo la menor intención de volver a Londres. —Suspiró—. Pero supongo que en algún momento tendré que volver.

—¿Qué te retiene allí?



*Exactamente aquello de lo que huyo*, pensó, pero dijo en cambio:

—Mi vida.

—Bobadas, Ellen Olenska. *Tú* eres tu vida, y tu vida está dondequiera que tú estés.

A Ellen le sorprendió la sabiduría de sus palabras y apartó la mirada del mostrador.

—Nunca lo había visto de este modo.

—Pues es verdad. Tu vida no es algo que puedas dejar atrás o de lo que puedas huir, porque *tu* vida eres *tú*. Lo de la gente, en cambio, es otra historia. Puedes huir de ella, estoy de acuerdo.

Ella lo miró fijamente. De pronto le pareció que Dylan se encogía y le entraron ganas de rodearlo con los brazos por la crueldad con que su madre le había partido el corazón. Pero estaban dentro de la tienda y el carnicero se disponía a atenderla. Sacó la lista.

Instantes después estaban andando por la acera hacia la tienda de comestibles. El cielo estaba gris como las gachas, pero cada cierto tiempo las nubes se separaban y el sol asomaba, sorprendentemente cálido para febrero.

—Te pareces a tu madre —dijo con ternura, con la mirada al frente como si mirarla en aquel momento fuese a herirle.

—Lamento lo que pasó. Tía Peg me ha contado que en su día estuvisteis prometidos.

—Así es. Hace mucho tiempo.

Ellen leyó entre líneas las palabras que flotaban entre ellos, no expresadas: *pero en mi corazón fue ayer*. Continuaron un par de minutos en silencio hasta que ella tuvo la necesidad de llenarlo.

—No me imaginé que descubriría tantas cosas viniendo a Irlanda. No sabía que mi madre tenía una familia tan grande ni sabía que había huido de ella, ni de ti. Se reinventó totalmente a sí misma. ¿Qué dirá cuando averigüe que estoy aquí y que sé la verdad?

—¿Que no es de tu incumbencia?

—Sí, probablemente eso sea cierto. Pero *sí* que me incumbe: bueno, lo de la familia por lo menos.

En ese momento él posó en ella sus ojos tristes. Ellen notó el peso de su mirada, como si Dylan fuese a revelar algo importante. Lo miró a su vez con inquietud. Pero él lo reconsideró y no dijo nada, volviendo a fijar los ojos de nuevo en la acera.

—A lo mejor no debería decírselo —añadió Ellen para pasar por alto el momento de tensión.

—Acabarás teniendo que decírselo, Ellen Olenska. No puedes abrir la caja de Pandora y luego hacer como si nunca la hubieras abierto.

—Me da miedo.

Aunque sin contarle toda la verdad, él no podría imaginarse de *qué* tenía miedo. Él le puso la mano en el brazo y a ella le desconcertó el cariño natural y la delicadeza con que se lo apretó.

—La Maddie que conocí tenía un corazón grande y generoso. Puede que fuera terca y un poco impetuosa, pero tenía una gran capacidad de amar. Te perdonará.

—Quizá pueda convencerla de que venga aquí y haga las paces con su familia. Puedo ser el catalizador de la unión de todos.

Él se rió entre dientes con cinismo.

—Es mucho más complicado de lo que imaginas, ya lo verás.

—No, no lo es. Lo hecho, hecho está. Queda en el pasado. La sangre es la sangre.

—Eres muy joven, Ellen Olenska, y admiro tu osadía, pero yo dejaría las cosas como están. Puede que las revuelvas y te salpiquen.

Llegaron a la tienda de comestibles. Dylan le ayudó a dar con la botella de Jameson y el té Barry's que estaban en la lista de Peg. Acto seguido cogió una botella de licor de endrinas del estante y se lo enseñó con una sonrisa traviesa.

—Lo hace el padre Michael.

—¿No hablarás en serio? ¿Vuestro cura hace licor?

—Así es Irlanda. Tiene cosas impactantes, también. —Dylan se rió—. Sólo lo vende por la zona y ya tendrá sus años, pero justifica el negocio metiendo todo el dinero en la iglesia. Creo que fue el licor lo que pagó la reparación del chapitel.

—¡Qué emprendedor! Y todo por una buena causa. —Ellen recordó que Alanna le había contado que Peg y el cura se habían peleado—. ¿Cómo es el padre Michael?

—En el fondo es un buen hombre, un poco autoritario quizá. Le gusta oírse a sí mismo, pero como a todos, ¿no? ¡Nunca me he encontrado con un cura reservado!

Soltó unas risitas.

—¿Sigues componiendo, Dylan? —preguntó ella.

Él pareció sorprenderse.

—Veo que Peg te lo ha contado todo sobre mí, ¿eh?

—Hasta es capaz de tararear tus canciones.

Él soltó una risita.

—¿Tienes que comprar alguna otra cosa, Ellen Olenska?

—No creo que Peg quiera licor de endrinas.

—En cualquier caso, no éste.

—¿Aún compones?

Él la miró fijamente entornando los ojos.

—Alguna cosilla.

—Apuesto a que es bueno.

Él se encogió de hombros.

—Se me da mal juzgar mi propio trabajo.

—Me gustaría oírlo —dijo ella, siguiéndolo hasta la caja—. Pero no me atrevería a juzgarlo.

Él sonrió y una vez más a ella le sorprendió la dulzura de su sonrisa.

—Eres una buena chica, Ellen Olenska —dijo, pero no se ofreció a enseñarle su música—. Bueno, paguemos que quiero comprarme tabaco.

Ellen volvió en coche a casa de Peg con un sentimiento de aprecio hacia Dylan, quien antes sólo despertaba en ella inquietud. Se habían despedido en el puerto y él le había dicho adiós con la mano

mientras ella se alejaba en coche. Se preguntaba qué pensaría su madre ahora de él. Aún era guapo. De hecho, cuanto más lo conocía, más guapo le parecía. Sus ojos denotaban una inteligencia profunda, y cuando sonreía perdían esa locura y su cara entera se suavizaba de golpe. Casi podía imaginárselo de jovencito, enamorado de su madre. Estaría más delgado y menos crispado, naturalmente, y su euforia no se habría visto distorsionada por el desengaño, ni su felicidad empañada por la tristeza. Sería pícaro y directo, supuso, parecido a Joe. Podía realmente visualizarlo cantando en un grupo de música y escribiendo poesía, porque desde luego era un hombre pensativo y sensible. Había hablado del amor como su padre jamás había sido capaz de hacer, tan inglés y emocionalmente reprimido como era. Dylan y su padre se parecían menos que un oso a una trucha; su madre había cambiado la pasión por la seguridad, de eso no le cabía duda.

Cuando llegó a casa de Peg, su tía estaba en el jardín que había detrás de la casa, podando arbustos con unas tijeras enormes. Al ver a su sobrina sonrió afablemente.

—¿Has encontrado lo que necesitas para las uñas, cielo? —preguntó.

—He encontrado todo y me he tropezado con Dylan.

Peg reanudó la poda.

—Haciendo esos por la acera, seguro.

—De hecho, estaba totalmente sobrio.

—¡Vaya, qué novedad!

—Iba con traje y corbata.

—¡Jesús! ¿Entre semana? ¿Qué mosca le habrá picado de repente?

—Iba bastante peripuesto.

Peg se rió a carcajadas.

—¡Ésa es una palabra que yo jamás usaría con el nombre de Dylan Murphy en la misma frase!

—Todo el mundo sabe que vamos a ver a Conor.

—Por supuesto que lo saben. Por aquí todo el mundo lo sabe siempre todo. Si quieres esconder un secreto...

—Cuéntaselo a los peces. —Ellen concluyó la frase por ella.

—Exacto. —Peg cruzó el césped—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que comamos algo? ¿Qué te apetece?

Ellen estaba incluso demasiado nerviosa por volver a ver a Conor como para comer, pero siguió a su tía al interior de la casa y le ayudó a preparar la comida. Al parecer, las patatas constituían la base de todas las comidas de Peg, hervidas con piel y siempre con mantequilla en un plato en el centro de la mesa. Ellen puso la mesa, observada por *Grajita*, cuyos ojos pequeños y brillantes la seguían por la cocina. *Bertie* estaba delante de los fogones, felizmente tumbado y durmiendo, mientras que *Mister Badger* no paraba de entrar y salir por la puerta de la cocina, como si no supiera muy bien dónde quería instalarse.

—Dylan me ha dicho que me parezco a mi madre —dijo Ellen, sirviendo una taza de té a cada una.

—Bueno, al final la ha nombrado.

—Sí, creo que quiere hablar de ella.

Peg escurrió las patatas y las puso en la mesa.

—Tendría que haber pasado página, casándose y formando una familia, y no languidecer por Maddie.

—Me da lástima.

—Sí, hay mucho que lamentar, es verdad —convino Peg—. La corriente vital nos lleva a todos río abajo, pero algunos, como Dylan, se quedan atrás entre las algas.

—Me pregunto qué diría mamá si lo viese ahora.

Peg inspiró hondo por las fosas nasales.

—Supongo que nunca lo sabremos. —Cambió de tercio totalmente a propósito—. ¿Conseguiste escribir algo ayer?

—La verdad es que no —contestó Ellen, que se apresuró a añadir—: Estuve dando vueltas a unas cuantas ideas. Tengo que construir un muy buen argumento antes de empezar a escribir.

—Ya veo. —Se sentaron y empezaron a comer—. ¿No crees que tendrías que llamar a tu madre para decirle que estás bien?

—Tiré el iPhone al mar.

—Pues menuda tontería hiciste. Supongo que esos teléfonos son carísimos. —Escudriñó a su sobrina con ojos entornados—. ¿Quieres usar mi teléfono?

—Mamá no estará preocupada —contestó Ellen, pero incluso al decirlo supo que no sonaba convincente.

—Verás, no importa la edad que tengas ni lo independiente que seas, sigues siendo hija de tu madre y estará preocupada por ti, especialmente si le has contado una sarta de mentiras.

Ellen dejó el cuchillo y el tenedor y rodeó su taza de té con las manos.

—Está bien, en lo de las mentiras tienes razón. Vine aquí porque quería alejarme de ella y sabía que éste era el único sitio al que no vendría a buscarme.

Peg sonrió afablemente.

—Me lo figuraba. Aun así podrías hacerle llegar un mensaje a través de una amiga o una de tus hermanas, si no quieres hablar con ella directamente. Sean cuales sean vuestras diferencias, sigue siendo tu madre y, de vez en cuando, deberías hacerle saber que estás bien. Ése es el trato, ¿de acuerdo? Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero no le hagas sufrir.

—Vale, llamaré a Emily. Es la única que sabe dónde estoy.

—Buena chica. Sabía que lo entenderías.

Peg se sirvió otra patata y empezó a pelarla en silencio. No preguntó por qué Ellen quería huir de su madre: no hizo falta, puesto que nada más contarle su sobrina que no quería que su madre la encontrara, vertió todo su resentimiento en una avalancha de acusaciones y quejas, todo salvo lo de William. A Ellen le daba demasiada vergüenza mencionar que estaba prometida y con fecha de boda fijada para dentro de menos de cinco meses.

Cuando Ellen hubo terminado, Peg le acarició con dulzura la mano y sólo le dijo unas sabias palabras:

—No repitas los errores que tu madre cometió, cielo. La vida es un regalo y es corta.

Entonces se levantó y recogió los platos. Ellen se sintió mejor tras haberle hecho partícipe de sus pensamientos, y aunque su tía no se enzarzó en una larga discusión, supo que estaba dispuesta a escucharle.

Peg lavó los platos que Ellen iba secando, después dio de comer a *Mister Badger* y a *Bertie* de los diversos sacos que guardaba en la despensa. Tenía la manía de pasar la mano por la columna del cerdo unas cuantas veces al día. Cuando Ellen le preguntó por qué lo hacía, le explicó que si podía notar los huesos significaba que estaba demasiado delgado, y si no los notaba, era porque estaba demasiado gordo.

—No queremos que *Bertie* pese ni más ni menos de lo que tiene que pesar, ¿verdad? —Peg se rió mientras le hacía cosquillas detrás de las orejas, provocándole gruñidos de placer. *Mister Badger* se acercó corriendo muerto de celos y metió el hocico debajo de la axila de su dueña, reclamando su cuota de atención. La mujer tuvo que acariciarlos a ambos a la vez y de pronto se encontró tumbada boca arriba en la esterilla con los dos animales encima.

—Hazme un favor, Ellen, sube a mi cuarto y abre el último cajón de la cómoda de la pared de la derecha. Encontrarás un libro viejo de tapa dura. Bájamelo, anda, cielo.

—¿Qué es?

—Un álbum con fotos de tu madre de pequeña.

A Ellen se le iluminó la cara.

—Me encantaría verlas.

Y se fue pitando de la cocina, subiendo los escalones de dos en dos.

El cuarto de Peg olía a polvos de talco y violetas. Tenía un sencillo papel rosa claro en las paredes y cortinas, y estaba muy ordenado. La ventana miraba al océano, donde el faro se erguía desafiante contra el viento y la lluvia, negándose reiteradamente a ser ignorado, como alentando a Ellen a que destapara sus secretos.

Sus ojos se desviaron hasta la mesilla de noche, donde había una fotografía con marco de plata de una niña pequeña con un bonito vestido blanco, de pelo largo y moreno, y una sonrisa amplia y despreocupada, al lado de una vela votiva titilante y una figura de la Virgen. Ellen se acercó sigilosamente para echar un vistazo más de cerca. Se arrodilló y vio dos cercos de alfombra desgastada bajo sus rodillas, allí donde probablemente Peg se arrodillaba muy a menudo para rezar. Se le hizo un nudo en la garganta al clavar los ojos en el rostro de la criatura que su tía había perdido ahogada en el mar. Al hacerlo, vino un pequeño soplo de viento de algún sitio y apagó de pronto la llama. Ellen se incorporó sobresaltada. ¿La había apagado con su aliento? Imposible; no estaba lo bastante cerca, y una llama como ésa requeriría un buen soplido. Miró a su alrededor muerta de miedo. ¿Dónde estaban las cerillas para poder volver a encenderla? Consciente de que Peg estaría empezando a preguntarse qué hacía en su habitación, corrió hasta la cómoda y sacó el álbum. Antes de salir se giró para ver la vela una vez más, desconcertada por la misteriosa extinción de tan generosa llama. Un hilo de humo salió de la mecha antes de dispersarse en el aire. Miró hacia la ventana. Estaba cerrada.

Ya no estoy sola. Aunque la niña no me hable, sé que percibe mi presencia. Para mí que es un ángel, porque emana una luz clorada como si estuviese hecha de rayos de sol, mientras que yo soy oscura como una sombra y estoy anclada a la tierra. Pero me sonrío cuando capto su atención y yo le devuelvo la sonrisa. Me pregunto si ve la desesperación en mi mirada. Procuro no dejar que trasluzca.

Ahora sé que la niña que vi en la isla no era una gaviota volando bajo, sino este pequeño rayo de luz que parece disfrutar jugando con los pájaros y en las ruinas como si fuese una niña normal, llevada por la curiosidad. Rebosa alegría; de hecho, diría que luz y alegría son sinónimos, porque eso es de lo que está hecha, mientras que yo soy tan imperfecta como cuando vivía, sólo que más desdichada en mi soledad.

Sin embargo, mi existencia de pronto se ha vuelto más interesante ahora que Conor le ha echado el ojo a esa chica londinense. Es guapa, de brillante pelo moreno y ojos marrón chocolate. Su piel es tersa y luminosa y su nariz está salpicada de pequitas, pero no es nada del otro mundo. Conor siempre se ha sentido atraído por mujeres que destacan. Yo no diría que Ellen sobresale, aunque reconozco que hay cierta dulzura en su rostro en forma de corazón, lo cual resulta encantador. Si viviese, lo más seguro es que no me sintiera amenazada por ella, pero estando muerta siento celos de cualquier mujer que se cruce en el camino de Conor, aunque la mayoría no ha durado más de una noche.

Conor es un viudo de cuarenta y cuatro años, y ella es una mujer joven y lozana de unos treinta, de modo que estoy convencida de que mis miedos son infundados, pero, aun así, me fijé en su mirada curiosa cuando se la encontró en la colina y vi cómo iba a buscarla al Pot of Gold. Tiene que estar muy interesado para haberse atrevido a ir allí, donde sabía que no sería bien recibido. Vi que los vecinos se quedaban en silencio, anonadados, cuando se presentó allí y oí que cuchicheaban cuando se acercó a la barra y pidió una pinta. Craic fingió que su presencia en la barra era algo normal y estuvo bromeando con él mientras le llenaba una jarra de cerveza negra. Vi que Conor barría el local con la mirada en busca de la chica, frotándose la barba, inquieto, al tiempo que buscaba su rostro en las caras curiosas, y no pude evitar detectar su decepción al no encontrarla. Sin amigos con los que hablar, buscó refugio en Joe y Johnny, y vi que se le iluminaba la cara cuando le hablaron de Ellen y aceptaron hacerle llegar la invitación para pintarle las uñas a Ida. No me hizo ninguna gracia que tuviera que poner a su propia hija como excusa para invitar de nuevo a la chica a su casa. Seguro que ella se reirá de lo burdo del pretexto, pero irá. Por supuesto que irá, Conor tiene un gran atractivo. Lo sé mejor que nadie. Y pensar que puse mis esperanzas en Ellen. Me disgusta que no responda a ellas. Me disgusta que haya fijado su mirada lasciva en mi marido y que, después de todo, no me sea útil.

Pero no quiero que venga a pintarle las uñas a Ida. No quiero que vuelva a poner un pie en mi casa. Quiero que se largue otra vez a Londres y deje en paz a mi familia. Pero no, viene con su tía Peg y no hay nada que yo pueda hacer para impedirselo. Se ha maquillado, porque sus pestañas están gruesas y negras y sus labios brillan. Noto que está nerviosa, porque le tiemblan los dedos cuando enciende un cigarrillo en el coche y saca el humo por la ventanilla abierta. Sonríó triunfalmente al pensar que Conor detectará el olor cuando la salude. Él antes fumaba, pero lo dejó por mí. ¿Cómo va alguien a disfrutar de las fragancias del jardín si tiene las fosas nasales llenas de tabaco? Ahora no soporta ese vicio.

Ida está que no cabe en sí de emoción. Se ha puesto un vestido de fiesta rosa y Daphne le ha recogido el pelo con una cinta. Echa de menos el castillo, porque solía jugar a que era una princesa en la torre y ahora sólo es una princesa en una casa. Hoy, está hecha toda una princesita, pero cómo me gustaría ser yo

la que le pintara las uñas y no cierta advenediza londinense.

Llegan, y Peg aparca delante de la casa. Ellen baja primero y al ver a Conor en la puerta una amplia sonrisa inunda su rostro. Ahora entiendo por qué se siente atraído por ella. Es muy sencillo. Él es oscuro y ella es luminosa, y como a todas las criaturas oscuras, le atrae la luz. La sonrisa de Ellen es franca y segura de sí, y le besa con un estilo muy «londinense». Tiene un aire de sofisticación que el resto de su familia no tiene. Si a Conor le gustan las mujeres que destacan, supongo que es de justicia decir que Ellen destaca porque no es irlandesa, y no es melancólica, y no es lo bastante mayor para estar amargada por la tragedia o el desengaño. Rebosa vitalidad y eso es contagioso.

Ida está en el recibidor detrás de su padre. De repente le ha entrado la timidez. Pero Ellen se acuclilla y le enseña lo que hay en la bolsa. Los ojos de mi hija se abren como platos cuando ve las cosas brillantes que va a pegarle en las uñas. Ahoga un grito de alegría y Conor observa, admirado por la facilidad que tiene Ellen para relacionarse con los niños. ¡Ah...! Quizás esté siendo cínica, pero no es difícil comprar el cariño de un niño temporalmente, en serio. Ida adoraría a una bruja que le sonriera y se ofreciera a pintarle las uñas.

Peg está nerviosa, pero Daphne está en la entrada para recibirla. Las dos mujeres ya se conocen. En tiempos, Ronan no tenía coche y Peg solía llevarlo al castillo cuando trabajaba para mí. Pero no son amigas. Peg es muy distinta a mi suegra, aunque tienen algo en común. Ambas son excéntricas a su manera y no tardan en tomarse sendas tazas de té frente a la chimenea de la sala y charlar como viejas amigas. Los irlandeses son muy habladores, y aunque Daphne no tiene sangre irlandesa en las venas, es locuaz como una irlandesa de nacimiento y ambas no callan ni para tomar aire.

Supongo que Peg ha venido para acompañar a Ellen. Me imagino, por la frialdad con que lo ha saludado, que no tiene muy buen concepto de Conor. Su sobrina, sin embargo, no comparte sus reservas. Distribuye el esmalte y la purpurina y los adornos brillantes sobre la mesa de cartas del otro extremo de la sala mientras Conor se sienta con Ida y observa a Ellen admirado. Tiene las mejillas sonrosadas y de vez en cuando levanta los ojos y mira fijamente a los suyos, como si le fascinara cuanto él tiene que decir. Son como adolescentes, su presencia mutua los excita, pero no pueden estar a solas, y esta sensación prohibida aún da más emoción a su encuentro.

Los observo atentamente y percibo la fuerza de su atracción en cálidas oleadas que vibran entre ellos como la electricidad. Hablan en voz baja, pero, cada cierto tiempo, los fuertes ataques de risa de Conor y la risita ronca de Ellen salpican la conversación. Peg aparta la mirada con preocupación, pero Daphne le dice discretamente que hace muchos años que no oye reír a su hijo con semejante alborozo. Peg vuelve a echar un vistazo, pero esta vez ya no con preocupación, sino con compasión, como si estuviese viéndolo con otros ojos totalmente distintos. Como si por primera vez estuviese viéndolo como a un hombre que ha perdido a su esposa y no como a un personaje bidimensional salido de una tragedia shakesperiana.

A Daphne le cae bien Peg, lo noto. Ya lleva cinco años cuidando de su hijo y los niños, y cada vez que viene a Connemara no habla con nadie más que con su familia. Ahora agradece la compañía, pero sobre todo tiene la sensación de que puede confiar en Peg. Yo podría decirle que hace bien en abrirle su corazón a esta mujer que también ha sufrido. Es posible que no sea de la misma clase social que Daphne y desde luego tiene mucho menos mundo, pero mi suegra no es una persona que se deje influir por cosas tan superficiales. A mí quizá me pareciera una entrometida en vida, pero muerta me doy cuenta de que por encima de todo es un ser humano respetable de buen corazón. Peg ha dejado de desviar la mirada hacia su sobrina y, en lo que respecta a Ellen y Conor, con tanto flirteo y tanta bromita cualquiera diría que están solos.

Ida está encantada con sus uñas brillantes. No hay duda de que Ellen es creativa. Ha cortado los trocitos de papel charol en corazones y estrellas diminutos y los ha colocado en las pequeñas uñas de mi hija, que ha recubierto con esmalte rosa claro. El efecto es mágico e Ida vuela a enseñárselo a su abuela. Daphne y Peg alaban sus dedos con un sinfín de «¡ohs...!» y «¡ahs...!», cual par de palomas, luego mi pequeña corre a enseñárselo a su hermano, que está viendo la televisión y al que, por supuesto, le dará igual.

Esta vez, cuando Conor le pregunta a Ellen sobre ella, muestra verdadero interés, como si todo lo que ella dice fuese fascinante, y la mira fijamente a los ojos con esa intensidad suya a la que pocas mujeres pueden resistirse. Ella a su vez lo mira, sus mejillas coloradas de deleite, y sé que está recreándose en su atención como me recreé yo la primera vez que me echó el ojo. Se acaban el té y Conor anuncia que se lleva a *Magnum* fuera y que va a enseñarle los jardines a Ellen, ¡como si en febrero hubiese algo que ver aparte de árboles desnudos y arriates de flores vacíos! Peg y Daphne se quedan junto al fuego, deseosas de que no les interrumpan.

Ellen lo sigue sin fiarse del enorme perro y observa con inquietud mientras Conor va a buscarlo a la cocina. Entusiasmado de estar al aire libre, *Magnum* levanta la pata en el seto de tejo antes de empezar a dar saltos sobre el césped. Pasean tranquilamente por la hierba y ella admira el comedero de pájaros donde pinzones, petirrojos y bandadas de herrerillos azules se pelean por las semillas. El sonido cristalino de pájaros que se cortejan inunda el aire y en el suelo las campanillas de invierno se arraciman como retales de nieve que el sol aún no ha devorado. Nuevos capullos empiezan a brotar por entre la corteza endurecida y se ven brotes verdes que se han abierto paso hasta la superficie desde la tierra. El aire vibra con la promesa de la primavera y esto parece darles energía a Conor y Ellen, que pasean plácidamente entre los manzanos, aún por florecer.

Al cabo de un rato se apartan del jardín, lejos de Daphne, Peg y los niños. Se adentran en la espesura, de manera que pueden estar totalmente a solas. Conor la lleva al puente de Billy Goats y se apoyan en la balaustrada de piedra y contemplan el riachuelo discurriendo por debajo. Mi ira va en aumento. Me siento como si estuviesen invadiendo mi territorio. Ese lugar olvidado es un pequeño trozo de cielo puesto por error en la Tierra. Es un lugar intermedio al que puedo ir y donde meditar sobre lo que sin duda sucederá cuando por fin sea capaz de seguir adelante. Estoy plenamente convencida de que no deberían estar aquí, no juntos, no con su atracción intensificándose a su alrededor en ondas de creciente energía. Es una afrenta a mi recuerdo.

Me enfurezco y me revuelvo en mi mundo silencioso. El comportamiento injusto de Conor me vuelve loca. ¿Acaso no sabe que lo elegí a él y a los niños antes que al cielo? ¿No se da cuenta de lo que he sacrificado para poder quedarme cerca de él? Hablan largo y tendido, en este lugar mágico entre el bailoteo de orbes de sol que semejan hadas. El riachuelo discurre debajo de ellos y... ¡cómo me gustaría que hubiese un trol allí abajo que se los tragase a todos!



Ellen se apoyó en el puente y volvió el rostro hacia el de Conor. Su mirada era profunda, la expresión de los ojos intensa, y ella supo entonces que la besaría. No tenía tiempo para pensar, pero, aun de tenerlo, no se habría movido, ni habría roto el momento con excusas endebles. La parte insensata de su ser *quería* que él la besara, mientras que su parte más prudente fue silenciada por el deseo.

Conor no necesitó invitación. Enredó la mano en su pelo y presionó los labios contra los suyos. Ella cerró los ojos y se dejó besar efusivamente. Su barba era suave al contacto con la piel de Ellen, su boca cálida y apasionada, y durante aquel rato largo ella vivió el momento, consciente únicamente de las oleadas de placer que recorrían su cuerpo.

—Eres adorable, Ellen —susurró él, apartándose y retirándole despacio un rizo de pelo detrás de la oreja.

Ella notó que se ruborizaba.

—Todo esto es muy repentino, no suelo...

Pero él le interrumpió.

—¿No sueles besarte con desconocidos en los puentes?

—No, la verdad.

—Pues celebro oír eso. Por si te sientes mejor, sigo respetándote.

Había un cierto brillo en sus ojos y Ellen comprendió que estaba tomándole el pelo. Se echó a reír, sintiéndose idiota. Pero ¿cómo iba a explicarle que todo el mundo la había prevenido en su contra? ¿Que le habían dicho que fuera con cuidado? ¿Qué pensaban que haría él?

Él deslizó los dedos por la mejilla de Ellen, sus ojos azules absortos en su rostro como si lo viese con otra mirada. No parecía la clase de hombre capaz de matar a su mujer.

—Me alegro de que te perdieras en las colinas y me encontraras —dijo en voz baja.

—Y yo —repuso ella al tiempo que su estómago reaccionaba a la ternura del tono de voz de Conor con un pequeño vuelco.

Él sonrió y, levantándole el mentón, volvió a besarla, esta vez más ardientemente, y ella tuvo la sensación de que su espíritu la envolvía y la levantaba del suelo.

Empezaron a andar río arriba de la mano, caminando sobre el brezo húmedo y la alta hierba al compás del sonoro sonido del agua que discurría. Hablaron y rieron, y de vez en cuando Conor le hacía girarse y le daba un fuerte abrazo, y la volvía a besar.

—No quiero que se acabe este momento —le dijo, presionando los labios contra los suyos, por lo que ella no pudo contestar.

Pero él supo, por el modo en que ella le rodeó la cintura con los brazos, que tampoco quería que se acabara. Sin embargo, pronto la luz empezó a apagarse y el aire se volvió más frío y, muy a su pesar, se dirigieron hacia casa.

Peg y Daphne seguían en la sala cuando regresaron a la casa. Casi ni se habían dado cuenta de la cantidad de rato que Conor y Ellen habían estado ausentes. Daphne le estaba hablando a Peg de su vida y aún le quedaban otros cuarenta años. Los niños estaban en el cuarto de jugar. Finbar estaba ahora absorto

en un juego de fútbol del iPad, mientras que Ida había cogido el esmalte de uñas de Ellen y estaba concentrada pintando la mano de una muñeca que llevaba años metida en el fondo del armario de juguetes.

Conor le robó otro beso en el porche antes de entrar a preparar el té.

—Tienes las mejillas frías —susurró, frotándoselas suavemente con los pulgares.

—Tu barba les haría entrar en calor.

Ella sonrió, los ojos chispeando con la emoción de una colegiala que se salta las normas.

—Dame tiempo y haré que toda tú entres en calor.

—Será mejor que entremos en casa. ¿Y si tu madre o tía Peg nos ven así?

—Eso sí que sería divertido. No sé quién se escandalizaría más, si tu tía o mi madre.

Se quitaron los abrigos en la entrada y fueron tranquilamente a la cocina. Conor llamó a Meg, pero la cocina estaba en silencio, salvo por los fuertes lengüetazos de *Magnum* en su cuenco de agua. Ellen se apoyó en la alacena y miró por la ventana hacia el jardín cada vez más oscuro. Sintió que la tarde llegaba a su fin y de pronto se apoderó de ella el deseo imposible de hacer que la arena del reloj dejara de caer. ¿Cuánto faltaba para que él volviera corriendo a Dublín? Conor encendió el hervidor de agua. Al levantar la vista reparó en su perfil atribulado.

—¿Qué haces mañana? —le preguntó.

—¡Oh! Estoy muy liada —contestó ella, apartando los ojos del crepúsculo—. He quedado con un burro y una llama.

—¿Y luego?

Ella suspiró melodramáticamente.

—Gallinas y un cerdo.

Él le pasó un brazo por delante para descolgar un par de tazas altas.

—¿Y luego?

La cara de Conor estaba tan cerca que se le aceleró el corazón, corriendo el riesgo de ponerse en evidencia.

—Y luego puede que saque tiempo para ti —susurró Ellen, apartándose un poco.

Él sonrió, complacido, y volvió a los fogones.

—Pues pasemos el día juntos. ¿Qué te parece? Cogeremos el coche y te enseñaré más cosas de Irlanda. Conozco un bonito *pub* donde podemos comer, sin que tu familia nos vigile.

—Es difícil librarse de mi familia en Ballymaldoon.

—Querer es poder. —Conor le sonrió con picardía y ella sonrió a su vez—. Dime, ¿qué te gusta hacer?

Ella se encogió de hombros.

—¡Ah..., un montón de cosas!

—Cuéntame.

—Me gusta caminar por playas desiertas. Me gusta explorar castillos en ruinas.

—Irlanda tiene muchos.

—Me gusta estar al aire libre, en plena naturaleza.

Él le miró fijamente un buen rato.

—A mí también. Principalmente por eso compré el castillo de Ballymaldoon. Quería estar en las montañas, rodeado de belleza y tranquilidad. Trabajo en la ciudad, pero la campiña me atrae y cada vez que vengo me doy cuenta de lo mucho que la he echado de menos.

—A mí me gusta la vida sencilla, Conor. Pero si me hubieras preguntado hace un par de semanas, mi respuesta habría sido muy distinta.

—¿Qué ha cambiado?

—El hecho de venir aquí y tomar distancia. He ganado perspectiva. No quiero la vida que llevaba antes.

Conor vertió el agua hirviendo en la tetera. En ese momento Ida y Finbar entraron corriendo en la cocina.

—¿Me pintas las uñas de los pies? —le preguntó Ida a Ellen.

Ella se rió ante el entusiasmo de la niña.

—Si te dan permiso para llevarlas también decoradas, por supuesto que te las pinto.

—¿Puedo, papi? —suplicó Ida, juntando las manos en actitud de rezo.

—No veo por qué no. Pero en otro momento, mi vida. Ahora Ellen está disfrutando de un rato entre adultos.

—¿Puedo comer algo? —preguntó Finbar.

Conor echó un vistazo al reloj de la pared. Eran casi las seis.

—Vete a preguntárselo a la abuela —dijo, pero el niño no le escuchó y bajó el tarro de galletas de la estantería y levantó la tapa. Introdujo la mano dentro y sacó una galleta de avena y chocolate; acto seguido le sonrió triunfalmente a Ellen.

Se fueron a la sala, donde Daphne seguía hablando con Peg, instaladas en el sillón y el sofá junto al fuego. Ida se adelantó dando brincos y le pidió a su abuela que le hiciese algo para comer. Peg consultó la hora en su reloj.

—Pero ¡mira qué hora es! La tarde ha pasado volando. Ellen y yo tenemos que irnos. —Se levantó del sofá, súbitamente aturullada—. Espero no haber abusado de vuestra hospitalidad.

—En absoluto —dijo Daphne de corazón. Nunca había tenido un público que escuchara sus historias tan embelesado—. Tenéis que volver a venir. Tenemos pocos amigos en la zona. Estaría bien tener de vez en cuando compañía adulta. Cuando estamos aquí, siempre estoy con los niños. Has sido una bocanada de aire fresco, Peg.

—¡Vaya, hay té recién hecho! —dijo Peg al ver a Conor de pie en la puerta con una bandeja.

—Sería una pena tirarlo, ¿no crees? —repuso Daphne—. ¿Por qué no os quedáis un ratito más? Ya les haré la cena a los niños después, pueden aguantar un poco.

Peg miró a su sobrina enarcando las cejas, entonces, al reparar en las mejillas coloradas de la joven, entornó los ojos con recelo.

—Bueno, ¿qué te parece, Ellen? No queremos robarles más tiempo, ¿verdad?

—No tenemos nada más que hacer —dijo Conor, y dejó la bandeja en la mesa de centro, zanjando el debate.

Ellen tomó asiento en el sofá y Peg también volvió a sentarse. Conor echó un leño al fuego, y a continuación ocupó el otro sillón y estiró lánguidamente sus largas piernas. Daphne se arrellanó en los cojines aplanados ya por su silueta y todos bebieron más té. Peg se sirvió un par de las galletas que Conor había colocado en un plato y Finbar no tardó en hacerse también con varias de ellas. Luego se echó en el suelo para comérselas con *Magnum*, que ahora estaba despatarrado en la alfombra como un león perezoso. Ida se puso a jugar con las formas y los adornos brillantes que Ellen había dejado encima de la mesa de cartas mientras tarareaba para sí.

Era una escena entrañable, bañada por la luz dorada de las lámparas. El aire era cálido y olía a humo de leña por el fuego que crepitaba alegremente en la chimenea. Daphne había corrido las cortinas, que eran de color amarillo pálido a juego con las paredes, y encendió una vela aromática, por lo que la habitación parecía brillar con un resplandor etéreo. Charlaron como si fuesen familias amigas de hacía tiempo y sólo Conor y Ellen percibieron la corriente de atracción que fluía entre ellos, en aumento constante. Intercambiaron miradas cómplices y su secreto los aisló, acercándolos cada vez más en su aislamiento.

—Bueno, ha sido una tarde muy agradable —dijo Peg mientras regresaban a casa en coche por los caminos de cabras—. Debo decirte que no me hacía ninguna gracia ir, teniendo en cuenta lo que sé del señor Macausland, bueno, de Conor, pero ha estado de lo más encantador, y su madre también.

Ellen miró por la ventanilla. Aún notaba su barba en contacto con su cara. Se pasó los dedos por los labios en actitud soñadora.

—No quiero decir te lo dije, pero...

Peg se rió.

—Enciéndeme un cigarrillo, ¿quieres, cielo? He visto que no había ceniceros en la casa. Supongo que no fumarán, ¿no?

Ellen hurgó en el bolso de su tía y extrajo su paquete de Rothmans.

—Creo que tienes razón. Bueno, es que *es* un vicio repugnante. Pienso dejarlo ya mismo —declaró.

—Yo lo dejaré algún día, pero de momento no.

Ellen le encendió un cigarrillo a su tía con el mechero del coche.

—¿En serio piensas dejarlo? ¿Así, sin más? —le preguntó Peg, sorprendida—. Creía que habías dicho que necesitabas una razón muy poderosa para dejarlo.

—Tengo una razón poderosa: el aire fresco del campo. Quiero saborearlo.

Ellen volvió la cara hacia la ventanilla. Ahora estaba oscuro y no pudo ver más que su propio reflejo, devolviéndole la mirada distraídamente, y el brillo de sus ojos.

—Daphne me ha contado cosas interesantísimas —dijo Peg.

—¿Ha sido muy indiscreta?

—Sí, tremendamente indiscreta.

—¿Y qué te ha dicho?

Peg bajó la ventanilla para dejar que saliera el humo.

—Bueno, se ve que desde que Caitlin murió Conor no ha hecho ni una sola película. No está inspirado, ése es el problema. Me ha dicho que su relación fue tormentosa desde el principio y que Caitlin lo decepcionó. No me ha dicho por qué, pero ha levantado las cejas dando a entender que hizo algo muy mal. No he podido preguntarle el qué, pero es evidente que a Conor le afectó mucho. Me ha dicho que la gente lo ha juzgado mal y que, como Caitlin era tan guapa, todo el mundo dio por sentado que era un ángel, pero no lo era. Me ha dicho que era una mujer muy insegura y posesiva, de ángel no tenía nada. A los hombres no les gusta la inseguridad, o quizá les guste al principio cuando están enamorados, pero al cabo de un tiempo eso pierde su encanto y resulta irritante. Tenía celos de lo unidos que estaban Daphne y su hijo, y tenía celos de los amigos de Conor; hasta intentó que se deshiciera de su perro. ¿Te imaginas ser tan insegura?

—¡Caramba! Daphne no se ha guardado nada, ¿eh?

—Creo que tenía ganas de desahogarse y yo no pertenezco a su círculo, así que, en realidad, no importa, ¿no?

—Seguro que a Conor no le habría gustado nada oír hablar a su madre con tanta indiscreción.

—Seguro que no, pero ha sido imposible pararla. Apenas he podido meter baza. Creo que está harta de todo el asunto. Seguramente sabe lo que la gente dice. Le habrá gustado tener la oportunidad de defender a su hijo.

—Sabe que se lo contarás a todo el mundo.

—Y no se equivoca. Aunque haría falta mucho más que la palabra de Daphne para convencer a Johnny, Joe y Ronan de que Caitlin no era ningún angelito.

—¿Qué se sabe de ella? —inquirió Ellen.

—Procedía de una familia de clase media de Galway, pero nunca fue una chica de ciudad. Soñaba con ser actriz, pero Daphne me ha dicho que jamás habría salido de Dublín porque era tímida e insegura y le asustaba el gran y ancho mundo. Verás, en todo el tiempo que estuvieron casados ella nunca viajó al extranjero. ¿Verdad que eso es raro hoy en día? Con todo ese dinero, porque a Conor le ha ido muy bien, ella podría haber ido a donde hubiera querido y, sin embargo, decidió quedarse aquí en Connemara. Apuesto a que él se enamoró de ella y se casaron enseguida, y luego descubrió cómo era en realidad. Daphne no me ha llegado a decir eso, pero, leyendo entre líneas, me imagino que eso es lo que pasó. Me ha dicho que Conor intentó con todas sus fuerzas hacerla feliz. La quería mucho, pero no fue suficiente. Por lo visto ella era insaciable. Me ha contado que ella siempre tenía la mirada perdida, como si no estuviese del todo cuerda, no sé si me entiendes. Era despistada y caprichosa. Debo decir que Conor parece haber pasado por un infierno, ¿verdad? Tiene un aspecto horrible.

Ellen se apresuró a defenderlo.

—Pues yo lo he encontrado guapo.

—Eso si te gustan los hombres desaliñados y de facciones duras.

Ellen sonrió y se giró hacia la ventanilla para ocultar sus mejillas escarlata.

—Es romántico.

—¿Qué habéis estado haciendo en vuestro paseo?

—Me ha enseñado un sitio precioso. Había un riachuelo y un viejo puente de piedra. Antiguamente, atravesaba un sendero, pero ahora está todo cubierto de maleza y sólo queda el puente. Es un lugar muy romántico.

—No irás a enamorarte ahora, ¿verdad? Es guapísimo, pero es un hombre complicado con una historia complicada. Yo en tu lugar lo dejaría correr.

Ellen no se vio capaz de mentir a Peg. Consideró que su tía merecía más que eso. Así que no dijo nada; en lugar de eso, hablaron de los niños y de lo bonita que era la casa, y ambas se preguntaron por qué Conor había cerrado el castillo, dejando únicamente el retrato de Caitlin colgado en el vestíbulo.

—Quizá lo saque algún día cuando por fin sea capaz de seguir con su vida —sugirió Peg—. O tal vez nunca pueda seguir adelante. Me imagino que en el fondo continúa queriéndola y se siente tremendamente culpable por no haber hecho más por ella. Creo que ha optado por quedarse en Ballymaldoon porque quiere seguir cerca de ella y quizá deje el cuadro en esa pared por la misma razón. No creo que haya absolutamente ningún misterio. Es muy sencillo: quiere seguir cerca de ella. Yo lo entiendo.

Ellen tuvo la sensación de que su tía estaba hablando más de sí misma que de Conor. Quiso preguntarle por su hija, pero el perfil de Peg parecía tan rígido que temió que sus preguntas fuesen inoportunas. Se preguntó si se habría dado cuenta de que la vela votiva de su mesilla de noche se había apagado. Le hubiese gustado decírselo, pero no quería reconocer que había estado fisgoneando. Así que

entrelazó los dedos sobre el regazo y clavó la mirada en la calle, iluminada por las luces delanteras del coche.

Cuando llegaron a casa, la furgoneta de Johnny estaba aparcada fuera, junto a la de Desmond.

—¡Fíjate tú! Tenemos público —dijo Peg, deteniéndose junto a los vehículos de sus hermanos.

—Quieren saber qué tal ha ido.

—No me cabe duda.

Peg apagó el motor y bajó con un gemido. Nunca se quejaba de su dolor de huesos, pero Ellen advirtió que cojeaba ligeramente, y le costaba levantarse de las sillas.

—En fin, han entrado, así que supongo que no tenemos más remedio que unirnos a la fiesta. La confianza da asco, ¿eh?

Pero quedó claro por la leve sonrisa que se apoderó de su cara que se alegraba de que hubiesen venido.

Ellen habría querido poderse ir directamente a su habitación y cerrar la puerta, para echarse en la cama y revivir el momento en que Conor la había besado. Todavía sentía mariposas en el estómago. La ligera inquietud de conciencia pasó desapercibida, sin embargo, porque ahora mismo Conor había eclipsado a William cual luna redonda y hermosa.

Nada más oír que la puerta de la cocina se abría, reinó el silencio en la estancia. Peg entró resueltamente y se encontró a Joe y Johnny, Desmond y Alanna sentados a la mesa con Oswald. Se agachó para acariciar a *Mister Badger*, teniendo a todos en ascuas un buen rato.

—Hola, viejo amigo —dijo mientras el perro meneaba la cola y le acariciaba con el hocico húmedo.

—¿Qué? ¿Piensas contárnoslo o no? —gruñó Desmond. Ellen entró tras su tía y sonrió a Joe, quien arqueó las cejas con provocación.

—Puede que sí. Pero primero necesito una copita de Jameson. —Fue hasta la alacena y cogió una copa del armario superior—. Espero que te hayas servido vino —le dijo a Oswald.

—¡Oh, sí, Peg! Tiene la temperatura perfecta, acabo de calentarlo junto a los fogones —contestó con una sonrisa.

—Bueno, veo que todos estáis como en casa —dijo, echando un vistazo a la mesa y las tazas de té y los platos de galletas y pastel.

—Hemos querido darte una sorpresa, Peggine —dijo Joe.

—No —replicó ella, sirviendo whisky en la copa—. Habéis venido a cotillear. Os conozco. ¡Y no me sorprende nada!

—Papá y yo hemos traído pastel —añadió el joven.

—A *Grajita* le gusta —dijo Peg.

—¿La niña estaba contenta con sus uñas? —le preguntó Alanna a Ellen.

—Estaba emocionada —contestó ella, que estaba de pie en la puerta y se sentía algo incómoda.

—Bueno, no te quedes ahí, mujer. Ven a sentarte y cuéntanoslo todo —dijo Joe, dando unas palmaditas en el banco de al lado—. No mordemos.

—Que me muerdas no es lo que me preocupa —contestó Ellen—. ¡Es tu encanto irresistible!

Joe se echó a reír. Johnny sacudió la cabeza.

—¡Encanto irresistible! —se burló este último—. Que el chico ya se lo tiene bastante creído.

Ellen bordeó la mesa y se sentó al lado de su primo.

—A ver, ¿cómo es la casa? —preguntó Alanna.

—¡Jesús, mujer! ¡No queremos saber cómo es la casa! —exclamó Desmond—. Peg, trae aquí tu copa y resuelve nuestro misterio.

La mujer llevó la copa y una jarrita de agua a la mesa y se sentó en la silla de *Grajita*. El pájaro no se movió ni nadie reparó en él. Peg suspiró y tomó un sorbo de whisky.

—Estoy harta del té —dijo—. ¡Ah..., qué bien sienta esto!

—Así que Conor está coladito por Ellen, ¿eh? —comentó Joe, sonriendo con suficiencia—. ¡Seguro que le ha sorprendido que aparecieras con Peggine!

—Me imagino que sí —contestó Peg, levantando el mentón con prepotencia—. Aunque no había por qué. ¿Qué clase de tía sería si dejase que mi sobrina fuese sola a casa de un desconocido?

—¿Te tiró los tejos? —preguntó el joven con provocación.

—No, Joe, no me tiró los tejos —respondió Ellen.

—¿Te has sentado entre ellos, Peg, como nuestra tía Sheila, que solía ponerse entre nosotros cuando íbamos a bailar para asegurarse de que nuestros cuerpos no se acercaban demasiado? —inquirió Johnny.

—Desde luego que no. Me he sentado a charlar con Daphne, la madre de Conor.

—¡Vaya! Ahora es *Conor*, ¿eh? —bromeó Joe.

—Supongo que sí —contestó Peg, incapaz de reprimir la leve sonrisa que le iluminó la cara. Era una mujer que tenía facilidad para reírse de sí misma—. No puedo llamarlo señor Macausland si a su madre la llamo Daphne.

—¿Cómo es Daphne? —preguntó Alanna.

Peg sonrió.

—¡Ah..., es divertidísima! No calla. Lo hemos pasado estupendamente.

—¿Y de qué habéis hablado el señor Macausland y tú mientras Peg estaba con su madre? —le preguntó Desmond a Ellen.

A diferencia de su hermano y su sobrino, Desmond no le veía la gracia a la situación.

Ellen se encogió de hombros.

—No lo sé, un poco de todo. Yo estaba pintándole las uñas a su hija.

—Mientras él te tiraba los tejos —repitió el chico.

—Vale ya de bromas, Joe —dijo su padre—. ¿Quiere volver a verte? Eso es lo que quiero saber.

—Ten cuidado, Ellen —advirtió Alanna, su rostro fruncido de preocupación—. Es muy problemático.

—Sí, no te dediques a corretear por la campiña con él. No es de fiar —dijo Desmond, y la severidad con que miró a Ellen casi bastó para que se derrumbara en actitud de sumisión.

—No es de los nuestros —dijo Alanna.

—¿Qué quieres decir con que no es de los nuestros? —preguntó Ellen.

—No es irlandés —contestó Desmond con rotundidad.



—Yo tampoco —señaló Ellen—. Mi padre es inglés, no lo olvidéis.

—Y no hay nada de qué avergonzarse por ello —añadió Peg con vehemencia—. Si Ellen quiere corretear por la campiña con Conor, es su problema. Es bastante mayorcita para cuidar de sí misma.

Ellen agradeció el apoyo de su tía, si bien es cierto que le sorprendió un poco porque la había prevenido contra él tanto como el resto de la familia.

Oswald intervino desde el otro extremo de la mesa, donde había estado escuchando su animada charla con fruición:

—Prohibirle algo a una persona sólo hace que lo desee más.

Desmond contempló su té con cara de pocos amigos.

—Es bueno que sepa lo que pensamos —dijo.

—A veces es mejor no saber absolutamente nada y tomar decisiones. —Añadió Oswald sabiamente—. Saber puede ser muy engorroso.

—¿Y qué te ha contado Daphne? —le preguntó Alanna a Peg, tamborileando con impaciencia sobre la mesa con los dedos.

Ella exhaló un suspiro, y se lo contó todo.

—La gente creía que era un ángel, pero no lo era —dijo para finalizar.

Johnny reaccionó tal como Peg se esperaba.

—¡Tonterías! Es lógico que diga eso, es su madre.

—Nuestra madre habría hecho lo mismo. Creo que nos habría defendido, aunque hubiésemos asesinado a alguien —dijo Desmond.

—Conor no asesinó a nadie —señaló Peg con cansancio—. Sólo fue un accidente.

—¿Y entonces a quién vieron remando? —preguntó Joe en tono acusatorio.

—Eso fueron los duendes de la mente de Dylan —contestó Peg con agudeza—. De verdad, ¿no podéis dar crédito a todo lo que dice!

—¿Lo habéis visto hoy? ¡Iba todo trajeado! —Joe se rió.

—A saber qué mosca le habrá picado —dijo Alanna—. Ha venido a la tienda y me ha costado reconocerlo. Llevaba el pelo completamente peinado hacia atrás.

—¿Qué diablos hacía en tu tienda? ¿Ha comprado algo? —inquirió Desmond.

—No, se ha limitado a echar un vistazo.

—Seguro que estaba como una cuba, se ha perdido y habrá pensado que la tienda era el *pub* —dijo Joe, y se rió por lo bajo.

Alanna negó con la cabeza.

—No, no estaba borracho. Tenía buena cara. No sé, hasta diría que estaba guapo.

—Me alegra oír eso —dijo Peg—, porque en su día fue muy guapo.

—A lo mejor al final se casa con Martha —sugirió Desmond.

—Pobre Martha. —Alanna suspiró—. Lo adora. Si pudiera, le diría que está perdiendo el tiempo, porque no creo que Dylan vaya a sentar nunca la cabeza, ¿vosotros, sí?

—Quizá ella no quiera casarse, Alanna —dijo Peg—. Tal vez sea feliz a su lado y ya está.

—Pues entonces que vaya al *pub*. —Desmond ahogó una risita.

—Las personas mejoran cuando se casan, al menos eso pienso *yo* —dijo Alanna—. No creo que los seres humanos estén hechos para la soledad.

Se sumieron en el silencio unos instantes. Ellen se preguntó qué les parecería eso a Oswald y a Peg. A continuación Alanna volvió a golpetear la mesa con los dedos.

—Oye, Ellen, ¿vendrás a comer el domingo después de misa? El padre Michael tiene muchas ganas de conocerte.

Ellen titubeó.

—*Vas* a misa, ¿verdad? —añadió Alanna, y ella supo instintivamente que la respuesta tenía que ser sí.

—Naturalmente. Me encantará ir. ¿Al hablar de comer te refieres a la comida de mediodía, verdad?

—¡Qué pija es! —exclamó Joe entre risas.

—Déjalo estar, Joe —lo reprendió su padre—. Deja que se exprese como le dé la gana.

Alanna sonrió de felicidad.

—Magnífico. Será una reunión familiar perfecta.

Siguieron charlando. Peg y Alanna improvisaron un fiambre con patatas y se quedaron todos a cenar. Era tarde cuando Peg se libró al fin de todos ellos. Oswald, que había bebido un poco más de lo habitual, se fue arrastrando los pies a la casita de al lado, y la mujer sacó a *Bertie* y a *Mister Badger* a dar un breve paseo alrededor de la casa antes de mandarlos a la cama.

Ellen se encargó de sacar la mesa. Al coger la sal y la pimienta y devolverlas al armario, experimentó una cálida sensación de pertenencia. Ya conocía a la perfección la cocina de Peg. Se sentía a sus anchas en ella. Había participado en la reunión familiar alrededor de la mesa, y en esta ocasión ya no se había sentido tan intrusa. Había sido un placer constatar lo preocupados que estaban por su seguridad ahora que Conor Macausland se había interesado por ella. Le producía una sensación reconfortante pensar en Desmond, Joe y Johnny unidos para protegerla. Parecían tres osos pardos y resultaba difícil no sentirse a salvo en su presencia. Sin embargo, estaba decidida a ver a Conor, les gustase o no. Aunque tendría que ir con cuidado para mantener en secreto sus encuentros.

Peg metió a *Mister Badger* y a *Bertie* en la cocina y cerró la puerta. Subieron las escaleras, reflexionando sobre la velada como dos antiguas camaradas, y Ellen no pudo evitar reparar en su espontánea relación con su tía. Era como si siempre hubiesen estado juntas.

—Bueno, que duermas bien, cielo.

—Lo haré, tía Peg. Ha sido un día precioso.

—¿Qué te apetece hacer mañana?

—Creo que saldré a explorar.

—Me parece una idea estupenda. Coge mi coche y vete a conocer un poco Irlanda. —Se quedó unos instantes en el descansillo—. No te sentirás sola si vas por tu cuenta, ¿verdad?

—En absoluto. Estoy muy a gusto conmigo misma. Me gusta la tranquilidad.

—Eso es porque eres escritora. Necesitas tiempo para estar a solas con tus pensamientos. Bueno, nos vemos mañana entonces. Que duermas bien.

Ellen observó a Peg andando por el pasillo hasta su dormitorio y se la imaginó arrodillándose ante la fotografía de su hija y rezando. Se le hizo un nudo en la garganta al visualizarla sufriendo en soledad, sin compartirlo con su marido. Volvió a preguntarse si se fijaría en la vela votiva.

Se acostó y procuró controlar sus pensamientos. No quería pensar en William, pero su imagen no paraba de aflorar como un corcho tenaz en el océano agitado de su mente. Ahí estaba, en su traje de impecable corte de Savile Row, con el pelo rubio retirado de la frente y sus ojos marrones inquisidores e indignados. Era joven y lozano con una piel que apenas necesitaba afeitado y unas manos suaves de uñas cuidadas, porque nunca había hecho otra cosa más que trabajar en la City. Su risa era ligera y despreocupada, ya que nunca había tenido una sola preocupación, al margen de alguna que otra invitación que no había llegado o una prenda esencial de ropa que en la tintorería habían extraviado. Era un niño de papá y un privilegiado, y, al lado de Conor, su atractivo físico resultaba superficial y hasta regalado.

Era fácil entender por qué se había sentido atraída por William. Era encantador y simpático, pero en su subconsciente también había sabido que era «adecuado» para ella a ojos de sus padres y amigos. Eran una pareja natural, como un par de perros de raza destinados a aparearse. La vida que les esperaba era la continuación de la que ella había vivido hasta entonces: cómoda, segura y sin sobresaltos, como el vagón de primera clase de un tren bien engrasado. Pero ya no quería eso; sólo que no sabía cómo decírselo a William. Escapar le había parecido mucho más fácil que afrontar su cambio de actitud. Y aun así, ¿y si este pequeño motín era transitorio, como sin duda diría su madre? ¿Eran los nervios previos a la boda? ¿Y si su atracción hacia Conor respondía simplemente a que era la antítesis de William? ¿Y si esta aventura seguía su curso y al final ella volvía a Londres y se subía a ese tren bien engrasado, totalmente arrepentida y llena de remordimiento? ¿Y si, en su ausencia, William encontraba a otra persona y ella acababa pasando el resto de sus días como Dylan, suspirando por su amor perdido?

Pero por la mañana, cuando la pálida luz del amanecer entró por las rendijas de las cortinas, no sintió más que emoción por el día que tenía por delante. Se fue a la ventana y vio el faro surgiendo de la niebla como un retoño emergiendo de la tierra invernal. William se había perdido en la cola de sus pensamientos y en su mente no tenía sitio más que para Conor.

Ellen condujo bajo el paseo de añosos robles en dirección a la mansión Reedmace, rezando para que Johnny y Joe no viesan su coche. Lo más probable era que estuviesen allí, y, que ella supiera, el único modo de llegar a casa de Conor era a través del parque. De modo que fue con no poco temor que pasó de largo el castillo, donde la furgoneta de Johnny estaba estacionada en su sitio habitual. Era improbable que los dos aflojaran el ritmo de trabajo mientras su jefe estuviese en la casa, y quiso la suerte que no aparecieran por ninguna parte y que Ellen pudiera rodear el castillo sin ser vista.

La niebla se había disipado, dejando un cielo azul claro y un sol radiante. Bajó la ventanilla para oír el alegre gorjeo de los pájaros y el esporádico chillido de un pájaro carpintero en los árboles. Racimos de campanillas de invierno brillaban en los terraplenes y la hierba brillaba con un verde rabioso. Pronto brotarían las flores y la finca sería un estallido de maravillosos colores. Inspiró hondo y olió el aroma a tierra de la primavera.

Al detenerse frente a la casa, ciertamente lamentó haber destrozado su abrigo y sus botas, porque el atuendo de Peg no era muy atractivo. Por lo menos los tejanos de buen corte y el jersey azul de escote en pico eran suyos. Se miró por última vez en el retrovisor antes de salir a la gravilla. El corazón empezó a latirle desbocado a medida que se acercaba a la puerta. William nunca le había tensado los nervios hasta semejante estado de excitación. No tuvo tiempo para llamar a la puerta y serenarse, porque ésta se abrió de sopetón y Conor apareció junto a *Magnum*.

—¡Vaya! Buenos días —dijo, y se desbordó el cariño de su sonrisa.

—Buenos días —contestó ella tímidamente, procurando sin éxito contener su nerviosismo.

Él dio un paso al frente, le rodeó la cintura con el brazo y la besó en los labios, paliando así cualquier sensación de incomodidad. Ella resopló de risa por la nariz.

—Eso me gusta más —dijo Conor—. Bueno, ¿quieres beber algo antes de irnos?

—No, acabo de desayunar.

—Muy bien. Entonces salgamos.

Dejó a *Magnum* fuera y cerró la puerta. Ella lo siguió hasta la cuadra que había detrás de la casa, donde él abrió el maletero de su Range Rover y dejó subir al perro.

—*Magnum* no soporta que lo dejen en casa —le contó—. Y no le importa hacer de carabina. Es sumamente discreto, además.

—Me alegra oír eso. Me temo que ahora mismo tengo encima a la familia Byrne al completo.

—Eso no es de extrañar. —Conor le abrió la puerta y ella subió—. Tienes suerte de tener tantas personas que se preocupen por ti.

Se pusieron en marcha, pero en esta ocasión él torció a la izquierda al salir del camino y recorrió aproximadamente kilómetro y medio por una pista de tierra, empalmando con el camino rural por un discreto acceso que había al pie de la colina.

—Lo hago sólo para guardarme las espaldas —dijo él con una sonrisa—. No quiero manchar tu reputación.

—No sé si aún me queda.

—Pues razón de más. —Conor aceleró por el camino rural—. Dime, ¿tu tía se huele algo?

—Creo que se lo pasó tan bien charlando con tu madre que no se fijó en nosotros.

—Eso es fantástico. A mi madre le falta compañía aquí abajo. Le encantó poder hablar con Peg.

—Quiero que sepas, Conor, que es la primera vez que estoy con la familia de mi madre.

Él no pareció muy sorprendido.

—Bueno, nunca había oído tu nombre y conozco a casi todo el mundo en Ballymaldoon.

—La verdad es que mi madre, la hermana de Peg, huyó con mi padre y no volvió jamás. Me he escondido aquí porque sé que es el único sitio donde ella no me buscará.

Él arqueó las cejas.

—¡Ah...! O sea que te has escapado de casa, ¿eh?

—Bueno, soy demasiado mayor para algo así, pero no le he dicho a nadie adónde he ido. Si conocieras a mi madre, entenderías por qué. Únicamente necesito tiempo sin recibir presiones de mi familia. Verás, mis padres se conocieron en tu castillo, antes de que tú lo compraras. Naturalmente, mi madre nunca me lo dijo. Ha sido Peg. Creo que mi madre se avergüenza de sus raíces humildes; es tremendamente esnob.

—No hay nada de qué avergonzarse. Los Byrne son buena gente.

—Lo sé. De hecho, estoy bastante enfadada porque durante todo este tiempo he tenido aquí una familia maravillosa que yo no sabía que existía.

—Tu madre tendría sus motivos para romper lazos.

—¿Casarse con un inglés protestante te parece que es un buen motivo?

—Si su madre era una católica muy devota, tal vez sí.

Ellen frunció la nariz.

—Pues a mí me parece un poco drástico huir de tu madre y tus hermanos y no volver a verlos jamás, todo por enamorarte del hombre equivocado.

—Diría que no sabes de la misa la media. Créeme, las cosas nunca son sencillas. —Le sonrió—. Cuéntame, ¿cómo es tu familia inglesa?

Ellen le habló de Lenora y Lavinia, y sus descripciones de las vidas superficiales de éstas y sus despiadadas imitaciones hicieron reír a Conor a carcajadas.

—Son como mi padre —dijo—. Rubias de piel perfecta, enormes ojos azules y piernas largas. Son tan parecidas que cuesta distinguirlas, aunque se llevan dos años. Yo soy la oveja negra de la familia. Soy morena y me rompo mucho la cabeza; cuanto más sé sobre mi madre, más me doy cuenta de que probablemente me parezca a ella. Y eso no es fácil de aceptar. ¡Mi madre es insoportable!

—Te sentirás más feliz cuando rompas moldes y empieces a ser tú misma. Me da la impresión de que estás luchando contra las aspiraciones de tu madre. Ella debería relajarse y dejar que sigas tu propio camino.

—Quiere que como mínimo me case con un duque.

—Parece la señora Bennet, de *Orgullo y prejuicio*.

—Lo sé, esa clase de actitud está muy desfasada, ¿verdad?

—No, aún está totalmente en boga. Siempre habrá gente que aspire a subir a lo más alto de la escala social con un buen matrimonio. No creo que se haya parado a pensar ni un segundo en qué tipo de hombre

quieres *tú*. ¿Qué opina tu padre de esto?

—Estoy convencida de que le daría igual con quién me casara, siempre y cuando yo sea feliz, pero en el fondo preferiría que me casase con un hombre como él, lógicamente: educado en Eton, deportista, rico y bien relacionado.

Se paró un instante, reflexionando sobre el matrimonio de sus padres. Era un milagro que hubiese funcionado, teniendo en cuenta que procedían de mundos muy distintos.

—¿Sabes? Creo que mi madre lleva tanto tiempo esforzándose por encajar en el mundo de papá que ha olvidado lo que importa en la vida. De pequeña, lo único que le preocupaban eran las apariencias. Que mi aspecto fuese el adecuado y dijera lo adecuado y me invitaran a las fiestas de rigor. Me obligaba a ir a los bailes de debutantes, pese a que lo de las presentaciones en sociedad estaba más que pasado de moda y había perdido ya todo el *glamour*. Se moría por buscarme un marido adecuado; pero todos los chicos eran unos desmañados carentes de personalidad, ¡especialmente los aristocráticos! Demasiada endogamia, me temo.

Ellen suspiró y meneó la cabeza con fingida desesperación.

—No sé, en serio, ¿en qué estaría pensando mi madre? Aunque no debería reírme, porque ¡todavía no se ha rendido!

Se puso a imitar a su madre sin piedad. Siempre había sido una excelente imitadora.

—Eres muy graciosa, Ellen —dijo Conor, enjugándose una lágrima del ojo—. Tendrías que haber sido actriz.

—Seguro que les dices eso a todas las chicas —repuso ella con sequedad.

—La verdad es que no. Y de hecho no se lo recomendaría a nadie, ni siquiera a alguien con tu talento. Estás mejor detrás de las cámaras, escribiendo historias.

—Nunca he querido ser actriz.

—¿Siempre quisiste ser escritora?

—Me gustan las palabras y me gusta expresarme escribiendo. Pero no estoy segura de que se me dé muy bien. Estoy tanteando, intentando dar con la mejor manera de canalizar mi creatividad. —Se rió—. Espero no estar engañándome a mí misma, ¡y tener *cierta* creatividad!

—Claro que la tienes, de lo contrario ni te lo estarías planteando. Bueno, y si no fueses escritora, ¿qué serías?

—No lo sé. A riesgo de parecer un libro de autoayuda, estoy hecha un lío con respecto a *quién* quiero ser ahora mismo. —Miró por la ventanilla hacia los prados de terciopelo verde y tapias de piedra gris y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza—. Jardinera, quizá.

—¿Jardinera? —Conor se sorprendió.

—¡Sí, a mi madre le *horrorizaría* que fuese jardinera! Le gustaría que fuese una gran dama que come en restaurantes y es miembro de comités benéficos como ella. Pero yo creo que me gustaría plantar cosas y verlas crecer. No sé nada de jardinería, y hasta que he llegado aquí no he entendido lo mucho que me gusta la naturaleza. Pero sí, creo que la jardinería me haría muy feliz. —Se giró hacia él y le sonrió—. ¿Crees que Connemara tiene algo mágico?

—Sí —contestó él, sonriendo a su vez—. Pero sólo si estás dispuesta a dejarte hechizar.

Tras un breve trayecto, Conor estacionó en un área de descanso en la cima de una colina.

—Muy bien, ahora haremos una prospección de castillos en serio —anunció, apagando el motor.

—Me sorprende que te guste ver castillos teniendo uno.

—Verás, es que no es lo mismo. Éste está totalmente en ruinas. Te encantará.

Ambos salieron del coche y Conor fue hasta el maletero para dejar salir a *Magnum*. El perro bajó corriendo de un salto de pura excitación y levantó la pata delante de la rueda del coche. Conor abrió la verja y acto seguido tomó a Ellen de la mano y la condujo prado a través.

Allí, en el acantilado que daba al océano, estaban los restos de piedra de un castillo otrora magnífico. Torres huecas y paredes desmoronadas eran cuanto quedaba de una fortaleza poderosa que protegía la tierra de las invasiones por mar. El viento azotaba las ventanas sin cristal y silbaba alrededor de las murallas inservibles, desde donde en tiempos los soldados habían vigilado al enemigo y las damas de suntuosos vestidos de terciopelo habían aguardado la llegada de barcos procedentes de la Ruta de la Seda, que traían sedas y especias de países extranjeros.

—Irlanda está llena de ruinas —comentó Conor según se aproximaban.

Ellen quiso sacar a relucir las ruinas que más le fascinaban todas las mañanas al despertarse, pero supo instintivamente que Caitlin era innombrable.

—Irlanda es un país muy romántico —dijo en cambio.

Él le sonrió y le agarró la mano con más fuerza.

—Me gustas, Ellen Byrne.

—Me llamo Ellen *Trawton*.

—Eso. Bueno, pues me gustas te llames como te llames. Eres como un rayo de sol.

Ella le sonrió burlonamente.

—¿Sabías que mi nombre significa «luz brillante» en griego?

—No, no lo sabía —contestó Conor—. El griego nunca fue mi fuerte en el colegio. Pero ¿has visto alguna vez la película *La edad de la inocencia*, con Daniel Day-Lewis y Michelle Pfeiffer?

—La repudiada Ellen Olenska —dijo ella, repitiendo lo que ya le había dicho Dylan.

—Fue una película fantástica.

—Me avergüenza reconocer que no la he visto. Ni he leído el libro.

Él parecía complacido.

—Entonces compraré el DVD y la veremos juntos. Creo que te gustará la condesa, tu tocaya. Es un personaje maravilloso: muy misterioso, bastante manipulador, me parece, pero absolutamente fascinante. Es una historia de amor preciosa y triste.

Llegaron a las ruinas y empezaron a curiosear la zona. *Magnum* olisqueó el suelo, siguiendo el rastro de un zorro. No había nadie más allí aparte de ellos y el perro. El castillo estaba apartado del camino y los que sabían de su existencia no se molestaban en ir a ver un montón de piedras antiguas. Ellen empezó a sentir un cosquilleo en el estómago ante la expectativa de que él volviera a besarla.

—Creo que esto era el salón —anunció ella, soltándole la mano y saltando alegremente una tapia que le llegaba por la rodilla y daba a un cuadrado grande y herboso donde se apreciaban los restos de una chimenea en la pared del fondo.

—¿Tú crees? —dudó él, siguiéndola.

—Tú dirás. Me los imagino a todos bebiendo vino sin nada más que hacer, ¿tú no?

Él se rió.

—O podría haber sido la cocina. ¿No visualizas a una cocinera pechugona y gorda asando un cerdo en un asador?

—No, es demasiado elegante para que fuera una cocina.

Saltó otra tapia que daba a una estancia más pequeña en la que había una ventana grande en forma de arco con vistas al mar.

—Esto podría haber sido una biblioteca. ¿Qué te parece?

Él puso las manos en jarras y frunció el ceño.

—O un estudio.

—Sí, tal vez fuese un estudio. A lo mejor era una salita. Ya sabes que las casas grandes siempre tienen muchas salitas. —Ellen miró por el agujero que había hecho las veces de ventana—. Me pregunto quién miraría desde aquí. ¿Una joven doncella enamorada de un marinero, quizá, esperando a que volviera por mar?

Cuando se dio la vuelta, Conor estaba de pie justo detrás de ella.

—¿Estás haciéndote de rogar, Ellen Trawton? —preguntó él, presionándola contra el muro.

Ella se quedó sin aliento.

—Bueno, ya soy toda tuya, Conor Macausland —contestó ella, imitando el acento irlandés.

—¡No está mal para una niña de papá inglesa! —exclamó él, su mirada cargada de intención.

Ella se echó a reír.

—Hablas como mi tío Johnny.

Él le retiró un mechón de pelo tras la oreja.

—No tienes por qué estar nerviosa. No voy a comerte.

—Creo que es por la barba. Me siento como Caperucita Roja.

Él se rió y presionó los labios contra los suyos.

—En ese caso esperemos que sea el día de fiesta del leñador.

La besó apasionadamente y por unos instantes ella se sintió totalmente superada por la intensidad del beso. Notó el calor que despedía la ropa de Conor y la energía sexual que crecía entre ellos. Él olía a limón y especias, y la propia fuerza masculina de su físico le hizo flaquear de deseo. Se olvidó de sí misma y de sus inhibiciones, consciente únicamente del placer sensual que ahora iba apoderándose de ella. Él hundió el rostro en su cuello y le besó la curva del hombro, y al notar la lengua en su piel se le escapó un grito y anheló una cama en la que ambos pudieran dejarse caer.

Al fin, Conor se apartó, sin aliento.

—¡Me vuelves loco, Ellen! —susurró, besando de nuevo sus labios, esta vez con más ternura.

—¿Cómo se llama el amante de Ellen Olenska? —preguntó ella, intentando apaciguar los fuertes latidos de su corazón.

—Newland Archer.



—¿Tienen un final feliz?

—No pienso decírtelo.

—¡Eso no es justo! —protestó ella.

—Si te lo digo, te estropearé la película.

—Quiero saber si el nombre de Ellen da buena o mala suerte.

Conor se la quedó mirando un buen rato mientras pensaba en su pregunta. La arruga que fruncía su frente decía que no era una pregunta fácil de responder.

—No puedo decírtelo sin desvelar el final de la historia. Pero puedo decirte que *eres* afortunada, te llames como te llames.

Más tarde, caminaron bordeando la cima del acantilado, de la mano, mientras *Magnum* corría delante, estimulado por el viento. Las gaviotas graznaban con voz lastimera desde el cielo y los pájaros gorjeaban en los arbustos de aulaga. El océano rugía debajo de ellos, rompiendo contra las rocas en pequeñas erupciones de espuma, y el sol asomaba de vez en cuando por los agujeros azules de las nubes, rociándolos de optimismo.

—Supongo que tu tía Peg te habrá hablado de mi mujer —dijo él en voz baja, agarrándole la mano con fuerza como si pensase que lo mismo saldría corriendo en cuanto mencionara su matrimonio.

—Un poco. Lo siento, por ti y por los niños. Tuvo que ser espantoso.

Él la miró y le sonrió con tristeza.

—Lo fue.

Siguieron andando un rato en silencio. Ellen se preguntó si le hablaría más de Caitlin o si simplemente estaba asegurándose de que ella conociese su pasado, como había hecho ella previamente al hablarle de su madre.

—No te creas todo lo que te digan, ¿de acuerdo? —añadió, apretándole suavemente la mano.

Ella no sabía muy bien cómo responder, puesto que no quería decirle lo mucho que había oído ya.

—Mi mujer murió en un accidente, ésa es la verdad.

—Eso tenía entendido —contestó ella, ansiosa por disipar la expresión de suplicio de su rostro.

—Tu tía Peg es una buena mujer —reconoció Conor—. Otros no tienen tan buenas intenciones. Hay muchos dimes y diretes pueblerinos en un lugar como Ballymaldoon. Siempre los ha habido y siempre los habrá. Pero hasta que se produzca otro drama, yo seré su tema favorito. Por eso no voy mucho por el pueblo.

—Fuiste al *pub*.

Él le sonrió y la estrechó un poco más contra sí.

—Eso es porque quería *encontrarte*.

—Podrías haber hablado con Johnny o con Joe en horas de trabajo.

—Ya se habían ido.

—En ese caso podrías haber pasado por casa de Peg.

Él negó con la cabeza.

—No, no podía, no después... —Titubeó un instante, luego descartó la idea con otro meneo de cabeza

—. Sabía que en el Pot of Gold te encontraría a ti, a un Byrne o a diez de ellos.

—Les pegarías un susto descomunal apareciendo así, de repente.

—¡Sí, ya lo creo! —Conor se rió por lo bajo—. Confieso que me produjo cierta satisfacción ver la cara que pusieron.

Llegaron al típico pueblecito de pescadores, enclavado en una ensenada resguardada del viento. Conor conocía el *pub*. Era más pequeño que el Pot of Gold y mucho más tranquilo. Tan sólo había un par de ancianos con gorras en la barra, tomando sendas Guinness, mientras un grupo de cuatro mujeres jugaba a cartas en una mesa pegada a una de las ventanas.

El dueño los recibió con la típica cordialidad irlandesa y le sirvió una pinta a Conor. Ellen pidió una Coca-Cola y le habló a Conor de la vez que había intentado tomarse una Guinness para impresionar a Johnny y por poco había vomitado encima de la barra.

—¡Qué valiente! —bromeó él mientras cogía sus vasos y elegía una mesa del *pub* en el extremo opuesto a las jugadoras de cartas—. Supe nada más verte que no eras una chica Guinness.

—Creo que Johnny también. Seguro que pensó que era una locura que pidiese una pinta.

—Aunque me imagino que le impresionaría tu temple —dijo él amablemente.

Ella tomó un sorbo de Coca-Cola.

—Esto es mucho mejor.

—Apuesto a que el pueblo entero está hablando de ti casi tanto como habla de mí.

—¿Tú crees?

—Seguro. Probablemente aún estén hablando de aquella huida de tu madre con su inglés.

—A la mañana siguiente a mi llegada, Johnny, Joe, Craic, Desmond y Ryan se presentaron a desayunar en casa de Peg.

Conor se echó a reír.

—¡Me lo puedo imaginar! Figúrate..., no habían visto a tu madre en ¿cuánto tiempo, treinta años?

—Treinta y cuatro para ser exactos.

Él la miró burlonamente.

—¿Y tú tienes?

—Tengo treinta y tres.

—¿Y qué hace tu madre intentando casarte? ¡Eres joven!

—No para ella. Se casó con mi padre a los veinticinco y me tuvo el mismo año.

Conor entornó los ojos y la miró fijamente.

—Entonces ya sabes por qué huyó, ¿verdad?

—Bueno, como te he dicho...

—Huyó porque estaba embarazada de ti. Quiero decir que quedarse embarazada sin estar casada habría bastado para mandar a tu madre prematuramente a la tumba.

Ellen abrió los ojos desmesuradamente. Parecía incrédula.

—¡No! ¡Mi madre no! —Pero entonces frunció las cejas; al fin y al cabo, cuadraba—. ¿Tú crees? —

Estuvo a punto de protestar, pero se le trabaron las palabras.

—Naturalmente. Los católicos de bien no practican sexo antes del matrimonio y estamos hablando de hace treinta años. Irlanda, hace treinta años, estaba aún en la prehistoria y tu abuela era de una generación totalmente distinta.

—¡Oh, Dios mío! No sé, es que mi madre es muy católica y enseguida critica a los demás por faltas mucho menos graves que eso. —Bebió un trago del refresco—. ¿Crees que mi abuela sabía que estaba embarazada?

—Lo dudo mucho. Tu madre tenía que saber hasta qué punto tu abuela consideraría un pecado lo que había hecho. Verás, a las chicas que se quedaban embarazadas sin estar casadas las metían en conventos y a sus bebés los daban en adopción. Tu madre debió de ocultar deliberadamente su embarazo, te lo puedo asegurar.

—Entonces a mi abuela tuvo que extrañarle que su hija nunca volviera.

—Tal vez. —Conor se frotó la barba, pensativo—. Aunque me imagino que había una persona que lo sabría todo.

—¿Quién?

—El padre Michael. Si tu madre era una buena católica...

—Aún *es* una buena católica. O, mejor dicho, le gusta que la gente crea que es una buena católica.

—Lo más probable es que se lo confesara al cura. Apuesto a que él conoce toda la historia.

—¿Me la contaría a *mi*?

Conor meneó la cabeza.

—Lo más seguro es que no.

—¿Podría habérsela contado a mi abuela? Eran primos, ¿sabes?, y Joe me dijo que el padre Michael comía con ella todos los domingos. ¿Hasta qué punto crees que es indiscreto? —Ella sonrió con picardía—. A ver, él produce su propio licor de endrinas.

—¡Y, además, de calidad! Tal vez no sea del todo discreto bajo los efectos del alcohol. Pero me temo que en realidad no conozco al padre Michael lo bastante bien como para responder a esa pregunta.

Ellen tomó otro sorbo de su refresco.

—Bueno, esto se pone cada vez más interesante. Johnny dijo que mi madre era una rebelde y que sabían que acabaría cometiendo una auténtica estupidez; quedarse embarazada en aquella época sin duda era realmente estúpido.

Los ojos de Conor brillaban llenos de cariño.

—Se enamoró. No hay nada estúpido en eso, Ellen. Cuando te enamoras de alguien, quieres hacer el amor con esa persona. No hay nada estúpido en eso tampoco. —Cogió su mano por encima de la mesa—. Quiero hacer el amor contigo —dijo, bajando la voz.

Ellen notó un rubor coloreando sus mejillas.

—Eres muy directo, Conor —repuso.

Pero su sonrisa bastó para darle a entender a él que ella deseaba lo mismo.

Pidieron la comida y comieron con calma mientras compartían historias. Ellen no mencionó a William, ni Conor mencionó a Caitlin. En aquel momento no pareció importar que ambos escondieran

secretos. En aquel momento daba la impresión de que esos secretos no producirían impacto alguno en su incipiente relación. Enamorarse les obligaba a vivir el presente y, realmente, ni el pasado ni el futuro parecían importar nada.

Asisto a su flirteo con una mezcla de curiosidad y rabia. Ellen mira a los ojos de Conor convencida de ver amor en ellos, y yo sonrío porque es facilísimo confundir la lujuria con el amor. Él no es un hombre fácil de conquistar. Es salvaje e independiente, egoísta y robusto. Muchas mujeres guapas antes que yo fracasaron en su intento de conquistar su corazón, y habrá muchas más después de Ellen que romperán contra él como las olas contra las rocas.

Conor quiere acostarse con ella, y ella cree que su deseo es un reflejo físico de su creciente cariño. Si pudiera, le diría que echara a correr ahora mismo y que jamás volviera la vista atrás, porque seguramente destruirá sus sueños y le desgarrará el corazón. Pero no puedo, y reconozco que me produce cierto placer ver la historia desarrollándose ante mí; al fin y al cabo, llevo mucho tiempo en este limbo, ¿no merezco un poco de diversión?

El hecho es que ninguna mujer estará nunca a mi altura. Conor me ama sólo a mí y siempre me amará. Ni todas las Ellen del mundo sustituirán jamás a la única mujer que ha amado en su vida. Sé que discutíamos y reñíamos y que llegué a extremos aberrantes para obligarle a demostrarme lo mucho que yo le importaba, pero más allá de la tempestad que fue nuestra vida en común, nos necesitábamos mutuamente. Nos necesitábamos de verdad, como la flor necesita a la abeja y la abeja necesita a la flor.

Está oscureciendo cuando vuelven a la mansión Reedmace. Daphne se ha llevado a los niños a la playa, donde han construido castillos y hecho volar sus cometas con Ewan, pero ya está de vuelta, asando patatas para la cena. Se fija en sus mejillas sonrosadas y ojos chispeantes cuando entran en la cocina.

—¿Habéis pasado un buen día? —les pregunta, y sé que está ansiosa por conocer los detalles. Mira atentamente a su hijo intentando detectar algo que revele más de lo que está dispuesto a contar.

—Hemos pasado un día magnífico —contesta él, encendiendo el hervidor de agua.

Daphne se dirige a Ellen, esperando sonsacarle más información.

—¡Qué buena cara traes, querida! Me encanta tu pelo así... Te lo habrá revuelto el viento.

Ellen captó la mirada de Conor y éste reprimió una sonrisa.

—Ha hecho mucho viento —dice la joven—. Hemos ido a un castillo en ruinas precioso en lo alto de un acantilado, luego hemos andado kilómetros y hemos comido en un *pub*. Cuanto más conozco Irlanda, más me fascina.

Se agacha para acariciar a *Magnum*, que pasa tranquilamente por delante de ella cual león que ha estado todo el día por ahí cazando y ahora está cansado y manso. Veo que Ellen ha perdido el miedo a los perros. Caigo en la cuenta, también, de que no ha fumado. Es curioso lo que son capaces de hacer las mujeres por amor. Aunque nadie ha llegado tan lejos como yo, si bien Conor sostendría que lo que hice fue tan horrible que es imposible que lo motivase el amor. ¡Oh, querido, qué equivocado estás! ¡Qué equivocado! Todo lo que hice fue fruto de mi amor por ti: incluso eso.

Ellen se ha quitado el abrigo y las botas y se queda en calcetines, apoyada en la encimera de la cocina. Conor le pasa una taza de té y ambos entran en calor mientras Daphne trajina por la cocina y busca indicios que corroboren sus sospechas de que su hijo al fin se ha enamorado. Escucha su animada charla, pues ahora son íntimos, como dos personas que se conocen desde hace años, no días, y el entusiasmo entre ellos es tan palpable como el ardor.

Los niños entran para cenar e Ida le enseña a Ellen sus uñas. Ya se le han caído algunas piedrecitas

cavando en la arena para construir su castillo este tarde. Ellen le promete volvérselas a pintar. Ya tiene otra excusa para venir a la casa. Aunque no necesita ninguna, porque Conor tiene muchas ganas de verla más. De hecho, está embriagado de lujuria. Lo veo en sus ojos. Hacía tiempo que no se ilusionaba tanto con una mujer. La oscuridad que lo ha acompañado durante los últimos cinco años como una mortaja penosa de pronto ha empezado a desintegrarse y la luz brilla a través de los agujeros, aturdiéndolo de felicidad. No puede creerse que esta mujer haya aparecido en su vida, transformándola tan deprisa. Los niños parecen notarlo y se contagian de su buen humor. Ríen y bromean alrededor de la mesa de la cocina, relatando las aventuras que han vivido hoy con Ewan y Daphne, y Conor también se ríe, encantado con sus historias.

No quiere que Ellen se vaya, pero es tarde y a ella le preocupa que Peg esté angustiada por su paradero.

—¿No puedo llamarte por teléfono? —le pregunta Conor en la entrada mientras ella se enfunda el abrigo de su tía.

Ella le explica que tiró el teléfono al mar.

—¿Y por qué hiciste una cosa así? —inquire.

—Porque no quiero hablar con mi madre.

—Podrías haber ignorado sus llamadas y ya está.

—No, no podía.

Él suspira, frustrado.

—Te conseguiré uno nuevo.

Ella se ríe.

—No tienes por qué hacer eso.

—Tengo que volar a Dublín mañana por la noche. Los niños vuelven al colegio el lunes. Te compraré uno allí y te lo mandaré.

Ella palidece.

—Pero ¿volverás?

Él la empuja dentro del cuarto ropero y cierra la puerta.

—Mientras estés aquí, volveré, Ellen —susurra, y la besa.

Detecto que él la asusta un poco. Es un hombre apasionado. Es evidente que ella no está acostumbrada a los hombres como él; hombres que no temen ser hombres—. Quiero verte mañana.

—Tengo que ir a misa y comer con Desmond y Alanna.

—Entonces iré a misa yo también.

—Pero tendrás que volver a hacer frente a todos los vecinos cotillas.

—Lo haré por *ti*.

Le sonrío con tanto cariño que su cara se suaviza de forma absolutamente espectacular. No he visto eso en su rostro, excepto cuando mira a los niños. Unos celos implacables y feroces se apoderan de mí.

—Quiero estar a solas contigo, Ellen. Quiero besarte de pies a cabeza —dice, y la urgencia de su voz la deja sin aliento.

Casi puedo percibir su pulso acelerándose debajo del abrigo. Conor vuelve a besarla, efusiva y

ardientemente, y su cuerpo se hunde bajo el peso del deseo de él. Es como una muñeca de trapo atacada por un lobo. Pero a ella le gusta. A mí también me gustaba. Durante unos instantes tengo la sensación de que soy yo la que está allí aplastando los abrigos. Vuelvo a estar viva y Conor me ama como solía amarme, antes de... Me ama como me amaba cuando nos conocimos y yo era cuanto él quería. ¡Oh, Ellen, Ellen! Te crees que eres cuanto él desea, pero no es cierto. Yo estuve ahí primero y mi huella sigue estampada en su corazón.

Él la acompaña hasta el coche y la observa alejarse al volante. Se queda un rato ahí parado, viendo sus faros perderse en el sendero. Ellen ha decidido ir por el castillo porque no conoce bien el otro camino. Pero no debe temer que Johnny y Joe la puedan ver. A estas horas probablemente estén en el *pub*, saboreando una pinta con sus amigos y familiares, como hacen cada noche. A mí solía gustarme el *pub*. La vida era solitaria arriba en el castillo, sola, cuando Conor se ausentaba. Me encantaba el gentío, el ruido de su parloteo, el ambiente cargado del local con el fuego encendido y todas las ventanas cerradas. Me encantaba que me agasajaran. Yo era consciente de que todo el mundo me miraba, como si fuese un ave poco común entre gallinas. Ahora tienen más curiosidad por mí que nunca. Pero mañana verán a Conor en misa, lo cual dará que hablar aún más que cuando entró en el *pub*, porque la última vez que puso un pie en la iglesia fue en mi funeral.

Ellen vuelve a casa de Peg. Su tía está sentada a la mesa de cartas con Oswald. El fuego está encendido. *Mister Badger* está aovillado en el sofá mientras que *Bertie* está en la cocina, junto a los fogones. *Grajita* se ha encaramado a la cómoda de la sala, y observa el juego de cartas desde su elevada posición. Cuando Peg oye el coche, aguza el oído y levanta los ojos de su mano de cartas.

—Seguro que es Ellen —le dice a Oswald—. Lleva todo el día fuera.

Él toma un sorbo de vino.

—¿Qué crees que se trae entre manos?

—Está enamorada, me temo.

—¿De Conor Macausland?

—Pues claro. Lo llevaba escrito en la cara. —Se encoge de hombros con impotencia—. No puedo hacer nada al respecto.

—¿Crees que lo reconocerá?

—No creo que mienta. Ya ha confesado que se ha escapado de casa, aunque me lo suponía. Pero no quiero decírselo a los chicos. Desmond no lo consentiría, y lo conoces, puede ponerse muy agresivo cuando quiere.

—Ellen es adulta. Es cosa suya con quién sale, ¿no?

—No, si sale con Conor Macausland. No es que yo tenga nada contra él. De hecho, me dio pena, pobre hombre. Perder a tu mujer es bastante penoso, pero ser sospechoso de su asesinato pasa de castaño oscuro.

Oswald la mira con tanta ternura que me quedo completamente estupefacta. Ella no se fija porque sus ojos miran ahora hacia abajo, a sus cartas, aunque no esté mirándolas. De modo que no ve cómo él la mira fijamente. La cara de Oswald es dulce y está llena de compasión y sé que está pensando en la hija de Peg; ella también está pensando en su pequeña, sin saber que está ahí, justo a su lado. Es increíble que esté bañada por el aura amorosa de su hija y ni siquiera lo sepa.

La puerta se abre y entra Ellen con decisión, las mejillas completamente sonrosadas y los ojos

brillantes.

—¡Hola! —exclama—. ¿Tía Peg?

—Estamos aquí —contesta la mujer.

*Mister Badger* aguza las orejas, pero no se molesta en bajarse de su sofá calentito. *Grajita* ya conoce a Ellen lo bastante bien como para no asustarse. Se limita a mover la cabeza de un lado a otro con esa brusquedad que da la impresión de que escucha con atención. *Bertie* duerme tan profundamente que no oye que la puerta se abre y se cierra ni nota el viento frío que se cuele en la cocina.

—Hola —dice, entrando enérgicamente en la sala.

Trae el frío con ella y Peg se estremece. Ellen sonríe, incapaz de disimular su agitación.

—Pero ¡mírate! ¡Estás como unas castañuelas! —dice la tía.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunta Oswald, mirándola con ojos escrutadores por encima de sus gafas como un profesor.

Ellen se desploma en el sillón exhalando un suspiro de satisfacción. Cierra los ojos un segundo y sé que no sabe si decirles la verdad o mentirles. Batalla unos instantes con su conciencia, pero se impone la honestidad.

—¡Oh, Peg, estoy loca por él! —declara, y sonríe a su tía tan plácidamente que se gana a la mujer en el acto.

—¡Oh, querida! No estarás hablando de Conor Macausland, ¿verdad? —Peg suspira, incapaz de compartir el entusiasmo de la joven.

—Sé que me previniste contra él. Todo el mundo lo ha hecho. Pero no puedo evitarlo. —Ellen levanta las manos dándose por vencida—. Me vuelve loca.

—Bueno, no vayas a decírselo a los chicos ahora, ¿eh? Desmond no lo consentiría.

Ellen se echa a reír. No puede creerse que su tío tenga poder alguno sobre sus decisiones amorosas.

—¡Venga, tía Peg, eso es absurdo!

—Puede que para ti lo sea, pero aquí funcionamos de otra manera. —Inspira hondo y su pechera se expande aún más sobre la mesa—. Me temo que no es conveniente que una Byrne se deje ver con ese hombre.

—¡Pero tú sabes que no es un asesino! —exclama Ellen.

—Claro que no lo es, cielo.

—Es por los rumores —tercia Oswald con serenidad—. Nadie quiere ver su apellido familiar arrastrado por el suelo.

—También soy una Trawton —replica Ellen enfurruñada.

—No, aquí no. Aquí eres una Byrne hasta la médula —le corrige Peg. Luego afloja y deja las cartas—. Bueno, ¿dónde habéis ido?

—A un castillo en ruinas y a comer a un *pub*. Ha sido todo muy inocente, aunque te parezca mentira.

—Seguro que sí. —Peg sonríe a su sobrina—. Digan lo que digan de él, es innegable que Conor Macausland es un caballero.

En ese momento la niña pequeña se acerca tranquilamente al sofá y se arrodilla junto a *Mister Badger*. El perro abre los ojos y mueve las orejas. Acerca tanto la nariz a la del animal que casi se tocan.



*Mister Badger* golpea el cojín con la cola.

—¿Qué mosca le ha picado? —pregunta Ellen, pero ni Peg ni Oswald se sorprenden especialmente.

—Un hada —afirma el hombre.

Peg sonríe y menea la cabeza con ternura.

—¿Vamos a seguir jugando o piensas rebajar la conversación al reino de las supersticiones y las fantasías campesinas?

—¡Qué dura eres, Peg Byrne! —contesta él, sacudiendo la cabeza. Reanudan el juego.

—Voy a comer algo. ¿Os traigo alguna cosa? —pregunta Ellen, levantándose.

—No olvides llamar a Londres —le recuerda Peg—. Ése es el trato, ¿recuerdas?

—Ahora llamo —responde Ellen. Le da unas palmaditas al perro al pasar junto a él, pero éste sólo tiene ojos para la niña.

He estado en el dormitorio de Peg y la he visto arrodillarse para rezar al lado de la vela votiva y la fotografía de su hija. He visto a esa misma hija arrodillarse a su lado cual ángel de la guarda, llenando la habitación con una luz que su madre no puede ver. Yo me he quedado cerca de mis hijos, pero no de la misma forma que este espíritu feliz. Estoy ansiosa y atormentada, frustrada y triste. Ella está serena y en paz, no le afecta el dolor de su madre. Es como si gozase de una comprensión cabal que va mucho más allá de los sentidos humanos, como si pudiese tener una visión de conjunto que yo ni veo ni alcanzo a comprender. Dolor, pesar, felicidad, deleite: prácticamente todo son ondas de un extenso lago que vienen y van según sople el viento, pero por debajo hay algo más, una sabiduría profunda y plena. ¡Ojalá supiera qué es y tuviese acceso a ello!

Ellen se sirve comida de la nevera y se sienta al lado del teléfono, contemplándolo un buen rato, absorta. Come y mastica y mira fijamente. Por fin descuelga y marca un número. Suena varias veces antes de que contesten.

—¿Emily?

—¡Dios mío! ¿Eres tú, Ellie?

—Sí, soy yo.

—Llevo una semana intentando localizarte.

—Lo siento.

—Bueno, ¿qué tal te va por ahí en la Irlanda profunda y recóndita?

—De fábula. ¡Me encanta!

—Pues me alegra que *tú* estés pasándolo en grande, porque a *mí* me has dejado aquí en primera línea, combatiendo contra todos tus enemigos.

—¡Cuánto lo siento! ¿Está muy pesada mamá?

—No sólo tu madre, pero sí, habrá llamado unas cien veces. ¿No recibes ningún mensaje o qué?

—Tiré el teléfono al mar.

—Claro, eso lo explica todo. También he hablado por teléfono con Leonora y Lavinia, que querían saber dónde estás, pero lo que tu madre quiere saber sobre todo es qué va a pasar con William.

—¡Ah...! William.

—Tu prometido, ¿recuerdas? —Ellen titubea. La palabra «prometido» le espanta—. Por su actitud me imagino que no has cancelado el compromiso —continúa Emily.

—Lo único que le dije es que necesito espacio.

—¡Venga, Ellie, eso es lamentable!

—Lo sé. Es que no me atreví a romper. Es un buen chico. No quiero herir sus sentimientos. —Inspira hondo y luego baja la voz—. ¿Y si de repente vuelvo a Londres y aún quiero casarme con él?

Ahora la voz de su amiga cambia. Se muestra más comprensiva.

—Bueno, ¿qué tal es aquello?

—Precioso.

—¿En serio estás escribiendo algo?

—No.

—Ya decía yo... ¿Y cómo llenas las horas entonces? Además de tirar el móvil al mar.

—Voy mucho al *pub* con los del pueblo.

—Dios, Ellie...

Ellen se echa a reír.

—Se llama Pot of Gold.

—Seguro, muy pintoresco. ¿Dicen todos «*feliz día*» para dar los buenos días y cantan baladas?

—¡Eso son chorradas!

—¿No echas de menos la civilización?

—Por aquí son muy civilizados.

—Me sorprendes. ¡No creí que pudieras vivir fuera de un radio de kilómetro y medio de Harvey Nichols!

—Ni yo. Pero, Emily, me he enamorado... de Connemara. Por el momento no tengo ninguna intención de volver.

—¿Sabes que eres la comidilla de la ciudad? Londres es un hervidero de rumores. ¿Por qué has dejado tu trabajo? ¿Adónde has ido? ¿Alguien ha hablado contigo? ¿Te has peleado con William? ¿Lo habéis dejado? ¿Seguís? ¿Qué dice tu madre?

—¿Adónde creen que he ido?

—A Tailandia.

Ellen se ríe.

—¿A hacer qué, exactamente?

—La gente está diciendo que te has ido a un retiro para reflexionar antes de la boda.

—¿En serio?

—Lo sé. ¡Son todos muy superficiales! —Emily suelta una carcajada llena de humo—. Bueno, ¿qué quieres que le diga a William?

—¿Cómo está?

—Confuso y preocupado. Anoche vino a tomar una copa.

—¿Tiene mala cara?

—¡Qué va! Lo cierto es que la tragedia le sienta bien.

—¿Qué te dijo?

—Que si necesitas tiempo, puedes tener todo el tiempo que quieras. Pero le ha molestado que no se lo dijeras en la cara y que no le hayas dicho dónde estás.

Ellen está muerta de vergüenza.

—Lo sé, me he portado fatal.

—Está muy enfadado.

—Supongo que tiene todo el derecho a estarlo.

—Y no le hace gracia el hecho de que todo el mundo hable de ello. Creo que ha herido su orgullo. No entiendo por qué no te tomaste una semana de vacaciones en lugar de *dejar* el trabajo. ¿Por qué has tenido que liarte la manta a la cabeza y hacer semejante escena? Todo Londres habla de ti y no hace ni una semana que te has ido. Es de locos.

—Sí, he explotado, es verdad. No lo pensé. Me fui y ya está. De todas formas, ¿no está preocupado por *mí*?

—Cree que son los nervios de antes de la boda, Ellie; les pasa a muchas novias, aunque seguro que también está preocupado por ti.

—Pues no lo parece.

—¿Quieres que le diga que he hablado contigo y que estás bien? ¿Pasa algo si le digo dónde estás?

A Ellen le espanta la idea.

—¡Ni se te ocurra decirle dónde estoy! No le digas a nadie dónde estoy. Lo digo en serio, Emily. Ahora mismo no quiero que me encuentren. No hace ni una semana que me he ido. Puedes decirle a mi madre que has hablado conmigo y que estoy bien. ¡Pero, por el amor de Dios, no digas que estoy en Irlanda!

—Está bien, está bien, no pierdas los estribos. Mantendré la boca cerrada, pero ¡me debes una, y gorda! Yo aquí librando una guerra mientras tú te dedicas a cantar «Danny Boy» en el Pot of Gold. No es fácil esquivarlos a todos. Habría sido más fácil decirles que te ibas a descansar unos días a las chimbambas y que allí no había cobertura; así no habrías preocupado a nadie, ¡y no estarían llamándome a mí para saber dónde estás!

Siguen hablando, pero su conversación ha dejado de interesarme. Finalmente, tras prometer volver a llamar, Ellen cuelga. Se queda un rato pensando en lo que ha dicho Emily. No sé qué está en su mente, pero frunce el ceño y su cara ha perdido la alegría previa.

De modo que Ellen está prometida y se ha escapado. Estoy encantada con esta información de valor. Aunque no todo el rato estoy con Conor y Ellen, estoy convencida de que ella no se lo ha contado. Eso bastaría para que él montara en cólera. Ya no será capaz de confiar en ella y *ésa* será mi mayor arma. Si él tiene un punto débil, es la confianza. Yo lo defraudé, pero únicamente porque él me llevó a hacerlo, tan desesperado y profundo era mi amor, pero no lo sobrellevará una segunda vez. Será la perdición de Ellen.

Lava su plato y lo guarda, luego va tranquilamente hasta la biblioteca. Repasa con atención todos los lomos hasta que se hace con el que quiere. No me sorprende en absoluto que elija *La edad de la*

*inocencia*, de Edith Wharton. Lo saca y le echa una ojeada, la alegría vuelve a sus facciones. Sé por qué quiere leerlo, porque se muere por saber si tiene un final feliz. Yo podría decirle que no lo tiene.

A la mañana siguiente, Ellen se despertó con el sonido de la lluvia repiqueteando en las ventanas de su cuarto. Se quedó unos instantes tumbada en la penumbra, escuchando el viento, aún calentita bajo las sábanas. Un estremecimiento de emoción le erizó la piel mientras recordaba la sensación de estar envuelta en los brazos de Conor. Estiró las extremidades y se estremeció de indecente placer al imaginarse las manos de Conor acariciando su cuerpo.

Abrió el grifo de la bañera y se puso a tararear mientras se cepillaba los dientes y sacaba unos pantalones de pana azul marino del armario. Hacía años que no iba a misa. Su madre la había llevado a misa a rastras todos los domingos de pequeña, pero desde que se marchara de casa para ir a la universidad no había ido mucho, exceptuando las bodas, los bautizos y las fiestas religiosas anuales. No tenía nada en contra de la iglesia, era simplemente que ésta había dejado de desempeñar un papel importante en su vida. En cuanto a Dios, no dudaba de la existencia de un poder superior; pero no dedicaba mucho tiempo a pensar en ello. El hecho de que fuese hoy a misa no tenía absolutamente nada que ver con la religión. Iba para complacer a su familia. E iba para ver a Conor.

Peg vino de dar de comer a sus animales y desayunaron juntas.

—¡Vaya, sí que te has puesto elegante para ir a misa! Supongo que será mejor que te pongas esa cosa ridícula de piel que tienes. Se ha secado sin problemas.

—Pensaba que la había destrozado.

—Por desgracia no. Aun así, es mejor que un anorak, y estoy convencida de que mi mejor abrigo te parecerá demasiado viejo. — Se sentó en la silla de *Grajita* y le dio de su mano un trozo de pan—. Bueno, ¿llamaste a Londres anoche?

—Sí, llamé a mi amiga Emily. Mamá está muy bien. No está nada preocupada.

Torció el gesto al mentir y bajó los ojos hacia las gachas.

—Estupendo. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad? No estaría bien preocupar a tu madre cuando puede quedarse tranquila con una simple llamada de teléfono.

—Me encontraré con Conor en misa —añadió Ellen, procurando sonar natural.

Peg se quedó helada.

—¿Conor va a ir a misa?

Frunció el ceño de tal modo que toda su cara se arrugó como una nuez.

—Sí. ¿Te parece raro?

—¿Raro? Es increíble. ¿Por qué quiere volver a pasar por eso?

—¿Por qué?

—La última vez que asistió a misa fue para el funeral de Caitlin. No se celebró en la iglesia grande del pueblo a la que irás hoy, sino en una pequeña ermita abandonada y en ruinas de lo alto de la colina. Aun así, fueron casi todos los vecinos y a saber qué barbaridades murmurarían para que él se marchara sin hablar con nadie. Fue una situación horrible. Yo no estuve, pero Johnny y Joe sí, y dijeron que la escena fue desoladora.

—Después de cinco años no será tan horrible, ¿no?

—Yo no estaría tan segura. No sé si es valiente o idiota. De todas formas, ¿por qué va?

—No lo sé. Tal vez quiera ir con sus hijos. El hombre está en su derecho de ir a misa.

—¡Claro que sí! Pero yo creo que va para verte a ti.

—No necesita ir a misa para verme. Sólo tiene que invitarme a su casa.

—Entonces no sé por qué va. Pero ten cuidado. No hagas una escenita, ¿eh? A los chicos no les haría ninguna gracia. Sé discreta, Ellen. —Peg le lanzó una mirada prolongada y severa que ella sostuvo desafiante—. ¡Jesús! A veces te pareces tanto a tu madre que da miedo.

—A mí también me da miedo —contestó la joven soltando una risotada.

No quería ser como su madre, pero por las fotos que había visto de cuando ella era pequeña se parecían mucho más de lo que había creído.

—Tendré cuidado, tía Peg. Lo prometo.

A las diez menos cuarto, Joe apareció al volante de la furgoneta de su padre. Parecía otra persona con unos tejanos limpios y una chaqueta, y con el pelo retirado de la cara.

—¡Qué guapo vas, Joe! —le dijo, subiéndose para guarecerse de la lluvia.

—Tú también, Ellen —contestó él, poniendo el motor en marcha—. Menos mal, porque todo el mundo se fijará en ti.

—¡No digas eso!

—¿Por qué no? Es la verdad. El clan Byrne al completo estará allí, salvo Peg, claro. Todo el mundo querrá verte de cerca.

Una sombra de inquietud sobrevoló su felicidad. No quería que la atención se centrara en Conor y en ella.

—Se olvidarán de mí enseguida —añadió esperanzada.

—Eso es lo que tú te crees. Pero ahora mismo no hablan de otra cosa.

—¡Qué guasón!

Él la miró seriamente.

—No bromeo, Ellen. El pueblo entero está de cháchara a tu costa.

—No puedo creerme que no tengáis nada más de lo que hablar.

—No, si tenemos muchas cosas de las que hablar. El problema es que hablamos tanto que necesitamos el doble de temas que cualquiera. —Se rió—. No pongas cara de alucinada. Yo cuidaré de ti.

Ella puso los ojos en blanco y contestó con sarcasmo:

—¡Vaya! Eso hace que me sienta mucho mejor. ¡Gracias!

Joe condujo por el sendero de la casa y salió a la carretera. Seguía lloviendo con fuerza. El limpiaparabrisas se movía con ritmo y ruidosamente sobre el cristal, manteniéndolo nítido como podía. El paisaje parecía inhóspito bajo las nubes bajas, el mar, gris y embravecido, batiendo contra la isla en la que el faro se erguía desafiante contra los elementos como el último soldado en pie.

Bajaron al pueblo, donde los vecinos se dirigían a misa andando debajo de grandes paraguas. Todos iban elegantemente vestidos con su mejor traje de domingo y se alegró de haberse traído unos pantalones

y unos zapatos de arreglar, aunque se sentía un tanto ridícula con el abrigo de pelo sintético. Le recordó a su madre, que siempre se vestía para ir a misa como si fuese a una boda, con un traje de sastrería impecable, un sombrero de apropiada sobriedad y siempre tacones altos que le dieran estatura, porque no era una mujer alta. Su atuendo hacía que se sintiera importante, pensaba Ellen, y reforzaba su posición en las más altas esferas de la sociedad londinense. ¿Quién diría que era oriunda de este pueblecito perdido en Connemara? Y de saberlo, ¿les importaría? Le parecía absurdo pensar que a alguien pudiera importarle.

Ellen y Joe corrieron por el caminito y entraron como una exhalación en la iglesia porque él no llevaba paraguas. Para cuando estuvieron a cubierto era demasiado tarde. Estaban calados casi hasta los huesos. De no haber sido por la chaqueta de pelo de Ellen, lo más seguro es que se hubiese empapado. Avanzó por el pasillo, buscando a Conor entre los rostros cuanto pudo sin llamar demasiado la atención. Los bancos estaban repletos de gente charlando y había un aire de expectación y emoción en el ambiente que se mezclaba con el olor a mojado de los cuerpos acalorados. Sintió el peso de sus miradas de curiosidad, pero las soportó con valentía, animada por la idea de que Conor estaba en algún lugar de la iglesia. Vio a Dylan con un sombrero negro y trajeado. Hasta llevaba corbata. Le sonrió y su cara irradió cariño. Pero ¿dónde estaba Conor?

Los Byrne estaban todos sentados a la izquierda del pasillo. Ocupaban por lo menos seis bancos con sus mujeres e hijos. Ellen se apretujó en una punta al lado de Alanna, musitando escuetos saludos a sus tíos. Hubo un montón de caras giradas y presentaciones susurradas antes de que el cura entrase en la nave y se hiciera el silencio entre los feligreses.

El padre Michael era viejo e hirsuto como un tejón gordo. Su pelo cada vez más ralo era moreno en las patillas y el mentón, pero el resto, lo poco que tenía, era gris. Llevaba la raya en un lado para disimular su calvicie, pero a menudo se le enredaba el pelo con el viento y se levantaba como una tapa, descubriendo una lustrosa coronilla rosa, salpicada de pecas. Vestía sotanas púrpura que le cubrían la enorme extensión de su barriga y caían al suelo formando gruesos pliegues.

Mientras daba la bienvenida a sus feligreses, Ellen miró al otro lado del pasillo y le sorprendió ver el perfil de un hombre de huesos finos con un sombrero negro de fieltro y un grueso abrigo negro sentado en medio del banco. Era arrebatadoramente guapo, de nariz prominente, piel tersa y una mandíbula nítidamente definida. Fue sólo cuando sus ojos se deslizaron hacia los dos niños y Daphne, que se sentaban a su lado, que cayó en la cuenta de quién era, y el color afluyó a sus mejillas como la lava ardiente por la sorpresa. Conor se había afeitado la barba y cortado el pelo.

En ese instante él se volvió, como si la intensidad de su mirada fuese tan física como una palmadita en el hombro. Puede que su aspecto hubiese cambiado sin la barba, pero sus ojos eran del mismo azul zafiro. Al verla sus labios se curvaron muy levemente, pero sus ojos se dulcificaron y brillaron con picardía, respondiendo a la reacción de la joven a su cambio inesperado de aspecto con manifiesto placer.

Ella devolvió la atención a su misal, esperando que la aceleración de su corazón y el calor de su rubor no atrajesen una atención indebida. Procuró obstinadamente no volver a mirarlo, pero las ganas de hacerlo eran irresistibles, y, en un par de ocasiones, desvió los ojos hacia el otro lado del pasillo para apartarlos instantes después como si su visión la hubiese escaldado. Le sorprendió comprobar que Conor parecía mucho más joven y ya no atormentado, como si su ira hubiese menguado como su pelo. Si antes lo había encontrado atractivo, ahora lo encontraba irresistiblemente atractivo. Empezó a tener calor con el abrigo puesto y se lo desabrochó para mitigarlo. ¿Cuántos avemarías tendría que rezar para compensar

los pensamientos lascivos que suscitaban ahora imágenes impías en su mente?

Cuando los feligreses se levantaron y formaron fila para comulgar, Ellen se encontró con el rostro de Conor al otro lado del pasillo. Levantó la vista hacia él asustada, sin saber cómo reaccionar con tanta gente mirándolos fijamente. Pero él sonrió con frialdad y le hizo señas para que pasara primero. Ella salió al pasillo y se encontró casi directamente delante de él, con Alanna encajonada entre ambos como un trozo de madera entre un par de imanes que se atraen. Ellen no podía volverse, pero sí notaba sus ojos clavados en la espalda y se mordió nerviosamente la uña del pulgar. Cuando por fin se arrodillaron delante del altar, Alanna ocupó el sitio que había a la derecha de Ellen, dejando su izquierda libre para Conor. Éste se arrodilló a ese lado, esperando el acercamiento. No se miraron, puesto que ambos percibían que ellos, y no el padre Michael, eran el foco de atención de todo. Pero sus brazos estaban muy cerca, casi tocándose, y Ellen podía verlo con el rabillo del ojo. Su rostro estaba impassible como la superficie en calma de un lago, pero pudo percibir la fuerza de la atracción, como una corriente subterránea, en el pequeño espacio que había entre ellos.

El padre Michael llegó junto a ellos demasiado pronto y les ofreció la sangre y el cuerpo de Cristo. En cuanto Ellen hubo tomado un sorbo del cáliz y se puso el pan bendito en la lengua, consiguió mirar furtivamente a Conor antes de levantarse y regresar a su banco. Su nuevo rostro era cautivador. Se preguntó cómo sería besarlo ahora que su piel era suave, y se pasó distraídamente un dedo por los labios. Él le devolvió la mirada, dándole justo el tiempo suficiente para ver el brillo cómico de sus ojos, como si estuviera encantado con el asombro de Ellen y esforzándose por disimular su placer.

Cuando Conor volvió por el pasillo, ella detectó que acaparaba la atención de todo el mundo. Un leve murmullo, parecido al zumbido de las abejas, vibró entre la feligresía. Un par de ancianas con mantilla negra susurraban tras las manos enguantadas, sus bocas fruncidas en una «o» pequeña. Si Conor reparó en su mal disimulada curiosidad, no se notó. Sostuvo el mentón levantado y mantuvo la mirada por encima de sus cabezas, un gesto que podía fácilmente interpretarse como arrogante. Ni tan siquiera miró a Ellen, y tras un rápido vistazo, ella tampoco lo miró. Qué absurdo, pensó, que los adultos tuvieran que actuar de un modo tan infantil. Era como si fuesen colegiales desafiando a sus padres.

Cuando terminó la misa, los feligreses pasaron al jardín. La lluvia había cesado y un fugaz estallido de sol se abrió paso entre la bóveda nublada que había sobre ellos, hiriendo las gotas de los brotes que habían echado los sicomoros y haciéndolos brillar. La familia de Ellen fue a su encuentro. Se sintió como un pececillo acosado por un gran banco de peces más grandes, apenas si podía ver entre ellos. Alanna empezó a presentarle a aquellos que aún no conocía, y, mientras daba apretones de manos y sonreía, experimentó una sensación de apremio creciente y la necesidad de irse de allí. Miró por encima de las cabezas y vio a Conor y a Daphne hablando con Johnny, al tiempo que los niños se alejaban por el camino hacia el coche, aparcado abajo en el borde herboso. Cada vez que levantaba la vista volvía a ser engullida por la muchedumbre, completamente atrapada en la red, sin poder escabullirse.

—Estoy tan contenta de que vengas a comer —comentó Alanna—. Johnny y Emer vienen con Joe. Será una estupenda oportunidad para que conozcas mejor a tu familia. Joe no es el único de tu edad, ¿sabes? —Ellen escuchaba a medias mientras otros se les unían y le lanzaban preguntas sin darle tiempo para responder; todos tenían muchas ganas de conocer a la hija de la famosa Maddie Byrne.

Ellen alzó la vista como la mujer que se ahoga y levanta los labios hacia el aire, y vio a Dylan a poca distancia, mirándola fijamente con ojos oscuros e inquietantes. La suya no era la mirada del montón de vecinos curiosos. Era la mirada de un hombre henchido de nostalgia. Ella apartó la vista, pues su languidez la asustaba; debía de *parecerse* a su madre en la época en que él la conoció, pero Ellen *no era*



ella. Y si él viese ahora a Maddie, se daría cuenta de que *ella* tampoco era ya la mujer de la que se enamoró.

Al fin, Alanna se despistó un segundo y Ellen aprovechó su oportunidad.

—Enseguida vuelvo —farfulló, abriéndose paso entre la multitud.

Corrió por el sendero hasta Ida y Finbar, que ahora estaban jugando en los escalones que conducían al camino. Cuando la niña la vio, se le iluminó la cara.

—Hola, Ida —dijo Ellen, devolviéndole la sonrisa—. Quiero pintarte las uñas antes de que vuelvas a Dublín. ¿No puedes volver con las uñas descascarilladas!

—La abuela dice que no puedo ir con las uñas pintadas al cole.

—¿En serio? ¿Cuándo tienes colegio otra vez?

—Mañana.

Ellen procuró no mostrar su decepción.

—Pero volverás pronto, ¿verdad?

—A lo mejor. No lo sé. —La pequeña se encogió de hombros—. Tendrás que preguntarle a papi.

Ida levantó los ojos y Ellen supo por la expresión afectuosa de la cara de la niña que Conor se acercaba, y su estómago sufrió un pequeño retortijón nervioso.

Se giró hacia él. Su sonrisa era ahora abierta, pícaro y atrevida. Se frotó el mentón.

—Bueno, ¿qué te parece?

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿No te he reconocido!

—Eso me suponía. ¿Te gusta?

—Me encanta. Pareces más joven.

Le guiñó un ojo a su hija.

—¿A que Ellen es diplomática, Ida? ¿Tienes hambre, Finbar?

—Sí, ¿podemos irnos a casa ya?

El pequeño puso cara de mal humor.

Conor metió las manos en los bolsillos del abrigo y volvió la vista hacia la muchedumbre.

—Creo que hemos dado de que hablar en el pueblo —dijo sin que le preocupara lo más mínimo.

—Para mí que es porque no llevas barba.

—¡Ojalá! Nadie me ha reconocido durante la primera mitad de la misa.

—¿Te notas diferente?

Los ojos de Conor chispearon y volvió a frotarse la barbilla.

—Eso tendrás que *decírmelo tú* —contestó en voz baja para que los niños no le oyeran.

Ella se sonrojó, pero el tono provocativo de su voz le arrancó una sonrisa.

—Lo haré encantada.

Ellen cruzó los brazos delante del pecho, porque el deseo de alargarlos y tocarlo era casi insoportable.

—Es una pena que tengas que comer con tu familia. Meg está haciendo un asado.

—Viene el padre Michael.

—Y tienes un montón de preguntas que hacerle, lo sé. Aunque no sé muy bien si la comida será el momento adecuado.

—Tal vez pueda llevármelo a un aparte.

—Seguro que podrás. Con unas cuantas copas de vino, es posible que se muestre más parlanchín.

Entonces se les unió Daphne y la formalidad de su conversación resultó tortuosa. Conscientes de que los ojos de los vecinos, que se preguntaban de qué se conocerían, seguían clavados en ellos, se mantuvieron a una distancia prudente, las manos de Conor bien hundidas en los bolsillos de su abrigo, los brazos de Ellen cruzados delante del pecho. Los niños se impacientaron.

—Venga, mi vida —dijo Daphne cogiendo a Ida de la mano—. Será mejor que nos vayamos. Me alegro de verte, Ellen. Dale recuerdos a Peg, ¿vale?

—Lo haré, gracias —contestó la joven mientras Daphne e Ida se alejaban.

Conor se demoró unos instantes.

—Me mata no poder besarte, Ellen —dijo en voz baja, mirándola fijamente.

—Creo que mi nueva familia me enviaría directa a Londres.

Ellen se rió, pero por dentro se sintió súbitamente desesperada. Conor se iba y no sabía cuándo volvería a verlo. De no haber sido por la multitud de espectadores plantados como un rebaño a la salida de misa, se habría abalanzado sobre él y le habría suplicado que no se fuera.

—Tendré que esperar para sentir el tacto de tu nueva cara —dijo en cambio, procurando serenar su voz para no parecer tan necesitada.

—El leñador trabaja hoy.

Conor sonrió.

Ella sonrió por el recuerdo común.

—¡Sí, se ha cargado al lobo!

—Nos inventaremos nuestro propio cuento de hadas, Ellen —dijo él, poniéndose serio por un momento—. Venga, Finbar, vamos a llevarte a casa.

Cogió al niño de la mano, luego se giró hacia Ellen y le dedicó un elocuente movimiento de cabeza.

—Volveré.

Ella lo vio bajar los escalones hasta el Range Rover, donde Daphne e Ida lo esperaban. El niño parecía muy pequeño al lado de la alta silueta de su padre. Ellen quería subirse con ellos al coche, pero se había comprometido a comer con Alanna y Desmond. No podía dejar de ir. Seguro que su familia al completo le preguntaría por Conor. Decidió no poner las cartas boca arriba. No quería levantar las sospechas de Desmond todavía más.

La comida fue una reunión muy animada. La hermana de Joe, Ashley, estaba con su marido y dos adolescentes, y el hermano de Alanna, Patrick, había ido con su mujer, Clare. El padre Michael bendijo los alimentos, y acto seguido todos tomaron asiento alrededor de la larga mesa de comedor y dieron buena cuenta de una sustanciosa comida dominical. A Ellen la habían sentado deliberadamente al lado del padre Michael, pero el nombre de su madre no salió hasta el final de la comida, cuando la gente empezó a dispersarse por la sala.

—¡Cómo te pareces a tu madre, Ellen! —exclamó él bajito, como si fuese un secreto.

—No lo sé, tal vez —contestó ella.

En Londres nunca le decían que se parecía a ella. Cada vez estaba más claro que Maddie Byrne había mudado de piel tras dejar Irlanda todos esos años atrás, convirtiéndose en otra persona totalmente diferente.

—Pues yo diría que sí —continuó el cura con su melodioso y lento acento irlandés, arrastrando las vocales—. Tenía la misma forma de cara que tú, la misma barbilla y la misma sonrisa. Tenía una sonrisa muy dulce, ¿sabes? Y tus ojos, yo no diría que son del mismo color ni forma; no, los tuyos son más grandes y los suyos eran azules, pero la expresión es similar; un tanto impredecibles, digamos.

Soltó una risita, achispado, encantado con su análisis. Ellen se preguntó, por cómo hablaba de su madre en pasado, si la creía muerta.

—Creo que ahora la verías muy cambiada —dijo ella para recordarle que estaba viva.

—Bueno, la gente evoluciona, ¿no? Y tu madre era muy joven cuando vivía aquí.

Jugeteó con su copa de *gin-tonic* vacía, ladeándola como un barco que corre el peligro de volcar.

Ellen también bajó la voz, con la esperanza de engatusarlo para que le revelase cosas fingiendo confiarse a él.

—Verás, yo ni siquiera sabía que mi madre tenía familia aquí. Me quedé helada cuando descubrí que tenía hermanos. Estaba al tanto de la existencia de Peg, pero no sabía nada del resto.

Sus cejas se fueron juntando poco a poco como orugas blancas y sedosas.

—Eso tenía entendido. ¡Qué barbaridad que no conocieras a tu abuela!

—Me habría encantado haber podido conocerla —dijo la joven con tristeza.

—Sí, era una mujer de bandera, Ellen. Una mujer de bandera, ya lo creo que sí.

—No me cabe duda. Tenía que ser fuerte para criar a seis hijos y llevar sola una granja.

—Bueno, nunca estuvo sola. Era una mujer gregaria y todos la apoyaron, aunque habría herido su orgullo reconocer que le ayudaban. Era muy orgullosa.

—Tuvo que pasarlo mal cuando mi madre huyó.

El padre Michael hundió el mentón en el pecho mientras pensaba en la mejor manera de contestar. Sus mofletes brillaban a causa del whisky que había tomado antes de misa y los dos *gin-tonics* posteriores. Inspiró por las aletas velludas de la nariz.

—Aquello conmocionó a la comunidad entera —dijo bajito—. Tu abuela era una mujer fuerte, pero Maddie pudo con ella.

Sacudió la cabeza al recordarlo.

Ellen decidió arriesgarse.

—¿Fue por... por mí?

Casi contuvo el aliento cuando él volvió sus ojos legañosos hacia ella con asombro. Tras un fugaz vistazo hacia el salón, se inclinó más hacia ella y habló tan bajo que Ellen a duras penas oyó.

—Entonces, ¿lo *sabes*?

—Lo *sé* —contestó ella con el mismo énfasis.

—¿Te lo ha dicho Maddie?

—No, lo he averiguado yo.

Él asintió con seriedad.

—Naturalmente que sí. Eres una chica lista.

Le dio unas palmadas en la mano con vacilación.

—¿Debo entender que nadie más lo sabe?

—Sólo tu abuela lo sabía, porque Peg se lo dijo.

Ellen apretó los dientes. Las ideas se le agolpaban en la cabeza tratando de deducir cómo pudo su madre haber descubierto la traición de su hermana. Pero como le había dicho al padre Michael que lo *sabía*, tuvo que disimular su sorpresa y limitar sus preguntas. Él iba demasiado achispado para darse cuenta y los restos de amargura le fruncieron los labios.

—Y Maddie sabía cuáles eran las consecuencias de dar a luz a un hijo fuera del matrimonio — continuó el cura—. Pero Maddie Byrne era una chica audaz, ¡vaya si lo era! Siempre fue una chica audaz. —Exhaló un suspiro—. Vio una oportunidad y la aprovechó.

—Me imagino que era la única opción.

—Era la única opción para *ella*. Una elección terrible para cualquier mujer joven, pero brutal para Maddie por todo lo que tuvo que dejar atrás. El pobre Dylan Murphy ha seguido viviendo con las consecuencias hasta el día de hoy. No sé si la ha perdonado. He intentado guiarlo suavemente en esa dirección, pero es tremendo pedirle eso a un hombre. En cuanto a tu abuela, batalló con su fe, pero me temo que falleció sin hacer las paces con Maddie. Un día volverán a verse y espero que entonces puedan perdonarse mutuamente.

Ellen miró al padre Michael con el ceño fruncido.

—¿Qué tenía que perdonarle mi *madre*?

El padre Michael la miró con gesto torcido, como extrañado de que no lo supiera.

—Pues muchas cosas, Ellen. Muchas, muchas cosas.

Conor se ha afeitado la barba y su madre le ha cortado el pelo. Se están produciendo cambios drásticos y esto no me gusta nada. Ví que caían mechones de pelo sobre el suelo del cuarto de baño y sentí que me cortaban a *mí* con aquellas tijeras y me retiraban con el recogedor y la escoba. Él recuperó la juventud y la felicidad, como si junto con el pelo se hubiera desprendido del dolor. Puedo sentir que ahora está rebosante de inspiración y energía y sé que no tiene nada que ver conmigo. Lo sigo por toda la casa y le escucho tararear con satisfacción, consciente de que es otra mujer y no yo la que le ha contagiado la alegría.

¿Qué ve en Ellen? No vale nada en comparación conmigo. Yo era apasionada y ardiente, además de hermosa. Era una luciérnaga, luminosa, irresistible e impredecible. Conor adoraba mis excentricidades. Adoraba mi naturaleza romántica. Ellen de excéntrica no tiene nada. No es hermosa ni es excitante. Es del montón.

Lo seguí a misa. Llevaba traje y corbata bajo su elegante abrigo nuevo y sombrero de fieltro. Estaba tan guapo y digno como un caballero de antaño, pero supe que estaba nervioso, porque no paraba de mover los dedos junto al cuerpo. Ida y Finbar encontraron asombrosa la transformación, porque ninguno recuerda una época en la que su padre no tuviese pelo en la cara. No podían dejar de mirarlo y de pronto se mostraron tímidos, como si fuese otra persona totalmente distinta. Daphne levantó el mentón con orgullo al recorrer el pasillo, porque la última vez que acompañó a su hijo a la iglesia fue en mi funeral en la pequeña ermita, cuando Conor tenía el aspecto de Edmond Dantès tras pasar varios años en el castillo de If. Sé que ella tiene la sensación de haber recuperado a su hijo. Yo ya no estoy por ahí apartándolo de ella, así que quizás esté en lo cierto.

Fue sólo cuando Ellen y Conor se miraron, cada uno a un lado del pasillo, que comprendí la intensidad de sus sentimientos mutuos. Sostuvieron la mirada un buen rato y de algún modo sus ojos se dijeron más cosas de lo que jamás podrían decir las palabras. Los ojos de Conor rebosaban ternura. Su cara emanaba una luz más intensa que la propia lujuria y me consumieron los celos. Me dio un ataque de rabia en la iglesia, como en mi funeral, pero no se produjo cambio alguno. Ni siquiera un parpadeo de la llama de una vela o un crujido de las páginas del misal. Nada. Soy más ligera que el aire, pero me siento pesada por las emociones terrenales. ¿Por qué será que la niña de Peg puede soplar llama y acariciar perros, cuando lo único que yo puedo hacer es espantar pájaros?

Fuera, en el jardín, él le sonrió a ella como en su día me sonreía a mí. Conor tiene una sonrisa tan irresistible que puede ablandar el corazón más pétreo. No es consciente de lo poderosa que es. Si sonriera así a los vecinos de Ballymaldoon, se ganaría su amor y su confianza. Pero no lo hará. Es un hombre al que no le preocupa el qué dirán. Es muy suyo y no hay quien lo chantajee. Hasta creo que disfrutó con su curiosidad.

Ellen ha alimentado su seguridad y lo ha sacado del lodazal que era su pesar. Pero mientras estuvo en ese lodazal era mío. Por desdichado que fuera, me pertenecía sólo a mí. Yo era su presente como él es el mío. Pero ahora soy su pasado. He vuelto a morir. Aunque no lo toleraré. Encontraré una manera de frenarlo antes de que florezca. Lo cortaré de raíz y volverá a ser mío. Pensé que Ellen sería mi salvadora, pero es mi cruz.

Así pues, Conor vuelve a Dublín como un hombre nuevo. Camina con paso seguro y sonríe a todo el que se encuentra. El ambiente cargado de su despacho se evapora como la niebla veraniega absorbida

por el sol. Es como si esta felicidad fuese luz solar que renueva la alegría del lugar. Cuida su imagen y hasta abre el frasco de colonia que lleva años sin abrir en su cuarto de baño. Todos en su despacho están asombrados por la extraordinaria transformación y la fragancia a verbena que deja a su paso. Su secretaria se quita de encima los años que el estrés ha grabado en su piel, si bien no puede confiar plenamente en que dure, tan traumatizada está por la ira constante de Conor que en los últimos cinco años ha ardido y chisporroteado como un fuego que se alimenta solo. Él no la ha tratado bien y está decidido a resarcirla. Quiere resarcir a todo el mundo. A su socio, Robert, y a su equipo de veinte hombres y mujeres competentes y creativos que han sido víctimas de su largo infierno. Quiere que sepan que todo ha terminado y que ya ha vuelto.

Manda a su secretaria a comprar un teléfono nuevo para Ellen. Quiere llamarle, pero se resiste a marcar el número de Peg. Entiendo sus reticencias; después de todo, el pobre es humano y un hombre puede perdonar hasta determinado punto. Pero su deseo es más fuerte que sus reservas y acaba llamándole. Está sentado en su despacho, con vistas al río que discurre por la ciudad, y marca el número de Peg. Lo tiene guardado porque su hijo Ron solía trabajar para nosotros cuando yo vivía, transformando mis ideas en realidad con pino y roble. Solía vivir con su madre en aquellos tiempos. A mí me gustaba tenerlo cerca porque me adoraba con el amor ciego de un cachorro. Hubiera hecho lo que fuera por mí. Cualquier cosa.

—Hola, Peg, soy Conor —dice cuando la mujer descuelga el teléfono.

—¡Ah..., hola, Conor! —contesta, sorprendida—. Querrás hablar con Ellen, supongo.

—Por favor.

—Espera un minuto. Voy a buscarla.

Él se reclina en la silla y se pasa una mano por el pelo. Sigue siendo grueso y brillante, como el de un muchacho, aunque ahora está encaneciendo por las sienes, cerca de las patas de gallo que se abren en abanico en profundas arrugas que surcan su piel. Pero su envejecimiento sólo sirve para que esté más guapo.

Ellen llega al teléfono jadeando de emoción.

—Hola —dice.

—¿Me echas de menos? —pregunta él.

Tiene una voz atractiva, grave y granulada como la arena. Si pudiera verlo a través del cable, sabría que su sonrisa es amplia y sus ojos rebosan de picardía.

—Un poco —bromea ella.

—O sea que no me has olvidado.

—Aún no.

—Entonces será mejor que no deje pasar demasiado tiempo.

—¡Oh! Yo que tú no lo haría. Con la cantidad de chicos guapos que hay aquí en Ballymaldoon...

Ellen se ríe. Ambos saben que ninguno de ellos le llega a Conor a la suela del zapato.

—Tengo que arreglar un par de cosas aquí y volveré el jueves. Nada me impedirá estar contigo. Dejaré a los niños aquí con mi madre.

—Estupendo —contesta ella.

Pero supongo que está intentando no precipitarse.

—Voy a tenerte para mí solito —dice él, bajando la voz. Coge un bolígrafo y lo pasa entre sus dedos

—. No he pensado en mucho más desde que he vuelto a Dublín.

Ella inspira hondo.

—Espero que también consigas trabajar un poco.

—Se me da bien hacer mil cosas a la vez. Julia, mi secretaria, ha salido a comprarte un teléfono.

—¿Qué le pasa al teléfono fijo?

—Quiero poder llamarte cuando quiera sin tener que pasar por tu carabina.

—¡Ah..., sí! Claro.

—¿Tendré que ir a caballo y ponerme bajo la ventana de tu cuarto en plena noche para raptarte?

—No, si quieres que esté presentable cuando llegemos a casa.

—¡Oh, sí! Tu alergia. Lo había olvidado. Tendré que ir en coche entonces. Aunque no es tan romántico, ni íntimo.

—No hace falta que disimules delante de Peg. Está al tanto. He sido muy honesta con ella. Es con los demás que tengo que ir con pies de plomo. Sobre todo con Desmond.

Él suelta una risita, porque Desmond Byrne no puede preocuparle menos.

—No creo que tengas que ir con pies de plomo, Ellen. No le debes nada a nadie.

—Lo sé, pero tengo que actuar con tacto.

—¿Qué tal con el padre Michael? —pregunta Conor, cambiando de tema.

Ella baja la voz.

—Tenías razón. Mamá se fue de Irlanda porque estaba embarazada de mí.

—Así que lo acorralaste, ¿eh?

—Metafóricamente hablando, sí. Estaba deseando hablar de ello.

—Es humano el pobre y es una historia apasionante.

—¿Sabes? Mamá tuvo que confiárselo a Peg, porque el padre Michael me contó que fue mi tía la que se lo contó a la abuela. ¿Te lo imaginas? No sé cómo se enteró mi madre, pero ésa pudo ser la razón de que no se hayan hablado en más de treinta años.

—¿Y por qué iba a Peg a irse de la lengua?

—Sus motivos tendría. No es una persona malintencionada. Pero fue una barbaridad, teniendo en cuenta las firmes creencias religiosas de mi abuela. Seguro que sabía cómo reaccionaría ella.

—Debió de horrorizarle que su hija se quedara embarazada sin estar casada. Es un pecado imperdonable.

—Ahora una reacción así parece increíble, ¿verdad?

—Sigue habiendo un montón de gente estrecha de miras por ahí, créeme. Tú vienes de Londres, donde las cosas son muy distintas. La gente es más tolerante. Allí puedes ser cualquier cosa que quieras ser, pero no en Irlanda. Y desde luego no en un pueblecito como Ballymaldoon. Son muy anticuados y de costumbres muy arraigadas. No es de extrañar que tu madre no haya vuelto. Tal vez nunca lo haga.

—El tiempo lo cura todo —dice Ellen sabiamente.

Conor suspira y sonrío con filosofía.

—Sí, así es —contesta, y yo sé que está pensando en mí.

Siguen charlando de nimiedades, como hacen los amantes. Flirtean y bromean y ninguno quiere que la conversación se acabe. Ambos tienen ganas de que llegue el jueves. Pero al final la conversación tiene que acabar.

—Entonces, ¿paso a recogerte el jueves por la tarde? —pregunta él.

—Me muero de ganas —contesta ella, ya sin contenerse.

—No creo que pueda aguantar la tensión.

Ella se ríe.

—¡Oh, ya lo creo que puedes, Conor Macausland! Eres un hombre paciente.

—Eso creía yo. Pórtate bien, ¿eh?

—Estoy intentando escribir.

—Dame una historia con la que pueda hacer una película.

—¡Sin presionar!

—Dijiste que allí te inspirabas.

—Sí.

—Escribe sobre el castillo en ruinas que fuimos a ver.

—Tú lo que quieres es que escriba sobre ti.

—¡Ni que decir tiene que soy tu héroe!

—Naturalmente.

—Hasta el jueves, pues.

—Hasta el jueves, Conor.

—Besos por todo el cuerpo —masculla él.

Ella no contesta, pero él puede oír sus dulces carcajadas por teléfono como en un susurro.

Él sonríe y cuelga. Se queda un rato mirando por la ventana, hacia el río que fluye justo debajo de su edificio, y piensa en la mujer que apareció tan de repente en su vida aquel día en la colina, transformándola. Le maravilla el alcance de la transformación en tan poco tiempo. Yo podría decirle que el tiempo no importa. En el plano terrenal, el tiempo se mide en minutos, horas, días y semanas; desde mi posición sé que sólo hay un presente eterno. No importa que haga apenas unos días que se conocen, porque el amor no pertenece a la Tierra, sino al presente eterno que no es medible. Es intemporal. Si su amor es verdadero, da igual que se conozcan de toda la vida.

Debería alegrarme de que Conor haya encontrado por fin a alguien que le haga feliz, pero no me alegro. Los celos me corroen el alma cual parásito. Me carcomen y se intensifican. Me siento impotente donde estoy, incapaz de incidir en los acontecimientos o hacer que la gente repare en mi presencia. Únicamente los pájaros reaccionan, pero estoy decidida a aprender a desplegar mi poder; al fin y al cabo, parece que todas las criaturas ven a la niña de Peg como si estuviese viva. Si ella puede hacerlo, yo también podré, ¿no? De modo que con esa idea en mente me voy a Connemara, y la busco.

Doy con la pequeña sin ningún problema, ya que por lo visto se queda junto a su madre casi todo el tiempo. Hasta ahora no he hablado con ella. Estoy tan acostumbrada a mi existencia solitaria en este



extraño limbo que no es cielo ni tierra que me da miedo abordarla. Parece un ángel y, conforme me acerco a ella, la luminosidad que la envuelve me molesta. No tengo ojos como antes, por lo que no es la molestia habitual producida al ver la luz del sol tras horas a oscuras. Resulta difícil describir el malestar a aquellos que nunca han estado fuera de sus cuerpos. Lo único que puedo decir es que la luz de la que está hecha es demasiado intensa para soportarla.

Sin embargo, ella sonrío y al hacerlo su resplandor se extiende hacia mí. Quiero bañarme en él, pero no puedo. Soy demasiado oscura y frágil. Tengo la sensación de que me consumiría como la llama a una polilla.

—Caitlin —dice.

—¿Sabes mi nombre? —contesto estupefacta.

—Me llamo Ciara.

—Eres un ángel.

Ella se echa a reír.

—No, no lo soy. El alma humana nunca se convierte en un ángel.

—Entonces, ¿qué eres?

—Un alma, igual que tú.

¿Cómo va a ser un alma como yo, brillando con esa intensidad? ¿Por qué yo no brillo así?

—Pero ¿por qué brillas tanto? —pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. Es así.

Quizá sea realmente un ángel y no lo sepa.

—¿Por qué te has quedado aquí? —tanteo.

—Porque mi madre aún no está preparada para que la deje.

—¿Sabe que estás siempre con ella? —pregunto, con la esperanza de que si Peg lo sabe, tal vez Ciara pueda decirme entonces la manera de hacerles llegar un mensaje a mis propios hijos.

—No —responde ella sin tristeza—. Pero, aparte de que lo sepa o no, desde donde estoy puedo ayudarle de otras maneras.

—¿Cómo?

—Con amor. —Al decir la palabra *amor* su luz se expande de nuevo—. Todos estamos hechos de amor, la pena es que cuando estamos aquí abajo nos olvidamos. Olvidamos quiénes somos realmente.

—¿Te sientes sola? —pregunto, aunque sé que es una pregunta estúpida, porque salta a la vista que no.

Ella arruga el entrecejo.

—¿Sola?

—Sí, yo me siento sola. Muy sola.

Las palabras salen con desesperada precipitación.

Ella me mira con compasión.

—Pero no estás sola —contesta ella, y parece sorprenderle que yo pueda pensar que lo estoy. Pasea

la mirada a mi alrededor como si estuviera contemplando a otros seres que yo no puedo ver.

—Sí que lo estoy —me quejo, y decirlo en voz alta hace que me sienta más sola que nunca—. Te vi acariciando al perro —me atrevo a decir—. ¿Cómo lo hiciste? Sólo los pájaros parecen percibir *mi* presencia.

—Todas las criaturas te perciben. Son sólo los seres humanos los que han perdido la sensibilidad para intuir lo que no pueden ver con sus ojos.

—Pero cuando tocaste al perro, vi que su pelo se chafaba. De hecho, lo tocaste como si tuvieses manos de verdad. ¿Cómo lo hiciste?

Ella se ríe.

—Tú también puedes hacerlo. Tienes que concentrarte. Tu mente es mucho más fuerte de lo que jamás han sido tus manos. Tus manos eran muy limitadas y torpes. Es asombroso lo que puedes llegar a hacer con la mente si te concentras.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —pregunto, porque no habla ni mucho menos como una niña.

—Cuando decidas seguir adelante, tú también irás allí, y, cuando lo hagas, entenderás que el hogar nunca ha estado aquí, en la Tierra. El hogar está allí de donde vienes.

—Pero me asusta dejar a mi familia.

—Nunca la dejas, Caitlin.

—No sabría cómo llegar ahora a ese hogar, aunque quisiera ir allí.

—Sí que sabrías. Con amor, Caitlin. Sólo eso. Amor.

La dejo en casa de Peg y me visualizo en el prado con las ovejas. Ciara tiene razón en lo que dice de la mente; es asombroso que sin el obstáculo del cuerpo físico mi mente me lleva donde quiero ir. Lo que piensas se cumple y aquí estoy entre las ovejas. Me quedo con ellas para comprobar si notan mi presencia. Lógicamente, me atraviesan porque soy inmaterial como la luz. Al principio, me desespero. Pero recuerdo las palabras de Ciara y me concentro. Pongo la mano sobre sus lomos lanudos y no siento nada. Pastan sin percibirme. Y entonces se me ocurre que quizá no es que no me perciban, sino que soy como el viento y la lluvia, y me aceptan como parte de la naturaleza. ¿Podría ser?, me pregunto.

Me concentro con todas mis fuerzas en el lomo de una oveja. Intento imaginarme la textura de su lana. Intento concentrarme de verdad. Me arrodillo y la miro directamente a los ojos, acariciándole el largo hocico arriba y abajo. Practico sin descanso durante no sé cuánto rato. No tengo noción del tiempo. Entonces, de pronto, sin previo aviso, la oveja repara en mí y sacude la cabeza. Me quedo helada. Hace tanto tiempo que no se fijan en mí. Estremeciéndome de emoción, lo intento de nuevo. Al principio no funciona; tengo que concentrarme como antes, y practicar. Pero entonces empiezo a dominarlo. Mente sobre materia, en realidad es muy sencillo.

Si puedo acariciar a las ovejas, podré acariciar a mis hijos, ¿no? Si influyo sobre los vivos, entonces podré detener el romance en flor entre Conor y Ellen. Con mi fuerza de voluntad puedo separarlos. Pero seguro que habrá límites, porque digo yo que si fuese tan fácil influir en las vidas desde donde estoy, entonces los espíritus celosos, iracundos y resentidos dados a la venganza causarían estragos. Mutilarían y matarían sin contención. No, seguro que mi poder tiene límites, pero llegaré lo más lejos que pueda. No pido mucho. Sólo quiero lo que es mío.

Ellen estaba sentada frente a la pantalla en blanco del ordenador, la barbilla apoyada en la mano, soñando con Conor. De momento no llevaba ni una palabra escrita. Estaba demasiado alterada para concentrarse. Visualizó sus generosas facciones y su sonrisa amplia y contagiosa, y se sorprendió sonriendo al recordar frase por frase su conversación telefónica. No sabía cómo iba a aguantar hasta el jueves.

Frustrada por la falta de inspiración, se fue al encuentro de su tía. Peg estaba conduciendo a las ovejas al prado de al lado, con la ayuda de *Mister Badger*.

—¿No tenías que estar escribiendo? —dijo cuando la vio acercarse.

—No se me ocurre el argumento —contestó Ellen.

—Tienes la cabeza en otras cosas —comentó Peg con una sonrisa cómplice—. ¿Por qué no te vas a dar un paseo y te sacas un poco de la cabeza al señor Macausland?

La joven sonrió.

—No puedo, Peg.

—Pues estar sentada delante del ordenador tampoco te servirá de nada. Al menos respirarás un poco de aire fresco.

—Me da miedo perderme otra vez.

—Y tu caballero de brillante armadura no está aquí para rescatarte. Te diré algo: si caminas en paralelo a la costa, no te perderás.

—Ésa es una buena idea.

—No te salgas del camino, mantén el mar a la vista y siempre sabrás dónde estás.

—Lo haré —contestó Ellen encantada—. Te veré después.

—Si tardas, mandaré a Oswald a buscarte. Y no olvides ponerte un abrigo, cielo, esa capa de nubarrones viene hacia aquí.

Ellen se puso en marcha colina arriba por detrás de la casa de Peg y tomó un sendero transitado que se abría paso entre la hierba como una antigua cicatriz. Era un día húmedo. Una fina llovizna flotaba en la brisa y de vez en cuando se abría un agujero en la nube y el sol se colaba a través de él, inundando el mar de delicados haces de luz. Escuchó el canto de los pájaros y observó el parsimonioso revoloteo de las gaviotas y dejó que su mente se apaciguase en la queda serenidad de su soledad. Cuanto más tiempo pasaba en la campiña, más ligero se volvía su espíritu. Su pecho se llenó de un regocijo efervescente que jamás había experimentado en la jungla de cemento de Londres. Aquí en las colinas verdaderamente sentía que cualquier cosa era posible, incluso su novela, su pujante relación con Conor, su recién descubierta independencia, su felicidad. De algún modo intuía que todo se resolvería por sí solo.

Al cabo de un rato torció por un recodo y vio una bonita y pequeña ermita en el horizonte. Parecía vieja y abandonada desde donde se encontraba. Había lápidas desperdigadas y una tapia de piedra en derredor que la protegía de los vientos costeros. Un sendero conducía pendiente abajo hasta una pequeña cancela de madera que estaba abierta. La curiosidad la impulsó a seguir y se apresuró por el sendero.

Cuando cruzó la cancela, unos cuantos mirlos brincaban en las piedras medio enterradas en la alta hierba. El sol iluminó la ermita con un haz de luz y Ellen reparó en que se habían dejado la puerta principal entornada. Se empapó de la espléndida vista del océano, que se extendía vasto y ancho hasta los confines de la tierra donde era engullido por las nubes. Era un lugar precioso y tranquilo, y pensó que era una lástima que la ermita pareciese abandonada, como pasaba con muchos castillos y casas que había diseminados por las colinas como viejos huesos.

Justo entonces, vio de refilón un destello escarlata. El vívido color destacaba poderosamente entre la hierba verde y el brezo amarillo. Se apercibió del jarrón de rosas rojas, sorprendida de que hubiesen dado sepultura a alguien aquí en este olvidado rincón de Irlanda. Estaban colocadas junto a una lápida cerca de la tapia y se veía claramente que eran de hacía unos días, puesto que sus pétalos estaban muy abiertos y un par ya habían llorado sobre el suelo como lágrimas. Se acercó tranquilamente para verlo mejor y aún le sorprendió más leer el nombre de CAITLIN MACAUSLAND grabado en la lápida. Se agachó y leyó el epitafio. De modo que ésta era la pequeña ermita donde se celebró el funeral por Caitlin, y donde Conor sufrió el rechazo de los vecinos.

De pronto una voz conocida rompió el silencio y a Ellen por poco le dio un patatús.

—Ésa es la tumba de Caitlin Macausland. —Era Dylan, que bajaba la pendiente a zancadas en su dirección.

Ellen se levantó.

—¡Ah..., hola, Dylan! —contestó, con la mano en el corazón—. Me has asustado.

—Perdona, no era mi intención.

—¿Qué haces aquí?

Él metió las manos en los bolsillos del abrigo y abarcó el mar con la mirada.

—Me gusta la tranquilidad. En esta ermita no me molesta nadie. Me resulta estimulante. —Entonces la miró, sus ojos marrones sonriendo afectuosamente—. Siempre me ha encantado el romanticismo de las ruinas.

—A mí también —repuso ella—. Acabo de descubrir éstas.

—A Caitlin Macausland también le gustaban. Solía encontrármela de vez en cuando, sentada aquí arriba en un banco, meditando sobre la vida.

—¿Eso es lo que haces *tú* también?

—Supongo que sí. Yo también escribo. Algunos de mis mejores poemas los escribí precisamente aquí, con estas vistas. Creo que a ti también te resultaría inspirador.

—Lo sé. Ya nadie viene a esta ermita, me imagino.

—No, la última vez que se utilizó fue para el funeral de Caitlin, y de eso hace cinco años. Hasta entonces creo que llevaba cien años sin usarse.

—¡Qué pena!

—Todas las ruinas dan pena. Son como caparazones, que sugieren la vida que en su día albergaron, pero revelan poca cosa. Despiertan nuestra curiosidad. Queremos saber más.

Dylan sacó un paquete de cigarrillos y se metió uno en la boca. Protegiéndolo con una mano del viento, prendió el mechero y lo encendió.

—¿Quieres uno?

—No gracias, estoy intentando dejarlo.

—Bien hecho.

Expelió una bocanada de humo.

—¿Por qué está enterrada aquí y no en Ballymaldoon? —preguntó Ellen.

—Porque su sitio está en un lugar romántico como éste. Ella no habría querido ser enterrada en el pueblo. Fui yo quien le contó la historia del marinero desconsolado que construyó esta pequeña ermita para su joven esposa, que murió trágicamente poco después de casarse. A Caitlin le encantaba lo romántico de la historia, aunque no sean más que tonterías. —Se encogió de hombros y lanzó una sonrisa vivaz—. No lo sé. Es una buena historia y ella era la clase de mujer a la que le encantaban las historias. Eso lo sabía Conor mejor que nadie. La mujer del marinero está enterrada allí arriba. —Señaló—. El marinero quiso que ella velase por él cuando estuviera en alta mar.

—Bonita idea.

—Eso mismo pensaba Caitlin.

—Entonces, ¿la conocías bastante bien?

—No creo que nadie pudiera *conocer* bien a Caitlin Macausland. No sé si ni su marido la conocía bien. Había algo insondable en ella. Pero se sentía sola en ese castillo cuando Conor no estaba, y de vez en cuando subía aquí arriba y nos veíamos. Agradecía poder hablar con alguien.

—Es evidente que la quería. Aún le deja flores cinco años después.

Ellen procuró disimular su decepción. Tenía la extraña sensación de que Dylan era capaz de leerle la mente sólo mirándola a los ojos, así que bajó la mirada.

—Puede ser —repuso él—. Lo curioso es que siempre hay rosas aquí arriba.

—¿Qué tiene de curioso?

—Bueno, Conor está casi siempre en Dublín, ¿no?

—Tal vez le haya encargado a alguien que las ponga aquí por él cuando no está.

—Es una posibilidad. Aunque algo me dice que es más misterioso que eso.

Ella sonrió en respuesta al brillo pícaro de sus ojos.

—¿Eres un teórico de la conspiración, Dylan?

—Tan sólo un viejo romántico.

—¿Crees que la quería alguien más?

—Sí, lo creo.

—¿Quién?

Él sacudió la cabeza y dio una gran calada antes de sacar el humo como un viejo dragón.

—No quiero armar ningún revuelo —contestó al fin.

Ellen recordó que él había visto a alguien volviendo a remo a la playa desde el faro la noche en que Caitlin murió y quería que le dijera de quién creía que se trataba, pero sabía que como recién llegada no estaría bien mostrar demasiado interés.

—¡La historia se complica! —fue cuanto dijo, lo cual puso fin al tema.

—Ven, ¿quieres ver en qué ando metido?

Apagó la colilla del cigarrillo pisándola en la hierba y luego empezó a volver hacia la ermita.

—Vale —contestó ella, aunque no tenía la más mínima curiosidad.

Entró tras él. Era la clásica ermita de suelo de piedra, bancos de madera, vidrieras recortadas en las gruesas paredes, un púlpito de madera tallada y un cuadro religioso concebido alrededor de la ventana en arco detrás del altar. El aire era viciado y frío como siempre en las iglesias.

Dylan cogió su guitarra del primer banco.

—He estado componiendo —declaró orgulloso.

—¡Vaya! *Sí* que has estado inspirado.

—Mucho. —Sonrió de oreja a oreja, como si estuviese guardando un maravilloso secreto.

—¿Vas a tocarme algo?

—Si quieres, sí.

Se sentó y colocó la guitarra encima de su rodilla. Ellen se sentó al otro lado del pasillo y lo vio rasguear unos cuantos acordes y ajustar las clavijas de afinación. El sonido reverberó en toda la iglesia.

—Te tocaré una de las antiguas —sugirió.

—¿Por qué no la que has estado componiendo?

—Porque no está acabada.

—Está bien. Entonces tócame una de tus canciones antiguas.

—Se titula «La perdí».

Ellen frunció las cejas.

—Ya estoy triste y no has cantado una nota siquiera.

Por alguna razón se sorprendió cuando él empezó a tocar maravillosamente. Esperaba sentir cierta vergüenza y tener que fingir admiración. No era que hubiese dudado de su capacidad para tocar la guitarra, pero el modo en que la gente se reía de él le había llevado a pensar que no era demasiado bueno. No se había imaginado que tocara *bien*, aunque Peg le había dicho que en su época había triunfado relativamente y un par de canciones suyas habían sido un éxito en Irlanda. Cantó con seguridad, como si estuviese habituado a tener público, y su voz era un inesperado chorro con un tono triste y lastimero que Ellen sabía que podía partir un corazón.

Cantó a su amor perdido y ella enseguida entendió que la canción era sobre su madre. La imaginería era tan hermosa que sólo podía haberla inspirado la pena más honda. Escuchó, sin moverse, cada una de las palabras. Pensaran lo que pensarán de Dylan, era un hombre sumamente dotado y talentoso.

Conforme cantaba, Ellen fue poniéndose cada vez más seria. Ahora veía con otros ojos al hombre del que todos se reían porque era el borracho del pueblo, el *hazmerreír* del pueblo. Pero de loco no tenía nada; estaba destrozado.

Dylan tocó el acorde final y Ellen esperó a que el último sonido resonase en las paredes y se desvaneciese antes de ponerse a aplaudir.

—Ha sido más que bonito, Dylan. Ha sido precioso.

Y sonrió encantada porque realmente le había gustado mucho la canción.

—Gracias —dijo él en voz baja, luego bajó los ojos como si de pronto le diera vergüenza haberse desnudado.

Ella lo miró con renovada ternura.

—Escribiste esta canción para mi madre, ¿verdad?

—La mejor obra suele nacer de la mayor tristeza.

—¿Sigues queriéndola?

Estuvo unos instantes pensativo, mirando fijamente la losa de piedra bajo sus pies. Luego posó sus ojazos en los de Ellen y dijo:

—Creo que cuando amas así nunca dejas de amar.

—¿Aunque ella ya no sea la misma?

—Por dentro, Maddie siempre será la misma.

Dijo esto esperanzado, pensó Ellen, como si no pudiese soportar imaginársela cambiada.

—La vida puede ser muy decepcionante, ¿eh? —dijo ella, deseosa de demostrar que lo entendía. Pero a él se le iluminó la cara y sonrió.

—Y entonces sucede algo que te devuelve la fe. Justo cuando crees que lo has perdido todo, te dejan en la puerta un regalo inesperado que te demuestra que no todo está perdido. Algunas veces se tarda toda una vida, pero debes ser paciente y saber que hasta tu nube, por muy oscura que sea, acabará surcada de plata.

Ellen no sabía muy bien de qué estaba hablando, si se refería a sí mismo o a un «tú» general.

—Espero que tengas razón —dijo ella con imparcialidad—. ¿Sabías que en el colegio aprendí sola a tocar la guitarra?

—¿Quieres intentarlo?

Dylan levantó el instrumento de su rodilla.

—Ya no creo que recuerde gran cosa.

—Prueba.

—Mamá no quería que aprendiese a tocar la guitarra. Le horrorizaba que tocase en un grupo y trajese la deshonra a la familia.

—Y aprendiste tú sola.

—Y formé un grupo. —Sonrió triunfal—. No es que fuésemos muy buenos. Pero yo me lo pasaba muy bien.

—¿Quién escribía las canciones?

—Yo lo intenté. —Ellen se rió y frunció la nariz—. No sé si aún las recordaría. De eso hace mucho tiempo.

—Rasguea un poco. A ver si aún sabes hacerlo.

Ella cogió la guitarra y se la colocó encima de la rodilla. Luego puso los dedos en las cuerdas y rasgó un tembloroso acorde de sol. Después pasó de sol a re y a fa, su confianza fue en aumento a medida que lo recordaba todo.

—¡Sí! ¿Lo ves? Tus dedos se acuerdan.

—A ver si me acuerdo de alguna de *mis* viejas canciones.

No recordaba las palabras, pero pudo tararear la melodía de una de las canciones que había tocado

con su grupo en el colegio. Dylan la pilló enseguida y también tarareó, hasta que los dos se pusieron a improvisar. Él empezó a ponerle letra a la melodía y a cantar a dúo. No tardaron en componer juntos un estribillo pegadizo. Lo cantaron una y otra vez, Dylan tamborileando con las manos sobre el banco de delante y moviendo su cuerpo a compás. Se sonrieron de admiración mutua mientras su música llenaba la ermita y rebotaba en las paredes con un agradable eco.

Tanto estaban disfrutando que ninguno advirtió que el tiempo pasaba. Fue sólo cuando el estómago de Dylan empezó también a hacer su aportación que decidieron que era hora de ir a comer.

—Deja que te invite a comer en el *pub* —propuso él—. ¡Te lo has ganado por seguirle la corriente a un viejo!

—No eres viejo, Dylan. —Ellen se echó a reír y le devolvió su guitarra—. Y eres un gran artista.

—También tú lo serías si me dejaras enseñarte.

—¿Tú crees? No sé si podría componer como tú.

—Claro que podrías, y tienes una voz preciosa.

—A lo mejor tengo que esperar a estar triste. A lo mejor sólo pueden crearse cosas bellas cuando una tristeza profunda nos inspira.

—Hay muchas formas de componer y no todas las canciones son tristes. Lo que pasa es que la mayoría de las mías están inspiradas en tu madre. Si tocamos *juntos*, puede que para variar me inspire la felicidad.

Se pusieron los abrigos y salieron a la llovizna. Las nubes se habían alejado tierra adentro desde el mar y ahora estaban bajas y espesas a lo largo de la costa.

—Te mojarás —dijo Dylan—. ¿Quieres que te deje mi sombrero?

—No, pónitelo tú. No me molesta la lluvia. De hecho, en el campo me gusta. Tengo la sensación de que el agua está limpia y me sienta bien.

—Sí, está limpiísima y tienes toda la que quieras.

Se pusieron en marcha sendero abajo con paso ligero, dejando atrás el jarrón de rosas y la tumba de Caitlin Macausland, y cruzaron la pequeña cancela de madera.

—¿Cómo va tu novela? —inquirió Dylan.

Ellen suspiró.

—No llevo escrita ni una palabra.

—¿Por qué?

—No lo sé. La campiña me inspira, pero todavía no he construido un argumento.

—¿Por qué no te pones un poco de música, enciendes una vela, creas un poco de ambiente en la habitación, luego vacías la mente y a ver qué sale?

—¿La gente escribe así o sólo *tú*? Creía que era preferible hacer un esquema primero.

Él sonrió abiertamente.

—Cada uno trabaja a su manera, pero intuyo que tú trabajarías bien así. Para dejar que te venga la inspiración tienes que vaciar la mente y esperar.

—Vamos, que estás diciéndome que no intelectualice demasiado.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Le estás dando demasiadas vueltas. —Ahondó en una



idea durante unos segundos—. Tienes que dejar que la música te lleve a alguna parte.

—Vale. Le preguntaré a Peg si tiene música que pueda inspirarme.

—¿Tienes iPod?

—Sí.

—Dámelo y te crearé una lista de reproducción.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella sorprendida.

—¿Y por qué no?

—No lo sé. Es muy laborioso.

—Para mí no. Me encanta la música, y ya lo tengo todo descargado en mi ordenador. En realidad, es facilísimo.

—¡Vaya! Sería fantástico, gracias.

—Bueno, tú deja que la inspiración salga de lo más hondo de tu ser, no de las superficiales maquinaciones de tu cerebro. Cuando notas que tu cerebro rechina y se le saltan las tuercas, es que no estás dejando que las ideas fluyan a *través* de ti, ¿entiendes?

—Creo que sí.

—Inténtalo, a ver qué pasa.

—Lo haré. Te daré el iPod esta noche en el *pub*.

—Eso será genial.

—Gracias, Dylan. Eres muy amable.

Él se rió por lo bajo.

—No creo que esa palabra haya sido empleada en la misma frase que mi nombre desde hace mucho. Pero me gusta ser amable, Ellen Olenska.

Cuando llegaron al Pot of Gold, el pelo de Ellen estaba chorreando y su abrigo estaba tan mojado como el pobre burro empapado de Peg. Era sólo cuestión de tiempo que tuviera que invertir en un abrigo nuevo, pero ignoraba dónde encontraría uno bonito en Ballymaldoon.

Dentro se estaba a gusto. El fuego crepitaba en la chimenea y había unos cuantos vecinos sentados por las mesas y en taburetes en la barra comiendo y tomando una pinta. A Craic le sorprendió ver a Ellen entrando con Dylan. Interrumpió momentáneamente su conversación y los observó boquiabierto. Ella advirtió su reacción, pero hizo como si no fuera con ella.

—Hola, Craic —dijo alegremente mientras encontraba un hueco en la barra.

—Estáis calados hasta los huesos —constató.

—Hemos subido a las colinas —repuso ella, como si fuese de lo más normal que Dylan y ella hiciesen cosas juntos.

—¿Qué hacíais allí arriba?

Ella buscó la mirada de Dylan y sonrió por lo bajo.

—Pasear.

—Muy bien, pues, ¿qué tomaréis?

—Una Coca-Cola para Ellen y algo sin alcohol para mí —terció Dylan, apoyándose en la barra, sombrero en mano—. Y comeremos algo también. ¿Qué tomarás, Ellen Olenska?

La forma en que decía ese nombre le alegraba el corazón.

—Algo caliente —contestó ella—. Elige tú. —Agarró su vaso de refresco y se dirigió hacia una mesa libre pegada a la pared.

Dylan no tardó en hablarle a Ellen de su madre. Toda reserva que ella hubiera albergado sobre él se había evaporado con la bella música que había oído arriba en la ermita, y si Dylan había tenido la prudencia de no desvelar demasiado sobre su pasado, ahora se sentía lo suficientemente cómodo con la joven para confiarse a ella. Su música los había unido; ahora su interés mutuo por Madeline Byrne los acercó más aún.

—Siempre tuve debilidad por tu madre —le dijo masticando la salchicha—. Era diferente a todas las demás. Tenía porte de duquesa.

—¿Ya entonces?

Ellen soltó una risita.

—Ya entonces. Su madre le consintió demasiado.

—Creía que no tenía dinero.

—No lo tenía, pero lo poco que tenía solía ser para Maddie. La pobre Peg tuvo que aceptar ropa de segunda mano, pero para Maddie eso no era bastante bueno. Ella demostró que es cierto el refrán que dice que «el que no llora no mama». Tu madre era la clase de chica a la que todo el mundo se desvivía por complacer.

—¿Tú también?

—Absolutamente. Habría hecho lo que fuera por ella.

—Pero además era una rebelde.

—No estaba hecha para seguir las normas. Para ella, las normas estaban para romperlas, ya fuese haciendo novillos, pasando notas en misa o escaqueándose de ayudar a su madre; Maddie era poco convencional. —La miró con unos ojos enormes y tristes—. Por eso yo la llamaba Ellen Olenska.

Ellen se lo quedó mirando, horrorizada.

—¿La llamabas Ellen Olenska?

—Sí. Había leído el libro y se lo pasé para que lo leyera. A los dos nos gustó mucho.

—¿Y a *mí* me llamó Ellen, después de aquel libro, porque ésa había sido tu forma especial de llamarla?

Él asintió. Ellen se sintió palidecer. Tomó un sorbo de su bebida.

—¡Dios mío! Te seguía queriendo, Dylan.

—Supongo que sí.

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? Se fue con tu padre, y eso fue lo último que supe de ella.

Ellen sintió que una oleada de emociones la descentraba.

—Me llamó Ellen por ti. ¡Dios! Es increíble.

No lograba imaginarse a su madre como una romántica.

Dylan puso una mano áspera sobre la suya; morena en comparación con su piel blanca.

—Se metió en líos. Tu padre la sacó del apuro. Yo la perdoné, pero nunca la he olvidado.

Tenía los ojos grandes y vidriosos, y su dolor era casi demasiado manifiesto e insoportable para Ellen, pero la atraían como quien en lo alto de un acantilado se siente atraído por el peligro de asomarse. Dylan bajó la voz.

—El amor se acabó para mí, porque después de ella nunca he podido amar a otra persona.

Siguieron mirándose fijamente durante lo que se les antojó un buen rato. Él no retiró la mano y al cabo de un rato ella puso la otra mano encima y la apretó con compasión.

—No puedes dejar que una aventura de hace años te destroce la vida, Dylan. Tienes que encontrar la manera de seguir adelante, ¿no? Por tu salud mental.

Dio la impresión de que él volvía de cierto lugar remoto, y parpadeó con fuerza.

—Canalizo mi dolor a través de la poesía y la música.

—Pero tienes novia, ¿no?

—Eso me hace parecer un adolescente. Tengo una amante, Ellen. Es viuda. Perdió a su marido hace algún tiempo. Es una buena mujer, pero no es Maddie.

Retiró la mano y empezó a comer lo que le quedaba en el plato.

—Maddie no es Maddie. Tú tienes tus recuerdos, pero *ya* no son reales, y nunca conseguirás que vuelvan.

La sonrisa de Dylan era sorprendente; tenía un aire de complicidad.

—¿Ah, no? No estoy tan seguro. Puede que los recupere, pero no del modo esperado.

Ellen frunció las cejas, pero él no entró en detalles.

—¿Te apetece beber algo más?

—No, gracias. Estoy bien —contestó ella, preguntándose si, después de todo, Dylan realmente estaba un poco loco—. No creo que mi padre tuviese ni idea de por qué mi madre había elegido el nombre de Ellen. No pega nada con Leonora y Lavinia, ¿verdad? Quiero decir que Ellen no es muy inglés, ¿no?

Él no contestó.

—¿Qué ironía que yo sea la hija que más se parece a ella! Leonora y Lavinia son clavadas a papá. —Sonrió—. Tienen su barbilla poco pronunciada, así que debería estar agradecida.

—Tienes una cara expresiva, Ellen... y... —Dylan sonrió, como si de pronto hubiese decidido, contra su inclinación natural, no desvelar nada más—. Y tu sonrisa también me recuerda a ella. Pero tú eres tú. No eres un calco. Eres maravillosa tal como eres.

Aquella noche, Ellen llevó el iPod al *pub* y se lo dio a Dylan. Él se quedó en el bar con Ronan, quien saludó a su prima sin sonreírle, con una mirada sombría y resentida. Era evidente que no le hacía ninguna gracia su creciente amistad con Conor, de modo que fue a sentarse con Alanna, Desmond, Joe y Johnny a una mesa pegada a la pared, y se dedicó a observar el trasiego de los vecinos. La gente seguía sintiendo curiosidad por ella, lo sabía por su forma disimulada de apartar la vista cuando ella los sorprendía mirando y por el modo en que bajaban las barbillas y las voces al hablar. Pero se sentía a salvo en el seno de su nueva familia. Con Johnny y Desmond no se la jugaba nadie. Se figuraba que, de provocarlos, podían ser fieros como osos. Ryan no tardó en llegar con más miembros de la familia Byrne, que se adueñó del *pub* con su ruidoso y animado cotorreo.

—Bueno, ¿qué te pareció que el señor Macausland se afeitara la barba? —le preguntó Alanna a Ellen—. Había olvidado lo guapo que es. Parece una estrella de cine, ¿no crees?

Ella se sonrojó.

—Al principio no lo reconocí.

—Creo que nadie lo reconoció. Escuchó media misa sin que nadie cayera en que era él.

—Está más guapo así.

—Tienes razón. Me gusta la barba, pero si un hombre tiene una cara como la suya, es un crimen taparla.

—¿Qué tal está Desmond sin barba?

Alanna se rió y miró con ternura a su marido, que estaba hablando con Johnny en el otro extremo de la mesa.

—No es de tan buen ver como el señor Macausland, pero a su manera es guapo. Creo que parecería más joven sin barba, pero estoy tan acostumbrada a ella que creo que la echaría de menos. Es parte de él ya.

—Los hombres de esta zona acostumbran a dejarse barba, ¿verdad?

Alanna recorrió con la mirada los rostros, ahora colorados por el alcohol y el calor.

—Supongo que tienes razón. La verdad es que nunca lo había pensado. ¿En Londres no llevan barba?

—No tantos. O a lo mejor da la impresión de que aquí hay más hombres con barba, porque todos los que llevan barba están concentrados en este *pub*. ¿Tanto les gusta la barba a las irlandesas?

Alanna soltó una risita.

—Hace cosquillas —dijo, y se bebió el vodka.

Ellen se echó a reír al recordar con un escalofrío la excitante sensación que le producía la barba de Conor sobre la cara y el cuello.

—Agradable, me imagino —dijo.

—Muy agradable —convino Alanna—. ¡Creo que me llevaría un gran chasco si Desmond se la afeitara toda!

De repente Ellen oyó el sonido de un acordeón abriéndose paso entre el murmullo de voces. Uno por uno, los vecinos guardaron silencio y prestaron atención. Alanna le propinó a Ellen un buen codazo.

—¡Jesús, si es Dylan! —siseó—. ¡Creo que va a cantar!

Ellen estiró el cuello y lo vio sentado en un taburete con el acordeón descansando en la rodilla. Una sonrisa pícaro inundó su rostro y sus ojos de loco saltaban de una cara a otra silenciosamente retadores. Parecía estar saboreando su asombro. También parecía un poco enajenado, pensó Ellen. Durante unos instantes todos se quedaron en silencio como un rebaño de reses aturdidas. Entonces los acordes pasaron de menor a mayor y tocaron una canción que todos conocían. Dylan empezó a cantar, pero antes de acabar la primera frase el *pub* se puso a cantar como obedeciendo a un antiguo patrón de conducta común.

*Un giro a la izquierda, un giro a la derecha,  
los recaudadores bailarían la noche entera,  
y beberán té hasta plena luz del día  
en las colinas de Connemara.*

Ellen sonreía tan abiertamente que empezó a dolerle la cara. Estaba muy orgullosa de Dylan y se puso a dar palmas de felicidad. Aplaudió hasta que las manos le escocieron. Cuando la canción cambió, ya no pudo seguir sentada. Se puso de pie, seguida por Alanna, y aunque no se sabía la letra, cantó de todos modos. Miró a su alrededor y vio que sólo los muy mayores seguían en sus sillas. Todos los demás estaban de pie, zapateando, levantando sus jarras de cerveza negra y cantando a pleno pulmón.

Era tarde cuando todos abandonaron el Pot of Gold tras felicitar a Dylan como si hubiese regresado de un largo viaje.

—¿Cómo te vas a casa? —le preguntó a Ellen cuando se acercó a despedirse.

—Me lleva Johnny —contestó ella, los ojos brillando de cariño—. Esta noche has estado sensacional. Has conseguido que todos cantaran.

—Como hacía antes —repuso él con un orgullo mal disimulado.

—Ha sido impresionante. No sabía que tocaras el acordeón.

—Puedo tocar cualquier cosa. Cuando conoces un instrumento, los conoces todos.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Me ha encantado pasar el día contigo, Dylan. Gracias por la comida.

Él parecía contento, como un niño pequeño que al fin encuentra a un amigo con el que jugar.

—Lo hemos pasado bien, ¿verdad, Ellen Olenska?

—¿Sabes qué? Le he pedido prestado ese libro a Peg: *La edad de la inocencia*. Voy a empezar a leerlo.

—Te encantará. A tu madre le encantó.

—Creo que tendría que leerlo otra vez —dijo ella, dedicándole una elocuente mirada. Ya era hora de que su madre recordase sus raíces.

A la mañana siguiente llegó el teléfono móvil de parte de Conor con una nota que decía que le llamara en cuanto lo recibiera.

—¿Qué hay ahí, cielo? —preguntó Peg, sorprendida de que hubiese llegado a su casa un paquete para Ellen.

—Es un teléfono que me ha enviado Conor.

—Pero ¿es que no hay nadie hoy día capaz de sobrevivir sin una de esas cosas espantosas pegadas a la oreja? No sé cómo lo hacíamos todos antes.

—No le daré el número a nadie más. Por algo tiré el mío al mar.

Peg se agachó para pasar los dedos por la columna de *Bertie*.

—Bueno..., ¿y cuándo viene otra vez?

—Mañana.

—Ya veo.

Si su tía tenía reservas era lo bastante inteligente para no expresarlas.

Se encerró en la salita. Encendió la chimenea y se arrellanó en el sillón con *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton, descansando sobre su rodilla. Estaba deseando leerla, pero antes llamaría a Conor. Sonrió al marcar el número porque él lo había grabado en el teléfono.

—Veo que ya lo tienes —dijo Conor cuando contestó. Su voz era suave y lánguida, y ella intuyó que se acomodaba en una silla.

—Ni siquiera he tenido que marcar —repuso Ellen.

—Me gusta dar un buen servicio —dijo él provocativo, y ella notó que su cuerpo se excitaba—. ¿Aún me echas de menos o qué?

Ella se echó a reír.

—Tal vez.

—Me parece que sí.

—Un poco quizá.

—Tu pudor es muy británico. Tendré que hacer algo al respecto.

—¿Crees que puedes acabar con él?

—Con una buena dosis de encanto irlandés.

—A juzgar por lo que he visto de tu encanto irlandés, creo que tienes bastantes posibilidades.

—Y eso era *con* barba —repuso él. La idea de besarlo *sin* la barba hizo que a Ellen se le erizase la piel—. ¿En qué piensas? —preguntó Conor, y ella pudo oír que tenía la boca pegada al auricular.

—En besarte.

—¿En besarme sólo?

—Si pensara en algo más, este teléfono se calentaría demasiado y sería imposible sostenerlo.

—Quiero besarte todo el cuerpo.

Ella miró hacia la puerta, con la esperanza de que Peg no estuviese escuchando.

—Mmm..., eso suena de maravilla. Es una pena que tengamos que esperar hasta mañana.

—Hoy tengo varias reuniones. Últimamente estoy un poco descentrado, así que tengo un montón de cosas que hacer.

—La distancia aumenta el cariño del corazón —dijo ella con rotundidad.

—Y excita más al hombre. ¡Dios mío! No sé qué me estás haciendo, pero estar lejos de ti está resultando ser un infierno. —Ellen se rió, entusiasmada—. Quiero estar contigo —susurró.

—Yo también —repuso ella con un deseo vehemente que se contradecía con su pudor británico.

Él se rió por lo bajo.

—No, si aún haré que te vuelvas irlandesa.

Estuvieron hablando cerca de una hora, tiempo durante el cual la inquietud de Ellen fue en aumento, y se puso a caminar por la habitación. Tan pronto se sentaba como se levantaba a mirar por la ventana, como volvía a sentarse. Era incapaz de estarse quieta porque Conor le provocaba sentimientos que no sabía muy bien cómo gestionar. Finalmente, se despidieron, aunque los dos sabían que volverían a hablar esa noche, antes de irse a dormir. Ella colgó y se quedó contemplando el teléfono un buen rato, una sonrisa revoloteando en sus labios, la resonancia de su voz todavía clara en su memoria.

Por fin abrió el libro y pasó la primera página. Allí, escrita en tinta, había una dedicatoria. Notó que las lágrimas le escocían en los ojos al leerla. *A mi propia Ellen Olenska, que seas siempre salvaje y curiosa, libre de espíritu. Que tu corazón siempre me pertenezca. Dylan, julio de 1977.*

Le asombraba que el libro que tenía en las manos fuese el mismo que Dylan le diera a su madre hacía tantos años. Ahora éste suscitaba más que su curiosidad, suscitaba su reverencia. Se preguntaba si su tía sería consciente de su relevancia. Obviamente, Dylan no sabía que estaba ahí. No se había imaginado, al decir ella que iba a empezar a leerlo, que el libro de la biblioteca de Peg era precisamente el que le había dado a su madre. Ellen decidió devolvérselo cuando hubiese acabado de leerlo.

Fue pasando páginas y al punto se vio transportada al viejo Nueva York de finales del siglo XIX, lo que resultó toda una delicia, pues el libro estaba escrito maravillosamente y con gran lirismo, y con un sentido del humor irónico e inteligente. Sólo pensó en su madre y en Dylan cuando la misteriosa condesa de Olenska apareció en el palco de la ópera al final del primer capítulo. Sonrió al pensar en su madre leyéndolo. Luego su sonrisa fue reemplazada por un ceño fruncido al preguntarse qué pensaría su madre si supiera que su hija estaba sentada en casa de su hermana leyendo el libro que Dylan le había prestado el año antes de huir.

Se pasó toda la mañana en el sillón, leyendo *La edad de la inocencia*. Hizo un alto para la comida, que comió en la cocina con Peg y Oswald, que se autoinvitó a comer con ellas porque estaba «mortalmente aburrido» de su propia compañía. Por la tarde, su tía insistió en que le ayudase a curar al burro, que no sabía cómo, pero se había hecho un arañazo feo justo debajo del ojo izquierdo. Ellen supuso que en realidad sólo quería sacarla de casa para que le diera el aire. Pertenece a una generación de mujeres campechanas que consideraba antinatural pasarse el día entero entre cuatro paredes. De modo que Ellen le ayudó a atar el burro a la cerca y lavarle el ojo con un algodón empapado en desinfectante. Le acarició el cuello mientras su tía lo tranquilizaba con voz dulce: «Eres un buen chico, ¿a que sí? Eso es, ¿lo ves? No ha sido para tanto, ¿verdad? Te pondrás bien. Peg te curará. Pobre de mí como no te cure». A Ellen le divertía oírle hablar con los animales como si fueran humanos. Hablaba así con *Mister Badger* y *Bertie*, e incluso con *Grajita*.

—Tengo entendido que ayer pasaste el día con Dylan —dijo su tía mientras secaba el ojo del burro con un paño seco—. Johnny y Joe han pasado esta mañana por casa de camino al trabajo. Tú estabas dormida, así que no he querido despertarte. Debiste de encontrártelo durante tu paseo, porque Craic ha dicho que ambos aparecisteis en el *pub* calados hasta los huesos.

A Ellen le maravilló la forma en que corrían las noticias en Ballymaldoon.

—Sí, me lo encontré en la pequeña ermita de la colina, ¿sabes cuál digo?

—Desde luego. Caitlin Macausland está enterrada allí.

—Estaba tocando la guitarra. La verdad es que es increíble. Es realmente bueno.

Peg se rió, pero del mismo modo en que se reían los demás. Su risa estaba cargada de afecto.

—Así que cantó para ti, ¿eh?

—Sí. Adiviné que era una canción que compuso para mi madre.

—No me cabe duda.

—Va a enseñarme a tocar la guitarra como él. Anoche tocó el acordeón, ¿sabes?, y consiguió que todo el mundo en el *pub* cantara.

—Eso me han dicho. Me alegra que salga un poco de sí mismo. Creo que es el alcohol, o la falta de éste. Dice Craic que está sobrio.

—Bueno, desde luego en la ermita no estaba borracho, y en la comida no bebió.

—Eso es estupendo. Vale, el burro ya está mejor. —Le acarició debajo del hocico hasta que el animal relajó el labio superior de placer—. Todo irá bien, ¿verdad? Sí, vivirás.

—Se ha quedado mi iPod para crearme una nueva lista de reproducción que me ayude a escribir el libro.

—¿Todavía no has empezado?

—Aún no.

—¡Pero, Ellen! ¿Escribirás algún día una palabra?

—Estoy un poco descentrada.

—Si no te sientas en esa mesa, nunca escribirás nada. Escribe lo que sea, da igual, pero empieza, por el amor de Dios, o te harás vieja sin haberlo acabado.

Ellen sonrió abiertamente.

—Están pasando demasiadas cosas.

—Bueno, creo que es magnífico que Dylan y tú congeniéis. No sé qué pensaría tu madre, pero *yo* creo que es magnífico. Es un buen hombre, de gran corazón, y es evidente que tiene debilidad por ti.

—Para mí que le gusta estar conmigo porque soy su nexo con Maddie.

—Sí, estoy convencida de que tienes razón. Le haces muy feliz. Craic dice que anoche volvió el *antiguo* Dylan. Se puso a tocar canciones y todo el mundo cantó como en los viejos tiempos.

—Antes de que mamá huyera.

—Sí. Después de aquello todo cambió. —Peg desató al burro y lo condujo de nuevo al prado, donde lo soltó después de darle una zanahoria.

—Tía Peg, ¿puedo preguntarte algo?

—¡Claro! —La mujer cogió el cuenco de solución antiséptica y esperó expectante.

—Dylan solía llamar Ellen Olenska a mamá.

Peg la miró desconcertada.

—¿Ellen Olenska? ¿Por qué?

—Es la heroína de la novela que estoy leyendo. *La edad de la inocencia*, de Edith Wharton.

—¡Oh! —Estaba claro que Peg nunca había oído hablar del libro.



—Mamá me puso a mí Ellen.

Peg parecía sorprendida.

—¡Oh!

—Es bastante romántico, ¿no crees? Mi madre me llamó Ellen porque era el apodo especial que le había puesto Dylan a ella.

—No sé, es un poco extraño, ¿no? —dijo Peg, un tanto perpleja.

—Mamá seguía pensando en Dylan cuando yo nací. Puede que huyera, pero es obvio que su corazón se quedó aquí en Connemara.

—Me imagino que sí. —Peg levantó el mentón—. Pero hubiese podido volver en cualquier momento —añadió desafiante.

—¿Ah, sí?

—Como mujer casada, desde luego que sí.

Peg llevó el cuenco dentro de casa.

Ellen la siguió.

—A lo mejor no las tenía todas consigo —continuó.

—¿A qué te refieres? —Peg tiró la solución y dejó el cuenco vacío en el fregadero para lavarlo.

—A que no se atrevió a ver de nuevo a Dylan. Tal vez tuviese miedo de querer volver con él.

—¡No! Eso es una estupidez. Ella sabía lo que estaba haciendo cuando huyó con su lord inglés.

—Pero ¿y si luego se arrepintió?

—No puedes decir eso de tu propio padre, Ellen —repuso Peg con firmeza.

—No estoy insinuando que *ahora* no sean felices. Sólo me pregunto si mamá huyó porque estaba embarazada de mí, pero luego se arrepintió en algún momento cuando nací; de lo contrario, me habría puesto otro nombre. *Cualquiera* menos Ellen. ¿No lo entiendes? Tenía que seguir sintiendo algo por Dylan.

—Puede que le gustase el nombre y ya está.

Peg se encogió de hombros nerviosa.

—No, yo creo que hay más. Un día se lo preguntaré.

Su tía meneó la cabeza.

—Mejor tú que yo, cielo. Pero creo que sería mejor que te olvidaras de este tema y no le dieras más importancia.

Pero ambas mujeres sabían que eso, sencillamente, no era posible. Ellen sentía demasiada curiosidad y no pararía hasta tener respuestas.

—Yo me siento irlandesa, tía Peg —insistió Ellen—. Mi madre no puede ocultar lo que llevo en los genes.

—No, supongo que no puede. Bueno, ¿qué tal si caliento agua y preparo un té?

Aquella noche Ellen charló con Conor acostada en la cama. Parecía que estaba tan cerca que, si cerraba los ojos, podía imaginárselo tumbado a su lado. Su conversación estaba tan cargada de tonterías que al

colgar no logró recordar de qué habían hablado; tan sólo la agradable sensación de haber sido acariciada por sus palabras dichas en voz baja permaneció cálida en su piel.

Cuando apagó la luz, se quedó tumbada observando la franja de plata que se colaba por el hueco entre las cortinas, y se puso a pensar en su madre. Ella tuvo que oír el mismo rugido del mar, el mismo gemido del viento, los mismos crujidos que Ellen oía ahora. ¡Cuánto habría cambiado desde su juventud aquí en Connemara! ¡Qué giro tan espectacular tuvo que dar su vida al casarse con Anthony Trawton y mudarse al número doce de Eaton Court! ¿Se había lanzado a su metamorfosis con una determinación y unas agallas tales que de algún modo se había perdido en el proceso? ¿Seguía la salvaje y vivaracha Maddie Byrne ahí en alguna parte, o la había asfixiado a propósito negándole el aire?

Una cosa es comunicarse con las ovejas y otra muy distinta comunicarse con las personas cuando ni siquiera perciben que estoy ahí. Entiendo que todas las criaturas tienen un sexto sentido, pero los humanos están tan entretenidos con los asuntos del mundo material que han perdido su capacidad psíquica. Todo es cuestión de atención. Si te concentras mucho en tu brazo izquierdo, enseguida dejas de notar el derecho, o incluso cualquier otra parte de tu cuerpo. Es más: puedes concentrarte con tanta atención que te *conviertes* en tu brazo. Los humanos están tan centrados en su forma física que han olvidado quiénes son realmente. No sé muy bien por qué sé estas cosas; pero las sé. Posiblemente porque mi extraña situación me haya dado perspectiva. Me doy cuenta ahora de lo frágil y efímero que es el cuerpo humano y de que nuestra inteligencia sobrevive a él. Me pregunto si los animales también lo saben, instintivamente.

Así pues, estoy decidida a hacerles saber a Ida y a Finbar que estoy aquí, viéndolos crecer, celebrando sus triunfos y rodeándolos de amor cuando las cosas no salen como quisieran. Estoy aquí, siempre, como hacen las madres. He estado ensayando con las ovejas; ahora veré si puedo captar la atención de mis hijos. No me importa cuánto tarde; tampoco tengo nada más que hacer.

Sé que debería ser capaz de accionar pomos de puertas y apagar velas; al fin y al cabo, otros espíritus logran hacerlo, así que ¿por qué iba yo a ser diferente? Pero, por más que lo intento, soy incapaz de incidir sobre las cosas materiales, aunque me concentre con toda mi energía. Me canso enseguida, pero seguro que con la práctica aumentaré mi resistencia. ¿Acaso no acaricié a las ovejas?

Observo a la pequeña Ida mientras duerme. Su cara es blanca a la luz de la luna, su piel es translúcida como los pétalos de un lirio. Respira suavemente y sus pestañas palpitan cuando sueña. Deslizo los dedos por su mejilla como hice con las ovejas, aunque no siento nada. Deseo con todas mis fuerzas que se despierte y me vea en la semipenumbra como hizo Finbar en cierta ocasión, pero no bulle. Pruebo con Finbar; después de todo, ya me ha visto una vez, conque sé que es capaz de volver a verme. Pero tampoco se mueve. Los dos duermen muy profundamente. Sólo con que uno de ellos abriera los ojos, estoy convencida de que podría comunicarme con ellos.

No me rindo. Estoy segura de que practicando más lograré que perciban mi presencia. Contemplo sus rostros, les digo una y otra vez que estoy con ellos y siempre lo estaré. Soy su madre; forman parte de mí. Mi amor me une a ellos y es indestructible.

Por la mañana siento una frustración y una desesperación incontenibles. Ahora que estoy segura de tener la posibilidad de comunicarme con ellos, no conseguirlo es más desgarrador todavía. Me siento muy desgraciada e impotente.

Y entonces, para mi asombro, Finbar anuncia en el desayuno que la pasada noche ha soñado conmigo. Conor ya se ha ido a Connemara, así que sólo están Daphne y los niños en la casa de Dublín.

—¿Era un sueño bonito? —pregunta su abuela.

—Estaba en mi cama, diciéndome que está conmigo y que siempre lo estará —dice, y yo percibo un cambio en mi conciencia, como si de pronto me hubiese empapado de luz. Me siento ingrátida y aturdida de felicidad.

—Un sueño muy bonito —reconoce Daphne—. Estoy segura de que está contigo, mi vida.

—Me gustaría tener un sueño así —dice Ida, su cara larga y triste.

—Una vez, cuando era pequeño, te despertaste diciendo que habías visto a tu madre sentada a los pies de tu cama. ¿Te acuerdas? —le pregunta Daphne a Finbar.

Él niega con la cabeza y se introduce en la boca un trozo de pan tostado con mermelada.

—Creo que vuestra madre es un ángel que cuida de los dos.

—Yo también lo creo —coincide Ida.

Finbar no está tan seguro.

—No, no es un ángel, sigue siendo mamá —dice con rotundidad, y lo quiero más aún por saber qué soy.

Todo mi ser bulle de felicidad. Bailoteo por la cocina y no importa que no puedan verme, porque ahora sé que puedo entrar en los sueños de mi hijo. Con perseverancia, quizás entre en los de Ida también. Me pregunto si Conor estará tan distraído con Ellen que hará oídos sordos a mis sutiles tentativas de comunicarme con él.

Al pensar en eso dirijo mi atención hacia Ellen y aparezco en casa de Peg. El alba ha inundado las colinas de una luz pálida y líquida y las gaviotas se reúnen en bandadas sobre la isla en la que fallecí, ya que la marea está baja y hay comida atrapada en las pequeñas pozas y en las rocas. El faro surge siniestramente entre la niebla matutina como un barco que avanza hacia casa con dificultad tras una batalla en el mar y recuerdo el momento en que me encaramé a su mástil y me arrojé sobre su cubierta como si no fuese yo, sino otra persona, histérica de celos y embriagada de amor.

Hoy, naturalmente, es el día en que Conor viene a ver a Ellen, así que no me extraña que la chica esté emocionada. Mi felicidad mengua al verme frente a la joven que se ha propuesto arrebatarme el corazón de mi marido. Se equivoca si piensa que puede conquistarlo. No dejaré que eso suceda. Haré cuanto esté en mis manos por impedirlo. Cueste lo que cueste.

Conforme mis pensamientos se oscurecen, voy perdiendo la sensación luminosa y efervescente de mi alma. Con qué rapidez pasa mi vibración de rápida a lenta, y con la desaceleración siento que el mundo que me rodea se sume en las sombras. Pero en lo único que puedo pensar es en Conor y en mis hijos y lo mucho que ansío que las cosas vuelvan a ser como eran antes de morir. Podría ser distinta yo, sé que podría. Sabiendo lo que sé ahora, sé que podría cambiar. No cometería los errores que cometí. ¡Si tuviera una segunda oportunidad! ¡Si pudiera decirle que no lo he dejado, que aunque no pueda verme sigo aquí, amándolo desde otra dimensión! No necesita a nadie más que a mí.

De modo que sigo la pista de Ellen como una sombra oscura y espesa. Mientras que la felicidad vuelve su paso más ligero, mi corazón vengativo me vuelve densa como la niebla. Está sentada en la salita, junto al fuego, leyendo una novela mientras *Bertie* dormita a sus pies sobre la alfombra, gruñendo en sueños. Deambulo por casa de Peg y le doy tal susto a la grajilla que sale volando por la ventana y no vuelve. Me embargan los celos y el resentimiento. Me concentro en el pomo de la puerta, procurando con todas mis fuerzas accionarlo, pero no pasa nada, fuera de la energía que pierdo en esa inútil y frustrante actividad.

Espero ver a Ciara, pero no está aquí. Supongo que está con Peg. Es un alivio, porque me daría vergüenza que ese espíritu encantador y tierno me viese como estoy ahora, tan rebosante de odio.

Cuando el coche de Conor sube por el sendero, Ellen está junto a la ventana de la cocina. Lleva esperando ahí más de una hora. La hora anterior la ha pasado en su cuarto probándose toda su ropa. No es que se haya traído gran cosa de Londres. Ha elegido un vestido floreado por la rodilla de estilo hippy, que se ha desabotonado hasta el pecho, y una chaquetita de cachemira de color cerceta. Tiene unas

piernas largas y delgadas de elegantes tobillos que ahora luce al máximo, aunque lleva medias negras y unas bailarinas de terciopelo moradas, que, de preocuparme por su persona, yo le habría aconsejado que no se pusiera. Su pelo es largo y lustroso y le cae en ondas sobre los hombros. A Conor le gustan las mujeres con melena. Antes le encantaba *mi* pelo. Le gustaba el color, rojizo como un zorro, y la suavidad sedosa con que resbalaba entre sus dedos. Dudo que ahora vaya a pensar en eso mientras pasa los dedos por el de Ellen.

Observo con desagrado mientras ella abre la puerta y se queda ahí unos instantes, esperando a que el coche se detenga y Conor baje. Sonríe de oreja a oreja, pero veo que su cuerpo está temblando, como un caballo de carreras en la casilla de salida. La adrenalina hace que le ardan las mejillas y respira profundamente en un intento por calmar sus nervios. Veo los dientes blancos de Conor a través de la ventanilla del coche. Él también está sonriendo. Después de cinco años sin sonreír, parece estar haciendo un gran trabajo de compensación. Abre la puerta y baja. Alentada por su sonrisa, Ellen corre hasta él y se arroja en sus brazos. Él la abraza con fuerza y la levanta del suelo, de manera que sus pies, enfundados en esos delicados zapatos morados, dan patadas en el aire. Son como la cola en movimiento del perro feliz. Él hunde el rostro en su cuello y da vueltas con ella. Entonces los pies de Ellen tocan el suelo y se besan. Un beso largo y apasionado, y, esta vez, ella no se siente abrumada por su ardor. Presiona el cuerpo contra el de Conor y enrolla los brazos alrededor de su cintura, por debajo de su chaqueta, absorbiendo su pasión con entusiasmo y correspondiéndole.

—Pues *sí* que me has echado de menos —se ríe él, rodeándole la cara con las manos y mirándola con ternura.

—Sí —contesta ella.

—Me alegro. Yo también te echaba de menos. Estos últimos días se me han hecho tan largos que creía que hoy no llegaría nunca. Venga, métete en el coche porque no quiero perder ni un minuto más.

Conducen hasta la mansión Reedmace, todo el camino haciendo manitas sobre el cambio de marchas. Él a duras penas puede apartar los ojos de ella, y ella no para de decirle que mire a la carretera. El aire entre ellos está cargado, como si estuviese hecho de hilos de electricidad, muy tensados. Se ríen y hablan a la vez y luego ríen de nuevo. Con las mejillas sonrosadas de deseo e impacientes, apenas son capaces de controlarse. Al llegar a la casa, él baja del coche de un salto y abre la puerta con llave. Le toma la mano y la conduce escaleras arriba. Ella corre tras él, riéndose por su entusiasmo. Pero enseguida deja de reírse. La boca de Conor está contra la suya y le quita la ropa como si deshojara una flor.

No puedo seguir mirando. Es indigno presenciar sus relaciones íntimas. Me retiro al jardín, donde voy y vengo bajo los manzanos, agitando los brazos hacia los pájaros para espantarlos. ¡Ojalá pudiese sacudir los brazos y ahuyentar a Ellen!

La sensación del rostro rasposo de Conor contra su cuello era completamente diferente a la sensación que le había producido la barba. Se estremeció y exhaló un suspiro de placer mientras una ola tibia se extendía por su piel, de la cabeza al vientre. Cerrando los ojos y levantando el mentón, Ellen le acarició el pelo con la mejilla y dejó que Conor le devorase el cuello como un león amigo, su suave ataque le dejó las piernas flojas y temblorosas.

—¡Qué bien sabe tu piel! —Él se apartó para coger aire—. Quiero probar cada centímetro de ti.

Le sonrió burlón, en espera del inminente banquete, y le sacó la chaqueta, tirándola al suelo. A continuación le desabrochó poco a poco el vestido y se lo sacó por los hombros, de manera que le colgaba suelto de cadera para abajo, descubriendo su estómago desnudo y su bonito sujetador de encaje. Él sonrió con aprobación, siguiendo con los ojos y los pulgares la generosa protuberancia de sus senos, deteniéndose en el valle justo por encima del encaje donde su piel estaba caliente y húmeda. El pecho de Ellen se expandió y su respiración se hizo ronca. Aturdida por el sensual placer de su roce y más agitada que nunca, lo único que pudo hacer fue dejarse llevar por la intuición porque la experiencia no la había preparado para esto.

Él presionó los labios sobre el punto sensible justo debajo de su oreja, deslizando los dedos por la clavícula y los hombros y sobre su espalda, donde le soltó el sostén, dejándole los pechos expuestos a sus caricias. Ella ahogó un grito y cerró los ojos. Podía oír la respiración de Conor, superficial y jadeante junto a su oído, y los fuertes latidos de su propio corazón, que enviaba la sangre palpitando hasta sus sienes. Entonces él clavó los pulgares por dentro del talle de su vestido y sus medias y con un diestro movimiento le quitó el resto de la ropa. Ella se quedó desnuda sin ningún recato, su deseo había consumido todo remanente de pudor.

—Ahora eres toda mía —se rió él, cogiéndola en brazos y llevándola hasta la cama.

Ella también se rió.

—Un placer, Rhett Butler —repuso ella.

—El placer es todo mío, Escarlata.

Conor la tumbó en la cama y se arrodilló encima de ella, desabotonándose la camisa y descubriendo su tonificado cuerpo de atleta. Puede que se hubiese pasado los últimos cinco años dejándose crecer pelo y barba con desaliño, pero no había descuidado su cuerpo. Tiró la camisa a la moqueta y se desabrochó el cinturón de los tejanos.

—Estás en forma, Conor Macausland —dijo ella, paseando los ojos por su musculoso estómago.

—No está mal para tener cuarenta y dos años —repuso él.

—¡Qué va a estar mal! Ven aquí y deja que te vea más de cerca.

Él hizo ademán de caer sobre ella, pero se detuvo en plancha justo antes de aplastarla.

—No, deja que yo te vea más de cerca a *ti* —dijo Conor, y antes de que ella pudiera responder, él volvía a besarla, profunda y apasionadamente, de esa forma que al principio le había asustado.

Empezó a devorarla, centímetro a centímetro, terriblemente despacio, hasta que ella manifestó su impaciencia.

—¿Por qué correr? ¡Tenemos toda la tarde! —susurró él mientras deslizaba los labios por su vientre,

justo debajo del ombligo.

—Porque la espera me está matando —contestó ella jadeando, estremeciéndose de pronto.

—Pero si no he hecho más que empezar —repuso él.

Le separó las piernas y deslizó la lengua por la cara interna de su muslo en sentido ascendente, el aliento caliente sobre su piel. Al llegar arriba, ella subió los brazos por encima de la cabeza y levantó la barbilla, entregándose con sumo placer al más sensual de los viajes.

Mucho rato después, yacieron entrelazados, exhaustos y aturdidos pero profundamente satisfechos, como si su coito hubiese arreglado todos los males de su mundo. No existía nada más que ellos dos, solos en la casa perdida en las agrestes colinas de Connemara; estaban como en una nube, muy por encima de los problemas y las preocupaciones de la vida cotidiana, puesto que todo, salvo su deseo mutuo, parecía muy insignificante ahora. Pasaban suavemente los dedos sobre la piel que aún hormigueaba con los ecos de su placer, disfrutado con avidez, y se susurraban los arrullos propios de los amantes embriagados de amor.

Ellen nunca había sentido la mano experta de un hombre, porque William no era más que un crío al lado de Conor. En este irlandés todo era intensamente masculino, desde su piel curtida hasta su poderoso físico, y había algo misterioso e insondable en sus ojos que la atraía hacia él como el fuego a la mano curiosa de un niño, porque al igual que ella sabía que él era capaz de amarla, sabía que nunca le pertenecería y que no lo domaría jamás. Era demasiado mayor para cambiar y llevaba demasiado tiempo en libertad.

Sabía que tenía que hablarle de William, pero rápidamente se convenció a sí misma de que confesar su compromiso le daría a éste una importancia que ya no tenía. Nada más conocer a Conor, en su fuero interno había sabido que, aunque su relación no prosperara, nunca podría volver con William. No después de salir tan mal parado de la comparación. Se dio cuenta en ese momento de que ella tenía una faceta inconformista que William jamás entendería, y que, algún día, muy probablemente acabase molestandole. Era en su atracción hacia Conor donde Ellen reconocía esa parte de sí misma, porque se reflejaba en él, quién no solamente le había quitado la ropa, sino que le había despojado de su fachada. Ahora sabía quién era y qué quería.

Ellen resolvió ocuparse de lo de William con mano izquierda pero sin dilación. Las repercusiones serían tremendas, pero tendría a Conor y los Byrne y sería lo bastante fuerte para sobrellevarlo. Se apoyó en un codo y deslizó un dedo por el rostro de Conor. Él la miró con el ceño fruncido.

—¿En qué piensas, Sócrates?

Ella se perdió en su intensa mirada azul y sonrió con ternura.

—En ti.

—¿En mí?

—En que te encontré en lo alto de las colinas.

—De eso nada. Yo te encontré a *ti*, y de no haberlo hecho, aún estarías allí arriba.

Ella se echó a reír.

—Pero si fui *yo* la que tropecé *contigo*.

—Y por poco me tiras del caballo.

—Eres demasiado hábil para permitir eso.

Él le acarició la mejilla y suspiró.

—Supe que eras especial, aunque estabas hecha unos zorros.

—¡Qué ibas a saber...!

—De lo contrario, te habría indicado el camino y habría dejado que te las apañases sola.

—No me lo creo ni por asomo. Bajo tu aspecto de duro, eres un caballero a la antigua usanza.

La mirada de Conor se dulcificó.

—Pero tenías los ojos llenos de lágrimas y la cara toda colorada, y parecías tan perdida y asustada...

Intuí que te habías cruzado en mi camino por alguna razón.

—¿Y qué razón crees que puede ser ésa?

—Ser un rayo de luz en mi mundo de oscuridad.

Ella enarcó las cejas.

—Eso es dramático.

—Pero cierto.

—Eres un encanto, Conor, pero no soy un ángel.

—Los ángeles vienen bajo muchos aspectos distintos. —Él sonrió con picardía y el brillo lascivo había vuelto a sus ojos—. Pero estoy haciendo lo posible para que descendas a mi nivel.

Era oscuro cuando la llevó de vuelta a casa de Peg. Se habían dado un festín con el pastel de carne y patatas que Meg había dejado en la nevera y Conor había abierto una botella de vino. Posteriormente, había ido a la cuadra a buscar a *Magnum*, al que Robert se había llevado a dar un largo paseo por las colinas, y el perro se había tumbado en el suelo a los pies de la cama mientras su dueño y la nueva novia de éste tonteaban bajo las sábanas. Conor le había pedido que se quedara a pasar la noche y Ellen se hubiese quedado encantada, pero sabía que Peg lo desaprobaba y no quería que sus tíos apareciesen de improviso por la mañana a desayunar, y descubrieran que no estaba en casa.

Así que bajaron en coche por los caminos, haciendo manitas sobre el cambio de marchas.

—Esta noche me sentiré solo en la cama —dijo él, poniendo las luces cortas cuando apareció un coche de cara en la curva siguiente.

Él se volvió hacia ella, sus ojos parpadeando brevemente por el resplandor, y Ellen pensó en lo increíblemente guapo que era y la suerte que tenía de haberlo encontrado.

—Me gustaría que dejaras de sentirte solo —repuso ella con ternura—. Y me gustaría despertarme contigo por la mañana.

—La invitación sigue en pie. Puedo dar la vuelta ahora mismo y volver.

—No, no puedo hacerle eso a Peg. No estaría bien.

Él se rió.

—Ya no eres una niña, Ellen.

—*Estoy* en casa de mi tía.

—Muy bien. No intentaré convencerte. Pero mañana vendré a buscarte y podemos pasar juntos el día.

—Estupendo.

—¿Has acabado *La edad de la inocencia*?



—Aún no.

—Entonces esperaré a que acabes para ver la película juntos.

—Es un libro precioso. Te transporta a otro mundo. Un mundo fascinante. —Ella le apretó la mano

—. ¿Sabes que la novela era de mi madre? Tiene una dedicatoria de Dylan, que dice: *A mi propia Ellen Olenska, que seas siempre salvaje y curiosa, libre de espíritu. Que tu corazón siempre me pertenezca.* Dylan. Julio de 1977.

Conor levantó una ceja.

—Así que la llamaba Ellen Olenska. Curioso.

—Lo sé por...

Estuvo a punto de hablarle de su paseo hasta la pequeña ermita, pero se contuvo a tiempo porque recordó que su mujer estaba enterrada allí.

—Nos encontramos en el *pub* y comimos juntos. Me contó que le había dado el libro a mi madre. En ningún momento me imaginé que lo encontraría en la biblioteca de Peg. Me quedé helada cuando me dijo que mi madre me había llamado Ellen porque él le había puesto ese apodo.

Conor la miró pensativo antes de devolver la mirada a la carretera.

—¿Qué te dice eso?

—Que ella aún lo quería cuando yo nací.

Él asintió.

—Sí, pero ¿no crees...?

Ellen le interrumpió con su propia línea de pensamiento.

—Me pregunto si se arrepentiría de haber huido con mi padre. Si aún sentía algo por Dylan.

—De no ser así, te llamarías Elizabeth o Alexandra.

—Entonces a lo mejor huyó en contra de su voluntad, como si no tuviese más remedio. ¡Dios! Tal vez siempre lo ha querido y por eso no ha dicho nada de su infancia en Irlanda, porque era superior a ella volver aquí, en una conversación o como fuera. Era demasiado doloroso.

Conor sonrió con indulgencia.

—Eres muy romántica, ¿verdad, Ellen?

—Sí, pero es que, visto así, *es* romántico. Créeme, mi madre es la persona menos romántica que he conocido en mi vida, o eso creía. Estoy empezando a pensar que no la conozco en absoluto. Se fue de jovencita. Tal vez la vida que eligió le haya hecho más dura. Desde luego la mujer que Dylan me describió no se parecía en nada a la mujer que conozco.

—Vas a tener que hacerle todas estas preguntas.

—Soy incapaz. Incapaz —repuso ella, negando con la cabeza y girándose para mirar por la ventanilla.

—Entonces nunca lo sabrás.

—A lo mejor algunas cosas es mejor dejarlas como están —dijo Ellen en voz baja.

Un súbito escalofrío le trepó por la piel. Conor tenía razón, era todo mucho más complicado de lo que se figuraba.

Notando su aprensión, él le apretó la mano.

—Tienes razón, Ellen, es mejor no saber.

Al acercarse a la casa vieron otro coche estacionado en el sendero. A Ellen no le sonaba que fuese de sus tíos.

—Puede que sea Ronan —dijo.

La mandíbula de Conor se tensó.

—Entonces no me entretendré —contestó, parando junto al otro vehículo.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Qué quieres que les diga?

—Que te has pasado casi todo el día en la cama conmigo.

Le sonrió pícaramente.

—Eres tremendo, Conor. Si les digo eso, me matarán.

—No tendrás que decírselo. Lo llevas escrito en la cara.

—¿Qué pasa con mi cara? —Ellen se pasó los dedos por la piel—. ¿Me ha salido un sarpullido o qué?

—¡Eh! ¡Que no soy un caballo!

Ella se rió.

—No, pero raspas mucho.

—Estoy hablando de tu brillo. Me temo que tu cara es una descarada manifestación de tu lujuriosa conducta.

Ella le pegó en broma una torta en la mano.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Sólo un poco. Tu reacción no tiene precio.

—Entonces, ¿no me ha salido un sarpullido?

—Yo no veo nada. Pero *está* oscuro. A ver, ¿cuál es tu veredicto? ¿Barba sí o barba no? —inquirió él, queriendo lógicamente prolongar su despedida lo máximo posible.

—La verdad es que me gustas de las dos maneras. Pero si tengo que elegir, diría que barba no. Te veo mejor la cara sin ella. Eres un hombre guapo, ¿para qué ocultarlo?

La dentadura blanca de Conor resplandeció al sonreír.

—Bueno, vendré a buscarte mañana por la mañana.

Pasó una mano por detrás de la nuca de Ellen y se inclinó para besarla. Sus labios eran suaves y gruesos, estaban abiertos para darle un beso voluptuoso. Ella cerró los ojos para saborearlo, aparcando su inquietud por las luces de la casa que los alumbraban como si fuesen actores sobre un escenario. Cuando Conor apartó el rostro, sostuvo su mirada un buen rato. Luego sonrió con incredulidad, como si él también estuviese anonadado y agradecido de haberse encontrado el uno al otro.

—Que duermas bien, Ellen.

—Lo haré. Me has dejado agotada.

Ella se rió tímidamente, incapaz de resistir la intensidad de su mirada sin sonrojarse.

Conor le levantó el mentón y volvió a besarla.

—Es un poco tarde para ponernos tímidos.

—Lo sé, me has despojado de todo pudor.

—¡Cómo me alegra! Sentiría mucho que hubiese quedado algún resquicio.

—No, más bien creo que no has dejado nada.

Se rieron juntos. Él le besó otra vez y, finalmente, con tremenda fuerza de voluntad, Ellen se bajó del coche y lo vio alejarse.

Cuando las luces traseras se perdieron en la oscuridad, ella levantó los ojos hacia el mar lejano, donde la fantasmal silueta del faro destacaba en el cielo nocturno. El agua relucía como las estrellas caídas, zarandeadas por las olas, y una luna creciente brillaba resplandeciente a través de un aura neblinosa. Se preguntaba si las incógnitas que rodeaban la muerte de Caitlin se despejarían alguna vez, o si Conor simplemente borraría de su vida el episodio entero sin hablar jamás de ello. En su opinión, seguramente no había misterio alguno, tan sólo un trágico accidente que los vecinos habían logrado transformar en algo más siniestro a falta de otra cosa sobre la que chismorrear. Tenía la certeza de que jamás sería capaz de preguntarle a Conor al respecto. La opacidad de sus ojos era garantía de ello. Podía imaginarse su mal genio cuando se enfadaba. Esa cara que con tanta facilidad se arrugaba de regocijo podía endurecerse de rabia con la misma rapidez, no le cabía ninguna duda. Sin embargo, la curiosidad de Ellen era tan viva como siempre. Esperaba que con el tiempo pudiera confiarse a ella.

Entró en la casa y se encontró a Peg yendo de un lado a otro de la cocina mientras Ronan y Oswald le hacían entrar en razón desde la mesa. Cuando apareció por la puerta, todos se la quedaron mirando. Detectó la angustia de Peg en el acto. Su cara estaba sonrosada y los ojos le brillaban por las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ellen, ignorando a *Mister Badger*, que se le acercó para olisquear en sus piernas.

—*Grajita* se ha ido —anunció Oswald pesaroso.

Ellen miró hacia la silla de la grajilla horrorizada.

—¿Se ha escapado?

—No sabemos qué ha pasado —contestó Ronan—. Muchas veces se va...

—Pero siempre vuelve —terció Peg abatida—. No lo entiendo.

—¿La habrá atacado algún ave de rapiña? —sugirió Ellen, pero lamentó haberlo hecho.

Peg palideció. Se enjugó los ojos.

—¡Jesús! Ésa es una idea descabellada.

—No pretendía disgustarte.

—Lo sé, cielo. Tenemos que mantener la esperanza y rezar para que vuelva por la mañana.

—¿Ha pasado la noche fuera alguna vez?

—Nunca. Estoy muy preocupada. No creo que pegue ojo esta noche.

Ellen se fijó en que estaban todos tomando una copa. Se figuró que Peg se moría por un cigarrillo. Seguro que en estas circunstancias a Oswald no le importaría que encendiese uno. Desde que conociera a Conor, Ellen no había tenido mono de nicotina. Suponía que las constantes subidas de adrenalina enmascaraban su necesidad física de la droga.

—Mamá, ¿por qué no te vas a la cama? —propuso Ronan con amabilidad—. ¿Quieres que me quede a dormir?

—Tengo a Ellen. Estaré bien. No te preocupes.

—Y yo estoy aquí al lado por si necesitas compañía —añadió Oswald—. Como sabes, duermo fatal, así que no dudes en llamar a la puerta. Siempre estoy a punto para un banquete a medianoche o una partida de ajedrez.

—Supongo que es absurdo que me quede despierta. Esta noche no vendrá. Espero que haya encontrado algún lugar calentito donde posarse. —Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas cenicientas. Se secó la piel con el pañuelo de papel—. Es ridículo ponerse sentimental por un pájaro.

El rostro de Oswald se dulcificó de compasión.

—No, Peg, ¡qué va a ser ridículo! —dijo, y su voz era tan amable y dulce que a Ellen se le erizó la piel.

Pensó que añadiría que sus animales eran como sus hijos. Las palabras flotaron en el aire sin ser articuladas. Pero no lo hizo. No hizo falta. Todos lo sintieron, y Peg lo sabía, porque por eso lloraba.

—Perdí a mi pequeña, Ellen —dijo de pronto su tía, y se los quedó mirando a todos con asombro, como si la frase la hubiese pronunciado otra persona.

Oswald y Ronan la miraron, boquiabiertos, sin saber cómo reaccionar. Fue como si un enorme muro se hubiese derrumbado de golpe tras años defendiéndola de las embestidas del dolor. Hizo una respiración profunda bastante parecida al aullido de un animal herido.

—¡Oh...! —gimió, el mentón temblando sin control—. ¿Verdad?... ¿Verdad?... ¡Qué sé yo!... Mi pequeña..., mi pequeña Ciara.

Ellen se llevó la mano a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a su tía rabiando de dolor.

Segundos después, Oswald rodeaba con los brazos su cuerpo encogido, estrechándola con fuerza para que parase de temblar, tranquilizándola con su voz reconfortante.

—Tranquila, niña. Todo irá bien. Esto es bueno. Muy bueno. Es mucho mejor sacarlo que dejarlo dentro.

Ronan se levantó y merodeó indeciso. Ellen supo que quería consolar a su madre, pero no sabía cómo. Ella sentía la misma impotencia. Sus miradas se encontraron fugazmente. En ese instante, Ellen estableció un vínculo con el único miembro de la familia con quien previamente no había conectado. Le lanzó una leve sonrisa comprensiva. Él bajó los hombros y suspiró con impotencia.

—Muy bien, querida Peg, llora un río y deja que éste se lleve tu tristeza —dijo Oswald mientras los temblores de ella disminuían y sus sollozos se espaciaban.

Oswald tenía razón, era mejor sacar el dolor que dejarlo dentro. Ronan le lanzó a Ellen una tenue sonrisa.

Por fin, Oswald le ayudó a sentarse en una silla. Peg se tomó un gran sorbo de Jameson, solo, y se enjugó los ojos con dedos temblorosos. Todos se sentaron y esperaron a que hablase. No articuló palabra durante un rato que se les hizo largo, pero, cuando lo hizo, lo sacó todo en un soliloquio extenso y desgarrador.

La dejaron hablar sin interrupción. Únicamente los sonoros ronquidos de *Bertie* procedentes de la zona de los fogones alteraban el silencio de la estancia. Peg habló del instante en que cayó en la cuenta

de que Ciara había desaparecido hasta el momento en que fue hallada, boca abajo en el agua. Hablar de ello fue catártico, pero sumamente emotivo. Peg hizo trizas el pañuelo, sin ser consciente de los movimientos nerviosos de sus dedos, hasta que Oswald le cubrió la mano con la suya y ella paró, bajando los hombros de golpe y haciendo una inspiración profunda y purificadora.

—Rezo por ella todas las noches —continuó, ahora más tranquila—. Enciendo una vela y me arrodillo junto a la cama, y rezo para que los ángeles velen por ella. Pido que esté en paz. Pido también que nunca me deje, porque no soporto estar sin ella. —Sus ojos febriles volvieron a desbordarse—. No estás loco, Oswald, pero no son los duendes y las hadas los que apagan las velas y mueven cosas.

Él le sonrió con ternura.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—¡Claro que lo sé, mi querida Peg!

Ella respiró entrecortadamente.

—Quiero que sea ella tan fervientemente que me duele el cuerpo de tanto desearlo. Algunas veces creo que me estoy volviendo loca y oigo cosas que no están ahí.

—Ella aún está contigo, Peg —dijo Oswald, y la seguridad de su voz fue como una manta para la mujer entumecida de frío.

—¿Eso crees? ¿De verdad lo crees?

—Estoy convencido de ello —contestó él, y la honestidad de su expresión convenció a Ellen de que sí lo estaba.

Decidió que ahora era un buen momento para confesar lo de la vela. Su tía se quedó estupefacta.

—Entonces no soy la única. —Esbozó una sonrisa—. Pensaba que me estaba volviendo loca.

—¿Crees que intenta decirte que sigue cerca? —inquirió Ellen.

—No lo sé. —Peg miró hacia Oswald en busca de una respuesta.

—Naturalmente —contestó él—. Y no te abandonará hasta que estés preparada para dejar que se vaya.

—¿Cómo lo *sabes*? —preguntó Peg animada.

—Siempre lo he sabido.

—¿Siempre?

—Siempre he tenido un sexto sentido excesivamente desarrollado —dijo como si tal cosa.

—¿*Ves* cosas?

—Bueno, estoy convencido de que de pequeño veía, pero ahora no veo nada. Aunque sí percibo cosas. —Oswald le sonrió—. Duendes y hadas.

Peg le devolvió la sonrisa.

—Pero no son duendes ni hadas, ¿verdad?

Él le sonrió con cariño, como si ella fuese una niña que acabara de desentrañar un gran misterio.

—No, querida mía, no lo son.

Peg suspiró y miró hacia su hijo, que estaba mudo, escuchando cada palabra de su madre.

—Me alegra que estés aquí, Ronan. Debería haberlo hablado a tu hermano y a ti de vuestra hermana. Debería haberla compartido con vosotros; al fin y al cabo, también era vuestra.

Él asintió, los músculos de su cara tensos por el esfuerzo de controlar sus emociones.

—Pienso en ella de vez en cuando —dijo en voz baja—. Era una niña muy alegre, ¿verdad?

—Sí, lo era —convino Peg—. Tenía el espíritu ingrávido y alegre de un ángel.

Se quedaron hablando hasta altas horas de la madrugada, hasta que a Peg empezaron a caérsele los párpados de cansancio. Oswald y Ronan le dieron las buenas noches, y le aseguraron que los dos rezarían para que *Grajita* volviese ileso por la mañana.

Ellen se disponía a conducir a su tía a la planta de arriba cuando Peg se detuvo en la puerta. Se volvió a su sobrina y le agarró del brazo.

—Fumemos un cigarrillo antes de acostarnos, ¿sí? Ahora que no están los chicos...

—¿Seguro que no estás demasiado cansada?

—No, cielo, no estoy demasiado cansada. Llevo toda la noche muriéndome de ganas de fumar uno.

—En ese caso te haré compañía —repuso Ellen, volviendo a la cocina a buscar el bolso de Peg.

Con el drama de la desaparición de *Grajita* y el inesperado desahogo de Peg sobre su pérdida, todos habían olvidado preguntarle dónde había estado. Cosa que agradecía.

—No he fumado desde que conozco a Conor, ¿sabes? —dijo Ellen mientras se sentaba y abría la cajetilla.

—Entonces ahora no fumes —dijo Peg.

—No pasa nada por uno.

Su tía le quitó la cajetilla de las manos.

—No, Ellen, no pienso dejarte. Has sido fuerte. No quiero que te saltes tu decisión por mí.

—Está bien, tienes razón. Seré buena.

—En cuanto a mí...

—Esta noche te has ganado todos los cigarrillos que quieras —le aseguró Ellen.

Peg se puso el cigarrillo entre los labios y lo encendió. Aspiró hondo y luego sacó el humo en una exhalación prolongada y lánguida, dejando que sus hombros cayeran de alivio.

—Perdona por no haberte contado en ningún momento lo de Ciara —dijo en voz baja.

—No pasa nada. Me lo contó Alarma.

—¿Ves? Por eso no voy al *pub*.

—Seguro que la gente ya no habla de eso.

—Llevo demasiado tiempo sin ir, ¿sabes? Si ahora aparezco, todos empezarían a cotillear otra vez. No me veo capaz. Tuve una pelea con el padre Michael después de morir Ciara. La vi; vi a mi pequeña, a la noche siguiente de ahogarse. Clara como la luz del día, de pie en mi habitación, sonriéndome con una sonrisa sabia y cómplice. Me temo que fui una idiota. Se lo conté al padre Michael y él dijo que eran imaginaciones mías. Que debido al dolor me la había imaginado. El muy tonto no cree en esa clase de cosas. ¡Idiota arrogante! Me hizo dudar de lo que había visto con mis propios ojos. Así que dejé de ir a misa. Dejé de ir al *pub*. Me recliné. Si ahora aparezco, todos se preguntarán por qué. —Meneó la cabeza

—. No, no me veo capaz de aguantar eso.

Ellen escuchó su repentina actitud defensiva y se preguntó si no temería más la compasión que el chismorreó.

Peg apagó la colilla y sonrió a su sobrina.

—Es agradable volver a tener una niña en casa —dijo en voz baja—. Aunque seas mayor, somos familia. Es agradable tenerte aquí.

Ellen le puso la mano en el brazo.

—Me alegro, tía Peg. A mí también me gusta estar aquí.

—¿Nos vamos ya a la cama o qué?

—Pues más bien sí.

La mujer sonrió abiertamente.

—No creas que no me he fijado en el brillo sonrosado de tus mejillas.

Ellen se tocó la cara, asustada.

—¿Qué brillo?

Su tía meneó la cabeza.

—Venga ya, criatura, ¡que yo ya estoy de vuelta!

Ellen se echó a reír.

—Es evidente que sí.

—Entonces has pasado una tarde agradable, ¿no?

Ella asintió.

—Sí.

—Estupendo. —Peg se levantó entumecida—. Ahora a la cama. ¿Rezarás también por *Grajita*? Cuantas más oraciones mejor.

—Por supuesto.

—Gracias, cariño.

Ellen siguió a su tía escaleras arriba. Se separaron en el rellano.

—Volverá, tía Peg —dijo Ellen, pero no creía que fuese a volver.

La mujer asintió y sonrió con tristeza antes de cerrar la puerta de su cuarto tras de sí. Ellen la visualizó arrodillándose para rezar junto a la pequeña vela votiva, y se preguntó si Ciara estaba realmente allí, apagando la llama en un intento por hacerle saber a su madre que seguía estando cerca.

Conor está enamorado y no puedo soportarlo. Veo que cada vez se vuelve más ingrátido y se aleja más y más de mí, y no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Silba como si no tuviese ninguna preocupación, como si no hubiese perdido a su querida esposa en un incendio terrible hace cinco años. Hay un trote en su paso y las comisuras de sus labios están permanentemente curvadas como si apenas pudiese reprimir su felicidad. Noto que mi furia aumenta y forma a mi alrededor una espesa neblina gris. Tiene que haber algo que yo pueda hacer para que se centre otra vez en su dolor. Me gustaba más cuando llevaba barba y corría por la playa a lomos de su caballo, maldiciendo al destino por haberme apartado de su lado, por dejarlo solo y desorientado. Me gustaba más cuando estaba deprimido.

Siento celos de Ellen por quitarme el sitio y dejar que él la rodee con sus brazos y haga el amor con ella como hacía antes conmigo. Los arrullos que confundí con la lujuria me doy cuenta ahora de que los alimenta el amor. Lo veo en su forma de mirarla. Sus ojos lo dicen todo y no puedo seguir negándolo. Está enamorándose de ella. Si yo tuviese garganta, se me atragantarían esas palabras. Así pues, me voy a casa de Peg con la sola idea de hacer daño a Ellen. No sé cómo, pero si puedo susurrarle a mi hijo al oído en plena noche, tal vez pueda susurrarle al suyo.

Amanece y un velo traslúcido de luz flota sobre el mar. El faro parece triste y abandonado como un viejo pecio, maltratado y azotado por las olas. Ahuyento mis recuerdos, que siguen siendo dolorosos, y me encuentro a Peg con el abrigo puesto, mirando inquieta de un lado y al otro. Me pregunto qué estará buscando. Su perro va tras ella, las orejas levantadas, presto a obedecer su orden, pero ésta no llega. Se queda ahí de pie, escudriñando el cielo en busca de algo. Entonces caigo en la cuenta de que está buscando a su pájaro. El pájaro que yo espanté.

Es sólo cuando veo el consabido resplandor dorado de Ciara que siento que la vergüenza inunda mi espíritu. Porque a su lado, bañado por su amorosa luz, está el pájaro. A Peg se le escapa un grito de alegría cuando el animal vuela hacia ella. Abre los brazos y una enorme sonrisa engulle su cara y por sus mejillas caen lágrimas de felicidad.

—*¡Grajita!* —exclama, y por encima de ella se abre la ventana de par en par y Ellen se asoma somnolienta—. ¡Oh, Ellen! Ha vuelto. Nuestras plegarias han sido atendidas. ¡Ha vuelto!

Ciara observa con gozo mientras el pájaro se posa en el hombro de su madre, que se apresura a entrar con el perro y cierra la puerta principal. Ellen se retira de la ventana y la cierra. Me imagino que habrá mucho que celebrar en la cocina esta mañana. Miro a Ciara y sé que detecta mi bochorno. Pero a mí también me sonrío con el mismo amor con que ha sonreído a su madre. No lo entiendo. Quizás hasta vea la inquina que escondo en mi corazón hacia Conor y Ellen. Pero si la ve, no lo exterioriza. Se limita a mirarme con un amor omnisciente y comprensivo, que acrecienta aún más mi bochorno.

Y entonces se me ocurre una idea. Si puedo viajar con la mente, me pregunto qué pasaría si me visualizo en Londres, en casa de Ellen, con su familia. ¿De verdad puede ser tan sencillo? No entiendo por qué no se me ha ocurrido antes. Aquí poco puedo hacer. Pero, instintivamente, tengo la sensación de que en Londres puedo hacer mucho.

Nunca he estado en esa gran ciudad, pero dirijo mis pensamientos hacia allí, hacia casa de Ellen, con la misma determinación con la que me visualizo en Dublín. Resulta muy sencillo y curiosamente natural, como si llevase toda la eternidad viajando así. Y aquí estoy, en el recibidor de una casa unifamiliar



ostentosamente decorada, con un perro que me ladra y parece una rata. Es pequeño pero feroz, y en su gesto amenazante le veo unos dientes como agujas. Me abalanzo sobre él, como hice con el pájaro, y él se da la vuelta y sale escopeteado del susto, sus uñas repiqueteando en el suelo de mármol.

—¡*Gofre*, ya basta de ladridos absurdos! —dice una voz muy inglesa desde otra habitación—. ¿Hay alguien en la puerta?

Una joven rubia corre al recibidor y echa un vistazo por la mirilla de la puerta principal.

—Desde luego... —dice con irritación dándose la vuelta—. Te estás volviendo loco, *Gofre*. No hay ni un alma fuera.

Sigo a la joven elegantemente trajeada por una enorme puerta doble que da a un espacioso comedor, decorado con un bonito papel de pared de pájaros y ramas, y seguimos hasta un estudio verde lima. Está profusamente tapizado con un sofá, un sillón de respaldo alto y una mesa de centro de terciopelo verde con una buena pila de catálogos de Christie's ilustrados.

—Bueno, ¿a qué venía tanto alboroto? —pregunta la otra mujer. Está sentada frente a su escritorio, su media melena morena muy bien peinada, con una camisa azul marino y una chaqueta, un pañuelo de seda anudado al cuello. Puedo ver sus uñas rojo sangre y la pulsera de oro y brillantes que pende de su muñeca. Entonces se gira y caigo en la cuenta de que es Madeline Byrne, la madre de Ellen. El parecido es innegable, pero sólo en el colorido y la forma de la mandíbula y la boca. Sus ojos son distintos: son azules como los de Peg, mientras que los de Ellen son marrones. Tras un examen minucioso, veo que los suyos están rojos y miran con inquietud.

—No lo sé —dice la chica, ocupando el asiento contiguo a su jefa.

—Parecía muy enfadado. ¿Dónde ha ido ahora?

—¿Quiere que lo llame, lady Trawton?

—Sí, ve a buscarlo, Janey. —Suspira y menea cansina la cabeza—. La desaparición de Ellen nos ha desquiciado a todos.

Janey desaparece por el pasillo, silbando al perro. Madeline vuelve a su lista. Miro por encima de su hombro y veo que está organizando una cena. Pero su bolígrafo no toca el papel. Está pensando y me imagino que piensa en Ellen. Enseguida regresa la chica con el perro metido bajo el brazo.

—Estaba escondido en la galería —informa.

—*Gofre*, ¿qué hacías allí? —pregunta Madeline, animándose. Pero el perro me mira fijamente y gruñe. Su dueña parece perpleja.

—¡Qué perro tan estúpido, válgame Dios! ¿Qué mosca te ha picado hoy, eh? —Estoy harta de asustar animales, así que lo ignoro y al cabo de un rato se tranquiliza y Madeline se lo pone en la rodilla, como una servilleta peluda.

—Muy bien, ¿por dónde íbamos? —dice, mirando otra vez su lista.

Se disponen a continuar cuando suena el teléfono. Madeline lo mira como si temiera que fuese a saltar y pegarle un mordisco. Janey está inquieta, probablemente deseosa de estar en cualquier sitio menos aquí. Por fin, Madeline descuelga y se lleva el auricular a la oreja.

—¿Sí? —dice—. ¡Ah...! Hola, William. —Baja los hombros decepcionada. Agita sus arreglados dedos mirando a Janey, quien sale de la habitación.

—¿Alguna novedad?

—No, no tengo noticias —le dice ella—. Nada.

—Es absurdo. —William suspira—. ¿Cuánto tiempo crees que estará fuera?

—No lo sé. ¡Vete a saber qué mosca le habrá picado! Estaba en el cóctel de los Herringtons tan tranquilamente con la estúpida de su amiga Emily, y acto seguido leo la nota que dejó en el recibidor. ¡Quién sabe! —Me sorprende que no tenga acento irlandés, únicamente detecto un tono cortante como el viento norteño.

—Creo que Emily sabe dónde está y no quiere decírnoslo —afirma William.

—Es muy posible. Pero he intentado hablar con ella muchas veces y no suelta prenda. Si Ellen me hubiera dicho que estaba nerviosa por la boda y que necesitaba irse, le habría dado todo mi apoyo. Le habría comprado un billete a cualquier parte del mundo. Esto de escapar es absurdo. ¿Quién se ha creído que es para preocuparnos a todos de esta manera? Está siendo muy desconsiderada.

—Le he mandado un montón de mensajes de texto y correos electrónicos. Francamente, Madeline, empiezo a estar preocupado.

—Naturalmente, William. Pero volverá. Creo que está nerviosa por la boda. Verás, de pequeña era muy rebelde. Hice lo que pude para acabar con esa rebeldía y pensé que lo había conseguido, pero me temo que me equivoqué. No obstante, cuando se case, se calmará.

—Eso si nos casamos algún día —contesta enfurruñado.

—Pues claro que os casaréis, William. No te preocupes, en serio. Volverá pronto, avergonzada y arrepentida, y todos la perdonaremos y olvidaremos el asunto.

—Ha dejado su trabajo; ese paso no lo da alguien que pretende volver.

—Quiere ser escritora. No se siente realizada. En cuanto tenga un marido del que cuidar y, si Dios quiere, hijos, se olvidará por completo de esa tontería. Te prometo que pronto estaremos sentados a la mesa de comedor riéndonos de esto.

—No tengo claro que *yo* llegue a reírme de esto, Madeline. Es la cosa más egoísta que ha hecho Ellen jamás, y no es para nada su estilo. Estamos hablando de una chica que me llamaba por lo menos dos veces al día, todos los días. Una chica que, prácticamente, se había mudado a mi apartamento. Hacer las maletas y marcharse sin decir nada es aberrante.

Madeline inspira con impaciencia.

—Bueno, ¿y qué crees que la llevó a actuar así?

—No tengo ni idea. He repasado minuciosamente los días previos a su huida y no encuentro nada que me haga pensar que no estuviera absolutamente plétórica con nuestro compromiso.

—Entonces no tienes nada de que preocuparte.

—¿Y si se ha fugado con otro hombre? —La voz de William se endurece—. Eso no se lo perdonaría jamás.

—No, de ninguna manera —se apresura a contestar Madeline, horrorizada por las repercusiones—. Ella no te haría eso, y, además, te quiere.

—Entonces, ¿por qué no me devuelve las llamadas y me tranquiliza diciéndome que está bien? Se me está acabando la paciencia.

Al oír esto, Madeline se tensa, aunque su voz adopta un tono meloso.

—Bueno, procura tener paciencia, William. Todos estamos deseosos de ser una familia feliz. Ellen

también. Es sólo que está un poco asustada. Sí que recuerdo que estaba un tanto nerviosa antes de huir. Supongo que estará poniendo en orden sus ideas. Casarse es un gran paso, y ella siempre se ha resistido al compromiso. De hecho, antes de conocerte nunca se había atado a nadie. Tú la has amansado, y eso es todo un logro.

—Pues no parece que haya hecho un gran trabajo, ¿no?

—Volveré a llamar a Emily y exigiré que me diga dónde está; al fin y al cabo, es mi hija, y tengo derecho a saber. Iré en persona a buscarla y la traeré.

—Si vas, te acompañaré —afirma William, su voz insistente ahora—. La encontraremos y le haremos entrar en razón. Nos debe muchas explicaciones.

—Y estoy convencida de que tendrá una explicación sumamente sensata. Tú la quieres, ¿verdad, William?

—Naturalmente que la quiero, y tengo la intención de casarme con ella.

—Estupendo. Esto no es más que un leve obstáculo que todos salvaremos con valentía. Déjalo en mis manos. Ahora llamo a Emily.

—Espero que tengas más suerte con ella que yo.

—¡Claro que sí! No aceptaré un no por respuesta. —Estoy convencida de ello.

—Gracias, Madeline —dice él.

—No, gracias a *ti* por tener tanta paciencia. Serás un marido magnífico. Ellen es muy afortunada por tenerte.

Cuando Madeline cuelga el teléfono, se queda absorta unos instantes, frotándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice, al tiempo que *Gofre* sigue sin moverse de su rodilla pese a mi prolongada presencia. Al cabo de un momento vuelve Janey.

—A ver, acabemos con esto. Quiero que las invitaciones se envíen esta tarde. Ya hablaremos del tema en otro momento. Me temo que tengo que hacer otra llamada antes de salir pitando a mi reunión. Avísame cuando el coche esté fuera. ¿Has impreso las minutas?

—Sí, lady Trawton, están en su bolso.

—Estupendo. Cuando me vaya, saca a *Gofre* de paseo, ¿quieres?

—Naturalmente. —Janey llama al perro y sale con brío de la habitación. *Gofre* me mira y sale disparado tras ella como si tuviese la cola en llamas. Madeline marca el número (de Emily, supongo), pero salta el contestador automático. Con un resoplido de frustración, cuelga. De nuevo se queda frente al escritorio, haciendo girar el bolígrafo entre los dedos, pensando qué hacer a continuación. Consulta el reloj, deja el boli y se levanta. La sigo hasta su dormitorio.

Es una habitación luminosa y amplia con grandes ventanas de guillotina que dan a una calle arbolada de casas unifamiliares de estuco blanco. Camina muy digna hasta el cuarto de baño de mármol y empieza a maquillarse. Contempla su reflejo como si estuviese ante una desconocida. Se está ahí un buen rato, simplemente mirando. Me pregunto en qué estará pensando. Me encantaría saberlo. Pero soy incapaz de leer la mente de las personas. Tiene unos bonitos ojos azules, claros como la turquesa, y al mirar veo que se oscurecen y se entristecen.

De repente, inspirada por una idea, vuelve corriendo a su dormitorio y rebusca su teléfono en el

bolso. Se queda junto a la ventana y marca. Cuando salta el contestador automático deja un escueto mensaje: «Emily, soy Madeline. Hace casi dos semanas que Ellen se fue y exijo saber dónde está. Soy su madre y no aceptaré un no por respuesta. Si no me devuelves la llamada, tendré que ir a verte personalmente. Estaré reunida hasta mediodía, pero dejaré el teléfono en vibración, así que puedes llamarme cuando quieras».

Cuelga y tira el teléfono en el bolso. Janey llama a la puerta de la habitación.

—Su coche está aquí, lady Trawton.

—Bajo en un minuto. —Se sienta en la cama y exhala un suspiro. Es evidente que está preocupada. Se la ve crispada y, sin embargo, cuando se sienta encorvada, sola en su cuarto, está más relajada. Es como si aquí, en la intimidad de su aposento privado, pudiera ser ella misma.

Me fijo en las fotografías enmarcadas de su familia. Sus dos hijas rubias el día de su boda, sus nietos, y Ellen con su prometido, supongo, sonriendo como si en él hubiese encontrado todo lo que siempre había deseado. Echo un vistazo más de cerca. Él es rubio y de aspecto aniñado, de ojos claros y piel blanca, como una hortaliza suave y tierna salida del mejor vivero. No es de extrañar que Ellen se haya enamorado de Conor. Ha cambiado un niño por un hombre; un hombre al que le rezuma la experiencia por los ojos. Tiene las facciones duras y curtidas, el rostro arrugado y la mirada oscura y atribulada. No como este joven privilegiado cuya superficial belleza denota falta de personalidad y falta de garra. Veo que este William no tiene ansias de vivir.

Madeline me mira directamente a la cara. Por un momento, la emoción se apodera de mí, pero dura poco, porque me está *traspasando* con los ojos y está mirando la fotografía de Ellen. Se levanta y coge el marco para contemplar el rostro de la hija que ha perdido. Su mirada se ablanda y frunce el ceño, preguntándose el porqué con un meneo de cabeza apenas apreciable.

Consciente de que tiene que irse a la reunión, coge el bolso de la cama y sale por la puerta. La veo marcharse. No me apetece seguirla. Le susurraré mientras duerma. Cuando su consciencia esté receptiva y su mente vacía de pensamientos. Cuando no haya resistencia. Sé que las probabilidades de que me oiga son escasas, pero no pienso rendirme. Es la única manera. Hay que parar a Conor y Ellen, y Madeline y William son las dos únicas personas que pueden hacer que eso ocurra.

De modo que me quedo en la casa, esperando la noche. No tengo ganas de ver a Conor y a Ellen y su amor floreciente, y me da vergüenza que me vea Ciara, porque está hecha de luz y mi mundo cada vez está más oscuro. Me violenta ser oscura. Sé que eso no es bueno. Cualquiera idiota ve la diferencia entre un espíritu de luz y otro oscuro. Últimamente noto que me estoy convirtiendo en un espíritu *pesado*, como si estuviese hecha de una niebla densa que me aplasta. Me siento muy ligada a la tierra. El cielo se me antoja tan lejano que me pregunto si algún día lo encontraré, o si tendré que morar aquí en este limbo toda la eternidad, tanteando en las sombras. La respuesta es muy simple y, sin embargo, distraída por mi malévolo propósito, soy incapaz de verla.

Ellen se puso a toda prisa unos tejanos y un jersey y bajó corriendo a la cocina, donde se encontró a *Grajita* de nuevo en su sitio y a Peg llenando la tetera bajo el grifo.

—Es un milagro —le dijo a su tía, mirando con asombro al pájaro, al que no parecía haber sentido mal pasar una noche al raso.

Peg sonrió, sus ojos rebosantes de alegría, y miró por la ventana.

—¡Vaya! —exclamó entre risitas—. ¡Tenemos compañía! —Con una descarga de emoción, Ellen se reunió con ella frente a la ventana, creyendo que vería a Conor bajándose del coche. Pero en lugar de su flamante Range Rover, vio la oxidada furgoneta de Johnny y el Peugeot negro de Desmond deteniéndose delante de la casa, cargados de tíos y primos suyos. El corazón se le heló de pánico.

Se suponía que Conor iba a recogerla esa mañana. ¿Y si llegaba y se encontraba la cocina llena de miembros de la familia Byrne? Entonces, ¿qué? ¿Habría una pelea terrible? ¿Desmond se pondría a gritarle a ella? Tenía que llamarle de inmediato y cambiar de planes, pero antes de llegar a la puerta, cinco hombres fornidos llenaron el recibidor: Johnny, Joe, Ronan, Desmond y Craic.

—Ha vuelto —dijo Ellen, disimulando su recelo tras una sonrisa triunfal.

—¿Ha vuelto? —preguntó Johnny, pasando a zancadas por su lado—. Peg, ¿es eso cierto?

—Es un milagro —contestó ella—. Venid todos a comer algo. Hoy os haré el mejor desayuno de vuestras vidas.

—¡Jesús, aquí está! —exclamó Desmond asombrado—. Pensé que habría sufrido algún percance.

—Yo también —coincidió Joe, frotándose las manos—. O sea, que estamos de celebración, Peggine. ¿Qué nos darás?

—Así es, Joe. Siéntate y pide lo que quieras. ¡Hoy tía Peggine invita al desayuno!

—Eso es fantástico, Peg —dijo Craic, poniéndole una mano ruda en el hombro—. Me imagino que no habrás pegado ojo esta noche.

—No mucho, pero eso da igual. Ahora estoy feliz.

—Veníamos a ayudarte a buscarla —añadió él.

—Lo sé. Sois todos muy buenos conmigo.

—Me alegro de que haya vuelto. —Craic miró a la grajilla, ahora en el centro de la mesa, picoteando el alpiste que Peg le había sacado—. Ha sido la voluntad de Dios —añadió con solemnidad.

—La voluntad de Dios, sin duda —convino Peg. Se fue a poner el agua al fuego—. Ronan, sé un buen chico y ve a avisar a Oswald. Le gustará conocer la buena nueva.

—¿Cuándo ha vuelto, mamá? —preguntó Ronan.

—A primera hora de la mañana. Ha venido volando tranquilamente. A saber dónde habrá ido, pero no tiene demasiado mal aspecto para haber pasado una noche a la intemperie.

—Está fenomenal, mamá —contestó Ronan antes de irse a buscar a Oswald.

Johnny, Joe, Desmond y Craic se sentaron a la mesa de la cocina mientras Ellen ayudaba a Peg a preparar el desayuno. Cuando estaba preparando las tazas altas y los cubiertos, Desmond le pidió un favor.

—Alanna necesita ayuda en la tienda, Ellen. Mary le ha fallado. Sigue en Waterford, con lo que mi mujer está totalmente sola. Ha pensado que, a lo mejor, como te gustó la tienda, podrías echarle una mano. ¿Qué dices? Lógicamente, te pagará.

La idea de ganarse un dinerito atraía poderosamente a Ellen y sabía que Conor regresaría a Dublín el domingo.

—Me encantaría —contestó—. ¿Qué te parece, Peg?

—Creo que será fabuloso. No has escrito nada de momento, ¿verdad?

Ellen se fue al armario para coger unos cuantos platos.

—No, la verdad es que no —respondió, sin querer dar más detalles sobre *ese* tema.

—Bueno, en ese caso me parece una idea fabulosa, y ganarás un poco de dinero, que siempre va bien —añadió Peg.

—¿Cuándo quiere que empiece?

—¿Mañana? —dijo Desmond.

—¿El sábado? —Ellen titubeó.

—O el lunes, si te va mejor. No te hemos avisado con mucha antelación.

—Mejor el lunes —dijo ella—. Si a Alanna no le importa. He... Tengo cosas que hacer este fin de semana. —Llevó los platos al aparador próximo a los fogones, donde Peg estaba atareada cascando huevos contra la sartén.

—Las gallinas están venga a poner huevos en este momento —dijo Peg—. No sé qué mosca les ha picado. Pero es un gustazo comérselos. —Crepitaron en la sartén y el olor a beicon frito inundó la estancia.

Ronan volvió al poco tiempo con Oswald, quien entró majestuosamente en la cocina con los brazos abiertos.

—¡Dejad que vea el milagro con mis propios ojos! —exclamó—. ¡Diantres, es verdad! Sin duda, es nuestra querida *Grajita*, que ha vuelto al seno de su familia. ¡Qué lección de humildad!

Peg le sonrió con ternura.

—¡Venga ya, Oswald! ¿Es que nunca vas a parar de tomarme el pelo?

Él le rodeó los hombros con un brazo y la estrechó contra sí.

—Lo hago con todo el cariño, te lo aseguro —dijo en voz baja.

—¡Oh! Lo sé, querido. —Un ligero rubor impregnó sus mejillas—. A ver, ¿qué quieres desayunar?

—Ya he desayunado. Pero no diré que no a una taza de té.

Peg parecía sorprendida.

—Pero ¡si no te gusta el té!

—No, si puedo beber una copa de clarete. Pero es demasiado temprano para eso, así que un té estará fenomenal. Y ahora examinemos con lupa a nuestro amigo. —Caminó hasta la mesa y miró al pájaro con ojos escrutadores—. Mmm... Creo que su aventura le ha vigorizado. ¡Miradlo! ¡Nunca había visto un pájaro más petulante!

—Ayer te perdiste una gran noche en el *pub* —le dijo Joe a Ellen cuando ésta le puso delante un plato de huevos con beicon y salchichas—. Dylan volvió a tocar el acordeón. No sé qué le ha pasado a ese

hombre, pero ¡estaba eufórico! Todo el mundo se puso a cantar.

—Tiene mucho talento, ¿verdad? —repuso Ellen orgullosa, con cierto sentido de la propiedad—. Me va a enseñar a tocar la guitarra.

—Sí, los dos habéis congeniado, ¿eh? —dijo Desmond.

Ellen se encogió de hombros.

—Dylan me cae bien. Es un gran intelectual.

Johnny se echó a reír.

—¡Eso será cuando se queda mirando una gran pinta de cerveza! —Desmond y Joe se rieron con él.

—Yo no lo he visto borracho —contestó Ellen a la defensiva—. De hecho, todas las veces que lo he visto estaba completamente sobrio.

Craic asintió con la cabeza.

—Es verdad. Hace tiempo que no lo veo como una cuba.

—Bueno, eso es estupendo, ¿no? —terció Peg.

—Está haciendo esfuerzos por dejar el alcohol —dijo Ronan, pegando un mordisco a una tostada—. Creo que es por ti, Ellen.

—¿Por mí?

—¡Pues claro! Era otro hombre antes de que aparecieras.

Desmond miró a Johnny y ambos parecían un poco violentos.

Peg intervino:

—Si Ellen ayuda a Dylan a dejar el pasado atrás, eso es bueno, ¿no? A ver, ¿quién quiere otro té?

—Yo, Peg, por favor, querida —dijo Oswald jovialmente, sosteniendo su taza. Sonrió a Ellen con complicidad—. Dylan ha encontrado algo en ti que perdió hace mucho tiempo. —Desmond y Johnny volvieron a intercambiar miradas y se les vio súbitamente nerviosos.

—¿El qué? —inquirió Joe.

—Una razón para vivir —dijo Oswald con prudencia.

Ellen no entendía muy bien de qué manera podía estar dándole a Dylan una razón para vivir, aparte de recordarle a la mujer que amó. Se encogió de hombros y tomó un sorbo de té.

—Creo que la música le da una razón para vivir —manifestó.

—Ellen está en lo cierto —coincidió Johnny enérgicamente—. ¡Si lo hubieras oído anoche! ¡Jesús! ¡Se dejó el alma cantando!

No tardaron mucho en dejar los platos limpios y apurar las tazas de té.

—Bueno, será mejor que nos vayamos —dijo Johnny, empujando la silla hacia atrás—. Ayer vi el coche del señor Macausland aparcado delante de su casa, así que más vale que nos pongamos las pilas.

—¿Te está persiguiendo, Ellen? —inquirió Joe.

A ella le ardieron las mejillas.

—Yo...

—¡Ni que fuera tonta! —Desmond interrumpió con una voz que era más bien un gruñido—. Está avisada.

—¿Tú te oyes, Desmond Byrne? —preguntó Peg, apoyando las manos en sus anchas caderas—. Ellen tiene edad suficiente para tomar sus propias decisiones. Y, además, ¿a ti qué te importa?

El rostro de Desmond se nubló.

—Es una Byrne —dijo.

—A medias —terció Oswald—. Sólo a medias.

—No toleraré que uno de los nuestros se relacione con ese hombre. —Dirigió sus ojos oscuros hacia Ellen.

—No querrás acabar como Caitlin, ¿verdad? —metió baza Ronan.

—¿Queréis olvidarlo ya? —dijo Peg con irritación—. Dejad al pobre hombre en paz.

—No te compadezcas de él, mamá —dijo Ronan con firmeza. Su cara tenía el color de la remolacha—. Él no es el que está a más de metro y medio bajo tierra.

Peg puso los ojos en blanco y fue hasta la mesa para acariciar a *Grajita*. Se negaba a dedicarle más tiempo al tema.

—Él no la metió allí, Ronan, si eso es lo que insinúas. No te consiento que digas eso.

El tono de Desmond le recordó a Ronan que él era el cabeza de familia y no había que llevarle la contraria.

—Estoy de acuerdo con Desmond —dijo Joe—. No es un asesino.

Desmond se irguió y asintió bruscamente con la cabeza en dirección a Ellen.

—Bueno, tú aléjate de él, ¿eh? Es un hombre que consigue lo que quiere. No quiero que se haga con uno de nosotros.

—Me parece que es un poco tarde para eso —dijo Peg, volviéndose a mirar por la ventana. Todos pararon de hablar y oyeron el sonido de un coche deteniéndose frente a la casa.

—¡Ah!... —exclamó Oswald—. ¡Qué oportuno!

El corazón de Ellen empezó a latirle con fuerza en el pecho. Dejó la taza.

—No es lo que crees, Desmond —dijo en voz baja—. Respeto tu opinión, pero no la comparto. Es mi amigo y no dejaré de verlo. —La vieron salir al recibidor, donde se puso el abrigo. Instantes después estaban aglomerados junto a la ventana, mirando asombrados cómo ella se subía al vehículo que la esperaba.

—De esto no saldrá nada bueno —sentenció Desmond en tono alarmante.

—Creo que deberíais ser más tolerantes —recomendó Oswald.

—Yo, por mucho que me repatee, lo encuentro encantador —dijo Peg.

Desmond se frotó la barba.

—Es su *encanto* lo que me preocupa —dijo—. Espero que Ellen sepa lo que hace.

Ellen subió al Range Rover.

—No me beses, Conor, nos están observando. Límitate a conducir.

—Eso es pedirle mucho a un hombre apasionado —contestó con una sonrisa, saliendo al camino.

Su humor calmó el nerviosismo de Ellen, que se echó a reír.



—¡Oh, Dios! Acabo de tener un encontronazo con Desmond y creo que he ganado.

Él le tomó la mano por encima del cambio de marchas y le acarició la piel con el pulgar.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no quiere que una Byrne se relacione *contigo*.

Conor enarcó una ceja.

—¿Qué gracia!

—¿Por qué?

No contestó enseguida.

—Yo podría oponerme a que un Macausland se relacione con un Byrne.

—¿Ha hecho mi familia algo malo?

Él negó con la cabeza.

—Cada ser humano es un mundo. Yo no juzgo a las personas por los actos de su familia, sino por *sus* actos. —Suspiró y la miró, sus ojos de un índigo intenso—. Me gustas, Ellen. Me gustas mucho. Posiblemente más de lo que me haya gustado nunca nadie. Me da igual tu procedencia. Eres tú la que más importa. Lo único que me importa eres *tú*.

Ella quiso volver a preguntarle, pero intuyó que él no quería hablar de ello. Le apretó la mano.

—Da igual lo que piense Desmond. Siempre he tenido un punto rebelde. —Sonrió con timidez—. Tú también me gustas, Conor.

Fue más tarde, cuando yacían desnudos bajo las sábanas, que Conor de pronto decidió hablarle a Ellen de Caitlin. Ella estaba tumbada con la cabeza sobre su pecho mientras él jugaba con su pelo, tibio por los rescoldos del apasionado encuentro.

—Ellen, hay algo que tienes que saber —le anunció Conor.

Ella se quedó petrificada, la oreja presionada contra su pecho, que vibraba con su voz profunda y bronca. Su mano dejó de jugar con su pelo y descansaba sobre su cabeza.

—No amaba a mi mujer —dijo simplemente.

Aquellas palabras fueron tan tremendamente sinceras e inesperadas que Ellen se apoyó en un codo y lo miró, incrédula.

—¿No amabas a Caitlin?

Él sacudió la cabeza.

—Al principio sí, pero no al final.

—¿Qué pasó?

—Me apartó de su lado.

—¿Cómo?

Él suspiró como si le costase horrores desvelar la verdad sobre su esposa.

—No estaba bien de la cabeza, Ellen. Hasta que me casé con ella no me di cuenta de que tenía un problema. Seguramente tendrá un nombre su enfermedad, no lo sé, pero ella se negó a buscar ayuda.

—¿Qué clase de problema tenía?

—Cambios de humor. Unos cambios de humor tremendos. Era tan celosa que llegaba a la obsesión. Tan pronto era cariñosa como se ponía violenta, y me acusaba de toda clase de infidelidades. Estaba desequilibrada, era sumamente insegura y posesiva. Eso fue lo que nos distanció.

—Pero en su momento la querías...

—La quise al principio, pero ella puso a prueba mi amor una y otra vez hasta que no tuve nada más que darle. Ella odiaba la ciudad, así que yo pasaba casi todo el tiempo en Dublín, y viajando, mientras ella se quedaba aquí en el castillo. Era el mejor sitio para ella. No quería salir a ninguna parte. Los sitios nuevos le daban pánico. Necesitaba estar rodeada de sus cosas.

Ellen le besó en la sien.

—Pobrecito. Lo que sufrirías. ¿No podías poner fin de alguna manera a esa situación?

—El divorcio no era una posibilidad. Me daba pánico que ella se autolesionara, y me sentía responsable. Era la madre de mis hijos y ellos la querían. No podía hacerles eso, por mucho que se torcieran las cosas. —La miró con aire de culpabilidad—. No me porté muy bien, Ellen. Perdí los estribos con ella. Jamás le pegué, pero ganas no me faltaron. Odiaba al hombre en que me convertía cuando estaba con ella. Me sacaba de quicio.

—Los vecinos creen que era un ángel.

—Deja que piensen eso, aunque sólo sea por el bien de Finbar e Ida. No quiero que jamás sepan que su madre no era perfecta.

—Era guapísima.

—Era cautivadora.

—Tengo que confesarte que Johnny y Joe me enseñaron el retrato suyo que hay en el castillo.

Por unos momentos Ellen creyó que le había hecho enfadar, porque su mandíbula de pronto se tensó. Conor levantó la vista, escudriñando su cara como decidiendo si podía o no confiar en ella. A continuación suspiró y apartó la mirada.

—Entonces ya sabes por qué todo el mundo se enamoraba de ella, los que no la conocían. Los que sí, entendían con qué me enfrentaba.

—¿Por qué no pidió ayuda?

—Consideraba que no tenía ningún problema.

—Estoy convencida de que ese tipo de cosas se pueden tratar. Hay medicación para todo.

—Naturalmente, pero ella jamás la habría tomado. Era como una niña, y cuanto mayor se hacía, más se perdía en sus delirios. No podía dejarla sola con los niños, así que envié a mi madre a echar una mano. Pero Caitlin detestaba pensar que la espiaban, y sabía que mi madre era inmune a su encanto, de modo que le hizo la vida tan desagradable que mi pobre madre se vino abajo y volvió a Dublín. Entonces contraté a una niñera. Caitlin la aceptó porque la chica estaba encandilada con ella. Mientras la adorasen no tenía ningún problema.

—Y, entonces, cuando murió... —Ellen vaciló.

—Cuando murió, fue un alivio. —Conor se incorporó y apoyó la cabeza en las manos, masajeándose la frente—. Me sentía tan mal, Ellen, por experimentar alivio tras semejante tragedia. Me odiaba a mí mismo. Quería sentirme desgarrado. Quería llorarla, pero no pude. La detestaba. La odiaba por su insensatez porque les rompió el corazón a mis hijos. Eso nunca podré perdonárselo. Los dejó huérfanos

de madre.

Ella se arrodilló a su lado y lo rodeó con los brazos, deseosa de absorber su dolor para que ya no tuviese que seguir sufriendo más.

—Tranquilo, Conor. Lo entiendo. Eres humano. Hiciste lo que pudiste.

—Me horrorizaba que se fuese remando hasta el faro. Lo hacía para fastidiarme. Quería que fuese a rescatarla. Era una forma más de llamar la atención, otro intento por poner a prueba mi amor. Tuve que sacar la barca e ir a buscarla una barbaridad de veces. Pero aquella noche en concreto, forzó demasiado. Se pasó. Tuvimos una pelea brutal y huyó al faro, cuya escalera había llenado de velitas. —Conor se frotó la frente como intentando borrar la imagen de su mente—. Me acusó de no quererla. Tenía razón. Ya no la quería. La quería fuera de mi vida. No quería volver a verla jamás. Quería que se acabara. Y se acabó. Seguramente se le prendió el vestido con una vela, porque cuando llegó arriba estaba en llamas. No pude hacer nada. Para cuando le di alcance, se había arrojado contra las rocas.

—Y te sentiste libre —dijo Ellen con dulzura.

—Sí. Me sentí libre, al fin. Sentí una mezcla de horror y alivio. —Conor la miró, consternado por su propia confesión—. Y por ahí van murmurando que soy un asesino.

—No tienen ni idea.

—Podría haberla matado...

—Pero no lo hiciste.

Él la miró con tristeza.

—Sé que no, pero deseé su muerte.

Rodeó a Ellen con los brazos y la besó ferozmente.

—Tú has hecho que todo desaparezca, Ellen —dijo Conor, echando atrás la cabeza y perdiéndose en su mirada—. Tú me has permitido seguir con mi vida. No pensé que tendría el valor de amar de nuevo. No sé qué tienes, pero cuando estoy contigo me siento más tranquilo.

—Pues yo... —empezó Ellen, de pronto lo bastante valiente para hablarle de su compromiso.

Pero antes de que pudiera seguir hablando, él estaba besándola apasionadamente y reclamando su cuerpo una vez más.

Conor y Ellen tenían el fin de semana para ellos, ya que Daphne estaba con los niños en Dublín. Pasearon por las colinas con *Magnum*, hicieron el amor hasta la saciedad y estuvieron viendo películas hasta altas horas de la madrugada. Estaban tan a gusto en la compañía mutua que no necesitaban nada más que las excepcionales cualidades que veían en el otro.

Ellen sabía que las cosas habían llegado demasiado lejos ahora como para contarle lo de William. Le extrañaría que no se lo hubiera dicho antes, cuando él se lo había contado todo sobre Caitlin; así pues, tendría que cancelar su compromiso lo antes posible y esperar que Conor no lo descubriera jamás. Sin embargo, no le parecía justo decírselo a su prometido por teléfono. Tendría que regresar a Londres y hacerlo bien, aunque no pensaba irse de Irlanda próximamente. Lo postergaría todo el tiempo que se viera capaz. Si podía postergarlo indefinidamente, lo haría. Pero por mucho que lo aplazara, sabía que algún momento dado del futuro próximo tendría que irse a casa y hacer frente no sólo a William, sino también a su madre, lo cual le resultaba aún más difícil. Mientras estuviera con Conor en Connemara podía olvidarse de que existían; después de todo, mientras estuviese escondida sería absolutamente inaccesible. Conor nunca sabría lo de su compromiso, y, además, qué más daba, si ella no amaba a William. Él no venía al caso en este momento, en el que estaba de todo corazón volcada en Conor.

Peg estaba tan contenta de tener a *Grajita* de vuelta que acogió la incipiente relación de su sobrina con entusiasmo y alegría. Tenía suficiente experiencia de la vida y la muerte para saber que lo único importante era el amor. En su opinión, Conor merecía ser feliz, y no entendía las reservas de su hermano. Puede que Desmond fuese el cabeza de familia, pero Ellen no era *su* hija. Apenas la conocía. No tenía ningún derecho a decirle con quién podía salir. Pero era tribal y Ellen tenía su misma sangre y no parecía que nada pudiese cambiar su parecer sobre el hombre al que muchos acusaban de haber asesinado a su esposa.

El domingo por la mañana, Conor y Ellen no fueron a misa, sino que pasaron la mañana en la cama. El hecho de que se les estuviera acabando el tiempo no hacía más que realzar la dulzura de sus relaciones sexuales e intensificar aún más sus sentimientos recíprocos. El domingo por la tarde, él se fue finalmente a Dublín. Tenía trabajo que hacer y estaba deseoso de abordar un nuevo proyecto. Tras cinco largos años estériles, volvía a sentirse fértil en ideas y rebosante de energía para llevarlas a buen puerto. Acompañó a Ellen a casa a primera hora de la tarde, le rodeó la cara con sus enormes manos y la besó ardientemente. Ella se recreó en el olor de su piel y el sabor de sus labios y experimentó una súbita sensación de pérdida mientras él se alejaba al volante por el sendero. Fue como si su mundo entero estuviese concentrado en ese coche, y quiso llorar de pena.

Aquella noche terminó *La edad de la inocencia*, y se dio licencia para llorar. Era un final absolutamente hermoso, pero muy triste. El paralelismo no le pasó desapercibido. La condesa de Olenska y Archer Newland no podían estar juntos porque May, la mujer de Archer, estaba esperando un bebé. Dylan y Madeline también se vieron condenados al fracaso por un bebé. Ese bebé era Ellen. Pensó en ello más detenidamente. Las fechas sugerían que Madeline se quedó embarazada antes de casarse y que había huido a Inglaterra con el padre de Ellen, Anthony. Pero ¿y si había seguido queriendo a Dylan? De ahí que le pusiese a su hija Ellen, el nombre secreto que significaba algo únicamente para ella y Dylan. Ellen procuró recordar si él había mostrado sorpresa cuando ella se le había presentado. No se acordaba. En general, Dylan había estado bastante raro en aquel primer encuentro. ¿Y si siempre lo había sabido y era esa señal secreta de amor duradero la que había alimentado su sufrimiento constante?

El asunto que más la perturbaba, sin embargo, era si su madre había querido alguna vez a su padre. Pensaba en el rostro amable de su padre y en su eterna paciencia, y se apiadaba de él. A diferencia de su madre, él nunca la había juzgado ni nunca le había hecho sentir que no estaba a la altura cuando no colmaba las ambiciosas expectativas de ambos. Siempre le había sonreído con indulgencia, como si sus payasadas le parecieran realmente divertidas. Ellen cerró el libro, confiando en que tal vez su madre los hubiese amado a los dos.

Compartió sus reflexiones con Conor cuando le llamó a medianoche, y él le sugirió que le preguntase a Dylan; al fin y al cabo, parecía que no tenía reparos en hablarle de su madre. Así pues, al día siguiente, cuando salió un momento de la tienda de Alanna a la hora de comer, se fue directa al Pot of Gold a buscarlo. Tal como se imaginaba, estaba en la barra con un chaquetón negro cruzado y una gorra negra de lana, charlando con Craic, una gaseosa de lima en la mano. Al verla su cara se ensanchó con una amplia sonrisa y sus grandes ojos marrones se iluminaron de alegría.

—Ellen —dijo, poniéndole una mano sobre el hombro—. Tengo entendido que ya eres un auténtico miembro activo de la comunidad.

—Lo soy —contestó ella orgullosa.

—Eso significa que te quedas, ¿verdad?

—En ello estamos —respondió, deseando poder agitar una varita mágica y hacer que su problema desapareciese para poder quedarse eternamente en Ballymaldoon.

—Buena chica —dijo él alegremente—. ¿Te apetece beber algo?

—Me vendría genial, gracias.

—¿Es tu hora de comer? —inquirió Craic, cogiendo un vaso.

—Me he hecho un sándwich en casa. ¿Te importa que me lo coma aquí?

—Por supuesto que no.

—Comeré contigo —dijo Dylan—. He pedido un pastel de carne y riñones. —Le sonrió y se frotó el estómago—. Estoy en edad de crecimiento.

Se sentaron a la mesa del rincón y él se sacó el abrigo, que colgó sobre el respaldo de la silla. Al quitarse la gorra, tenía mechones de pelo moreno levantados en punta. Ni siquiera se molestó en alisarlos.

—¿Qué tal tu primera mañana? —preguntó.

—Floja —contestó Ellen—. No creo que Alanna venda mucho en temporada baja.

—En verano está a reventar —le aseguró—. Entonces los turistas toman las calles como hormigas y casi no puedes andar.

—Pero eso es bueno para el negocio.

—Sí, buenísimo.

Ellen vio su cara de felicidad y se dio cuenta de que sería injusto preguntarle ahora por su madre. Podría pensar que sólo acudía a él para destapar el misterio del pasado de su madre, lo cual no era cierto. Disfrutaba con su compañía. De hecho, disfrutaba tanto estando con él que se resistía a darle la impresión de que quería de él algo más que su amistad.

—Dylan, dijiste que me enseñarías a tocar la guitarra, ¿verdad?

—Sí, y lo dije en serio. ¿Cuándo quieres empezar?

—¿Esta noche?

Él sonrió abiertamente.

—Entonces, ¿por qué no te vienes a casa, y hago unas patatas al horno?

—¡Oh! No hace falta que te lées haciendo nada.

Él se rió.

—¡No me cuesta nada meter una patata en el horno! Es lo que hago cuando no me cocina Martha.

—¿Cocina bien? —inquirió Ellen.

—Cocina de maravilla y hace muchas más cosas bien. Merece a alguien mejor que yo.

—Creo que tiene suerte de tenerte.

—No creo que haya muchas personas que coincidan contigo, Ellen.

—Me gustaría conocerla.

—Pues lo harás, si te quedas en Ballymaldoon.

—¿No vive contigo?

Dylan negó con la cabeza como si la idea fuese absurda.

—Es una buena chica católica.

—¡Caray! Esto del catolicismo sigue a la orden del día, ¿eh?

—La religión es importante. Dijo Nietzsche: «Dame un por qué y podré superar todos los cómo»; o algo así.

—No creo que Nietzsche fuese católico.

—No, no lo era. De hecho, no era nada. Era un filósofo. Pero si dijo eso, es que era muy sabio. Los seres humanos necesitan saber que su sufrimiento tiene un propósito, de lo contrario resulta insufrible.

—¿Tú eres un católico devoto?

—Me gusta ir a misa. Me gusta la ceremonia, seguramente porque es muy familiar. Mi madre era muy religiosa. En los momentos duros me resulta reconfortante. Creo que estamos aquí para aprender y evolucionar, y que un día, cuando morimos, volvemos al sitio de donde hemos venido.

Ellen recordó los profundos sentimientos que había experimentado aquella primera mañana en la playa.

—Yo, la verdad es que nunca había pensado en ello hasta que vine aquí —le dijo a Dylan—. Hay algo en la quietud del campo que hace que me cuestione el sentido de todo.

Dylan sonrió con complicidad.

—Eso es porque en la naturaleza reconoces la parte serena y eterna que hay en *ti*.

—¿Eso es lo que es? ¿Mi alma?

—Sí, es eso.

—¡No suena muy católico!

—Las religiones son como los clubes, Ellen. Para poder ser miembro tienes que obedecer ciertas normas que no tienen nada que ver con Dios y todo con los seres humanos. Es la mentalidad del club la que pone la religión contra sí misma. Tu club tiene *razón*, lo que significa que todos los demás se *equivocan*. ¿Y quién se inventa las reglas? Los seres humanos. Yo no estoy de acuerdo con muchas de las

reglas. No soy un hombre que se ciña a las reglas, pero Dios está conmigo a diario. No creo que Jesús quisiera enfrentar a las personas entre sí, sino unirnos a todos en el amor. Como siempre, el mensaje se tergiversó con fines políticos. Si ahora Jesús viniese a la Tierra, estaría más cómodo en una sinagoga que una iglesia; márame por decirlo, pero es verdad.

—Mamá es religiosa. Va cada día a misa —dijo Ellen.

—Como hacía su madre. La buena de Megan era una mujer que respetaba las leyes.

Ellen intuyó que Dylan no tenía un gran concepto de su abuela.

—¿Cómo era Megan?

—Dura como un clavo y rígida como el hierro.

—¡Vaya! Debía de ser encantadora.

Ellen soltó una risita.

—Era dogmática a ultranza. Una de esas personas religiosas que pone el dogma por encima del sentido común.

—¿Estás hablando de mi madre y de ti?

Él asintió.

—Sí, de no ser por la buena de Megan las cosas habrían sido muy distintas. Por lo menos eso es lo que creo, aunque nunca lo sabré con seguridad.

—¿Estás diciendo que si mi abuela no hubiese sido tan religiosa, mi madre y tú podríais haber tenido un futuro juntos? —Ellen frunció el ceño—. No lo entiendo.

Él la miró con los ojos como pozos, tan profundos que Ellen no podía ver el fondo. Dylan puso una mano áspera sobre la suya y suspiró.

—Si no te comes el sándwich, pasarás hambre. —Se echó hacia atrás cuando la camarera llegó con su comida—. ¡Qué buena pinta!

—Voy a buscarte un poco de mostaza —dijo ella, alejándose.

—¿De qué es el sándwich? —Él miró con atención mientras ella lo sacaba de una bolsa de papel marrón.

—De ensalada de pollo. Dylan, ¿antes de conocerme sabías que me llamaba Ellen?

Él la miró larga y reflexivamente, a continuación dejó el cuchillo y el tenedor.

—Sí, lo sabía.

—¿Cuándo lo supiste?

Ella supo por su expresión que no le resultaba agradable divulgar más información de la que quizá pretendía.

—Tu madre me escribió una carta cuando naciste.

—¿En serio? ¿Qué decía?

—Que te había llamado Ellen. —Se llevó comida a la boca con el tenedor.

—¿Eso es todo? —Él asintió—. Algo más te pondría.

Dylan estuvo un rato pensando mientras masticaba la comida. Luego tomó un sorbo del refresco. Por unos momentos, pareció una rata acorralada sin un lugar al que huir.

—Te prometo que esto quedará entre nosotros, Dylan. Puedes confiar en mí.

Él le lanzó una mirada recelosa y luego bajó la voz.

—Tu madre huyó con su lord inglés, embarazada de ti. Quería una vida distinta. Una vida que yo no podía ofrecerle. De modo que aprovechó su oportunidad y se casó con un hombre que creía que podía darle lo que quería. Pero cuando naciste, se dio cuenta de que la vida consistía en algo más que la comodidad material. Me pidió que fuese a buscarla.

A Ellen se le paró momentáneamente el corazón y luego se le aceleró.

—Pero no lo hiciste.

Él sacudió la cabeza.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Fui a Londres. Me planté delante de su casa. La vi salir con su marido. No fue sólo su risa lo que no reconocí, era todo. Parecía otra persona.

—¿Qué hiciste?

—Regresé a casa.

—¿Ella supo que...?

—Jamás lo supo.

—O sea, que pensaría que habías hecho caso omiso a su carta.

—Probablemente.

—¡Oh, Dylan! ¡Qué horror!

Él le dio una palmadita en la mano.

—Es agua pasada.

De pronto el corazón de Ellen empezó a martillearle el pecho.

—Dylan, ¿fui un desliz? —Ellen vio que dos tenues manchas rojas coloreaban sus mejillas—. Bueno, sé que fui un desliz, naturalmente. Lo que quiero saber es... Quiero decir que sé que no fui una hija deseada, y tener un hijo sin estar casada es un pecado terrible si eres una católica devota, pero ¿fui yo la razón por la que mamá y tú no pudisteis estar juntos? De no haberse quedado embarazada, puede que no se hubiese casado con mi padre. Tal vez se habría quedado en un amor de verano y ya está. Quizá se habría casado *contigo*.

Al oír eso Dylan se encorvó con desasosiego, como si la oportunidad perdida todavía le produjese dolor. Ellen se sintió mal y se apresuró a tranquilizarlo.

—Debía de quererte mucho para llamarme Ellen —añadió bajito.

Entonces, de forma totalmente inesperada, algo espinoso y molesto se le instaló en la boca del estómago. Miró fijamente a Dylan mientras los dos cercos rosas de sus mejillas se intensificaban. Notó que sus propias mejillas también le ardían, y procuró ignorar la sensación de su barriga o como mínimo ahuyentar la idea que había desatado la desagradable emoción.

—¡Quién sabe, Ellen! Como te decía, es agua pasada.

Era evidente que Dylan no quería seguir hablando de ello.

—Si no te conociera personalmente, convertiría tu historia en una novela —dijo ella animosamente,



deseando cambiar de tema.

¿Por qué ahora le repugnaba cuando hacía unos instantes le había suscitado una curiosidad desbordante?

Dylan recuperó un poco la compostura y empezó a trocear la comida.

—Puedes hacerlo, si quieres. Yo la he convertido en canciones.

—Me gustaría oírlas.

—Te tocaré un par esta noche si te portas bien.

—Podemos cantar a dos voces —propuso ella con entusiasmo.

—Creo que eso se nos da bien —repuso él, sonriéndole con cariño, y ella notó que la sensación espinosa se movilizaba y finalmente desaparecía.

Ellen volvió a la tienda después de comer. Alarma se rió cuando le contó que había comido con Dylan.

—Menudo idilio —bromeó.

—¡Venga ya, Alanna! ¿Cómo voy a tener un idilio con Dylan?

—Tranquila, sólo bromeaba. Sé dónde tienes realmente el corazón.

—Seguro que Desmond te habrá dicho muchas cosas al respecto.

Alanna se encogió de hombros.

—Desmond tiene mucho que decir sobre casi todo. No le hagas ni caso. Además, no es asunto suyo.

—Conor es un buen hombre —dijo Ellen con rotundidad—. De asesino no tiene nada.

—Estoy convencida de que sabes lo que haces.

—Lo sé.

—Estupendo. ¿Ahora te importaría etiquetarme algunas prendas de ropa? Las han traído cuando has salido.

—Estoy feliz de echar una mano en lo que sea.

—Así me gusta. —Alanna empujó una caja hasta el centro de la tienda—. Me estás haciendo un gran favor, Ellen. No sé qué habría hecho sin ti.

—Tú sí que me haces un favor a mí. No puedo vivir siempre de tía Peg. Me gustaría colaborar con los gastos.

—¡Oh! Eso a ella no le preocupa nada.

—Lo sé, lo cual hace que tenga más ganas de pagarle algo. —Vio que Alanna deslizaba un cuchillo a lo largo de la parte superior de la caja para abrirla—. Oswald le paga con cuadros cuando no puede pagar el alquiler. Me gustaría darle algo también.

—Puedes repartir tus derechos de autor cuando consigas que te publiquen el libro.

Ellen pensó en la página en blanco de su ordenador portátil.

—No sé si tía Peg vivirá tanto. —Se echó a reír—. No sé si *yo* viviré tanto.

—¿Has escrito algo ya?

Ellen sonrió con aire de culpabilidad.

—Ni una palabra.

—Bueno, estoy convencida de que no tardarás en arrancar.

—Eso espero.

—Si esperas a que te venga la inspiración, puede que nunca llegue. ¿Por qué no empiezas y ya está?

—Parecía muy sencillo. Alanna no se daba cuenta de lo difícil que era eso de «empezar y ya está».

—Tienes razón. Eso haré. A ver, ¿qué hay en la caja?

Esa noche, Ellen dejó a Oswald, Peg, Ronan y Joe jugando una partida de bridge en el salón y se fue a casa de Dylan en el coche de su tía. Tenía instrucciones claras de bajar hasta el muelle, donde vería su casa azul celeste encajonada entre una casa amarillo pálido y otra rosa claro, a un paso del Pot of Gold. Joe bromeaba muchas veces sobre que era un milagro que Dylan no se hubiese caído del muelle y se hubiese ahogado en el mar en una de sus borracheras. Pero Ellen aún no lo había visto borracho y ante las bromas de Joe ponía los ojos en blanco. Le había tomado cariño a Dylan y ya no le hacía ninguna gracia que su primo se metiese con él.

Condujo hasta Ballymaldoon y estacionó el coche en el muelle frente a la bonita casa azul de Dylan. Embarcaciones pequeñas cabeceaban en el mar, el cual relumbraba a la luz de la luna creciente, y un gato negro se escabulló junto al muro, sus ojos brillando en la oscuridad como llamas amarillas. Inspiró la refrescante fragancia del aire puro y suspiró de placer al oír el chapaleteo del mar y ver el cielo azul marino, centelleando con alguna que otra estrella. Apenas alcanzaba a vislumbrar el faro. Parecía melancólico, como el vigilante nocturno que piensa en las largas horas que le quedan hasta el amanecer, o extiende la mirada al mar, cavilando sobre lo que le remuerde. No podía imaginarse a Caitlin saltando al encuentro de la muerte y a Conor viendo su cuerpo estrellarse contra las rocas de debajo, porque la belleza lo volvía benigno. La belleza lo volvía todo benigno, hasta sus propios miedos.

No echaba de menos Londres. No echaba de menos el ruido del tráfico ni el arrebol de una ciudad que nunca estaba a oscuras. La tranquilidad de Ballymaldoon la atraía. Nunca había visto estrellas tan brillantes ni un océano tan vasto. El hecho de que Conor formase parte de este romántico lugar hacía que aún lo quisiera más. Sonrió al pensar en él. Habían hablado varias veces a lo largo del día. En un momento dado, él había llamado únicamente para oír su voz y había colgado al cabo de menos de un minuto porque tenía que entrar en una reunión. Luego ella había sostenido el teléfono contra el pecho, como si de algún modo éste contuviese su esencia. Cuando no hablaban, se enviaban mensajes de texto. Los mensajes de Conor eran tan eróticos como afectuosos, y ella se moría de ganas de que llegase el fin de semana para volver a estar juntos.

Con esos pensamientos felices llamó al timbre de Dylan. Él abrió la puerta casi en el acto. Un chucho marrón claro se coló entre sus piernas y empezó a olisquear emocionado los tobillos de Ellen.

—Me imagino que huele a *Mister Badger* —dijo Dylan.

—No sabía que tenías perro.

—Se llama *Finch*. Es un buen chico. Martha y yo nos peleamos por él y suele ganar ella.

—Pero vive contigo.

—Vive con los dos.

—¡Ni que fuese hijo de padres divorciados!

Él soltó una risita.

—Un poco sí, supongo. Es mestizo. Está feliz en cualquier sitio siempre que le des comida y agua. — Dylan se hizo a un lado—. Déjala pasar, *Finch*. Entra. He comprado Coca-Cola para la ocasión.

—Gracias. ¿Cómo van las patatas?

—De maravilla —contestó él, entrando tras ella.

El salón era muy masculino, con un enorme sofá de cuero desgastado y sillones raídos de color rojo óxido y marrón. Una lumbre crepitaba en la chimenea, inundando la sala de olor a leña. Había un cenicero repleto de colillas de cigarrillo sobre una de las mesillas auxiliares y las estanterías se combaban bajo el peso de tantísimos libros. Arrimado a una pared había un piano vertical con la tapa levantada y las teclas amarillentas por los años. Había manuscritos y revistas esparcidos sobre cada superficie. No había absolutamente ningún orden en la estancia y, sin embargo, estaba llena de encanto.

—Así que aquí es donde creas, ¿eh? —dijo ella, reparando en la guitarra apoyada en uno de los sillones.

—¿Lo has adivinado? —Ella lo miró y vio que estaba sonriendo. Él se rascó el mentón rasposo—. ¿Por qué será?

—Lo encuentro precioso. Es muy *tú*, Dylan. Apuesto a que a la pobre Martha no le dejas tocar nada.

—No vas desencaminada, Ellen. A Martha apenas le dejo entrar en casa. ¡Eres una privilegiada! Bueno, voy a buscarte algo para beber y luego empezaremos a tocar. ¿Tienes hambre?

—No mucha.

—Estupendo. Dejaré las patatas un rato más, pues.

Se fue de la sala.

Ellen recorrió la estancia, mirándolo todo. Esperaba ver fotografías de su adorada Maddie, pero no había ninguna a la vista. Se preguntaba si Dylan las habría escondido en alguna parte por respeto a Martha. Lo oyó tararear en la cocina, y sonrió. Estaba encantada de estar allí y emocionada ante la perspectiva de volver a aprender a tocar la guitarra, tras una década sin tocar. Su madre había hecho todo lo posible por impedirle cantar en un grupo musical y, sin embargo, ahí estaba, a punto de empezar una sesión improvisada con un músico de verdad que resultaba ser el antiguo amor de su madre. Lo irónico de la situación hacía que fuese aún más apasionante.

Se acercó a una cómoda situada debajo de una ventana y cogió una partitura escrita a mano, titulada *Cielo de Connemara*. Debajo de la partitura había un montón de CD sueltos, aparentemente apilados de cualquier manera. Cogió uno. A simple vista pensó que la fotografía era de Al Pacino, pero tras un minucioso examen vio que era Dylan de joven. Peg estaba en lo cierto: había sido muy guapo, de belleza enigmática y melancólica.

Oyó que regresaba y volvió a dejar rápidamente el manuscrito. No quería que Dylan la sorprendiese husmeando. Él le dio el vaso de refresco.

—Te grabé la música en el iPod —anunció, levantando la guitarra—. Tienes una fantástica lista de reproducción para oír mientras escribes. Que no me olvide de dártelo, ¿vale?

—¿Me darás algunos de tus viejos álbumes para que también los escuche?

Por un momento él se mostró un tanto huidizo.

—Puede que tenga alguno por ahí, no estoy seguro —contestó con imprecisión.

—Pero...

Ella iba a protestar diciendo que acababa de ver una pila entera de álbumes encima de la cómoda, pero había algo en la conducta de Dylan que evidenciaba su reticencia. El hecho de que no quisiera que ella escuchase sus temas antiguos avivaba aún más su curiosidad por oírlos.

—Si te sobra alguno, me encantaría tenerlo.

—Tendrás que quitarle las telarañas.

—¡No han pasado tantos años!

—Muy bien, siéntate aquí y empecemos. Toca el acorde de sol.

Conforme reaprendía la escala siguiendo las pacientes indicaciones de Dylan, todo se agolpó en su mente como sucediera en la ermita. Las notas negras de la partitura que él le puso delante empezaron de pronto a tener sentido y sus dedos sintieron los antiguos y familiares patrones que creía que había olvidado. Cuando se puso a tocar una canción de los Beatles, Dylan se sentó al piano y la acompañó de oído. Después entendió que, en realidad, él no necesitaba leer las partituras. Sólo con oír una melodía era capaz de tocarla maravillosamente con cualquier instrumento que se le antojara. La música era una lengua que él hablaba con fluidez y, después de cenar, cuando le cantó algunas de sus antiguas canciones, ella comprendió que era un medio por el cual era capaz de expresarse plenamente.

Cantaron a dúo y sus voces se mezclaron para crear un sonido brillante y emotivo. Y al cantar se miraron el uno al otro con deleite, ambos conscientes de la magia que irradiaban cuando sus voces se unían. Reacios a parar, encadenaron una canción tras otra hasta que se pusieron a componer juntos, sus ideas rebotando de uno a otro como un juego de pelota rápido y frenético en el que los jugadores apenas alcanzan a mantener el ritmo. Ellen sintió el alma henchida de felicidad como le había pasado aquella mañana en la playa cuando había arrojado su teléfono al mar. Por fin había encontrado una salida para su creatividad atrapada y asfixiada.

Era tarde cuando se levantó para irse. De no ser porque visualizó a su tía pendiente del sonido de su coche, se habría quedado tranquilamente hasta el amanecer. Pero era más de medianoche y sabía que, si se quedaba más rato, le daría al pueblo algo más de lo que chismorrear. Ya tenía bastante con verse con Conor; ¡no quería que la acusaran de tener una aventura también con Dylan!

Antes de irse, él fue a buscar su iPod a la planta de arriba. Ellen no dudó en coger un CD de la cómoda. No le remordió la conciencia, porque él tenía muchos, y ella se había tomado su negativa como fruto del bochorno que le producía haber compuesto tantas canciones sobre su madre. Tal vez revelasen más cosas de su corazón de las que él quería mostrarle. Sea como fuere, Ellen decidió escuchar las canciones y devolver luego el CD sin que él lo supiese nunca. En cuanto al iPod se preguntaba si la música le imbuiría el mismo entusiasmo que esta noche le había infundido su sesión improvisada.

Regresó a casa de Peg con cierta levedad de espíritu. Su tía no salió de su cuarto, pero intuyó que estaba despierta, como una madre pendiente de su hija. Cuando al fin se metió en la cama, llamó a Conor.

—Hola, mi amor —dijo él medio dormido—. ¿Dónde estabas?

Lord Anthony Trawton no es como me imaginaba. Es alto y delgado, de pelo claro canoso y ojos de un azul desvaído, el color de un cielo inglés al alba. Tiene una nariz larga y recta, pero sus labios son delgados y su mentón se hunde, lo cual no es atractivo, aunque supongo que tiene un aspecto aristocrático, que probablemente sea lo que al principio atraería a la joven Maddie Byrne. Va ligeramente encorvado y tiene una expresión dulce, casi contrita; me pregunto si los años de matrimonio con esta mujer ambiciosa y rígida lo han apocado en cierto modo. Se le ve aplanado, como una judía verde, mientras que su esposa es voluptuosa y robusta como una ciruela.

Lady Trawton es una mujer muy atractiva. Tiene el pelo moreno y brillante a la altura del hombro, cardado con cepillo y secador, y gruesas pestañas negras que enmarcan unos ojos astutos y felinos. Su piel es blanca y sus labios son escarlata, pero es delicada e imponente y engreída. Tiene las maneras de la mujer que siempre ha sido hermosa. Lo sé, porque yo fui hermosa, también, y sabía cómo sacarle partido.

Madeline está acostumbrada a controlar su mundo. La casa está magníficamente decorada, pero es incómoda como un museo. Todo parece forzado, como si hubiese comprado cosas para construir una imagen, pero no un hogar. Esos sofás de seda son una maravilla, pero demasiado mullidos para sentarse; las mesas están decoradas con objetos magníficos, pero no te dicen nada de la mujer que los adquirió; hasta los jarrones de orquídeas parecen estériles, como esas flores tropicales de vestíbulo de hotel que he visto en revistas y parecen de plástico. Las habitaciones habrán costado un dineral y son espléndidas pero artificiales, y me fijo en que la única estantería que hay está repleta de libros ilustrados de arte de tapa dura que salta a la vista que han sido ordenados al tuntún, pero nunca leídos. Conor y yo elegimos todo con amor, al margen del estilo. Con los años fuimos mezclándolo todo en una ensalada de colores y texturas, y vimos con qué armonía encontraban su sitio, capa a capa. Nuestro castillo era nuestro verdadero hogar porque cada objeto, cada cuadro, cada mueble se eligió porque nos gustaba, y cada libro fue colocado en la biblioteca porque Conor lo había leído. Pero esta casa es poco profunda como una bonita fuente, y el agua que corre por ella está fría.

Lavinia y Leonora son altas y de piernas largas, tienen el pelo largo rubio y los enormes ojos azules de su padre. Emiten el aire de superioridad que confieren el dinero y los privilegios. Seguras, con las manos arregladas y lánguidas, son mujeres que no hacen más que comer en restaurantes de postín e ir de cóctel en cóctel como lirios fragantes. Puede que Ellen no tenga su estatura, o su belleza más clásica, pero la chica por lo menos tiene personalidad. De eso no cabe duda. Sí, tiene el brío de las irlandesas. Tiene sentido del humor, ingenio e inteligencia, mientras que estas adorables criaturas son tan exánimes como las maniqués de las tiendas. Cuesta creer que han salido todas del mismo nido.

Ellen ha despertado en todas una emoción espumeante con su desaparición. Madeline no lo lleva bien, porque es una mujer acostumbrada a mover los hilos de las marionetas, pero ahora que una de sus marionetas se ha escapado, no sabe qué hacer. Está nerviosa, inquieta y enfadada. Anthony es más flemático; al fin y al cabo, le dice a su mujer, la niña sólo hace un par de semanas que se ha ido. Dice que entrará en razón y volverá cuando esté preparada, pero Madeline intuye los problemas de fondo que subyacen, como serpientes enredadas en un hoyo que siempre ha estado oculto bajo la superficie, ensanchándose y volviéndose más amenazante alimentado por el descontento de Ellen.

Así pues, Madeline vive su angustia en soledad porque su marido no se da cuenta de la verdadera

naturaleza de la huida de su hija. Para él simplemente ha roto con el estrés de su inminente boda. Pero ella sabe que su *hija* está repitiendo lo que ella misma hizo unos treinta y tres años atrás, y con su huida está arañando el limo de su ordenada vida, enturbiando el agua con recuerdos que sin duda alguna preferiría olvidar.

De modo que a mí me resulta fácil susurrarle a su consciencia de noche, porque la semilla de la duda ya ha sido plantada por la propia culpabilidad de Madeline. Irlanda está en su mente, y cuando duerme, está en sus sueños, porque se gira y farfulla, y yo intuyo que las escenas del pasado están saliendo de nuevo a la superficie y empezando a atormentarla, como cadáveres resucitados en un cementerio. Así que yo la atormento aún más. Le susurro las palabras que más duelen: Dylan, Ellen Olenska, Dylan, Ellen Olenska, una y otra vez. Recuerda que el tiempo no es ningún problema para mí. Puedo quedarme días pegada a su oído sin cansarme ni aburrirme. Y eso hago, y gota a gota riego la semilla y la veo crecer, hasta que veo el primer brote verde fruto de mi esfuerzo.

—¡Irlanda! —exclama ella jadeando una mañana, incorporándose en la cama y subiéndose el antifaz sobre la frente—. ¡Irlanda! —Le propina un codazo a su marido, que duerme a su lado. Despunta el día y el estruendo del tráfico matutino se oye como el rugido distante del mar—. Anthony, despierta. Sé dónde está. —Enciende la luz de su mesilla de noche.

Él rueda boca arriba y abre los ojos con un gruñido.

—¿Sabes dónde está? —murmura, consultando su reloj—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo intuyo. Por qué no se me habrá ocurrido antes.

—Cariño, ¿por qué iba a irse a Irlanda? No conoce a nadie allí.

—Porque es el único sitio donde sabe que no la buscaré.

Anthony le pone una mano en el brazo. Es el primer gesto cariñoso que le he visto hacer.

—Esto te está volviendo loca, Madeline. Tienes que dejar de preocuparte por ella. No es una niña. Volverá.

—No, sé que tengo razón.

—¿Has soñado con Irlanda?

—Sí.

Ella ahoga un grito, como si él acabase de tocarle una herida abierta.

—Anda, va, desayunemos.

Ella sale de la cama y corre hasta el cuarto de baño.

—Necesito que me lo confirmen. Ya sabes que esa estúpida de Emily en ningún momento me ha devuelto la llamada, así que seré yo la que vaya a verla. La montaña irá a Mahoma.

—Como quieras, cariño —contesta él con desgana.

—Sí, pienso sonsacárselo como sea. Esto tiene que acabar ahora mismo. ¡Ya está bien!

Contempla su rostro en el espejo, momentáneamente vencida por la embestida de la edad, que es por las mañanas cuando es más agresiva.

—¡Qué egoísta es Ellen por hacerme pasar por esto! ¡Esto está arruinando mi belleza!

Aquella noche, la sigo hasta un edificio de estuco blanco de Pimlico. Está oscuro y ventoso y el pavimento resplandece con la lluvia. Permanece sentada en su Bentley conducido por un chófer, mirando por la ventanilla como un ladrón en espera de saltar. Hace frío. El humo que despiden los tubos de escape del

coche se dispersa en el aire gélido como la niebla y hay una neblina gris rodeando las farolas. Siento mi alma densa y oscura, como si la noche penetrase de algún modo en mi ser y me adentrara en mi limbo y me alejara más de la luz, que sé que está ahí fuera en algún sitio, escapando a mis poderes de percepción actuales.

Al fin, una mujer joven enfundada en un abrigo con cinturón y sombrero de lana sale de las sombras y sube corriendo los escalones hasta la puerta principal. Busca a tientas las llaves en el bolso. Madeline no espera a que abra la puerta y desaparezca en el interior. Es demasiado astuta para eso; por el contrario, se baja del coche antes de que el chófer le abra la puerta y en un segundo se planta tras ella.

—¡Emily!

La chica se gira, el rostro pálido bajo el sombrero negro.

—¡Lady Trawton!

La han cogido desprevenida. Tiene cara de haber visto un fantasma. No creo que se asustara más si yo me materializara ante ella.

—Como no me devolvías la llamada, he decidido venir a verte.

—Es que...

—¿Por qué no entramos? Hace demasiado frío para estar aquí fuera.

Emily abre la puerta con dedos temblorosos y ambas acceden al recibidor. Su apartamento está en el primer piso y ninguna habla mientras suben por la estrecha escalera. Madeline echa un vistazo con indiferencia al pequeño apartamento. No puede interesarle menos; aunque te aseguro que tiene mucha más gracia que el número doce de Eaton Court. La chica se saca el abrigo. Lleva una falda moderna por la rodilla y botas de cuero fino. A la luz del apartamento puedo apreciar que es una hermosa joven de pelo castaño claro, pómulos altos y ojos marrones hundidos. Está excesivamente delgada, que es la pesadilla moderna, y si yo fuese su madre le asaría unas cuantas patatas más para que engordara. Madeline se queda en el centro del salón, sin sacarse el abrigo. No pretende estar mucho rato. Sólo el tiempo suficiente para confirmar su teoría. Me doy cuenta de que Emily no tiene nada que hacer contra Madeline Trawton. Nadie puede con ella.

—Bueno, ya sabes por qué he venido —empieza la madre de Ellen con brusquedad.

Emily ha dejado de temblar. Pasea tranquilamente hasta la cocina, que está abierta al salón, y coge una botella de Chardonnay de la nevera.

—No sé usted, lady Trawton, pero yo necesito una copa de vino cuando acaba la jornada.

—Sé dónde está, Emily.

La chica se sirve el vino en una copa. Imposible beber más deprisa. No bien deja la botella, está la copa en sus labios.

—Está en Irlanda —declara Madeline, como si fuese un hecho irrefutable—. No te sorprendas tanto. Era inevitable que acabase descubriéndolo; que no nací ayer.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunta Emily, sin siquiera intentar objetar nada.

—No puedo decírtelo, me temo.

La joven se bebe el vino de un sorbo y traga ruidosamente.

—Quiero que le llames por teléfono y le digas que vuelva.

—No puedo hacer eso. No tengo su número.

—Tienes su número de móvil, ¿no? A *ti* te contestará.

—Lo tiró al mar.

Madeline está frustrada.

—¡Menuda estupidez! Pero ¿qué le pasa?

Emily parece nerviosa, entonces le suelta:

—Que no quiere casarse con William.

Madeline está estupefacta.

—Naturalmente que quiere —salta.

—No, en realidad no.

Los hombros de Emily caen en señal de derrota, como si fuese consciente de estar traicionando a su amiga y se sintiera culpable.

—Le ha entrado miedo, nada más.

—Es más que eso. No lo ama.

—No sabe lo que quiere.

Emily apura la copa y la rellena, luego se apoya en la encimera.

—Me ha dicho que se ha enamorado de Connemara y no quiere volver jamás.

El rostro de Madeline está que revienta, del color del pimiento rojo. La chica se recupera, como el atleta que vuelve a la carrera tras un breve tropezón.

—¿Qué quiere decir que se ha enamorado de Connemara? Sólo lleva quince días fuera.

Emily se encoge de hombros.

—No lo sé. Me lo dijo la semana pasada. Todos cantan «Danny Boy» en el *pub*, que se llama Pot of Gold.

A Madeline le cuesta tenerse en pie. Su voz se apaga.

—¿Y dijo que no quería volver jamás?

—Sí.

—Es absurdo. —Pero su tono ha perdido el veneno. Parece derrotada.

—Pero cierto. Se lo aseguro, ni torturándola la arrastraría hasta el altar para casarse con William.

—¡Oh! No hará falta tanto como eso. No cuando haya hablado con ella. Iré a buscarla y la traeré yo misma.

—¿Qué más da que no quiera casarse con William? Es *su* vida...

Por unos instantes, veo que la fachada cuidadosamente construida de Madeline se resquebraja ligeramente, como si fuese una muñeca de porcelana que se rompe por dentro. Se pone pálida. Su piel se vuelve muy blanca, y sus labios se ven entonces rojos como la sangre. Abre la boca y se le escapa un pequeño gemido. Los hombros caídos. Me pregunto si Emily habrá notado que esta mujer rígida e indomable ha adoptado de pronto el aspecto de un niño perdido. Intenta transformar los pensamientos en palabras, pero éstas no se forman como debieran. La joven toma otro sorbo, aparentemente ajena al dolor tan acerbo y profundo que hay en los ojos de la mujer. Es como si su alma atormentada estuviese gritando, pero sólo yo pudiese oírlo. Emily permanece completamente inmóvil, triunfante incluso, por



haber sacudido a la madre de Ellen hasta los cimientos.

Sin pronunciar una palabra más, Madeline huye. No puede explicarle a Emily lo que siente. No creo que pueda explicárselo a nadie. Pero algo le solivianta, y es vital. Sale prácticamente corriendo a la calle. Le dice al chófer que se vaya sin ella. Le apetece ir andando a casa. No hay tiempo para persuadirla a subirse al coche, porque ya está andando por el asfalto con paso largo. Es una noche fría y sopla un ventarrón, pero a Madeline no le importa. Percibo en el viento su necesidad de estar sola. El coche se aleja lentamente, por si ella cambia de idea y le hace una señal al chófer para que vuelva. Pero no la hace, y finalmente el vehículo se pierde en el tráfico.

Madeline rompe a llorar tan pronto como empieza a llover. Recorre lentamente el pavimento, las manos en los bolsillos, los hombros encorvados, el pelo aplastado y mojado sobre la cara. Como un animal herido en busca de un lugar apartado en el que tumbarse y lamerse las heridas, deja la calle principal haciendo eses, tomando callejones oscuros y calles estrechas hasta que da con un banco. Se sienta en el asiento encharcado y apoya la cabeza en las manos. Los sollozos le sacuden todo el cuerpo. Me pregunto en qué estará pensando. Creo que, si me concentro, podré adivinarlo.

Tendría que sentir compasión. Pero lo único que experimento es una sensación de triunfo, porque ahora se irá a Irlanda y se llevará a Ellen. Apartará a su hija de Conor, y mi marido volverá a ser mío. No creo que la chica vaya a enfrentarse con su madre. He visto a Madeline en su apogeo y tiene una fuerza nada desdeñable. Ellen se casará con William; al fin y al cabo, es el hombre adecuado para ella. Irlanda quedará reducida a un recuerdo agri dulce. *¿En serio pensaba que encajaría allí?*

Veo a Madeline cada vez más empapada, hasta que sus sollozos se reducen a algún que otro resuello y escalofrío. Se queda mucho rato ahí, bajo la llovizna, mirando al frente como si estuviese viendo pasar sus recuerdos. Está absorta en sus pensamientos, lejos, muy lejos, y yo intento percibir qué ve. Pero lo curioso es que, ahí sentada con el pelo empapado y el maquillaje emborronado, se parece a Ellen. Bajo la impecable lady Trawton hay una joven cuyo espíritu se ha quebrado. Me imagino que éste será el aspecto de Ellen cuando Conor se aleje de ella y quede sumida en las sombras junto con los demás despojos que él ha abandonado.

Noto un curioso malestar en el alma. No sé de dónde sale, pero me inunda de tristeza. Sé que es compasión y desprecio mi propia debilidad. La compasión no me dará lo que quiero. La compasión me hará perder cuanto tesoro. Me concentro en mi objetivo y al cabo de un rato noto la consabida oscuridad envolviéndome como una capa, al tiempo que mi total y absoluta aversión hacia Ellen expulsa la compasión.

De pronto un Bentley vuelve la esquina y los faros alumbran a la mujer calada hasta los huesos que está sola sentada en el banco. Se detiene a su lado. Madeline sale de su trance y respira hondo. Su cara denota sorpresa al reconocer el vehículo. La puerta se abre de golpe y Anthony sale enfundado en un grueso abrigo, guantes y sombrero. Le echa una manta sobre los hombros y le ayuda a levantarse. Ella no opone resistencia. La veo subirse al coche y pienso en lo mucho que se parece a una niña pequeña, atendida por un padre paciente y resignado.

Ella descansa la cabeza en su hombro mientras el chófer conduce de vuelta a Eaton Court. Nadie habla. Durante un buen rato ha regresado a Irlanda, allí sentada en ese banco, pero ahora ha vuelto a la vida que eligió hace treinta y tres años, en los brazos del hombre que prefirió antes que a Dylan. Se ha asomado al pozo de su pasado, pero yo sé que eso no hará más que reafirmar su determinación.

Ellen tenía ya la sensación de que siempre había vivido en Ballymaldoon con tía Peg. Aunque no hacía ni quince días que estaba allí, se sentía como en casa. Se había convertido en una cara conocida del pueblo. Los vecinos la saludaban cuando iba a comprar provisiones para su tía o acudía al Pot of Gold con Johnny, Joe o Dylan. La gente ya no se la quedaba mirando como si fuese una alienígena, sino que la aceptaban como a una Byrne. Sus tíos se habían encargado de eso, levantando un grueso muro de protección a su alrededor, enviando un mensaje muy claro a la comunidad de que era una de los suyos.

Disfrutaba ayudando en la tienda. No había muchos clientes, pero de vez en cuando se dejaban caer amigos y familiares para «charlar» y nunca se aburría. Además, disfrutaba de la compañía de Alanna. Su tía era una mujer sencilla con un sentido del humor mordaz y un espíritu generoso, y no hacía más que hablar de cotilleos locales que era muy dada a compartir. Las dos mataban el tiempo charlando mientras tomaban interminables tazas de té.

Por las noches, cuando no improvisaba música con Dylan, jugaba al ajedrez con Oswald o formaba un cuarteto a la mesa de bridge con Oswald, Peg y Joe. Los días estaban salpicados con las visitas al Pot of Gold, donde siempre encontraba a sus tíos y primos y donde Dylan la esperaba con una idea nueva para una canción.

El viernes sus suspiros por Conor eran casi insoportables. Hablaban y se enviaban mensajes de texto, pero echaba muchísimo de menos su presencia física. William y su madre habían sido desterrados de su mente y ya no le preocupaban. Conor le llenaba cualquier hueco de la mente y era tan dominante que dejaba poco espacio a los demás.

Cuando llegó el viernes por la tarde, la recogió en casa de Peg como la otra vez, pero, en lugar de llevarla a la mansión Reedmace, se detuvo delante del castillo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella, emocionada ante la idea de ser admitida en este santasanctórum que había asumido que le estaba vetado.

—He llevado a mamá y a los niños abajo. Pero he pensado que eres mi chica y ésta es mi casa. Hay pocos muebles, pero no veo ningún impedimento para usarla. —Deslizó la mano por debajo de su pelo y le rodeó la nuca—. Y aquí tenemos una intimidad absoluta.

Ellen iba a comentar que creía que la casa estaba encantada, pero se calló. Él la estaba mirando con ojos risueños y su boca sonreía debido a los pensamientos lascivos que se le agolpaban ahora en la mente, con lo que ella no tardó en dejar de pensar en el fantasma de su mujer.

—Quiero subir ya y hacer el amor contigo —dijo él, inclinándose para rozarle los labios con los suyos.

Su beso se volvió ardiente y apasionado y por unos instantes olvidaron el castillo y la cama que los esperaba en el piso de arriba. Ellen cerró los ojos, inspiró el olor familiar de Conor como si él fuese una droga y ella una adicta incurable, y se entregó felizmente al momento.

Muy a su pesar, él apartó el rostro.

—¡Salgamos de aquí antes de que me propase y demos un espectáculo inolvidable delante de Joe y Johnny!

Ellen se echó a reír y se bajó del coche, corriendo tras Conor hasta la puerta principal. Él introdujo la llave en la cerradura y la giró. El portón se abrió sin problemas y accedieron al vestíbulo. Él lo cerró

tras ellos y echó el cerrojo. El vestíbulo estaba medio a oscuras, pero el retrato de Caitlin parecía captar la escasa luz que se filtraba por las ventanas y relucía de manera inquietante. Conor no residía allí, pero la tomó de la mano y la condujo veloz por la ancha escalera. Ellen se preguntó por qué no había descolgado el cuadro. Si tanto lo había atormentado Caitlin, ¿por qué seguía colgado su retrato en la pared?, ¿para atormentarlo aún más?

El encanto de este antiguo edificio distrajo sus pensamientos. Aunque se habían llevado los muebles y el resto de cuadros, las alfombras escarlata seguían cubriendo los suelos y las comisas y artesonados estaban aún como cuando se construyó el castillo medio milenio antes. El edificio tenía una osamenta preciosa, como la mujer hermosa que necesita poco adorno para realzar su esplendor natural. Ellen podía imaginarse lo magnífico que habría sido cuando era un hogar.

Conor no se entretuvo, sino que se apresuró por un largo pasillo, a través de un rellano y a lo largo de otro pasillo de moqueta roja, hasta que abrió una puertecita de madera al fondo, tan baja que tuvo que agacharse. Al otro lado había una escalera empinada y estrecha. Los peldaños de madera estaban gastados en el centro tras siglos de pisadas.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella, encantada con la excentricidad del lugar.

—A la torre, donde pienso secuestrarte y hacerte toda clase de perversiones que se me ocurran.

—¡Dios! ¡Me muero de ganas!

Ella se rió mientras lo seguía escaleras arriba. En lo alto una estrecha ventana de celosía iluminaba un pequeño descansillo.

Conor abrió otra puerta.

—Y aquí, princesa mía, está tu cárcel.

Ellen entró a una habitación circular atestada de cosas de Conor. Había una cama con cuatro columnas envuelta en colgaduras de seda azul bordadas, con flecos escarlata. Alfombras persas cubrían las tablas del suelo, había un montón de libros y papeles sobre un escritorio, un viejo armario ropero estaba arrimado contra la pared y ella se fijó en que había sido expresamente diseñado para adaptarse a la curvatura natural de la habitación. Había cuadros en las paredes, dos ventanas, debajo de éstas, anchos asientos empotrados y revestidos de madera para leer con luz natural y gruesas cortinas de seda para que no entrara el frío. En la puerta de al lado había un bonito cuarto de baño pequeño. Era como si Conor hubiera vivido siempre aquí arriba, en esta torre secreta.

Estrechó a Ellen en sus brazos.

—¿Te gusta?

—Me encanta. ¿Vienes aquí muy a menudo?

—Siempre que necesito estar solo. —Le besó en la sien—. Eres la única mujer a la que he invitado a subir aquí. Es lo más cerca que estarás de mi mundo privado. Y quiero compartirlo contigo.

—¡Oh, Conor...! No sé qué decir.

—Pues no digas nada. —Él le levantó el mentón con un dedo—. Y deja que te disfrute. Llevo toda la semana esperando este momento.

Era más romántico hacer el amor en esta torre apartada que en la mansión Reedmace. Aquí nadie los encontraría. Estaban completamente a solas. Era como si ella se le hubiera metido en la piel y se hubiera colado en su alma. Las vibraciones estaban impregnadas de emoción; ya fuese dolor, furia, felicidad o amor, ella suponía que Conor había buscado aquí refugio en cada embestida.

Se tomaron su tiempo. No había prisas. Era como si estuviesen en una nube donde el tiempo no pudiese alcanzarlos. Exploraron sus cuerpos mutuamente como si fuera la primera vez y saborearon cada momento intenso de descubrimiento.

La química era tan brutal que cada caricia parecía destapar aún más capas de sensación y abrir más vías para la esperanza. Al mirarlo a los ojos, Ellen no vio sombras, únicamente el resplandor azul claro de un cielo de verano.

Más tarde se quedaron hablando en la cama. Él le habló de un nuevo proyecto que había emprendido para hacer una película basada en una novela de aventuras que de niño le había encantado. Estaba emocionado y entusiasmado con ello. Ella le habló de Dylan y la música que estaban componiendo juntos.

—Verás, cuando cantamos ocurre algo especial con nuestras voces.

—Como Abba —bromeó él, sonriéndole con ternura.

—Es aún más mágico que eso —repuso ella—. Por lo visto Dylan era bastante conocido en su época, ¿sabes?

—Lo sé. Puede que hasta tenga un par de CD suyos.

—¡Oh! Le he robado uno. Bueno, técnicamente se lo he robado, pero me gusta pensar que lo he tomado *prestado*.

—¿Por qué no le pediste que te lo diera y ya está?

—No, por alguna razón no quiso darme ninguno. Se lo pedí e hizo como si no tuviera. Pero yo sabía que tenía, porque, cuando él se fue a la cocina, me puse a curiosear y vi que había un montón.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido?

—Todavía no lo he escuchado.

—¿Lo llevas encima?

—Sí, sigue en mi bolso.

—Entonces lo pondremos ahora.

—De acuerdo. Seguro que es bueno. Dylan tiene una voz preciosa.

Ellen encontró el bolso debajo del montón de ropa que había dejado en el suelo, y extrajo el CD. Leyó el título.

—*Voz del silencio*. Seguro que es triste.

—No pasa nada. Probablemente escribió las canciones para tu madre.

—Y ella sin saberlo.

Ellen suspiró con impaciencia al pensar en su madre y le pasó el CD a Conor.

Él recorrió su cuerpo desnudo con la mirada.

—Tienes un cuerpo precioso, Ellen.

—Gracias, Conor —dijo, y ella meneó juguetona el trasero mientras volvía hacia la cama.

Él introdujo el CD en el equipo de sonido y luego se abalanzó sobre ella.

—Ese contoneo de trasero es como el capote rojo para un toro.

—O sea, que eres un toro. —Ella soltó una carcajada ronca—. Eres un pelo engreído, ¿no te parece?

Él la silenció con un beso al tiempo que el melodioso sonido de la guitarra resonaba en los altavoces. Se perdieron un rato el uno en el otro mientras Dylan cantaba al amor y la pérdida, pero ninguno se concentró realmente en las palabras. Las melodías eran pegadizas y su voz, profunda y enérgica, pero ellos estaban demasiado volcados el uno en el otro para prestar atención al tema que recorría como un doloroso hilo todas las canciones. No escucharon la letra hasta un rato después cuando, ahítos, yacieron entrelazados.

La mano de Conor, que estaba acariciando el pelo de Ellen, se detuvo. El cuerpo de ella, que estaba relajado y caliente contra el suyo, se tensó y quedó paralizado. Ninguno habló. Se limitaron a escuchar. Cuanto más cantaba Dylan, más conciencia tomaban de la esencia de su dolor. Por fin Ellen se incorporó y miró fijamente a Conor. Tenía la cara blanca como las sábanas.

—Está hablando de mí —dijo.

—Lo sé —repuso él en voz baja.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Llevo días con un presentimiento extraño, pero no sabía exactamente de qué se trataba. Debería habérmelo imaginado.

—¿Cómo ibas a adivinarlo?

—*Tú* lo hiciste. Lo sé por tu forma de mirarme. Tú ya lo habías deducido, ¿verdad?

—Mi amor, ¿por qué iba tu madre a llamarte Ellen si no eras hija de Dylan?

—¡Oh, Dios! Soy hija de Dylan. No soy hija de papá. —Su rostro se frunció—. No quiero ser hija de otra persona. —Una oleada de emoción le subió desde el vientre y explotó en un sollozo gigantesco—. ¡Quiero a mi padre, Conor!

Él se incorporó y la rodeó con el brazo. La besó en la cabeza con ternura.

—Me preguntaba si algún día lo averiguarías.

—¿Me lo habrías dicho?

—Por supuesto que no. Hay cosas que es mejor *no* saber.

—Bueno, la liebre ya ha sido levantada, ¿no? No puedo fingir no saberlo. Ya nada volverá a ser igual.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Esto es un mazazo tremendo. No sé qué hacer. —Ellen se sorbió los mocos y sucumbió a otra oleada de desesperación—. No me parezco en nada a mi padre, ¿verdad? A Anthony, me refiero...

Conor parecía consternado.

—Ellen, él es tu padre, te haya engendrado o no —dijo con rotundidad.

—Lo sé. Es sólo que ahora suena raro.

—No, no suena raro. No es más que biología. Tu padre te ha dedicado todo su tiempo, amor y entrega.

—¿Crees que mamá también engañó a papá? ¿Crees que él lo sabe? Seguro que no. Quiero decir que yo nunca he tenido la más mínima duda de que era su hija. Jamás. —Sacudió la cabeza—. Es imposible que él lo sepa.

—En ese caso, tu madre actuó contrarreloj.

—¿Por qué no se casó con Dylan? Si yo era su hija, ¿por qué no se casó con él?

—Vas a tener que preguntárselo a ella.

—Si conocieras a mi madre, sabrías que *eso es* imposible. Soy incapaz de sacar ese tema. Se moriría.

—No se morirá, Ellen, y sabrás la verdad. Creo que tienes que mejorar la comunicación con tu familia.

Ella se giró hacia él.

—Seguramente se quedó embarazada de Dylan y le endosó el embarazo a papá. Por eso se casaron tan deprisa.

—Me pregunto cómo se enteraría Dylan de que eras su hija.

—Recibió una carta de mi madre cuando yo nací en la que le pedía que fuese a buscarla. Supongo que se lo diría entonces.

—¿Qué hizo él?

—Fue, pero la vio tan cambiada que volvió a Irlanda.

—Y se pasó los siguientes treinta y tres años de su vida recordándola como la había conocido.

—Exacto.

Ellen miró fijamente a Conor, los ojos grandes y redondos y llorosos.

—Dímelo con franqueza, ¿reconoces a Dylan en mi cara?

Él la observó atentamente.

—Bueno, supongo que tienes cierto parecido, y tus ojos... Pues sí, son suyos. —Le sonrió con amabilidad—. Pero los tuyos son más bonitos.

—¡Dios, qué lío!

Él volvió a besarla.

—Tu madre ha hecho un gran trabajo ocultándotelo todos estos años. Si no hubieras venido a Irlanda, quizá nunca lo habrías sabido.

—Por eso nunca quiso que viniera. Pobre Dylan. Perdió a su hija.

Conor meneó la cabeza.

—Es una barbaridad. Yo soy padre y, créeme, si mi mujer hubiese huido con mi bebé, yo me habría... Me habría vuelto loco.

—Por lo que tengo entendido, creo que Dylan sí se volvió un poco loco.

—Bueno, volcó el alma en sus canciones.

—Y son preciosas. —Ella suspiró con pesar.

—Son preciosas y hablan de *ti*, Ellen. Me imagino que te añoraba más de lo que añoraba a tu madre.

—Con razón quería yo formar parte de un grupo de música. Lo llevo en el ADN. —Su rostro se animó—. Con razón mamá intentó impedírmelo. Me impidió hacer cualquier cosa que pudiera levantar sospechas en la gente de que no era hija de Anthony. Intentó que fuese como mis hermanas. Ahora sé por qué nunca funcionó. Soy Ellen Murphy, y Leonora y Lavinia *no* son mis hermanas. En el fondo, ¡soy Ellen Murphy de pies a cabeza!

—Prefiero a Ellen Murphy que a Ellen Trawton —dijo Conor—. Es un apellido ridículo, en mi opinión.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se dejó abrazar con fuerza.

—Gracias a Dios que te tengo, Conor.

Él presionó los labios contra la piel tersa de su cuello.

—Gracias a Dios que te tengo yo a *ti*, Ellen Murphy.

Más tarde se vistieron y bajaron por la estrecha escalera hasta los pasillos de moqueta carmesí.

—Esta noche no quiero separarme de ti, Ellen. —Conor se detuvo en el descansillo y tomó su mano—. ¿Estarás bien?

—Quiero ir a ver a Dylan. ¿Vendrás conmigo?

—Pues claro que sí. ¿Quieres ir ahora?

—No creo que esto pueda esperar.

—De acuerdo. Vamos. —Conor la tomó de la mano—. Solucionaremos esto juntos.

Mientras el coche subía por el camino, Ellen se dio cuenta de que Irlanda la había cambiado irrevocablemente. Ya no había marcha atrás. Había mudado de piel como una serpiente, surgiendo una persona distinta. Ya no era Ellen Trawton. Era como si Londres fuese una etapa y Connemara su vida. La realidad había estado aquí desde el principio, acechando paciente y confiadamente, sabiendo que las profundas corrientes vitales algún día la llevarían a casa; y lo habían hecho. Aquí se sentía verdaderamente ella misma. No había ningún otro sitio donde prefiriera estar.

Conor le cogió de la mano y se la apretó.

—Todo irá bien, Ellen —dijo.

—¿No tendría que estar gimoteando y rechinando los dientes? Estoy curiosamente tranquila ahora.

—Estás en estado de choque.

—Tal vez. Pero, por otra parte, Dylan ha contestado a la pregunta más apremiante que lleva toda la vida angustiándome: ¿por qué me siento distinta?

—Ellen, te sientes distinta porque tu madre trató de hacer de ti algo que no eras. De esa forma resaltaba tus diferencias constantemente. Si se hubiese limitado a dejarte ser como eras, nunca te habrías sentido una extraterrestre.

—Eso es verdad. Tuve que esforzarme muchísimo para encajar. Siempre tenía la sensación de estar actuando.

—A lo mejor eres más Murphy que Byrne.

—¡Dios! Conor, soy irlandesa al cien por cien.

—Eso es un cincuenta por ciento más que yo.

—Espero que Dylan no se haya enfadado por haberle robado el CD.

—¿Estás loca? Eres su hija. —Él sacudió la cabeza—. Ha esperado más de treinta años para esto.

Conor se detuvo en el aparcamiento que había detrás del Pot of Gold. Fue sólo cuando Ellen se bajó del coche y se estiró que notó el temblor de sus piernas. El corazón empezó a latirle atolondradamente contra las costillas y la emoción se le subió de forma inesperada a la base de la garganta, donde formó

una dura bola. Conor la tomó de la mano.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto ahora?

—Segurísima.

—Habrá mucha gente ahí dentro.

—Lo sé. Le pediré que salga fuera, y se lo contaré.

—¿Por qué no voy yo y te lo traigo?

—No, quiero entrar yo a buscarlo —insistió ella.

—Está bien —dijo él dirigiéndose hacia la puerta—. Vamos, haremos esto juntos.

Conor abrió y ambos entraron. Había la gente de siempre en el *pub*. Si Ellen hubiese entrado sola, nadie le habría prestado la menor atención. Pero al aparecer con Conor, se hizo el silencio en el local y todos los ojos de la sala se clavaron en ellos. Conor llevó la batuta, haciendo caso omiso de la descarada curiosidad como si no fuera con él. Escudriñó los rostros en busca de Dylan, al que localizó en el extremo de una mesa arrimada a la pared, al lado de Johnny y Joe. Sin soltarle la mano a Ellen, la guió entre la muchedumbre.

Dylan se irguió expectante. Una sombra de inquietud oscureció su cara. Durante unos instantes, sus ojos adoptaron la expresión de angustia que habían tenido cuando Ellen lo vio por primera vez, y ella sintió que se le encogía el corazón. El hombre se levantó. Ella pensaba pedirle que saliese fuera para hablar, pero se vio arrastrada por una oleada de emoción y fue incapaz de controlarse. Ante ella estaba el hombre que le había dado la vida, pero que no la había conocido hasta ahora. ¿Cómo podía su madre haberle hecho algo así? ¿Cómo podía habérselo hecho a *ella*? Reprimió las lágrimas. No quería desmoronarse en el *pub*, delante de toda esa gente, pero le dolía todo el pecho del esfuerzo por dominar sus sentimientos.

—¿Ellen? —inquirió Dylan, escudriñándola. Parecía tan preocupado que ella lo rodeó con los brazos—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Lo sé —susurró ella, y lo estrechó con fuerza. Hicieron falta unos segundos para que sus palabras calasen en él. Entonces Dylan se relajó y ella notó que sus brazos la estrechaban, conteniendo su cuerpo tembloroso.

—¡Oh, Ellen!

Él gimió y su voz parecía resonar en lo más hondo de su pecho.

—Te robé uno de tus CD, pero no me arrepiento.

Echó el cuerpo atrás y miró a Dylan como por primera vez. Conor estaba en lo cierto, ella tenía sus ojos.

—Debería haberlo adivinado, ¿verdad?

Él se tensó cuando un murmullo se extendió por el *pub*. Se volvió hacia Conor.

—Vamos a cenar algo. Estoy muerto de hambre, me comería un buey.

Joe miraba con interés.

—¡Jesús! ¿De qué va todo esto? ¿Me he perdido algo?

Su padre, con cara larga y seria, le lanzó una mirada que lo silenció con la contundencia de una bofetada. No dijo nada y se limitó a observar pensativo mientras Conor, Dylan y Ellen salían a la noche.



Una vez fuera, Conor cogió a Ellen de la mano.

—¿Quieres que os deje solos a Dylan y a ti? No quiero ser un estorbo.

—No, quiero que vengas —contestó ella—. No te importa, ¿verdad, Dylan?

—Venga, vamos. No sé tú, Conor, pero yo necesito un whisky. Tengo algo más suave para la ladronzuela. Que te vea yo esos dedos, que no me fio un pelo de ti, Ellen.

—Quería oír tus canciones —explicó ella, siguiéndolo calle abajo.

Su mano seguía asiendo con firmeza la de Conor para mantener el equilibrio sobre las piernas, que notaba curiosamente descoyuntadas del cuerpo.

—¡Jesús! ¿Qué va a decir tu madre de esto? —gimió Dylan mientras se metía las manos en los bolsillos.

—No se lo diré.

—Eso es lo que tú te crees, pero de un modo o de otro todo acaba saliendo a la luz.

—Tengo derecho a saber quién me concibió.

—Esto lo desbaratará todo —advirtió él.

Ellen tenía en mente un par de revelaciones más que desbaratarían los planes de su madre.

—Tengo tantas preguntas... —empezó.

—Dale al menos un whisky al hombre antes de interrogarlo —dijo Conor.

—Sabías palabras, sí, señor —repuso Dylan, deteniéndose frente a la puerta principal de su casa.

—Para tratarse de una comunidad que se sustenta del cotilleo, desde luego sabéis guardar secretos —comentó Ellen.

Cuando entraron, *Finch* saltó sobre Conor, percibiendo el olor de perro en su ropa y agitando la cola como un loco.

—¡Baja, hombre! —ordenó Dylan, sacándose el abrigo y la gorra y colgándolos en el perchero del pasillo.

Conor cogió el abrigo de Ellen y lo colgó con el suyo, luego le puso la mano donde terminaba su espalda y la acompañó al salón, donde Dylan ya estaba sirviendo dos vasos altos de whisky. Tomó un sorbo y acto seguido le pasó el otro vaso a Conor.

—Voy por mi Coca-Cola —anunció Ellen, caminando hasta la cocina.

Oyó a los dos hombres hablando en el salón, pero no lo que decían. Abrió la nevera. Aparte de las botellas de soda y unas cuantas Coca-Colas, poca cosa había para comer. Encontró un vaso en el armario que había encima del aparador y abrió la lata. Miró a su alrededor y se puso a pensar en el hombre que había resultado ser su padre. El asunto era excesivamente trascendental para asimilarlo. Sin duda, tenía su sentido. Respondía a interrogantes, además. Pero ¿en qué lugar la dejaba en el seno de una familia en la que ya se sentía desplazada? ¿Dónde dejaba a su padre? Nada había cambiado, salvo la nueva información sobre quién era su padre biológico, pero de algún modo esa información lo cambiaba todo. Los últimos treinta y tres años no podían modificarse ni borrarse, y, sin embargo, su percepción de los mismos ahora era diferente. Veía esos años con otros ojos y, por tanto, en su mente, *habían* cambiado. El

hormigueo de su cuerpo reflejaba su estado de choque, pero se preguntaba por qué no estaba reaccionando con normalidad. Por qué no se tiraba de los pelos, acusando a su madre de haberla engañado y lamentándose de que su vida fuese una mentira. Dylan y ella tenían motivos de sobra para destrozar la casa de rabia.

Cuando volvió al salón, Dylan estaba sentado en el sillón, fumando un Rothmans, y Conor estaba en el sofá. Sus vasos ya estaban medio vacíos. El líquido dorado refulgía a la luz amarilla de las lámparas. Ellen ocupó el sitio libre del sofá, entre ellos, y pensó en lo extraordinario que era que estos dos hombres a los que conocía desde hacía bien poco fuesen ahora dos de las personas más importantes de su vida. Hacía un par de semanas no conocía a ninguno de ellos y su vida era mucho más pobre.

Dylan le sonrió con afecto, que Ellen ahora reconocía como paternal.

—Así que lo sabes —se limitó a decir.

—Lo sé —contestó ella, con un repentino ataque de timidez—. Tus canciones son preciosas.

—Gracias. Estaba inspirado.

—Si le cantabas a la hija que habías perdido, seguro que todos los que os conocían a mi madre y a ti tenían que saber que tú eras el padre de la criatura, ¿no?

—Nadie sabía que estaba embarazada —dijo él.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Conor.

—En aquel momento no. —Dylan tomó otro sorbo. Su nuez de Adán subió y bajó con brusquedad al tragar—. Me lo dijo en la carta.

—¿La que mamá te envió cuando yo nací?

—Eso es.

—¿Aún la tienes? —preguntó Conor.

Dylan asintió.

—Aún la tengo. Soy un idiota sentimental. Ellen, tráeme esa caja de cartón. —Señaló hacia lo alto de la alta cómoda—. Tendrás que subirte a la silla. —Ella veía la caja asomando nada más tras el copete decorativo de la parte superior del mueble.

—Déjame a mí —dijo Conor, dejando el vaso sobre la mesa de centro—. Soy alto.

Ellen lo vio subirse a la silla y alargar el brazo. Bajó la caja y se la entregó a Dylan. Éste se la puso en el regazo y levantó la tapa. La joven sentía curiosidad por ver qué contenía.

Dylan rebuscó hasta dar con la carta. Se colocó el cigarrillo entre los labios y extrajo el papel doblado del sobre. Ellen reconoció el papel de carta azul claro de su madre y el escudo familiar grabado en dorado en la solapa. La carta estaba encabezada en el mismo dorado con la dirección de Eaton Court. Tras contemplarla unos instantes, Dylan se la entregó a Ellen, y Conor y ella la leyeron juntos.

*Mi querido Dylan:*

*No sé qué decir, excepto que siento haberme ido sin despedirme. Seguramente me odias por haber huido y no te culpo. Yo también me odio a mí misma por haber huido. Me gustaría poder decirte que no tuve alternativa, pero siempre tenemos alternativas; simplemente tomé una mala decisión, que ahora lamento amargamente. Espero que, cuando leas lo que tengo que decir, lo entiendas. Espero*

*que tomes asiento.*

*Ahora tengo un bebé. Tiene tus ojos, Dylan. La he llamado Ellen, aunque Anthony quería que se llamara Leonora o Lavinia como su madre y su abuela. ¡Estas familias inglesas estiradas están obsesionadas con los nombres! Pero he peleado por ello y he ganado.*

*¿Recuerdas que me pasé nuestro último verano con constantes mareos y tú compusiste esa tontada de canción, «Mareada como un perro», para hacerme sentir mejor? Los mareos no desaparecieron, pero ¡me reí de lo lindo! Bueno, poco después de aquello entendí que seguramente estaba embarazada. Anthony me seguía como mi sombra. Tú te morías de celos, pero yo me sentía halagada. Supongo que estuvo mal que le diera esperanzas como le di, sin tener en cuenta tus sentimientos. Lo siento, Dylan. Fui una egoísta. Ahora lo sé. De todas formas, estaba asustada y no sabía qué hacer, así que se lo conté a Peg. Ella también se asustó. ¿Recuerdas a Emer Callaghan? ¿Que todos nos preguntábamos por qué había desaparecido tanto tiempo y Johnny corrió la voz de que había ido a la cárcel por hurto? Pues bien, Peg me contó que se había quedado embarazada y la habían enviado a un convento. Cuando volvió, no estaba destrozada por la cárcel, sino porque había tenido que renunciar a su bebé. Yo no quería que me pasara eso. Como sabes, mamá jamás habría consentido que me quedara con lo que ella habría considerado un bastardo. No quiero ni pensar en lo que habría hecho. Sólo Dios podía separarme de mi niña preciosa. Probablemente sea condenada eternamente al infierno por mis pecados, pero me compensará. Así pues, mi única opción fue escapar. Siendo tú más pobre que las ratas y Anthony tan rico, decidí huir con él. Debería habértelo dicho, pero sabía que intentarías detenerme. Sabía que te dejaría hacerlo.*

*¡Oh, Dylan! Te echo de menos todos los días de mi vida. Tengo todo lo que necesito, pero, aparte de la pequeña Ellen, no tengo nada de lo que quiero. Sueño con una vida a tu lado y me pregunto cómo sería nuestro propio hogar, lejos de Ballymaldoon y los Byrne, donde pudiéramos criar a nuestra pequeña. Echo de menos Irlanda. Echo de menos a los míos. Estos Brit son más fríos que el hielo. Anthony y yo no nos reímos como solíamos reírnos nosotros. Si me quedo aquí mucho más tiempo, ¡creo que me olvidaré de reír!*

*Por eso te pido que vengas a buscarme, Dylan. En su día me quisiste y rezo para que aún me quieras. Te quiero y siempre te he querido. De hecho, ahora te quiero más porque sé la tortura que es estar sin ti.*

*Llévame a casa, por favor.*

*Siempre tuya, Ellen Olenska.*

—¿Contesta eso a tus preguntas? —inquirió Dylan cuando Ellen hubo terminado de leer.

—Sí —contestó ella en voz baja—. No reconozco a mamá para nada.

Conor vio su cara roja y tomó su mano.

—¿Por qué no la trajiste a casa? —le preguntó a Dylan.

Éste exhaló una nube de humo.

—No tenía dinero. ¿Qué podía darle? ¿Qué podía darte a ti? —le dijo a Ellen.

—No creo que eso le importara —objetó ella.

—Tal vez no en el momento de escribir la carta, pero conocía a tu madre.

—A la Ellen Olenska de Wharton no le importaba el dinero —dijo Conor.

—A ésta sí —añadió Dylan—. Mirad, estaba casada. Era lady Trawton. Le di muchas vueltas a esto. Anthony creía que eras hija suya. Si yo llego a presentarme allí, reclamando la paternidad de su hija, imaginaos el escándalo que eso habría provocado. No podía hacerle algo así a Maddie. Ella había tomado su decisión. No soy un hombre religioso, pero no estaba dispuesto a romper una familia.

—¿Y entonces diste media vuelta? —dijo Conor.

—Di media vuelta. Ella ni siquiera supo que había ido a verla.

—Y, ahora, aquí estoy —dijo Ellen tímidamente.

Dylan sonrió con incredulidad.

—Aquí estás. Como por arte de magia.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió Conor.

—Tu abuela lo supo porque Peg se lo contó, lo que significa que el padre Michael lo sabe, porque lo sabe todo.

—¡Oh! El padre Michael lo sabe... —interrumpió Ellen, recordando su conversación en casa de Desmond y Alanna—. Cuando me tocó sentarme a su lado en la comida, dio por hecho que yo ya lo había deducido. No mencionó que fuese hija tuya, Dylan. Creo que daba por sentado que yo ya lo sabía. Aunque ahora hay algo que no me explico. Insinuó que mi madre tenía que perdonar a mi abuela. Me lanzó una mirada muy elocuente al decirlo. Pero ¿qué tenía que perdonarle a mi abuela?

Dylan parecía perplejo.

—No lo sé.

—¿Y si se lo preguntas a Peg? —sugirió Conor.

—Claro, mi tía seguro que lo sabrá —dijo Ellen.

—Pero estás aquí —dijo Dylan, sus enormes e impresionables ojos brillando de emoción—. Tenía la esperanza de que algún día nos viéramos, y aquí estás, en mi salón. En mi vida. ¿Quién iba a decirlo? —Le tembló el mentón, y la boca esbozó una temblorosa sonrisa—. He pasado de no tener nada más que recuerdos a tener una hija. Una hija que canta como los ángeles.

Poco después la comida estaba lista y se sentaron a comer a la pequeña mesa de la cocina. Dylan sacó fiambre y queso. Le preguntó a Conor por su nuevo proyecto y los dos hombres hablaron de los compositores que podían ser adecuados para escribir la música de la película. Ellen escuchó con agrado mientras hacían un repaso de los grandes compositores y las películas para las que habían compuesto.

—¿Sabías que Elmer Bernstein escribió la banda sonora de la película *La edad de la inocencia*? —dijo Dylan.

—Recuerdo que fue nominada por la Academia a un premio a la mejor partitura original —contestó Conor—, pero lo ganó...

—*La lista de Schindler* —terció Dylan—. *La edad de la inocencia* es una película magnífica; pocas veces me oírás decir que una película está a la altura de una novela.

—Tienes razón —convino Conor—. Es una de mis favoritas. Ellen no la ha visto.

—Pero ¿has leído el libro? —preguntó Dylan.

—Lo he acabado hace poco —contestó ella—. Tiene un final triste —añadió dirigiéndose a Conor—.

O sea que Ellen es un nombre que da *mala* suerte.

Él le apretó la mano.

—No te reduzcas a ti misma a un personaje de novela.

—Tu nombre es símbolo de esperanza y amor —terció Dylan—. ¿Y acaso no es la suerte la que te ha traído hasta mi puerta?

—Y la mía —convino Conor.

Dylan alzó su vaso de whisky.

—Me gustaría hacer un brindis.

—Adelante —dijo Conor.

—Por Ellen, por entrar en mi vida como una brisa primaveral llena de optimismo. El futuro se presenta más halagüeño porque tú formas parte de él. —Se le saltaron las lágrimas y parpadeó abochornado—. Nunca pensé que diría esto.

Conor también alzó su vaso.

—Por Ellen. —Su sonrisa rebosaba gratitud—. Lo suscribo todo.

Fue pasada la medianoche cuando se marcharon. Una llovizna ligera llegó desde el mar y el cielo estaba oscuro. Ellen abrazó a Dylan. Se abrazaron con fuerza, confirmando calladamente su decisión de no permitir que un solo año más se interpusiera entre ellos. Él se quedó en el umbral de la puerta, viéndolos andar calle arriba, de la mano, hasta que volvieron la esquina y desaparecieron. Luego entró otra vez y cerró la puerta.

Conor dejó a Ellen en casa de Peg.

—Gracias por venir conmigo —dijo ella cuando él se detuvo frente a la casa.

—Me alegro de haberlo hecho. Esta noche has hecho a Dylan un hombre muy feliz. Pero ¿tú cómo te encuentras?

—Estoy bien. Debería estar destrozada, pero no lo estoy.

—Aún estás en estado de choque —dijo él—. No te extrañes si por la mañana tienes la sensación de que te ha arrollado un camión.

—No.

—Llámame si estás preocupada, ¿eh? Me da igual qué hora sea.

Ella se inclinó y lo rodeó con los brazos.

—Gracias.

—Y mañana pasaré a recogerte. —Hundió el rostro en su cuello—. ¡Cómo me gustaría llevarte ahora a casa conmigo! No quiero que pases la noche sola.

—Estaré bien, te lo prometo.

—Vente a Dublín —le propuso él de repente.

—¿Cuándo?

—La semana que viene. Te hospedaré en un hotel de lujo...

—Pero he quedado con Alanna.

—*Des-queda.*

—No puedo. No sería justo. Iré a Dublín cuando la chica que trabaja con ella vuelva.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé. Pero volverá.

—¡Más le vale! Cuando vengas te enseñaré mi ciudad.

—Se supone que tengo que escribir un libro —protestó ella, haciéndose de rogar.

Él se rió de ella con cariño.

—Eres mi chica, lo que significa que tienes que estar donde yo esté.

—De acuerdo, iré a Dublín. —Ellen sonrió.

—¿Eso es una promesa en firme?

—Es una promesa.

Conor la besó.

—Te veo mañana, pues.

—¿A la hora de siempre?

—A la hora de siempre. Te estás convirtiendo en una droga.

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—Estupendo. Espero que tengas una personalidad tremendamente adictiva.

Él volvió a besarla.

—¡Oh! La tengo, y tú tienes todas las cualidades para asegurarte de que yo sea absolutamente dependiente.

Ella se despidió de Conor con la mano mientras él se alejaba al volante, después corrió bajo la lluvia y entró en casa. La luz de la cocina estaba encendida. Iba a apagarla cuando una voz la saludó desde la mesa. Allí, sentada en la silla de *Grajita* con una taza de té, estaba Peg.

—Tía Peg, no estarás despierta por mí, ¿verdad? —preguntó al detectar su cara de preocupación.

—Ven a sentarte, cielo —le dijo en voz baja.

Ellen habría querido irse a la cama. Sabía que tenía que hablar con Peg de lo que había descubierto, pero de repente estaba agotada, como si la ola emocional al fin la hubiese alcanzado. Sin embargo, hizo lo que su tía le pidió. Peg suspiró hondo y Ellen supo que había un motivo serio para su vigilia de medianoche.

—¿Te apetece un té? —preguntó la mujer.

—No, gracias. Es un poco tarde para eso —contestó Ellen, escudriñando los ojos cansados de su tía para saber por dónde iba.

—Esta tarde ha venido Johnny. Me ha dicho que te ha visto en el *pub* con Conor.

—Sí, me ha acompañado para ir a ver a Dylan. —Ellen entornó los ojos—. Si es por Conor, no pienso esconderme por ahí como una adolescente. Me da igual lo que piense Desmond...

—No es por Conor, Ellen, es por Dylan.

—¡Oh! —Ellen notó que se le aceleraba el pulso.

Peg titubeó y parecía apenada.

—Quería comprobar que estabas bien.

—Estoy muy bien —repuso Ellen, pero sabía que su tía era demasiado perspicaz como para engañarla con esa afirmación tibia.

—Es que Johnny me ha dicho que estabas... un poco *rara*.

—Hemos ido a casa de Dylan a cenar algo.

—Ya veo.

—Patatas. No creo que Dylan sepa cocinar nada más.

—Supongo que tienes razón. Martha es una magnífica cocinera. Él debería casarse con ella. —Peg miró a su sobrina y frunció las cejas—. He estado pensando en lo que dijiste, Ellen. Que Maddie te llamó así porque era como él la llamaba.

—¿Y? —El tono de la joven era inquisitivo, pero sabía lo que venía a continuación.

—Creo que sabes lo que intento decir.

—Dylan es mi padre —declaró Ellen como si tal cosa, y se sentó.

Aunque Peg ya lo había deducido, las palabras de Ellen fueron un mazazo para ella. Ahogó un grito y bebió un trago de té para ganar tiempo. Por fin, bajó la taza.

—Entonces es verdad. No se me había pasado nunca por la cabeza, en ningún momento. En todos estos años no me lo había planteado nunca. No hasta esta noche. Johnny me ha dado que pensar.

—¿Él también lo ha pensado?

—Sí, se nos ha ocurrido a la vez. O, mejor dicho, Desmond y él ya lo intuían, pero no ha sido hasta esta noche que sus sospechas se han confirmado. La verdad es que te das un aire a él.

—Tiene su lógica, ¿verdad? —dijo Ellen con un suspiro. Se sentía más cansada que nunca.

—No creo que tu padre lo sepa.

—No pienso decírselo. Sería incapaz. —Se mordió el labio. La idea de hacerle daño le producía un doloroso pinchazo en el corazón—. Quiero a mi padre.

—Creo que probablemente sea lo más aconsejable. Me imagino que por eso Maddie nunca volvió a Irlanda. Siempre me lo he preguntado.

—¿Por qué? ¿Porque habría huido con Dylan?

—Cualquier cosa es posible. Nuestra madre se revolvería en la tumba si lo supiera. Ya fue bastante tremendo que Maddie se quedase embarazada, pero el hecho de que se casara con el padre del bebé era un pequeño consuelo. A mamá le habría destrozado saber que Dylan era el padre.

—Tía Peg, si mamá le hubiese dicho a la abuela que estaba embarazada, ¿la habría enviado a un convento y me habría dado en adopción?

Peg torció el gesto con angustia.

—Me temo que sí, Ellen, preciosa. Me gustaría decirte lo contrario, pero en lo relativo a la senda de la moralidad, para tu abuela cualquier desviación era inaceptable. Un hijo fuera del matrimonio era un pecado y una deshonra. Maddie hizo bien en huir. —Peg puso una mano sobre la de su sobrina—. Lo hizo

para quedarse contigo; yo habría hecho lo mismo. Pero al final se lo conté a mamá porque ella no podía entender por qué su ojito derecho había huido.

—Seguro que no era su ojito derecho —concedió Ellen.

—Sí que lo era, y todo el mundo lo sabía. Se quedó deshecha cuando Maddie se fue. Tuve que decírselo para que dejara de torturarse. Claro que sólo cambié un tipo de tortura por otro. Aunque, cuando lo supo, se puso una coraza y jamás volvimos a mencionar el nombre de Maddie en casa. Mamá se fue a la tumba con el corazón calcificado, Ellen. Nunca la perdonó.

—Es muy triste.

—Sí, es triste. Mi pequeña se ahogó en el mar. Eso te hace relativizar las cosas. Yo nunca iba a poder recuperarla. Pero Maddie y mamá podrían haberse reconciliado y deberían haberlo hecho. Verás, es algo que no logro entender. Fue como si Maddie hubiese muerto. Pero mamá podría haberla recuperado, si realmente hubiese querido. Yo nunca podré recuperar a Ciara, ni con toda la voluntad del mundo. ¿Por qué mamá no lo intentó? ¿Por qué la enterró innecesariamente? —Peg sacudió la cabeza, afectada por el resurgimiento de recuerdos reprimidos—. El camino de Dios es el amor y Jesús nos enseñó a perdonar. Pero es increíble cómo muchos cristianos rechazan esas dos enseñanzas básicas... Entonces, ¿cómo has descubierto que Dylan es tu padre biológico? —preguntó.

—Escuchando sus canciones antiguas de un CD que le birlé. Era bastante obvio.

—¡Cuánto lo siento! Menudo *shock* tan tremendo.

—Aunque creo que lo intuí con anterioridad, en el momento en que caí en la cuenta de que mamá me había puesto el nombre por el que Dylan solía llamarla. Pero me daba demasiado miedo afrontar la verdad. —Se rió con pesar—. Procuré convencerme a mí misma de que lo hizo porque aún estaba enamorada de él. Y durante un tiempo lo conseguí, hasta que escuché el CD. Ahí me vi obligada a aceptarlo.

Bostezó y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Estás blanca como el papel. Debería dejar que te vayas a la cama. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Gracias, tía Peg. Pero la verdad es que no sé cómo estoy —comentó Ellen—. Me siento como bloqueada.

—Es lógico, cielo. Venga, acuéstate y te arroparé. Por la mañana tendrás más fuerzas. —Peg apagó la luz y cerró la puerta de la cocina cuando salieron—. Es conmovedor pensar que Dylan ha dejado de beber por ti, Ellen. Quiere que estés orgullosa de él.

—Es un buen hombre. Le tengo mucho cariño. —Empezó a subir por la escalera—. Tiene gracia que el hecho de saber que es mi padre nos haya unido de golpe. Me refiero a que no es más que un dato, pero ese dato ha cambiado mis sentimientos por él. Ha cambiado lo que siento por Ballymaldoon.

—¿En qué sentido, cielo?

Ellen se quedó en la puerta de su cuarto.

—Quiero quedarme —contestó con rotundidad.

—No hay nada que te lo impida, si quieres quedarte. —Peg sonrió—. A mí me gustaría que te quedaras.

—Tengo que solucionar un par de cosas en Londres.



—Naturalmente.

—Pero volveré.

—Claro.

—Eso significa que tendré que decirle a mamá dónde estoy. Me da miedo decírselo. Ahora que sé la verdad...

—No pienses en eso ahora, cielo. Es tarde. Duerme un poco. Por la mañana lo verás todo mucho más claro.

Así pues, Ellen se fue a la cama y recostó la cabeza en la almohada con un suspiro de cansancio. Dylan, sus padres y Conor batallaron unos instantes por su atención, pero al no encontrar respuesta se batieron en retirada, ya que ella estaba excesivamente cansada siquiera para soñar.

Cuando Ellen despertó a la mañana siguiente, todavía estaba oscuro y el gallo aún no había cantado. Estaba acostada en el silencio, desconcertada por la extraña frialdad que sentía en el alma y la soledad que ahora la envolvía. Poco a poco, fue recordando las revelaciones de la velada anterior. No era hija de su padre; era hija de Dylan.

Se incorporó presa del pánico y buscó a tientas la lámpara en la oscuridad. Nada más dar con ella, la encendió y la luz inundó la habitación. Se frotó los ojos. Ayer las emociones fueron escasas, pero hoy estaba desolada. Con la mirada perdida, procuró encontrar el origen de su desolación. Pensó en ello largamente y acabó llegando a la conclusión de que, después de pasarse casi toda la vida sintiendo que no encajaba en la familia, el hecho de dejar de pertenecer *oficialmente* a ella le había hecho tomar conciencia de lo mucho que lo había deseado. Resultaba irónico que, tras haber maldecido a su madre por intentar hacerle encajar, en el fondo hasta lo había ansiado.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en su padre y en si sabía o no la verdad. Él jamás la había tratado de manera distinta a como trataba a Leonora y Lavinia. No le había dedicado más atención para compensar el hecho de que no fuese hija suya, ni menos porque su instinto natural fuese favorecer a las que sí lo eran. Había sido rigurosamente justo, cariñoso y sincero. El hecho de que no se pareciera nada a él nunca había supuesto un problema. Muchos niños no se parecen a sus padres. Ella jamás se lo había planteado; los niños nunca lo hacen. Son los adultos quienes hacen comentarios sobre el desconcertante reparto de genes, y ellos siempre habían estado convencidos de que Ellen había heredado los suyos de su madre.

De manera que ¿su madre se lo había ocultado a su marido y también a ella? De ser así, ¿cómo lo había conseguido? Ellen no estaba segura de tener el valor de preguntarlo. El pasado de su madre siempre había sido tabú. Bueno, ahora entendía por qué Irlanda había sido borrada de la historia de la familia. Dylan estuvo siempre aquí en Connemara como prueba viviente de su mentira. Pero ahora que Ellen lo sabía, ¿le sería posible a *ella* ocultar la verdad?

Consultó la hora en su reloj. Eran las seis de la mañana. No tenía ni gota de sueño. Es más, estaba nerviosa, como solía estarlo la mañana antes de un examen cuando iba al colegio. Fuera estaba oscuro, pero sintió el deseo de estar abajo en la playa. Sabía que allí se encontraría mejor; así que se puso unos tejanos y un jersey y bajó sigilosamente al piso de abajo, con cuidado de no entrar en la cocina y despertar a *Bertie*; no quería pegarle un susto. Se puso un abrigo de Peg, un sombrero de lana y botas de goma, y se fue colina abajo a paso ligero.

Hacía un frío horroroso. La llovizna humedecía el aire y soplaba un viento costero helado. Hundió las manos en los bolsillos del abrigo de Peg y encorvó la espalda para defenderse del vendaval. Se preguntó cómo sería ser una oveja ahí fuera a merced de los elementos, noche tras noche. Ahora sabía por qué Peg las contaba cada mañana, para ver si el viento se había llevado alguna.

El cielo estaba pálido al este, donde el alba rayaba débilmente en el paisaje invernal. Tenía la luz justa para ver el sendero que pisaba y la playa al otro lado del camino. Se deleitó con el rugido del océano y las furiosas ráfagas de viento que azotaban las colinas de manera errática. De algún modo le apaciguaban el alma y le calmaban los nervios, casi como si la tempestad *exterior* redujese la tempestad *interior* debido a que era mucho mayor.

Anduvo por la arena hasta donde las olas se precipitaban sobre sus botas, inundándolas, y se quedó

mirando fijamente la oscuridad, como si estuviese en el umbral de una nueva existencia. La vista no era clara; no sabía a ciencia cierta adónde iba, pero sabía que el cambio del presente indudablemente cambiaría también su futuro: sólo que no sabía muy bien cómo.

Se quedó en la playa hasta que el sol empezó a levantarse tras las colinas y el faro surgió entre las nubes, trayendo pensamientos esperanzadores de Conor. Vio que el faro brillaba cada vez con más intensidad, como si su futuro le estuviese siendo gradualmente revelado por medio de símbolos; en ese caso, la trágica pérdida de Caitlin era su victoria. Su futuro estaba aquí con Conor.

El viento amainó un poco y al fin despuntó el día. Volvió por la playa sintiéndose mucho mejor. Tenía la cabeza más despejada y el corazón más ligero. Decidió ser positiva; después de todo, no muchas chicas podían decir que tenían *dos* padres.

Cuando llegó a la casa, Peg estaba en el prado dando pienso extra a las ovejas de cara a la próxima época de parto.

—Te has levantado temprano, Ellen —dijo sorprendida.

—Necesitaba dar un paseo.

—Entonces estarás hambrienta. Supongo que no habrás tenido el valor de entrar en la cocina y despertar a *Bertie*.

—No después de contarme cómo atacó a Oswald.

—Vamos, pues. Desayunaremos algo. —Acompañó a su sobrina adentro—. ¿Qué tal estás esta mañana?

Ellen suspiró.

—Un poco preocupada por todo el asunto, para serte sincera. Son muchas cosas que asimilar, pero me ha sentado bien bajar a la playa.

—¿No te ha llevado el viento?

—Ha faltado muy poco.

Se sacaron los abrigos y sombreros y Peg puso la tetera al fuego. Ellen estaba calada hasta los huesos. Se sentó junto a *Mister Badger* y puso las manos sobre su pelo para calentarlas.

—No te extrañes si Johnny aparece por aquí esta mañana de camino al trabajo —dijo Peg, cogiendo unas tazas altas del armario.

—Me imagino que a estas alturas casi todo Ballymaldoon sabe que Dylan es mi padre.

Peg se apresuró a disipar sus miedos.

—No, Johnny no se lo habrá dicho a nadie. De este tema no hablará.

—Pues a mí me habría parecido irresistible.

—No cuando implica hacer pasar un mal rato a la familia, Ellen —le dijo Peg con firmeza—. Ya fue bastante triste que Maddie huyera con su inglés, pero si estaba embarazada de Dylan... —Suspiró profundamente—. Jesús, mi madre se revolvería en la tumba. Gracias a Dios no vivió para enterarse de la verdad. No, Johnny no se lo diré a nadie, eso te lo prometo. —Miró por la ventana—. Pero venir, vendrá; eso seguro.

Se bebieron el té y comieron las gachas, su conversación fue repetitiva, ya que formularon las mismas preguntas una y otra vez, a las cuales sólo Madeline podía responder. Poco después oyeron el sonido de un coche deteniéndose frente a la casa.

—Te lo he dicho —comentó Peg, levantándose para mirar por la ventana. Pero le sorprendió ver el Range Rover de Conor en la gravilla—. Es tu hombre —dijo, y vio que a su sobrina se le iluminaba la cara—. ¿Por qué no le dices que entre a tomar un té?

Ellen corrió a su encuentro. No se subió al coche, sino que dio la vuelta hasta su ventanilla, donde se agachó para besarlo. Conor reparó en su pelo revuelto y mejillas coloradas y sonrió admirado.

—¿Dónde has estado esta mañana? —preguntó.

—Abajo en la playa.

—¿Ya?

—Me encontraba fatal cuando me he despertado. El viento se ha llevado mis problemas.

Él parecía preocupado.

—Tendrías que haberme llamado.

—Fuera todavía estaba oscuro.

—¿Y? A *Magnum* le habría gustado dar un paseo de buena mañana.

—Estoy con Peg. Sabe lo de Dylan. Lo hablamos anoche. ¿Por qué no entras y te tomas un té? Estará encantada.

Él pareció momentáneamente incómodo.

—Te prometo que los Byrne no se han apoderado de la cocina.

Pero antes de que él respondiera, vieron un flamante coche negro subiendo lentamente por el camino de la casa que los distrajo a ambos.

—¿Quién es? —preguntó Conor.

—Johnny no —contestó Ellen.

Peg, que había estado pegada a la ventana, ahora salió fuera.

—¡Fijaos en ese coche! Seguro que se ha perdido. No esperas a nadie, ¿verdad, Conor?

—No que yo sepa —respondió él.

El coche aminoró la velocidad al aproximarse a la casa. Aguzaron la vista y a través del cristal vieron a un chófer al volante y a una mujer en el asiento trasero con un grueso abrigo, guantes y sombrero. Ellen se quedó sin aliento y palideció.

—Es mi madre —consiguió decir antes de que el chófer se bajase y rodease el coche para abrirle la puerta a lady Anthony Trawton.

Peg dejó caer los brazos y miró atónita e incrédula a la extraña mujer que tenía ahora delante, guapa pero insegura bajo sus mejores galas. Durante lo que pareció una eternidad, nadie dijo palabra. Se limitaron a mirarse con suspicacia, como los *cowboys* de una vieja película del Oeste que esperan a que alguno saque un revólver.

Finalmente, Madeline rompió el silencio.

—Peg —dijo.

—¿Maddie? —Examinó el rostro de la mujer en busca de la chica que en su día conoció—. ¿En serio eres tú?

—He venido por mi hija —le dijo sin apartar la mirada. Posó sus fríos ojos azules en Ellen—. Tu nota fue inadmisibile. Te vendrás a casa ahora y te casarás con William y olvidaremos esta tontería

absurda.

Ahora era Conor el que ponía cara de sorpresa.

—¿Te casas? —preguntó volviéndose hacia ella.

—Pensaba decírtelo... —empezó.

—¡Pues claro que se casa! —interrumpió su madre. Se le tensó la mandíbula y dirigió la mirada hacia el apuesto hombre del vehículo—. ¿Y tú eres?

—Conor Macausland —contestó él con frialdad, pero no alargó la mano ni salió del coche.

Por la cara de su hija entendió en el acto su relación.

—Es la prometida de William Sackville. ¿No te lo ha contado?

El rostro de Conor se sonrojó y se endureció y cerró los ojos un segundo, inspirando despacio por la nariz.

—Por eso huí —dijo la joven—. Porque no quería casarme con él.

Cuando Conor abrió los ojos, estaban sombríos e irreconocibles. A Ellen se le cayó el alma a los pies.

—Deberías habérmelo contado —repuso él en voz baja.

—Pensaba hacerlo —dijo ella.

Él agarró con fuerza el volante.

—¿Pensabas?... —Giró la llave y el rugido del motor hizo que Ellen retrocediera un paso—. Mirad, os dejo con vuestras cosas.

—Iba a decírtelo, Conor, te lo prometo —protestó ella.

—¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? —Ella no contestó. Él meneó la cabeza y torció la boca con decepción—. Confiaba en ti, Ellen. Confiaba en ti.

Ella no supo qué decir. Había tenido infinidad de oportunidades para contárselo y no lo había hecho. No lo había considerado importante. Ahora sabía que eso era más importante que todo lo demás.

—¡Conor, por favor, no te vayas! —exclamó Ellen con voz quebrada, pero él aceleró y el coche se fue por el camino y dobló la curva veloz, llevándose con él su futuro.

Ellen se volvió contra su madre.

—¿Cómo has podido? —le gritó—. No quiero casarme con William. No lo amo. Amo a Conor. Huí porque no quiero la vida que tú quieres para mí.

Peg vio la que se avecinaba y no dudó en intervenir.

—Entremos y hablemos con calma —pidió.

Pero Madeline se mantuvo en sus trece.

—Vete a recoger tus cosas. Esperaré en el coche —ordenó.

—¿Crees que puedes tratarme como a una niña? ¿Crees que voy a subir, recoger mis cosas e ir a casa sin chistar? Tengo treinta y tres años, por el amor de Dios. Haré lo que me dé la gana.

—Ellen, sé razonable. ¿Qué te pasa?

—Entrad, por favor —dijo Peg, esta vez más insistentemente. Miró hacia el chófer, que estaba escuchándolo todo, aunque fingía no oírlo.

—No, Peg, no pienso entrar —contestó Madeline con altivez—. He venido a buscar a mi hija, nada más.

—¿Ni siquiera piensas saludar a Dylan? —la retó Ellen.

Peg se puso tensa.

—¡Jesús! ¿Queréis escucharme las dos? Pasad dentro, ¡ahora mismo!

A Madeline le tembló la boca al oír mencionar a Dylan y agitó los dedos con inquietud. A regañadientes, entró en la casa tras su hermana y Ellen.

Peg fue a zancadas hasta los fogones para coger la tetera y empezó a hacer el té. Madeline se quedó sin saber qué hacer en medio de la cocina y únicamente se quitó el sombrero y los guantes. Miró a su alrededor, examinando la casa de su hermana con creciente curiosidad. Ellen quería irse en coche tras Conor, pero sabía que tenía que resolver cosas con su madre antes de hacer nada más. Sintió náuseas. ¿Cómo la había encontrado?

—A ver, calmémonos todas un poco —dijo Peg, poniendo el agua a calentar con manos temblorosas—. ¿Por qué no te sacas el abrigo, Maddie? Te asarás de calor aquí dentro.

Madeline titubeó un segundo, luego se lo desabrochó lentamente. Debajo llevaba una blusa de seda gris, pantalones de franela grises y zapatos de salón de charol; desentonaba tanto en la cocina de Peg como una muñeca de porcelana en un pajar. Ellen se sentó en la silla de *Grajita* y cuando *Bertie* la acarició con el hocico húmedo, ella le acarició con cariño el pelo grueso.

—Sé lo de Dylan —dijo en voz baja.

Esta simple frase dejó a su madre helada. Hundió los hombros en señal de derrota, como el *cowboy* que suelta el revólver al entender que su contrincante va mejor armado que él.

—Sé por qué me llamaste Ellen —continuó. Vio que su madre retiraba la silla del otro extremo de la mesa y se sentaba—. Es mi padre, ¿verdad? —Los ojos de Madeline se desviaron hacia Peg, quien paró de preparar el té y miró a su hermana con temor—. No puedes ocultar la verdad, mamá. Lo sé.

Madeline parecía desesperada.

—Sí —dijo al fin—. Es tu padre biológico.

Peg dejó la tetera y se apoyó en el aparador para no perder el equilibrio. Aunque ya lo sabía, oírse lo confirmar a su hermana la dejó descolocada.

—¡Jesús, Maddie! —se quejó.

Cuando Madeline respondió, su voz había perdido el tono de crispación.

—Lo siento.

—¿Papá lo sabe? —preguntó Ellen. Durante el largo rato hasta que su madre contestó, se preguntó qué preferiría; concluyó que tanto un «sí» como un «no» eran igual de horribles.

Madeline bajó la mirada hacia sus dedos y frunció el entrecejo.

—No lo sé —respondió.

A Ellen se le llenaron los ojos de lágrimas y hundió el mentón. Peg le puso una taza de té delante, luego le dio otra a su hermana y se sentó entre ellas.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó.

—Vine ayer en avión y he pasado la noche en un hotel, mentalizándome. Después, vine en coche a

Ballymaldoon y he tenido que preguntar dónde vivías. Me ha dado la dirección una señora que paseaba un perro. —Recorrió la estancia con la mirada—. Tienes una casa bonita, Peg.

—Gracias. A mí me gusta.

—¿Está Bill? —preguntó Madeline, refiriéndose al marido de su hermana.

—Bill se fue hace mucho tiempo —contestó Peg con tirantez—. Nos divorciamos.

—Lamento oír eso. Recuerdo a tus niños, Declan y Dermot. Estarán hechos unos hombres ya.

—Sí, desde luego, y soy abuela. No conociste a Ronan. Es el pequeño, aunque también es un hombre ya —dijo Peg en voz baja.

Se produjo un incómodo silencio. Bebieron el té. *Mister Badger* suspiró profundamente y cerró los ojos.

—¿Lo has encontrado igual? —inquirió Peg.

—¿Te refieres a Ballymaldoon? Sí, está igual.

—¿Lo has echado de menos, Maddie?

Madeline bebió un sorbo de té. Le temblaron momentáneamente los labios.

—Al principio, pero acabé acostumbrándome a estar lejos.

—Te has vuelto muy inglesa.

—Supongo que a estas alturas sí.

—Sí. No te queda ni rastro de Irlanda.

La mandíbula de Madeline se tensó y atrapó a Peg con su mirada acerada.

—Tomé una decisión, y tuve que vivir con ella. Eso implicó renunciar a mi pasado y volver a empezar. No tuve más remedio que borrar Irlanda completamente de mi vida.

Miró a su hija y su expresión se suavizó.

—No podía decirle a Anthony que no eras hija suya. No se habría casado conmigo y yo no podía permitirme *no* casarme con él. Era mi escapatoria. Mi *única* escapatoria.

—¿Lo querías? —preguntó Ellen inquieta, esperando, por el bien de su padre, que sí.

—No como quería a Dylan. Pero él estaba loco por mí y era mi manera de escapar.

—¿Por qué no huiste con Dylan? Se habría casado contigo en el acto.

—¿Y de qué habríamos vivido? Él no tenía dinero. Yo no tenía dinero. Mi madre me habría repudiado. Era fervorosamente religiosa y dogmática. Nos habríamos muerto de hambre. Eso no es lo que quería para mí y para mi hija. Apareció Anthony, un hombre de posibles, que podía ofrecerme un futuro estable lejos de Ballymaldoon. Él sabía que estaba embarazada y me suplicó que me casara con él. Habría sido un disparate no hacerlo.

—¿Y qué pasó con Dylan? —inquirió Ellen—. ¿En qué posición lo dejaba eso? Yo era *su* hija.

Madeline se rió con cinismo.

—No estaba en disposición de ser un padre responsable.

—Pero le escribiste una carta y le pediste que fuese a buscarte —dijo Ellen.

Madeline se quedó nuevamente sorprendida ante la cantidad de cosas que sabía Ellen. Entornó los ojos y levantó el mentón.

—Sí, tuve un momento fugaz de arrepentimiento, pero pasó. —Jugueteó con el asa de la taza.

—Dylan fue a buscarte.

—No, no vino. Miente —se apresuró a replicar su madre. Su voz era áspera de resentimiento.

—No miente. Fue a buscarte cuando le enviaste la carta diciéndole que era padre. Pero cuando vio dónde vivías y que eras feliz, supo que no podría darte una vida así. No quiso romper tu familia, pese a que yo le pertenecía.

—¿Eso te ha dicho? —preguntó Madeline en voz baja.

—Sí.

—Entonces, ¿al final vino?

—Sí, mamá. Sufrió durante años y tú te limitaste a darle de lado.

Madeline pareció prescindir de la información que acababa de darle su hija.

—¿Qué querías que hiciera? —le soltó—. ¿Dejar a tu padre y huir con Dylan? Te he dado una buena vida, Ellen. No sabes, emocionalmente, lo mucho que me costó hacer eso.

—¿Por qué no volviste? —Peg se armó al fin del valor para preguntar—. A mamá le rompió el corazón que te fueras.

—¡Porque tú le habías contado por qué me había ido! —contestó Madeline.

—¿Cómo sabes que se lo conté?

Peg se sonrojó.

—Te pedí que me guardaras el secreto, pero tú fuiste y se lo contaste. —Madeline suspiró—. No te culpo. No fue justo por mi parte pretender que ocultaras un secreto tan importante, especialmente a nuestra madre.

—Tuve que decírselo —explicó Peg—. Estaba enloqueciendo de dolor. Murió sin tener jamás la oportunidad de perdonarte.

El rostro de Madeline se tensó de indignación.

—No *quería* perdonarme, Peg. ¿Crees que no intenté venir a casa?

—¿Lo intentaste? —Peg enarcó las cejas, perpleja.

—Naturalmente que sí. Intenté desesperadamente venir a casa, pero mamá no quiso que lo hiciera.

—Pero entonces estabas casada. Eras una esposa y madre respetable. ¿Por qué no quiso que vinieras a casa?

—Porque le conté la verdad.

—¿Le dijiste que Ellen era de Dylan? —Madeline asintió. Peg abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Sabía que Ellen era de Dylan?

—Y me dijo que jamás volviera a poner un pie en Ballymaldoon. Me repudió, Peg. —Los ojos de Madeline brillaron por las lágrimas y los labios le temblaron mientras trataba de controlar sus emociones—. Yo quería venir a casa, pero no pude. No me lo permitió.

El rostro de Peg se descompuso de pesar.

—¡Oh, Maddie! No lo sabía. Aquí estábamos todos, culpándote por estar lejos, sin saber nunca que no fue culpa tuya. ¡Debería darnos vergüenza!



—¿Cómo ibais a saberlo?

—Pero sabíamos cómo eras *tú*. Lo siento. Maddie, lo siento muchísimo.

Por primera vez desde que había llegado Madeline sonrió.

—Gracias, Peg. No sabes cuánto significa eso para mí.

Cuando Ellen oyó el rugido de un coche al otro lado de la ventana, el corazón le dio un vuelco. Tenía la esperanza de que tal vez fuera Conor, que venía a pedir disculpas. *Mister Badger* se despertó y corrió a la puerta. *Bertie* gruñó y trotó tras él. Peg miró con inquietud a Madeline, quien le devolvió la mirada, sin atreverse apenas a respirar. Ambas supusieron que serían sus hermanos.

Ninguna se imaginó que sería Dylan.

Ahora mi mundo cada vez es más oscuro. Vivo en una opacidad constante, aunque sé que el cielo es azul y el aire puro. Soy densa, además, como si estuviese hecha de una fría neblina, como las nieblas invernales que quedan retenidas en los valles y no pueden disiparse. El placer que me daba la naturaleza ha sido reemplazado por el placer malsano que me proporciona mi insensata misión. He dejado de reparar en la celosía que forman los robles del camino, la superficie reflectante del lago y el precioso brezo amarillo que crece en las colinas, puesto que soy consciente sólo de mi objetivo y lo grato que está resultando llevarlo a término.

Conor ahora sabe que Ellen está prometida. Poco importa que no quiera a William y que no tenga la intención de subirse al altar con él, porque Conor sabe que lo quiere a *él*; lo único que importa es que no se lo *contó*. Importa, y mucho. De hecho, para él es más importante la confianza que todo lo demás, y Ellen le ha decepcionado.

No vuelve a la mansión Reedmace porque nuestros hijos están allí con Daphne. Seguramente le apetecería ensillar su caballo y cabalgar por las colinas para descargar la rabia; en su lugar, se va al castillo y se planta delante de mi retrato. Lo miro a través de los ojos del cuadro y él levanta la vista hacia mí con aversión. No me sorprende su expresión, porque el amor y el odio son caras opuestas de la misma moneda. Yo también le decepcioné, pero ahora se lo estoy compensando.

Se queda ahí mucho rato, mirándome fijamente, y no se da cuenta de que estoy aquí visible, ¡ojalá pudiera ver a través del cuadro! A continuación se sienta en las escaleras y hunde la cabeza en las manos. Me siento a su lado. ¿Lo ves? Siempre estoy con él, y siempre lo estaré. No necesita a nadie más que a mí.

Mientras Conor se lamenta en los escalones de su castillo, yo soy devuelta a casa de Peg para asistir al drama que tiene lugar en su cocina. Dylan ha venido a ver con sus propios ojos a la mujer que amó y perdió. Se queda en el umbral de la puerta, sombrero en mano, su grueso abrigo haciéndole parecer más grueso de lo que realmente es. Madeline Trawton se sorprende tanto al verlo que no sabe qué hacer. Es una mujer de aspecto severo con el pelo exageradamente cardado y quilos de maquillaje, pero cuando se pone de pie y camina hacia él veo que le tiemblan las piernas. Sus ojos azules contemplan fijamente los marrones de él, y en ellos reconoce indudablemente al chico que era antaño.

—Maddie, *eres* tú —susurra Dylan.

Ella está demasiado estupefacta para hablar. Su rostro se suaviza al contemplar el suyo.

—Fuiste a buscarme —dice, y detecto un rastro de Irlanda en su pronunciación.

—Te lo ha contado Ellen.

—Sí.

—Claro que fui a buscarte, Maddie.

Sonríe con pesar.

—Nunca lo supe.

—No, no tenías por qué.

—Pensé que no me querías. Pensé que no querías a Ellen.

Los ojos de Dylan se posan en su hija, que está sentada en la silla con el pájaro. Está tan quieta que

parece casi un mueble.

—¡Jesús! Maddie, ¿qué concepto tenías de mí? Te quise entonces y siempre te querré.

Ella parece sorprendida por esta inesperada declaración de devoción. Dylan la está mirando con sus enormes y afectuosos ojos y no sabe dónde meterse.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Sólo hay una mujer en un coche elegante a la que se le ocurriría preguntar cómo se va a casa de Peg. —Ella lo mira arqueando las cejas, turbada—. Le preguntaste a Martha la dirección y ella me lo contó al volver a casa.

—¡Oh! —Madeline recuerda a la mujer del perro—. Sí, es verdad.

Se produce un momento incómodo en el que se miran a través de la vasta distancia que el tiempo ha puesto entre ellos. Están muy cerca, pero podrían estar a mares de distancia. Ninguno sabe cómo salvarla ni cómo eliminar el dolor que ha engendrado. Tal vez esté demasiado arraigado en sus corazones para llegar a sanar algún día.

Ahora Dylan avanza hacia el abismo. Lo atraviesa con paso decidido y resuelto. Ella parece atemorizada, como un caniche malcriado atacado por un perro salvaje. Pero a Dylan le da igual. Es un hombre intuitivo e impulsivo. Tumba los años con su inquebrantable compromiso con el pasado y la rodea con sus anchos brazos. Ella se tensa, asustada, pero él la estrecha con fuerza. Ellen y Peg se emocionan. Si yo no tuviese un corazón de piedra, también me emocionaría. Pero lo único que me interesa es si Ellen vuelve o no a Londres con su madre.

Madeline Trawton afloja al fin la musculatura. Rodea a Dylan con los brazos y le devuelve el abrazo. Peg no duda en captar la atención de Ellen y abandonan juntas la estancia, escondiéndose en la salita en la que la joven no ha empezado aún a escribir su libro. Cuando salen, Madeline se echa a llorar. Abraza a Dylan fuertemente y él no hace ademán de soltarla.

—Ya pasó, Ellen Olenska. Ahora estoy aquí —dice él, y me pregunto si reconoce a la chica que hay debajo de la mujer en que se ha convertido. Creo que sus lágrimas son las de Maddie Byrne. Está en los brazos de Dylan y lady Trawton ha desaparecido.

Ella echa el cuerpo hacia atrás y le sonrío tímidamente. Se le ha corrido el rímel, dejándole unos horrendos churretones negros en las mejillas.

—Sigues siendo mi Dylan, ¿verdad? —dice ella, y su voz es ahora dulce y cariñosa.

—Siempre he sido tu Dylan —contesta él, y esos enormes ojos marrones brillan de emoción.

—No pensaba venir. Tenía miedo. Ellen era una excusa. En lo más profundo de mi corazón quería volver a mi pasado.

—Ellen es una joven magnífica, igualita a su mamá.

Los ojos de Madeline volvieron a llenarse de lágrimas.

—Lo siento mucho, Dylan. Tuve delirios de grandeza. Quise una vida mejor que la que podríamos haber tenido juntos.

—No te castigues... —empieza él, pero ella le interrumpe.

—No, estoy siendo honesta. Deja que por lo menos te cuente la verdad. Sé que hubieras huido conmigo si te lo hubiera pedido. Y no te di la oportunidad. Huí con Anthony porque intuí un futuro mejor. —Le tiemblan los labios y la vergüenza inunda su rostro—. Pero a poco de nacer Ellen me di cuenta de

que no encajaba en mi nueva vida. Te echaba de menos y echaba de menos Irlanda. Me sentía enclaustrada en cemento y añoraba las colinas y el mar. Me arrepentí de mi decisión, y mi mentira me corroía de tal modo que cada vez que Anthony cogía a Ellen en brazos y la besaba me sentaba como una patada, porque me sentía culpable. Él no era el padre de mi hija y no podía decírselo. Era demasiado tarde. Así que te escribí. Quería que fueras a buscarme. Quería volver a empezar. Al ver que no venías, telefoneé a mi madre y le conté la verdad.

—¡Jesús, Maddie! ¡Qué audacia!

—Me repudió, Dylan.

—Me lo puedo imaginar.

—Así que no pude venir a casa. Nunca más.

Él toma sus manos, porque ahora parece desesperada.

—Tú creíste que todos te habíamos abandonado, cuando eso no podía estar más lejos de la verdad.

—De modo que tiré la toalla y me centré en mi nueva vida. Tomé la decisión de no volver a hablar jamás de Irlanda. Procuré borrarte de mi recuerdo. Entonces Ellen viene aquí y se apodera tranquilamente de mi antigua vida; y ella *puede*, pero yo *no*. Se siente como en casa aquí en Ballymaldoon, como me sentí yo en su día. Ni te imaginas cuánto duele eso. Ellen ha vuelto a traerme todo a la memoria.

—Y te ha traído a *ti*.

—Sí, a mí.

—Lo cual es bueno.

—No lo sé.

—Sí que lo es —dice él con rotundidad—. Ambas estáis en casa ahora.

Se sientan a la mesa y Madeline se enjuga los ojos con el pañuelo que le da Dylan, dejando manchas negras en el algodón.

—¿Qué harás con Ellen? —le pregunta con tacto—. Ya sabes que ni torturándola conseguirás llevarla al altar.

Los hombros de Madeline caen en señal de derrota.

—Lo sé.

—Pues déjala ser como es. ¿Para qué forzarla a ser lo que no es? —Dylan sonrío—. Se parece más a ti de lo que te piensas.

Ella tira de la punta del pañuelo.

—Me preocupaba tanto que Anthony adivinase que Ellen no era suya que intenté que se pareciera a él. Pero ella se rebelaba cada vez que yo la obligaba a hacer algo, y te veía a *ti*, mirándome desafiante con tus enormes ojos marrones, y en ellos había la misma terquedad. Y yo me sentía culpable y me asustaba.

—Pues deja que elija dónde quiere estar. Tu madre hizo mal juzgándote e hizo mal impidiéndote venir a casa; así que no seas como ella.

Madeline asiente y luego suspira con resignación.

—¿Qué tal es ese hombre?

—¿Conor Macausland? Es un buen hombre.

—Me temo que lo he estropeado todo.

—¿Por qué?

—Se ha ido furioso cuando le he dicho que Ellen estaba prometida con un hombre en Inglaterra. La ha acusado de haberle mentado.

Dylan niega con la cabeza.

—Pues es una pena.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Tendrá que ir ella a explicárselo.

—¿Crees que la perdonará?

—Es un hombre complicado con una historia demasiado complicada, Maddie. No sé lo que hará. Pero Ellen tiene que ir a hablar con él ahora.

De modo que van juntos a la salita, donde Peg y Ellen están sentadas en sendas sillas, con inquietud. Se levantan expectantes cuando Dylan y Madeline entran.

—¿Preparo más té? —dice Peg, a quien claramente reconforta el ritual de preparar el té.

Madeline parece cambiada ahora. Su cara ya no es severa. Los churretones negros se le han secado sobre la piel y debajo los ojos. El pelo se le ha movido de sitio y el húmedo aire irlandés se lo ha rizado. Parece más joven y frágil.

—Ellen, creo que deberías ir a explicarle el asunto a Conor... —empieza.

—No pienso ir a casa —interrumpe Ellen a la defensiva.

—Lo sé y no pasa nada. Espero no haber estropeado tu relación con Conor. Dylan me ha dicho que es un buen hombre.

Ellen está sorprendida. No contaba con que su madre cambiara tan fácilmente de opinión.

—Es que *es* un buen hombre —responde.

—Coge mi coche, cielo, y ve a buscarlo —dice Peg.

Cuando Ellen se dirige hacia la puerta, *Mister Badger* se pone a ladrar y menear la cola.

—¡Jesús, María y José! —exclama Peg—. ¡Lo que faltaba! —Abre la puerta de la cocina y el perro sale brincando para recibir a Desmond, Johnny, Craic y Ryan, que bajan de sus coches. Ha corrido la voz, como siempre pasa en Ballymaldoon, y han venido todos a ver a su hermana.

Peg está tan nerviosa que se va directa a los fogones a preparar el té. Cuando coge las tazas del armario, le vuelven a temblar las manos. Madeline y Dylan se miran un buen rato sin pestañear, y creo que ambos saben que van a tener que decirles a los chicos la verdad.

Ellen pasa veloz por su lado y se mete en el coche de su tía. Están todos los vehículos pegados unos a otros frente a la casa, pero hay espacio de sobra para maniobrar. Los ve entrar en la casa. La escena me recuerda a *Ricitos de Oro y los tres osos*. Pero hay cuatro osos en este cuento y Ricitos de Oro ha vuelto.

Ellen encuentra el coche de Conor parado frente al castillo. Aparca junto al vehículo y se baja. Su cara pálida contrasta con el pelo moreno, y parece aterrorizada. Ya puede estarlo. Conor tiene un genio fuerte y no hay nada que le saque más de quicio que la mentira. Confiaba en ella, y ella ha abusado de su confianza. No creo que la perdone nunca; es más, *sé* que no lo hará.

La veo caminar hasta la puerta principal, y comprueba si está el cerrojo echado. Se la encuentra abierta y empuja lentamente, como temerosa de lo que se encontrará en el interior. Conor sigue en las escaleras. Lleva ahí un rato. Al verla se levanta. Mete las manos en los bolsillos y me alegra ver que se ha rodeado de ese consabido muro defensivo que tan bien conozco. Ese muro impenetrable e invisible que tan bien va para no dejar entrar a la gente. Ellen se encuentra al otro lado, sin posibilidad de alcanzarlo, y percibo su desesperación. Él es un extraño ahora, no el amante que era antes. Lo ha perdido, sólo que ella no lo sabe aún. Cree que todavía hay esperanza. Yo podría decirle que, una vez levantado, se necesitarán más que súplicas y explicaciones para derribar ese muro.

—No me pareció importante —empieza a decir con una vocecilla. Los ojos fríos de Conor la observan impasibles, pero no dice nada. Así que ella se explaya en vano—: No lo quiero. Por eso me fui. Vine aquí escapando de él y de mi madre. No quería romper el compromiso por teléfono ni quería volver a Londres. Así que enterré la cabeza en la arena y me centré en ti. William no importa, Conor. Tienes que entenderlo; *tú* sí.

Inspira fuerte por la nariz.

—Deberías habérmelo dicho, Ellen.

—Lo sé, lo siento.

—Confiaba ciegamente en ti. ¿Te dejo entrar en mi vida y qué obtengo a cambio? ¡Una bofetada en la cara!

—¡No! ¡Qué va! Eso no es así. William ya era historia. En mi cabeza yo ya no estaba prometida. Me enamoré de ti y prescindí de todo lo demás.

—No es bonito plantar a un hombre de esa manera. Tendrías que haberle dicho cómo te sentías, no dejarlo colgado, esperándote como un idiota. ¡Pobre hombre! ¿En algún momento pensaste en él?

—No, porque estaba pensando en *ti*.

—Bueno, pues ya puedes volver y hablar con él.

—Lo haré.

—A menos que estuvieras simplemente viendo los toros desde la barrera, esperando a comprobar si valía la pena seguir con lo *nuestro*.

—He sabido en todo momento en qué lado de la barrera quería estar.

—Bueno, ya no importa. Hemos terminado, Ellen.

Ella palidece, adquiriendo el color del nabo.

—¡No digas eso, Conor!

—No quiero estar con una mujer en la que no puedo confiar. Me han defraudado bastante en la vida como para conocer el valor de la honestidad.

—No volveré a mentirte. —Ella se aferra a los fragmentos de su relación astillada como el marinero de un barco naufragado—. Por favor, tienes que perdonarme.

A él se le escapa una carcajada sardónica.

—¡Ah..., Ellen! Pensé que eras diferente. Creí que nos complementábamos bien. —Ella se echa a llorar, pero él ni se inmuta, y yo deseo con todas mis fuerzas que se mantenga firme y no ceda. Las lágrimas femeninas son un arma poderosa y él ha de centrarse en lo que *realmente* quiere y no dejarse influir por ellas. Miro hacia abajo desde mi retrato y él levanta los ojos y me mira fijamente. Veo la

determinación que hay en ellos y sé que he ganado.

La acompaña fuera y cierra la puerta al salir.

—¿Ya está? —pregunta ella, asombrada—. ¿Vas a dejarme porque no te conté que estaba prometida, cuando en ningún momento se me pasó por la cabeza casarme con William?

—No, porque no eres la mujer que creía que eras.

A ella las lágrimas le dificultan el habla.

—Pues ¡tú tampoco eres el hombre que yo creía que eras! —Se sube al coche y se aleja al volante sin mirar atrás. Conor permanece allí un buen rato, viéndola desaparecer a lo lejos. Se queda mirando hacia la avenida de árboles medio esperando a que ella vuelva. Finalmente, como no vuelve, se sube al Range Rover y sale rugiendo en la dirección opuesta, me siento triunfante. Pese a la niebla que me envuelve, me siento victoriosa. Conor vuelve a ser mío. Esta vez lo vigilaré más de cerca.

En la densa atmósfera de mi mundo cada vez más oscuro, descubro que después de todo no estoy sola. Veo rostros pegados a las ventanas de mi castillo y me miran a *mí*. Otros espíritus infelices, atrapados en sus propios limbos turbios, miran afuera como prisioneros entre rejas. Sé por qué antes no podía verlos: porque estaba hecha de una vibración más alta. Pero ahora me doy cuenta de que soy una de ellos. He caído muy bajo. Me he puesto a su nivel. Pero no estoy arrepentida. Cegada por la determinación de mi corazón posesivo, me siento eufórica por la batalla que acabo de ganar. He protegido a mi familia de la invasión, lo cual es mi deber como esposa y madre, así que estoy dispuesta a sacrificar mi alma. Me he resignado a este nivel inferior de existencia. El cielo está ahora tan lejano que no sabría llegar allí, aunque quisiera. Pero no quiero. Aquí es donde está Conor, donde están Ida y Finbar. Y mientras ellos estén aquí, yo también me quedaré aquí. Y, cuando se vayan, espero que encuentren la manera de llevarme consigo. No los abandonaré. Mientras exista, no los abandonaré.

Ellen paró en un área de descanso y sollozó sobre el volante. Era la misma área de descanso en la que se había detenido sólo unas semanas antes, después de ver a Conor por primera vez. ¡Cómo iba a adivinar que al cabo de poco tiempo estaría ahí de nuevo, llorando a lágrima viva!

Tendría que haberle contado lo de su compromiso. Eso lo sabía. Y tendría que haber sido sincera con William en la nota, o haber hablado con él, lo que habría sido más amable por su parte. La había pifiado y le habría gustado volver atrás y hacerlo todo de diferente manera. A Conor le había defraudado su esposa; ahora *ella* le había defraudado; ¡deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho! Entendía su rabia, pero no entendía que la dejase. Había sido tan cariñoso. ¿Cómo era posible que su corazón se apagara tan repentina e irrevocablemente? ¿En serio su relación significaba tan poco para él como para ponerle fin por una falta de nada?

Visualizó a su madre y a Dylan en la casita de Peg con sus tíos, y supo que no quería volver allí. De modo que siguió por la carretera y estacionó al pie de la colina en cuya cima se encontraba la pequeña ermita de Caitlin, dominando el mar. Sabía que hallaría solaz allí.

Se arrebujó en el abrigo y empezó a subir por el camino que se abría paso entre el brezo y la alta hierba. El viento le enjugó las lágrimas y la belleza del paisaje llenó la hueca sensación de pérdida que la consumía por dentro. Llegó a la cancela y empujó. Allí a la izquierda estaba la tumba de Caitlin con su lápida de mármol y su habitual jarrón de rosas rojas. La incógnita de quién traía las flores la distrajo unos instantes de su desdicha, y se puso a pensar en la mujer y los secretos enterrados con ella. Tal vez la persona que dejaba las flores fuese la razón por la que Caitlin había defraudado a Conor. A lo mejor se había enamorado de alguien más y por eso discutieron la noche que ella murió en el incendio.

Ellen continuó andando sendero arriba y empujó la puerta de la ermita. Hacía frío dentro y había humedad, pero al menos estaba resguardado del viento. Recorrió el pasillo y se sentó en el primer banco, mirando al altar. El lugar estaba tenuemente iluminado por ventanas empañadas de moho y la falta de luz no hacía sino aumentar su sensación de desolación. Inspiró el aire húmedo y deseó tener un paquete de cigarrillos. Si alguna vez había necesitado un cigarrillo, era ahora. Su dolor aumentó convirtiéndose en una avalancha de autocompasión y le dio por llorar otra vez. ¿Sería capaz de quedarse en Connemara sin Conor? ¿Le bastaría con su familia? ¿Por qué el destino siempre da con una mano y quita con la otra? ¿Por qué siempre tenía que haber algo negativo minando lo positivo?

Estuvo en la ermita mucho rato. La paz y el silencio le permitieron analizar su delicada situación con más calma, y entonces, cuando su desdicha aumentó para volver a arrollarla, recordó a Dylan y la vez que se habían sentado ahí juntos, sus voces reverberando en las antiguas paredes de piedra, y sonrió llorosa.

Cuando al fin empezaron a gruñirle las tripas, decidió volver a casa de Peg. Bajó la colina despacio. No había ninguna prisa, nadie la esperaba. Aún lloviznaba. Unas espesas nubes grises sobrevolaban veloces el cielo, perseguidas tierra adentro por un vendaval frío, helado. Ellen halló solaz en las magníficas vistas del mar. El faro se erguía desafiante contra el ataque de viento y olas, como un caballero de túnica blanca que se niega a rendirse, aunque lo acribillen a balazos y tenga las costillas en carne viva. Se detuvo un segundo y observó las gaviotas blancas que volaban a su alrededor como ángeles aguardando para llevarse su espíritu a casa. Sin embargo, ahí estaba, casi resistiendo con determinación para no sucumbir, aferrándose a la vida con todas sus fuerzas. De pronto se le ocurrió una



idea para una canción. *Oh, faro cansado de la batalla, que aún te yergues sobre el mar, ¿no sabes que ha terminado y los ángeles te llaman?* Se paró un momento y la tarareó al tiempo que una chispa de emoción se colaba por la grieta de su corazón partido. Negó con la cabeza y se puso en jarras. ¡Qué irónico que le llegara la inspiración en el preciso instante en que decidía irse!

Cuando llegó a casa de Peg, la furgoneta de Johnny y el coche de Desmond seguían aparcados al lado del de Dylan y el chófer del coche de alquiler de su madre leía el periódico dentro de su flamante vehículo negro. Ellen se detuvo e inspiró hondo para cargarse de valor. No tenía ganas de hablar con nadie. Como los perros, quería meterse debajo de la cama y lamerse las heridas. Pero nada más pisar la gravilla, vio que Oswald venía corriendo desde la casa de al lado.

—¡Dios santo! ¿Qué ocurre? —preguntó, mirando desconcertado todos los coches.

—Mi madre ha vuelto —le dijo.

—¡Ay, Dios! ¿Peg está bien?

—Impresionada, pero bien.

Él reparó en su cara surcada de lágrimas y su expresión afligida, y sonrió comprensivo.

—Pero tú no lo estás, ¿verdad, Ellen?

—No mucho. —Ella se encogió de hombros con impotencia—. Ha salido todo fatal, Oswald. He mentido a todo el mundo y estoy pagando un precio disparatado.

—Seguro que tendrías una buena razón para mentir.

—Eso pensaba, pero Conor no quiere volver a verme.

Él miró hacia la puerta de la cocina de Peg.

—¿En serio quieres entrar allí?

—La verdad es que no.

—Entonces ven a casa y cuéntamelo todo. Soy un vejete sabio, ¿sabes?, y tengo más experiencia en el amor de lo que puedas imaginar.

Entró tras él a un salón immaculado. El fuego crepitaba en la chimenea y había un caballete montado frente a la ventana, donde Oswald había colocado ordenadamente sus pinturas y pinceles sobre una mesa de madera redonda.

—Para ser un artista eres muy ordenado —comentó Ellen, acercándose al caballete para ver qué estaba pintando. Se quedó sin aliento cuando su tía la miró desde el lienzo—. ¡Santo Dios! Pero ¡si es Peg!

Oswald sonrió por lo bajo.

—No se lo digas. Es un regalo.

—Se quedará alucinada. Es realmente fantástico. Bueno, no es que tus otros cuadros no sean buenos, pero es que este retrato es igual que ella.

Oswald no se había ofendido. Cruzó el pequeño recibidor y se perdió en la cocina. Ellen se acercó más al cuadro, se fijó en la humilde sonrisa de Peg y la calidez de sus ojos, que contenían tanto su dolor como su alegría. Había captado más que su aspecto físico; la había pintado tal cual la veía cuando ella lo

miraba, que era de distinta manera a como miraba a todos los demás. La esencia de Peg daba la impresión de que brillaba desde el cuadro y le confería una belleza delicada en la que Ellen no había reparado antes. Entonces se dio cuenta de que él seguramente la amaba, y sonrió por el placer que esa idea le producía. Se preguntó si, cuando él le regalara el cuadro, Peg se daría cuenta también.

Instantes después, Oswald volvió con dos tazas de café en una bandeja con una jarrita de leche y un bol de azúcar.

—Peg hace mucho té, demasiado —dijo, dejando la bandeja en la mesita frente al fuego—. Te tengo por cafetera.

—No he tomado café desde que llegué. ¡Qué apetecible! Necesito entrar en calor.

—Y animarte —dijo él—. A ver, ¿en qué has mentido?

Ella se sentó y se puso una cucharada de azúcar en el café. Era absurdo seguir ocultándolo. Se preguntó por qué se había molestado en hacerlo de entrada.

—Soy la prometida oficial de un hombre llamado William Sackville —le dijo.

—Ya... ¿Y cómo se ha enterado Conor?

—Se lo ha contado madre.

—¿Y a ella le gustaría que te casaras con este William?

—Sí, cree que me convendría porque es rico y noble, lo que, según mi madre, son las únicas cualidades que importan en un hombre.

—Ya veo; así que por eso huiste.

—En ese momento no sabía bien lo que quería. Sólo quería escapar, de mamá y de William y de un futuro que no quiero.

—Y Conor está enfadado porque no se lo contaste.

—Dice que no puede confiar en mí.

—Se le pasará.

Ellen sacudió la cabeza con tristeza.

—No, no creo que se le pase.

—Está enfadado, nada más. Dale tiempo.

—No creo que me perdone *nunca*. Tendrías que haber visto su cara. Dura como una piedra. Implacable. Horrible. Caitlin le decepcionó no sé por qué, y yo también le he decepcionado. Soy tan mala como ella, y él acabó aborreciéndola.

—¿Es eso cierto?

—Sí, no puede soportarla, ni a ella ni su recuerdo. Ahora me odia a mí también.

—Pero está muerta, cariño, y tú llena de vida.

—Hay más. Dylan es mi verdadero padre.

A Oswald casi se le cayó la taza de café.

—¡Dios santo! Esto sí que no me lo esperaba.

Dejó la taza en la mesa.

—Ni yo, pero es así. —Ella se encogió de hombros—. La caja de Pandora está totalmente abierta. De

eso están hablando todos en la cocina. Montones de mentiras, y ahora soy tan horrible como mi madre.

—Vas a tener que contármelo desde el principio, Ellen.

Oswald se quitó las gafas y sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa para limpiarlas.

—¡Y deja que juzgue *yo* si tu madre o tú sois horribles!

Ellen le contó toda la historia desde el día que su madre abandonó Irlanda hasta el momento de su vuelta treinta y tres años después. Él escuchó en silencio, asimilándolo todo, sus viejos ojos sabios observándola con compasión. Cuando ella acabó, volvió a ponerse las gafas.

—¿Tú dónde quieres estar, Ellen? —le preguntó con delicadeza.

—Quería estar aquí. Pero no estoy segura de querer estar aquí sin Conor.

—Ya veo.

Parecía un médico recopilando toda la información antes de emitir un diagnóstico.

—¿Y qué harás con tu padre? ¿Vas a hablar con él? Has dicho que tu madre te ha contado que no sabe con seguridad si sabe o no la verdad.

—No sé qué hacer. —Ella lo miró con impotencia—. ¿Qué *debo* hacer?

Él juntó las manos sobre el regazo.

—Te diré lo que opino, pero en definitiva tienes que hacer lo que a ti te parezca bien.

—De acuerdo. —Ella empezó a morderse ansiosamente la uña del pulgar.

—Creo que deberías hablar con él; de lo contrario, vivirás en una mentira el resto de tu vida, y creo que va siendo hora de que todo el mundo deje de mentir.

Ella asintió con la cabeza, aunque le aterrorizaba la idea de tener que enfrentarse con su padre y darle un disgusto.

—Y deberías decirle a William lo antes posible que ya no hay compromiso, en la cara, bien dicho, pero con rotundidad.

—¿Y luego?

—Deberías volver.

—¿Y qué hay de Conor?

—¡Ah...! Eso el tiempo lo dirá, pero aquí te has integrado muy bien, Ellen. Tienes trabajo en la tienda de Alanna, una habitación en casa de Peg y un padre que quiere conocerte mejor. Llevas Irlanda en la sangre, por los dos lados. No me extraña que tu corazón se haya amoldado a esto como el gorrión que hace nido.

Ella apuró el café y dejó la taza encima de la mesa.

—No creo que pueda —contestó—. No creo que pueda soportarlo. Aquí todo me recuerda a él. Mire donde mire, está ahí.

—En ese caso, si estás segura, sentiremos mucho verte marchar —dijo él con tristeza—. Sobre todo Peg, y Dylan ni te cuento. Dejarás un roto enorme en la tela de nuestras vidas.

—¡Oh, Oswald, no digas eso!

Ellen se echó a llorar otra vez.

—Es verdad, ¿no? —Le dio unas palmaditas de cariño en la mano—. ¿No hemos quedado en que no mentiríamos más?

Poco después, cuando Oswald y Ellen entraron en la cocina de Peg, encontraron a los hombres Byrne apretujados alrededor de la mesa de la cocina con Madeline, Dylan y Peg. El ambiente estaba cargado, pero no era tenso. Hablaban en voz baja y el grupo desprendía una sensación de unidad. Parecían más una banda de ladrones que una familia desmembrada que se reúne tras más de treinta años de separación. Durante unos instantes Ellen sintió que su determinación flaqueaba. Pensó en la cocina formal de Eaton Court y se le cayó el alma a los pies. Se había encariñado de Peg, *Mister Badger* y *Bertie*. Ni siquiera había conocido a *Reilly*, la ardilla, que dormía arriba en el armario del lavadero. Ahora estaba cómoda con sus tíos: ya no le imponían sus hombros anchos y rostros enigmáticos. Y había encontrado un alma gemela en Dylan.

La habitación se sumió en el silencio. Madeline miró a su hija con preocupación.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Me voy a casa —se limitó a contestar Ellen.

Peg estaba horrorizada.

—¿Te marchas? —inquirió.

—Pero si acabas de llegar —dijo Dylan. La joven no podía mirarlo a la cara, y bajó los ojos al suelo—. No volverás para casarte con ese hombre, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pero volverás, ¿no? —dijo Peg.

—No lo sé —contestó Ellen, reprimiendo las lágrimas. La mirada de Dylan era tan intensa que se vio obligada a mirarlo. Estaba gris y sus enormes ojos marrones rebosaban tristeza.

— Ellen, no puedes consentir que Conor Macausland vaya a buscarte fuera de Irlanda —le dijo.

—Estoy de acuerdo con Dylan —dijo Johnny—. Es un imbécil.

—¿Quieres que hablemos con él? —preguntó Desmond, y a Ellen le sorprendió la oferta inesperada de apoyo.

—No —se apresuró a contestar. No quería que sus tíos se entrometieran y lo empeorasen todo—. Da igual.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Peg a su hermana—. No puedes dar media vuelta e irte nada más llegar.

—Mi idea era hacer un viaje relámpago —respondió Madeline tímidamente.

—¿Y ahora? —preguntó Dylan.

—Bueno, ya no tengo nada que ocultar, así que...

—Te quedarás a dormir por lo menos —dijo Peg.

—Me quedaré a dormir por lo menos —repuso ella. Entonces, volviéndose a su hija, que aún estaba en medio de la cocina con Oswald, añadió—: Si a ti te parece bien, Ellen.

Ella asintió.

—Lo que tú quieras. Tienes que recuperar años.

—No se hable más, pues —dijo Peg—. Al menos te tendremos una noche más, Ellen. —Ésta vio que su tía sonreía a Oswald haciendo de tripas corazón. No podía quedarse ni un minuto más en esa cocina sabiendo que pronto la abandonaría, de modo que los dejó en la mesa y corrió escaleras arriba. Tenía la esperanza de que Conor llamara, pero al encender el teléfono que le había regalado, constató que no había llamado ni escrito un mensaje de texto. Se desplomó en la cama y se puso a mirar al techo desconsolada.

Se le pasó por la cabeza mandarle un mensaje de texto, disculpándose otra vez, suplicándole que recapacitara. Pero entonces evocó su rostro frío e indiferente, que le recordó su rabia, y dejó el teléfono; más le valía no hacerle enfadar aún más. Todos la habían advertido. Le habían dicho que Conor no le traería más que problemas. Pero lo deseaba con cada fibra de su cuerpo y rodó de costado y se abrazó a la almohada pesarosa.

Debió de quedarse dormida, porque cuando abrió los ojos estaba su madre sentada a los pies de su cama.

—No quería despertarte —dijo en voz baja.

—No pasa nada —repuso Ellen incorporándose.

—Estoy convencida de que Conor cambiará de idea. Uno no rompe con alguien por algo tan trivial.

—No lo conoces, mamá.

—Lo sé todo sobre él.

—Nada bueno, entonces.

—La verdad es que Dylan *sólo* ha dicho cosas buenas. Cariño, si te quiere, volverá.

—No sé si me quiere bastante. No hemos tenido tiempo para eso.

Madeline sonrió con complicidad.

—El amor no sabe de tiempos, cielo.

—Dime, ¿ha sido raro volver a ver a Dylan? —preguntó Ellen, cambiando de tema.

Madeline suspiró.

—No ha cambiado nada. Sigue siendo el Dylan que conocí y quise.

—Hemos estado tocando la guitarra y cantando juntos. Tiene un talento increíble.

—¡Uy! Lo sé. —Miró a su hija con aire pensativo—. Te pareces tanto a él. Al verlos a los dos juntos, el parecido aún es más evidente.

—¿Papá coincidió alguna vez con Dylan?

—Sí, pero no creo que se acuerde. Hace muchos años.

—Voy a contárselo.

El rostro de Madeline se endureció.

—No tienes por qué hacerlo, Ellen.

—Creo que todos hemos mentado bastante ya —repuso ella con rotundidad.

—¿Para qué vamos a darle un disgusto?

—Te aseguro que cuando nos vayamos de Ballymaldoon todo el mundo sabrá que soy hija de Dylan. ¿Has olvidado cómo son los de aquí? ¿Y si le acaba llegando el rumor a papá? No, mamá. Tenemos que decírselo tú o yo. Y creo que voy a ser yo.

—No te precipites. Piénsalo detenidamente antes de sacar el tema. Todo ocurrió hace mucho tiempo.

—Está ocurriendo ahora, mamá. *Yo* soy la prueba. No puedes enterrarme en el pasado.

—Pues claro que no, Ellen, pero antes de dejar que el pasado envenene el presente, piensa en lo que le afectará a él. Piensa en eso. Esto no se trata sólo de ti, de mí y de Dylan. Tu padre te quiere.

—Y merece saber la verdad —añadió la joven. Su madre apretó los labios y levantó el mentón. Ellen había atisbado a la antigua Maddie Byrne, pero lady Anthony Trawton llevaba mucho más tiempo en acción. Era demasiado mayor e inflexible para convertirse otra vez en una niña.

—Me llevaré un gran disgusto si se lo cuentas —dijo, y su voz había recuperado su dura carcasa—. Castígame por mentirte, por no contarte lo de Dylan y por darte una vida cómoda que jamás habrías tenido aquí, pero no castigues a Anthony. Siempre ha sido un buen padre para ti y un buen marido para mí. Nos vamos a comer al *pub*. Craic quiere que lo vea y creo que ya es hora de que conozca al resto de mi familia. Vente, te irá bien. No puedes quedarte aquí todo el día acostada y mustia. Eso no te devolverá a Conor, ¿verdad?

Por pocas ganas que Ellen tuviera de ver a nadie, había que reconocer que encontró consuelo en la comida familiar del Pot of Gold. Hasta Peg, que jamás ponía un pie en el *pub*, fue con ellos a instancias de Oswald. A Ellen le alegró ver a su tía claudicando por fin y agarrándose del brazo de su viejo amigo. Si lo que le preocupaba era el chismorreó, debería haber sabido que, con su hermana al lado, nadie se fijaría en *ella*.

No tardó mucho en propagarse el rumor de que Maddie Byrne había vuelto, y el lugar fue un hervidero de vecinos deseosos de ver de cerca a la joven que en su día había escandalizado a Ballymaldoon huyendo con su aristócrata inglés. Aquello fue el regreso de la hija pródiga y la trataron a cuerpo de rey, la familia, los amigos y los desconocidos que sólo conocían la historia de oídas.

Saltaba a la vista que Madeline estaba encantada con tantas atenciones. A fuerza de beber vino e irse integrando en el seno familiar, consiguió relajarse un poco. Tenía el pelo alborotado por el aire húmedo. Las mejillas sonrojadas por la emoción. Su sonrisa era amplia y su cuerpo había perdido la rigidez. Su risa, habitualmente tan contenida, era ahora ronca e incontenible. Parecía más joven. Ellen pudo vislumbrar a la Maddie Byrne de antes de que todo se torciera y el desencanto vital la curtiera. Pero sabía que duraría poco. Se preguntó si Dylan también lo sabía. Los años en Londres habían sido demasiado largos y demasiado decisivos para ser borrados tan fácilmente.

Ellen estaba entumecida. Cuanto más observaba a su familia, a Oswald y a Dylan, más le dolía pensar en dejarlos. Pero se sorprendió a sí misma escudriñando los rostros en busca de Conor, y cada vez que la puerta se abría, el corazón le daba un vuelco durante un fugaz y angustioso instante mientras rezaba para que el viento se lo trajese. Naturalmente, no fue él en ninguna de las ocasiones. Muy posiblemente nunca lo sería. Supo entonces que no podía vivir así. Al menos en Londres no lo vería en cada esquina. En Londres tendría más posibilidades de olvidar; después de todo, su madre lo había logrado, ¿no?

El sufrimiento de Conor es indicio de mi éxito. Debería estar exultante. Pero no lo estoy. Hay algo en su sufrimiento que me desasosiega; es un tipo de tristeza diferente al que le acosaba después de mi muerte. A la sazón él desprendía algo sombrío y hosco, como si fuese un hombre culpable de ocultar un secreto horrible. Ahora no desprende nada sombrío ni hermético. Su pérdida lo ha dejado sencillamente destrozado y perplejo. Le dio a Ellen su amor, pero, lo que es más significativo, le dio su confianza, y ella le ha traicionado. Se retuerce de pena. Antes tenía celos de su felicidad; ahora tengo celos de su dolor.

Cuando Ellen abandona el castillo, él se queda mirando su coche hasta que desaparece bajo los robles. Permanece allí plantado un buen rato, como si estuviese esperando a que diese la vuelta y regresara. Pero no lo hace. Ellen se ha ido, y ahora espero que regrese a Londres y se quede allí. El tiempo curará el corazón roto de Conor, y acabará entendiendo que el amor que siente por mí es más profundo que el amor superficial que sentía por Ellen. Las mujeres seguirán pasando por su vida como hermosos lirios en un estanque, pero yo soy la corriente que hay debajo, siempre constante.

Se pone en jarras y su cara se frunce momentáneamente, como si de pronto hubiera pensado en algo que le enfurece. Se gira y vuelve resueltamente hacia la puerta del castillo. Una vez dentro, levanta de nuevo la vista hacia mi retrato. Yo lo miro desde los ojos del cuadro, y es como si nos miráramos como hacíamos antes cuando yo era de carne y hueso. Estoy convencida de que puede verme. El corazón me brinca dentro del pecho, porque si no fuera capaz de intuir lo que hay detrás del cuadro, no me miraría de esta forma, ¿no? La arruga del entrecejo se vuelve más pronunciada, como si estuviera planteándose un imposible. Pero yo no soy un imposible, mi amor. Estoy aquí en espíritu, más real de lo que fui en vida. Él sacude la cabeza y contempla mi bello rostro. Admira mi esplendor y sé que mi muerte lo atormenta. Pero la muerte es una ilusión, Conor. Estoy aquí. Si cierras los ojos y confías en tus sentidos, me percibirás.

—¡Ah..., Caitlin! —gime—. ¿Qué has hecho?

No sé muy bien qué quiere decir con esto. Quiero creer que lamenta nuestra pelea en el faro y mi impulsiva carrera escaleras arriba hacia mi muerte. Pero algo en su expresión me dice otra cosa. Está enfadado conmigo. Me mira con los ojos cargados de aversión. Me quedo helada y salgo del cuadro dando tumbos, adentrándome en un limbo más oscuro que el anterior. Él sacude la cabeza y sonrío con cinismo.

—Tú eres la causante de esto —me acusa, y veo que el rencor endurece sus facciones—. Debería haberlo sabido. Me envidiabas en vida y ahora me envidias en la muerte. Tienes que dejarme marchar, Caitlin. —Se pasa una mano por el pelo y suelta una risilla amarga, bajando la mirada hacia las baldosas. Es consciente de que habla para sí y de que parece un loco. Pero a mí no me parece que esté loco.

Sus palabras son como puñales que se me clavan en el corazón, matándome otra vez. ¿Es que no sabe que todo lo que hice fue por amor? Si pudiera explicar que fue *él* quien me impulsó a hacer lo que hice. Que si yo hubiera estado segura de su amor no lo habría presionado tanto ni le habría decepcionado. Hoy seguiría viva y nada de esto habría pasado.

Me deja en el castillo, pero no estoy sola. Me giro y veo a las criaturas grises y desgraciadas que me miraban desde las ventanas de arriba. Y comprendo que soy tan gris y desgraciada como ellas. Comprendo entonces que, en realidad, el universo está hecho de vibración: a más vibración, más ligero

el ente. Estas pobres almas son lentas y pesadas, como yo. Pienso en Ciara y su energía radiante, y me pregunto qué tengo que hacer para acelerar mi vibración a fin de llegar a su feliz nivel de existencia. No lo sé. Tal vez esté condenada a vagar toda la eternidad en este nivel. Y me pregunto para qué habré renunciado al cielo, si mi marido no me quiere y mis hijos a duras penas saben que estoy aquí. Miro alrededor y me deprimó aún más ante la idea de pasar la eternidad con esta lamentable panda de fantasmas.

Conor regresa a la mansión Reedmace de un humor de perros y le contesta de mal modo a Finbar cuando el chico le pide que juegue al ajedrez.

—Nos vamos —gruñe, y llama a su madre a gritos. Daphne se queda atónita al oír ese tono impropio de su hijo, pero nadie conoce a un hijo mejor que su madre. Conor tiene el semblante adusto, los ojos desorbitados y el corazón sangrante. Ella no le pregunta qué ha pasado porque él se lo contará cuando esté preparado, ni antes ni después. Pero sabe que algo ha pasado con Ellen, y su corazón también sangra, porque la joven representaba todas sus esperanzas y ahora se ha ido.

Salen para Dublín en helicóptero y estoy tan estupefacta y dolida por el rechazo de Conor que me quedo en Connemara. Ahora quiero seguir adelante. Quiero abandonar mi limbo turbio, pero es demasiado tarde. La luz ha desaparecido y me sumerjo en la oscuridad. Es como si una niebla espesa cubriera el suelo. Apenas veo a través de ella. Ansío estar abajo en la playa. Haciendo acopio de la poca energía que tengo, me desplazo hasta allí. El ambiente que genero hace que esté demasiado oscuro para ver el faro, pero sé que está ahí. Vago por esta reducida franja costera, flotando de aquí para allá cual hoja al viento, mi alma afligida. Parece que todo está perdido y estoy en el infierno. De algún modo sé que me lo he buscado yo, pero no sé cómo, y no dispongo de las herramientas para invertir las tornas. Sólo sé que mi anhelo de luz es ahora más fuerte de lo que anhelo a Conor y mis hijos. Experimento una añoranza terrible y punzante en el centro del alma: quiero irme a casa.

Y entonces veo a dos personas caminando por la playa. No sé si es de día o de noche porque ahora estoy en una oscuridad permanente. Cuando se acercan veo que son Peg y Madeline. Forman una pareja muy curiosa. Peg es bajita y redonda, como un repollo, y Madeline es alta y delgada como una rama de apio. Salgo de mí misma y de mi sufrimiento al ver que se acercan. Están hablando, las manos en los bolsillos del abrigo, los sombreros calados. Llegan a las olas y se detienen. Hay silencio, a excepción del grito lastimero de una gaviota que revolotea en lo alto. Se quedan mirando al mar unos instantes. Entonces Peg suspira y pasa la mano por el interior del brazo de su hermana. Madeline le pone la mano encima y le da unas palmaditas de consuelo.

—Tranquila, cielo —le dice con dulzura—. Está con el Señor.

Los ojos de Peg se llenan de lágrimas.

—Lo sé, pero la echo de menos.

—Evidentemente.

—Tengo un agujero en el corazón que nunca se llena y donde siempre sopla un viento frío.

—¡Ah..., Peg! Y pensar que yo no tenía ni idea de lo mucho que estabas sufriendo. Estuvimos siempre tan unidas.

—Ni yo tenía ni idea de lo mucho que *tú* estabas sufriendo, Maddie. Pensaba que tenías todo lo que querías. Deberíamos haber seguido en contacto. Deberíamos haber estado ahí la una para la otra.

—Ahora estaremos en contacto, ¿verdad?

—Sí. Me alegro de que hayas vuelto.



Madeline sonríe con pesar.

—Y yo —contesta.

— Qu  hay de Dylan? —pregunta Peg.

—Dylan y yo sabemos que compartimos la autoría de un capítulo que se cerró hace muchos años. No podemos abrir el libro y pretender retomarlo donde lo dejamos. La vida no va así; se han escrito muchas páginas desde entonces y los dos hemos cambiado. Pero me alegra que hayamos tenido ocasión de hablar. Le quiero, pero creo que quiero más su recuerdo.

— Y Dylan?  Qu  dice?

—Ha encontrado a su hija... —contesta con solemnidad.

—Ellen volver ,  no crees?

Ahora Peg est  nerviosa ante la idea de perder a su sobrina.

—No lo sé. Conor le ha hecho mucho daño y ha sido todo por mi culpa. Tendría que haber hablado con ella a solas, pero estaba tan enfadada que no lo pens . Al verlo entendí qu n era y me entraron ganas de que se fuera y de que las cosas volvieran a ser como antes.

—Es una niña adorable, Maddie.

—Lo s . Pero siempre ha sido conflictiva.

—Como t .

— Yo no era conflictiva! —protesta Madeline, pero sonríe porque sabe que Peg tiene razón.

— Ya lo creo que s ! Mamá... —titubea y mira a su hermana con aire pensativo—. Maddie,  no crees que tendrías que visitar la tumba de mamá y presentarle tus respetos?

—No —contesta enseguida Madeline—. No estoy preparada para eso.

—Pero Jesús enseño a perdonar.

—No estoy preparada para perdonar. No tiene sentido pasar por eso si no me sale del corazón. No siento más que resentimiento, Peg. No puedo evitarlo.

Me fijo en que cada cierto tiempo dice una palabra con deje irlandés. La chica de antaño está intentando escapar de la mujer en que se ha convertido. Pero es imposible; el envoltorio est  demasiado duro.

—T , Peg, tienes que perdonarte a *ti* misma.

— Ay, Maddie!

Peg est  consternada, y veo que una ola de horror le eriza el cuerpo. Da un respingo.

—Nunca podr  perdon rmelo —musita, como si su propia rabia fuese una serpiente que se ha apoderado de ella.

El animal levanta su repulsiva cabeza y la dulce y buena de Peg retrocede con temor.

—Peg, no fue culpa tuya. No fue culpa de nadie. Dios llam  a Ciara de nuevo a su seno. No puedes cuestionar Sus motivos. Tienes que aceptar lo que él nos da.

— Es que no puedo! —Peg gime—. Si hubiese estado más atenta...

—No hay «y si» que valga, sólo hechos. Pasó lo que pasó, y tienes que seguir con tu vida.

En ese momento me deslumbra una luz intensa. S  que esa luz es Ciara, aunque no soy lo bastante

fuerte para mirar hacia ella. Este dulce resplandor disipa automáticamente la niebla que me envuelve y veo que Madeline rodea a su hermana con los brazos y la abraza con fuerza. Da la impresión de que la luz penetra en Peg, a quien se le escapa un gemido. Es como si expulsara todo su dolor en ese aullido terrorífico. Luego se queda callada. Siguen abrazadas mientras el viento sopla a su alrededor y el mar rompe en la arena, como los marineros náufragos que sobreviven a una tormenta.

Al fin se sueltan y Madeline toma las manos de Peg. Mira a los ojos enrojecidos de su hermana y le dedica una sonrisa alentadora.

—Si tú intentas perdonarte, yo procuraré perdonar a mamá.

Peg asiente con entusiasmo.

—Me parece un buen trato —contesta.

Entonces sé que esa luz es amor y que tiene la fuerza suficiente para dar muerte a una serpiente. También sé que en mi corazón hay poco amor que no hayan empañado los celos. Entiendo entonces que *sí* tengo el poder de aumentar mi vibración, ya que lo único que puede transmutar la negatividad es el amor.

—Dime, ¿volverás? —pregunta Peg.

—Lo haré —contesta Madeline—. Volveré y tal vez entonces tenga fuerzas para visitar la tumba de mamá.

—Espero que Ellen también vuelva.

Emprenden la vuelta por la playa hacia casa de Peg.

—Ellen que haga lo que quiera —dice Madeline tranquilamente—. Resulta irónico pensar que me he pasado todos estos años intentando ocultarle Irlanda, y ella va y la encuentra solita.

—Todos los ríos desembocan en el mar de un modo o de otro —dice Peg sabiamente.

—En eso tienes razón. Tal vez su destino sea acabar aquí. Tendrá lo que a mí se me negó y procuraré no tomarlo en cuenta.

—Y Dylan estará cerca de la hija a la que no pudo ver crecer.

—Eso además.

—Siento que viniera aquí y le hayan roto el corazón.

—Sanará —se limita a contestar Madeline—. O por lo menos aprenderá a vivir con su pérdida y seguir adelante como hice yo.

—¿En serio está realmente decidida a hablar con su padre?

Madeline parece afligida.

—Sí. No puedo impedírselo.

—Pues no será una conversación fácil.

—Le he suplicado que no lo haga. Ahora el pasado se volverá en mi contra. Supongo que debería habérmelo imaginado. Al final todo acaba sabiéndose.

—Rezará por ti —asegura Peg con rotundidad.

—Gracias, aunque me temo que las plegarias no bastarán.

Al llegar a la casa se encuentran a Ellen en el prado con el burro, contemplando el faro. Se reúne con ellas junto a la cerca.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunta Madeline.

—Despedirme del burro —dice Ellen, y su aliento se eleva en el aire cargado. Tiene las mejillas chupadas y pálidas.

—Entra a desayunar —sugiere Peg.

—Enseguida voy.

—Te haré unas gachas —añade su tía—. Te vas a quedar en los huesos.

—Me da igual quedarme en los huesos —contesta Ellen taciturna, encogiéndose de hombros—. Conor se ha ido. No volverá a buscarme. Todo ha terminado.

—¡Oh, Ellen! —exclama Madeline con una calidez en la voz que coge a su hija desprevenida—. Ven dentro, pareces congelada.

—En un minuto estoy con vosotras —repite Ellen, apartando los ojos porque se le están llenando de lágrimas. Las dos mujeres se dirigen hacia la puerta de la cocina y la dejan en el prado con las ovejas, la llama y el burro. Tarda un rato en darse la vuelta y entrar en casa con ellas.

Al poco tiempo Dylan, Johnny, Joe, Ryan y Desmond vienen a despedirse. Oswald se apunta y todos comparten una última tetera en la acogedora cocina de Peg. Parecen todos descompuestos, pero Dylan el que más. La conversación es tensa. Joe cuenta un par de chistes malos, pero aun así se ríen. Todos intentan estar alegres, aunque por dentro se sienten pesados como el plomo.

Ha llegado la hora. El taxi de Madeline espera fuera para llevarlas al aeropuerto. Achucha con prisas a sus hermanos y a Peg, para no desmoronarse; al fin y al cabo, es inglesa, y la pasión irlandesa está encerrada dentro de aquella chica irlandesa bajo la eficaz chapa de acero con la que se ha cubierto cual armadura. Luego abraza a Dylan. Él la estrecha con fuerza, pero incluso yo veo que la chapa le resulta impenetrable. Ha vislumbrado fugazmente a Maddie, pero ha tenido que conformarse con la inglesa que ha ocupado su lugar.

Lo de despedirse de Ellen es otra historia. Experimento un dolor extraño en el pecho cuando Dylan toma sus manos jóvenes en las suyas ancianas. Veo que las suyas tiemblan. No encuentra las palabras, pero le regala un CD, que le pone en la palma de la mano. Ella lo rodea con los brazos y deja escapar un apagado sollozo. Siguen abrazados y el dolor de mi pecho se intensifica. Y entonces reconozco este dolor que aplaca mis celos y me llena de culpabilidad. Es la compasión.

Ellen regresó a Londres y a su antigua vida con la conformidad hastiada del bucanero cuya aventura ha acabado en fracaso. Únicamente se había ido unas semanas de Londres y todo estaba tal cual lo había dejado; era *ella* la que había cambiado. Ya no estaba a gusto. Se sentía extraña en una ciudad que anteriormente había considerado suya. Pese a romper su compromiso con William, quien no pareció ni mucho menos tan afectado como se había temido, Ellen constató que su madre esperaba que las cosas volvieran a ser como antes. Pero no le gustaba la persona que había sido entonces y no tenía la menor intención de volver a meterse nunca más en esa piel. Irlanda había hecho un clic en su conciencia y eso era irreversible.

Tras una comida tensa con William, más parecida a una rescisión contractual que de un compromiso, volvió a casa. Pero ya no lo sentía su hogar. Era como si el espacio se le hubiera quedado pequeño; incluso la cama le parecía enana. Se tumbó a escuchar el CD de Dylan mientras el dolor del alma le producía una angustiada morriña por su país recién adoptado. Al oír la letra de «Ellen en la otra orilla», ya no fue capaz de contener las lágrimas.

Se había propuesto no volver a mentir. Por más que su madre había tratado de disuadirle, ella sabía que para poder vivir honradamente tenía que contarle a su padre la verdad sobre su nacimiento. Al principio su madre no creyó que fuese a hacerlo. Creía sinceramente que en cuanto Ellen volviera a casa, la vida recuperaría la normalidad y ella olvidaría Irlanda. Telefoneó a Emily para pedirle que reuniera a las amigas y entre todas sacaran a Ellen, pero llevaba Irlanda en el corazón y en las lágrimas, que derramaba a la más mínima provocación.

A pesar de los esfuerzos, Madeline no logró impedir que su hija encontrara el momento adecuado para hablar con su padre en el estudio de éste.

—Preciosa —dijo, bajando el *The Times* con una sonrisa—. ¿Qué puedo hacer por *ti*?

—Papá, tengo que hablar contigo —dijo ella, cerrando la puerta al entrar.

—¡Claro! —contestó él doblando el periódico y dejándolo sobre la esquina del protector de la chimenea.

Ella se sentó en el sillón de enfrente y colocó las manos sobre el regazo. Él no le había preguntado qué tal estaba desde que había roto con William ni le había preguntado por Irlanda tampoco. Se había limitado a actuar como si nada hubiera pasado. Como si se hubiera ido un fin de semana largo de viaje con amigas. No sabía cómo decirle que había desenterrado el pasado de su madre y descubierto que era hija de otro hombre.

—¿Y bien? —preguntó él, arqueando las cejas.

—Quiero hablarte de Irlanda —empezó ella.

—Sí —contestó, y a ella le pareció detectar una sombra fugaz de incertidumbre en su rostro—. ¿Qué tal te fue?

—Me ha encantado.

—Es una parte del mundo muy bonita.

—Mamá nunca me había hablado de su familia, conque imagínate mi sorpresa al descubrir que tenía una tía y cuatro tíos.

—Seguro que a ellos también les sorprendería verte —comentó riendo por lo bajo.

Ellen empezó a encontrarse mal.

—La verdad es que allí me he sentido como en casa, papá. He tenido la sensación de que era realmente mi hogar.

—Lo llevas en los genes.

—Sí, mis genes irlandeses tiran mucho.

Ellen lo observó, esperando alguna reacción, pero él la miraba con los ojos azules y honestos y la cara inocente de siempre.

—Conocí a tu madre durante mi estancia en ese antiguo y magnífico castillo propiedad de un tipo llamado Peter Martin.

—He ido a ver el castillo —le dijo Ellen—. Es muy romántico.

—¿Sigue siendo propiedad de los Martin?

—No, lo vendieron y se fueron a vivir a Australia.

—¡Por Dios! Eso sí que está lejos. Me he preguntado muchas veces qué habría sido de ellos. Después de aquel verano no volví a verlos. —Se frotó la barbilla con aire pensativo—. Lorcan, el hijo de Peter, y yo éramos amigos de Eaton y Oxford. Era un hombre diez con un *drive* impresionante. Lo recordaré mientras viva.

—¿Llegaste a conocer a un hombre llamado Dylan Murphy? —preguntó Ellen.

Estuvo atenta a su reacción, pero él negó con la cabeza y contestó que creía que no. Ella supo entonces que era imposible que supiera lo del antiguo amor de su madre, porque su padre era sencillamente incapaz de disimular.

Se levantó, súbitamente nerviosa.

—Papá, tengo que contarte algo horrible, pero necesito sacarlo y tengo que serte sincera.

Sintió un vértigo espantoso. Ahora había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás.

—¿Se trata de Irlanda? —inquirió él, y, cuando ella lo miró, sus ojos azules eran curiosamente más oscuros y penetrantes que antes.

—Sí, se trata de Dylan.

Él asintió lentamente mientras inspiraba por los orificios nasales dilatados. Acto seguido volvió a frotarse la barbilla, mirando al infinito.

—¿Este tal Dylan tiene los ojos marrones?

Ellen frunció las cejas.

—Sí, ¿por qué lo dices?

Él la miró fijamente.

—¿Qué te ha contado?

Ahora se puso serio.

A Ellen se le aceleró el pulso.

—No me ha contado nada —se apresuró a contestar—. Lo averigüé yo sola. —Era consciente de que tenía otra vez los ojos llenos de lágrimas—. Y entonces las cosas empezaron a tener más sentido.

—Siéntate, Ellen —dijo él con serenidad. Ella hizo lo que le mandaban y se sentó en el borde del sillón.

—Mamá me suplicó que no te lo dijera, pero he perdido al hombre que quiero porque mentí acerca de mi compromiso. No quiero más mentiras. No quiero más secretos. Y no puedo vivir sin que tú sepas lo que yo sé. Sabiendo que *no* lo sabes. Y que llegues a averiguarlo, que a lo mejor te lo cuente alguien y entonces habré vuelto a mentir, u omitir... —Ahora se estaba yendo por las ramas, frotándose nerviosamente las palmas sudorosas.

—Ellen, lo sé —le dijo él con dulzura.

Ella lo miró atónita.

—¿Lo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

—Que no soy tu padre biológico. *Eso* es lo que intentas decirme, ¿verdad?

El alivio fue arrollador.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi amor, ¿de veras crees que no me he fijado en que mi hija tiene los ojos marrones? Incluso con mis limitados conocimientos de biología sé que es imposible que unos padres de ojos azules tengan un hijo de ojos marrones.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—¡Y yo gastándome un dineral en colegios privados! —Sonrió afablemente—. Supongo que descubrirlo habrá sido un *shock* tremendo. —Sí.

—Pero eso no cambia nada que tú no quieras que cambie.

—¿No?

—¿Por qué iba a hacerlo? El pasado, pasado está, y no puede *deshacerse*. Es lo que es. Descubrir qué esperma fecundó el óvulo no cambia el hecho de que yo he sido tu padre durante los últimos treinta y tres años. No cambia el hecho de que te quiero, Ellen. No lo cambia en absoluto.

Ella no había oído a su padre hablar de amor en toda su vida. Le conmovió inesperadamente, hasta el punto de notar una opresión en el pecho y la garganta. Siempre le había incomodado hablar de sus sentimientos, y Ellen jamás le había sondeado. Ahora había abierto de par en par la puerta a sus emociones, invitándola a entrar. Era un terreno desconocido para ambos.

—¿Qué pensaste cuando nací? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Que eras la niña más hermosa del mundo, y yo un afortunado por tenerte.

—¿En serio?

—Evidentemente. Yo amaba a tu madre. Me daba igual que estuviese embarazada de otro hombre, porque la quería a cualquier precio. Ella pensaba huir de Irlanda y accedí gustoso a ser su caballero de lustrosa armadura y bajarle el puente levadizo.

—¿No te pareció raro que me llamara Ellen?

Él soltó una risita al recordar.

—Bueno, no lo elegí yo, pero ella lo tenía claro. Pensé que sería el nombre de su abuela o de algún otro familiar.

—Era el apodo que le puso Dylan. Ellen Olenska.

—¡Ah...! *La edad de la inocencia*. —Él recibió la información asintiendo con la cabeza—. Bueno, supongo que fuiste concebida en una especie de edad de la inocencia. Después de aquello a tu madre se le complicaron mucho las cosas.

—¿Y no te lo contó?

—No, probablemente pensó que no me casaría con ella si me contaba la verdad. Nunca lo hablé con ella porque no quería que el barco zozobrara. Para mí era irrelevante.

—¿Nunca te preguntaste quién era él?

—Eso tampoco tenía importancia.

—Mamá piensa que no lo sabes. Me suplicó que no te lo contara. Me imagino que cree que eso acabará con vuestro matrimonio.

Él sonrió.

—Nada acabará con nuestro matrimonio, Ellen. Ni entonces ni ahora. Hay que tomarse las cosas con filosofía.

—De pequeña siempre me vi diferente —reflexionó ella—. Ahora sé por qué.

—No eras diferente, Ellen. Eras tú misma. No eres únicamente el fruto de dos personas; eres un ser individual y único, distinto a todos los demás. Siempre has sido nuestra hija y parte esencial de nuestra familia. Encajas al margen de tus diferencias, porque perteneces a esta familia. Nada cambiará eso, excepto tus pensamientos negativos. Si te obsesionas pensando en que no encajas, acabarás creyendo que es así. —Le sonrió con ternura—. Y son tus diferencias las que te hacen cautivadora, Ellen. Te hacen especial.

—Jamás me he sentido especial.

—Ahí es fallo nuestro, no tuyo.

—¡Ojalá hubiéramos sido capaces de hablar de esto antes!

—No creo que hubiera sido posible. Éste es el momento adecuado. Ha sido necesario que te fueras a Irlanda para poder entender las razones de tu madre. Ella jamás te lo habría dicho. Me temo que ésta era la única forma.

—Bueno... Supongo que tendrás que decirle que lo sabías desde el principio —dijo ella, levantándose.

—Sí, puede que no le haga mucha gracia.

—En ese caso me aseguraré de no estar delante cuando se lo digas.

Él también se levantó.

—Cariño, has sido muy valiente. —La estrechó entre sus brazos y le dio un suave achuchón. Ella apoyó la cabeza en su pecho robusto y protector—. Me gustaría que te quedaras aquí, en Eaton Court, pero si quieres volver a Irlanda, lo entenderé. Nunca pienses que no eres libre de hacer lo que te dé la real gana.

—¿Te ha decepcionado que no me case con William? —preguntó ella.

—Un poco —repuso él, y a ella le dio un vuelco el corazón—. No he visto un *drive* tan impresionante desde que jugaba con Lorcan Martin.

—¿Ah, sí? —Ellen se rió y echó el cuerpo atrás.

—No, no me ha decepcionado. Me habría decepcionado mucho más que hubieras aceptado a alguien simplemente por considerar que era lo que se esperaba de ti.

Ella lo miró fijamente, feliz al ver que sus ojos volvían a ser azul claro y chispeantes.

—Gracias, papá —dijo.

Él la besó en la frente.

—Eres mi hija, Ellen, y estoy muy orgulloso de ti.



Pese a que la relación con sus padres había mejorado, a Ellen se le hicieron eternas las semanas siguientes. Echaba de menos Irlanda y a Peg, y añoró a Conor hasta que le pareció que el dolor le había horadado el corazón. Ahora sabía que él no le llamaría, pero no podía soportar cortar el último lazo que posibilitaba la comunicación con él; tenía su teléfono guardado en el bolso, por si acaso. La desilusión permanente de no tener noticias de él le servía de recordatorio de su estupidez y la hundía más en su desdicha.

Emily era una amiga leal e incondicional, pero incluso a ella, después de pasarse semanas organizando cenas y noches de cine, se le acabó la paciencia. Se ofreció a adelantar parte de sus vacaciones y volar a algún lugar cálido, pero Ellen se negó a ir a ningún sitio. Quería esconderse bajo la colcha y no salir jamás. Su madre le dijo que buscara trabajo. No había nada más corrosivo para la propia moral que estar sin hacer nada.

—Lo que necesitas son objetivos —le dijo enérgicamente—. Haz *algo* al menos. ¿Por qué no me echas una mano con una de mis obras benéficas? Siempre nos falta gente para rellenar sobres.

Su madre tenía razón; *sí*, necesitaba objetivos. Con el corazón acelerado, sacó el portátil y lo colocó encima de la mesa de su cuarto. *¿Por qué no te pones un poco de música, enciendes una vela, creas un poco de ambiente en la habitación, luego vacías la mente y a ver qué sale?*, habían sido las sabias palabras de Dylan. Así que encendió una vela y puso la lista de reproducción de canciones del iPod. La música era estimulante, el amor y la nostalgia dilataron su corazón y sus dedos fueron el canal por el que fluiría su creatividad.

*Oh, faro cansado de la batalla  
que aún te yergues sobre el mar,  
¿no sabes que ha terminado y los ángeles te llaman?  
Ha llegado el momento de abandonarse  
a la verdadera luz.  
Álzate, sé eterno, y ceja en tu lucha...*

Escribió páginas y páginas de canciones, sobre Conor, sobre Dylan y sobre el faro, cuyo simbolismo no entendía del todo. Las palabras afluyeron a su conciencia desde la parte serena y eterna de su ser que había descubierto aquella primera mañana en la playa de Ballymaldoon, y las vertió en la pantalla. Luego fue a comprarse una guitarra y se puso a componer tal como Dylan le había enseñado a hacer. Las canciones que creó le levantaron el ánimo y dieron rienda suelta a su pesar. Ahora entendía por qué Dylan había volcado su desdicha en sus canciones, para sentirse mejor. A Ellen sus canciones también le hacían sentirse mejor, y poco a poco la niebla que ocultaba su futuro se levantó y pudo verlo con más claridad.

Entendió que si se quedaba en Londres jamás sería feliz. No sería feliz sin Conor, ésa era la verdad. Pero prefería llorar por él en Connemara que aquí en Londres, donde se sentía aislada y desconectada. Por lo menos allí podía tropezarse con él. Podía trabajar con Alanna, escribir canciones y tocarlas con Dylan. Ayudaría a Peg a hacer la compra y aprendería a cuidar de todos sus animales. Se metería de cabeza en su nueva vida, porque Connemara sería su hogar. La idea de volver la llenó de energía y entusiasmo. Saltó de la cama y sacó la maleta que había debajo de la misma. Por primera vez desde hacía

semanas estaba contenta.

El tiempo avanza con lentitud. No sé cuántas semanas han pasado, pero ya está aquí la primavera. La veo florecer en los manzanos de la mansión Reedmace pese a la densa niebla que me sigue allá donde voy. Me imagino que el sol calienta y las colinas resplandecen de brezo amarillo y violeta. Recuerdo el puente del trol y el lago, pero no tengo ganas de visitar esos lugares significativos para mí. Rondo los pasillos del castillo con el resto de fantasmas a los que su infelicidad encadena a este lamentable nivel de existencia. No es un lugar en el que yo elegiría estar, pero no puedo hacer nada para ascender. Los celos me han privado de mi libertad. Me lo han arrebatado todo. Estoy más sola que nunca.

Y entonces Conor vuelve a Connemara. Su aspecto me horripila. No se ha dejado barba ni ha dejado que el pelo le llegue a los hombros como antes, pero tiene los ojos muy tristes y las mejillas chupadas. Experimento el mismo dolor que sentí en el corazón cuando Dylan y Ellen se separaron. Inunda mi alma y en mi interior noto un calor que no sentía desde hace tiempo, que crece y se intensifica mientras lo sigo al castillo y escaleras arriba hasta su torre.

Esta habitación de la torre era una despensa cuando yo vivía. A la sazón Conor no la necesitaba. Cuando fallecí, la convirtió en su santuario secreto. Un refugio del mundo donde podía estar completamente solo. Ahora quiere refugiarse de su dolor, pero no puede expulsarlo porque es una espina en el corazón que sólo Ellen puede sacar. Se tumba en la cama y abraza una almohada contra el pecho. Sé que no está pensando en mí. Añora a Ellen, y por primera vez desde mi muerte deseo su felicidad más que la mía propia. La deseo de todo corazón y estoy dispuesta a hacer *lo que sea*.

Este vivo deseo de paliar su dolor eleva curiosamente mi espíritu. No puedo extraer la espina ni puedo devolverle a Ellen, pero, aun así, el deseo de hacerlo me llena de alegría. ¡Qué extraño sentir placer de esta forma! Siempre he pensado únicamente en mí misma. Mi amor era un amor egoísta y, por tanto, no era en absoluto amor, sino necesidad. Me doy cuenta ahora de que mi vida entera —y mi muerte en consecuencia— estuvo impulsada por esa desesperada necesidad. ¡Ay! ¿Por qué no lo supe entonces? ¿Por qué ahora, cuando mi existencia se ha visto reducida a este limbo oscuro y sofocante? ¿En serio he tenido que sufrir tanto para aprender algo tan sencillo?

Deseo, con todas las fibras de mi ser, librar a Conor de su dolor, aun cuando eso implique perderme en el proceso. Si tuviese una varita mágica y pudiera devolverle a Ellen, lo haría, aunque me olvidaran y me relegaran al estante de los recuerdos ingratos. ¿Qué importaría? Conor no quiere recordarme. No me extraña, después de lo que hice. ¿Cómo se me ocurrió creer que *ese* acto brutal le haría amarme? Debería haberme conformado con el amor que me daba, pero no. Yo quería más y más y más, y llegué a extremos terribles para conseguirlo. Nunca me sentí suficientemente amada. Pero si yo *le* hubiera demostrado mi amor, habría recibido amor a cambio; ahí está lo irónico del asunto. Si hubiera pensado en lo que podía dar y no en cuánto podía recibir, habría sido feliz. ¿Por qué no lo supe cuando estaba viva? ¿Por qué permití que los celos destruyeran mi matrimonio? ¿Por qué permití que los celos lo destruyeran a *él*? Veo a este hombre fuerte e influyente sollozando en la cama como un niño pequeño y me doy cuenta de que la culpa es mía. Yo le he hecho esto. Se lo hice en vida y he vuelto a hacerlo muerta. Es hora de enmendarlo. Es hora de dejarlo marchar.

Algo habrá que yo pueda hacer. Y cuando me pongo a pensar en todas las cosas que podrían volver a juntar a Ellen y a Conor, noto que mi espíritu se vuelve un poco más ligero y la niebla que me envuelve se dispersa levemente. Me siento más enérgica y más *viva*. Con esta nueva sensación altruista abandono

el castillo y me desplazo hasta la playa, con la intención de que el mar me inspire. Podría ir a Londres y susurrarle a Ellen al oído. Podría decirle que Conor la ama y sugerirle que volviera a Ballymaldoon. Podría localizar a Ciara y preguntarle qué tengo que hacer. Podría pedirle ayuda. Estoy convencida de que no soy tan inepta como me pensaba. Soy *poderosa* si mis acciones nacen del amor verdadero. No sé por qué lo sé, pero lo sé.

Así pues, me llevo una auténtica sorpresa cuando veo a Ellen en la playa con Peg y *Mister Badger*. Están caminando por la arena, mientras charlan, como si Ellen no se hubiera ido nunca. Me pregunto entonces si al final va a resultar que no estoy sola. Si hay alguien velando por mí, guiándome desde un nivel superior de existencia. Si hay niveles inferiores, tendrá que haber también otros superiores, donde habiten los ángeles. Niveles que no veo. Cuando pienso esto, me siento un poco más ligera y, en consecuencia, un poco más feliz. Miro a Ellen y sé que hay algo que puedo hacer para ayudar, sólo que no sé qué es.

De modo que las sigo de vuelta a casa y las veo hablando mientras toman un té. Veo que Oswald viene por la noche a jugar a cartas. Veo a Dylan y a Ellen en la salita rasgueando la guitarra y cantando a dúo. Veo aparecer a Johnny y a Joe para desayunar. Veo a Ellen trabajando en la tienda de Alanna y comiendo con Dylan en el *pub*. Veo que la vida sigue, pero veo todo con el único propósito de volver a unir de algún modo a estos dos amantes desconsolados. Sé que puedo hacerlo. Noto que me guían, mis sentidos más alerta y receptivos porque ya no estoy obsesionada conmigo misma. Sé que me llegará la oportunidad y la espero con alegría.

Espero: al fin y al cabo, no hay nada más que hacer, y la espera es agradable. Reparo en la belleza de la campiña conforme la niebla se evapora a la luz de mi amor. Disfruto de los días más largos y el trajín de los pájaros que hacen sus nidos. Escucho su canto y observo su vuelo. Me fijo en el aleteo de las mariposas y las abejas laboriosas y me llega al corazón la magnificencia de esta tierra de Dios.

Y entonces ocurre. Estoy tan emocionada que ni me lo creo. Ellen está sola una tarde sentada frente a la mesa de la salita de su tía. *Mister Badger* duerme en la alfombra frente al fuego que Peg ha encendido, porque lleva todo el día lloviendo y hay humedad y hace frío. Ha encendido una vela aromática y pone la lista de canciones de Dylan que tiene en el iPod. Un dulce aroma a higo y el conmovedor sonido de los violines inundan la estancia. Ellen está extasiada. Su mente se abre y se vacía, y es fértil como el más rico de los suelos. No me cuesta nada plantar mis semillas. Ella cree que va a escribir una canción, pero yo pretendo darle una historia.

Dejo caer mis palabras en su mente y, sin darse cuenta, ella las encauza hacia la página. Su tecleo es rápido y eficiente, el flujo de inspiración, continuo e ininterrumpido. Resulta sencillo y las dos temblamos de euforia y sorpresa, demasiado emocionadas para cuestionarnos el porqué o el cómo.

8 de octubre de 2007.

No había anochecido aún. Un resplandor amarillo ardía tras las colinas donde se ponía el sol, volviendo el cielo de un pálido rosa flamenco. El faro era una silueta negra y nosotros nos alejábamos en el pequeño bote que tan bien nos conocía a ambos. Nos llevó surcando las olas con su determinación de siempre, cual criado valiente y leal. Le lancé una sonrisa esperanzadora a mi amante, que estaba remando. Era fuerte, de hombros anchos y torso fornido y musculoso. Él me sonrió a su vez, su cara rebosante de adoración, y sentí el corazón henchido de felicidad. Era una delicia ser amada con semejante abandono.

Habíamos remado mar adentro, como ahora, muchas veces, aunque yo más que él. El faro era mi lugar secreto, donde sólo yo me atrevía a ir en mi pequeño bote, llena de sueños. Me gustaba tumbarme bajo las estrellas e imaginar que había otros mundos en el espacio infinito. Escuchaba el chapaleteo de las olas y los gritos de las gaviotas y disfrutaba del peligro que corría, consciente de la furia que desataría si me descubrían. Pero esta noche era diferente. No estaba sola. Estaba con mi amante y tenía un plan. Esta vez, si me pillaban, sería infinitamente peor. Tenía la sensación de que esta noche pasaría algo dramático. Esta noche le daría la posibilidad de demostrarme su amor de una vez por todas.

Llegamos a la isla y amarramos el bote a las rocas. La marea había bajado y las pequeñas pozas poco profundas estaban llenas de quisquillas y cangrejos. Hacía una noche tranquila y el viento era una sedosa caricia. Me cogió de la mano y corrimos por el sendero herboso hasta el faro. En el interior, unas velas pequeñas flanqueaban las escaleras de madera. Él las encendió una por una y resplandecieron intensamente en la penumbra al tiempo que el sol se ponía y el cielo se oscurecía sobre nuestras cabezas. Subimos por las escaleras y recorrimos el pasillo de velitas, hasta que llegamos a la habitación de arriba de todo, que era circular como un nido.

Mi cuarto era exquisito como la cueva de Aladino. Yo había colgado en las paredes cortinas de intensos morados y verdes, y el suelo estaba cubierto de alfombras de colores vivos y cojines de terciopelo. No había electricidad, ya que el faro llevaba años sin utilizarse; la única luz la proporcionaban las hileras e hileras de velas, de mil formas y tamaños, dispuestas alrededor de la habitación y que llenaban el aire de perfume.

Abrimos una botella de vino y brindamos por nuestra salud y nuestro futuro. Nos perdimos el uno en el otro. Me dijo al oído que me amaba, que sin mí moriría, que yo era el mismísimo aire que respiraba. Yo le dije que no le creía, y entonces él me besó aún con más pasión, intentando demostrar su devoción. Me deleité en sus audaces intentos por convencerme de que su corazón estaba colgando en mis manos. Disfruté del calor de su entusiasmo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —susurró mientras intentaba desesperadamente poseer mi cuerpo y mi alma—. Te quiero, te quiero, te quiero —gimió. Pero yo no le correspondí. No pude, porque sólo amaba a un hombre y no era él.

Mi amante oyó el motor antes que yo. Tardé en bajar de las vertiginosas alturas de sus halagos, que me habían llenado más que el placer físico de nuestro encuentro sexual. Se incorporó muerto de miedo y empezó a olisquear, como el perro que percibe el miedo en el viento.

—¿Lo has oído? —preguntó, y escuché con atención. Tenía razón. El ruido de una motora se escuchaba con más fuerza que los sonidos del mar.

Me senté y fingí sorpresa.

—Es él —dije, levantándome corriendo y poniéndome a buscar mi ropa entre los cojines.

—¡Jesús! ¡Tengo que esconderme! —exclamó él mientras se ponía los pantalones.

—Aquí es imposible esconderse —contesté, y vi que se le contraía el rostro de miedo.

—¿Qué hará?

—Déjame a mí.

—¡Me dijiste que estaba en Dublín! —dijo a media voz.

—Eso pensaba yo —repuse mientras me abotonaba el vestido—. A lo mejor no es él —añadí. Pero yo sabía que sí, porque lo había planeado exactamente así.

—*Es él* —repuso, y me miró con sus enormes ojos, horrorizado—. ¿Qué le dirás?

—Que le quiero.

—¡Eso no bastará! —replicó él—. No te creerá. —Pero era la verdad y nada más que la verdad. Había hecho esto por él, por nosotros. Seguro que entendería lo mucho que lo necesitaba; que cada vez que me dejaba yo estaba a merced de los depredadores que me querían para sí. Entendería que no podía dejarme. Lo necesitaba y necesitaba su amor. Si eso no le convencía de mi necesidad, nada podría.

—Me creerá —le dije—. Confía en mí.

Bajé corriendo las escaleras, entre las velas encendidas, con cien ojos para que no se me prendiera el vestido en las llamas. Fuera estaba oscuro, a excepción de un gajo de luna que asomaba por una nube, dejando una delgada estela de mercurio en el agua. Mi marido estaba amarrando su lancha a las rocas. Levantó los ojos hacia el faro y me vio en la puerta. Yo esperaba su ira y su miedo, como el niño que espera el abrazo de un padre angustiado. Caminó a zancadas por las rocas y subió por el sendero herboso hacia mí.

—¿A qué viene esto? —preguntó; sus ojos no estaban cargados de ira o de miedo, sino de cansancio y exasperación. De pronto me fijé en lo agotado e infeliz que parecía.

—Creía que estabas en Dublín —contesté.

—¿Dónde está? —exigió saber. No había donde esconderse y mi amante apareció a mis espaldas, avergonzado y asustado.

Mi marido, sorprendido, se puso rojo de ira.

—¿Cómo has podido, Caitlin? Pero ¡si es un crío!

—Soy un hombre —dijo mi amante con arrojo, sacando pecho, pero al lado de Conor aún era un polluelo.

—Ronan Byrne, ¿no te da vergüenza?

—La quiero —declaró el joven.

—¿Qué diría tu madre? ¿No ha sufrido bastante ya?

—No metas a mi madre en esto.

—Es una buena mujer, Ronan. No merece que vuelvan a romperle el corazón.

Entonces el chico se quedó paralizado, como el caballo que está ante una valla y de repente se da cuenta de que es demasiado alta para saltarla.

—Vete a casa —ordenó Conor cansado—. No quiero que Peg se entere nunca de esto, ¿entendido? —El tono de advertencia de su voz me puso la carne de gallina—. Me llevaré a Caitlin en la lancha.

Ronan no sabía dónde meterse. Lo vi nerviosísimo, pensando en mí y pensando en su madre. Se quedó atrapado en las rocas cual cangrejo aterrorizado.

Mi rabia se desbordó en un volcán de celos.

—Éste es el problema. A esto me refiero, Conor, a que no te preocupas por mí. Te da igual que me acueste con otro hombre. Ya no me quieres. ¡Me preferirías muerta!

Él torció el gesto angustiada.

—Caitlin, ya estoy harto de tus escenitas. Me has sacado de mis casillas y tú eres la única culpable.

Empecé a sollozar.

—No me quieres —me lamenté.

—Yo sí te quiero —terció Ronan, envalentonado por mis lágrimas—. Ven conmigo, Caitlin.

Conor interrumpió con impaciencia.

—No digas tonterías, Ronan. Vete a casa con tu madre y olvida el asunto.

—¡Caitlin me quiere! —protestó él enfurecido.

—No, no te quiere —le dijo Conor con serenidad—. No eres más que un peón en este juego.

—Eso no es verdad. *Tú* no la quieres —le acusó Ronan, ahora incluso más crecido—. No te preocupas por ella. Nunca estás aquí. *Yo* sí. *Yo* la cuido y le doy lo que *tú* no le das. —Se volvió hacia mí, su mirada ardiendo por la chispa de una idea—. Huye conmigo, Caitlin. Ahora. No tenemos por qué volver jamás.

—No te quiero, Ronan —le dije—. Quiero a Conor. Siempre le he querido.

Pero el chico creyó que estaba mintiendo para protegerlo.

—Lo entiendo —dijo en voz baja.

—No, hablo en serio, Ronan. No lo digo por decir. Ha sido divertido, pero amo a Conor. Lo quiero con

toda el alma y lo querré hasta que muera.

La sinceridad de mis palabras fue como un puñetazo en el estómago para Ronan, que se enfurruñó como un niño pequeño.

—No es verdad, Caitlin. No te creo. Lo dices sólo para protegerme.

—No —insistí—. Lo siento.

—Pero podemos ser felices, Caitlin, lejos de aquí. Podemos empezar de nuevo. Lo sé. Deja que te demuestre lo felices que podemos ser.

Le sonreí con tristeza.

—Nunca me iré de casa sin mis hijos, Ronan. Haz lo que dice Conor y vete a casa. —Entonces bajé la voz para que sólo la oyera él—. Por favor, mi amor, no seas tonto. Vete antes de que él te ponga una mano encima. —Me lanzó una mirada penetrante y desesperada, y luego se fue corriendo sendero abajo, donde habíamos amarrado el bote a las rocas. Temí que pudiera pasarle algo, remando en la oscuridad. Levanté la vista al cielo y vi la luna, ahora grande y redonda como una bola de cristal, y me di cuenta de que su luz bastaría para guiarlo hasta la orilla.

—Vamos, Caitlin —dijo Conor, haciendo ademán de cogerme la mano.

—¿Conque crees que esto es un juego? —pregunté.

—Tú misma has dicho que no le quieres. Le has estado utilizándolo para hacerme rabiar, pero ni me inmuto, Caitlin. Ni me inmuto.

—Hace meses que es mi amante —me regodeé con la provocación—. Mientras tú estabas en Dublín y en Estados Unidos, yo hacía el amor con Ronan. ¿Qué más da que no lo quiera, Conor? *Él sí me quiere*. ¡Ya lo has oído! Me quiere con toda el alma.

—¿Qué más da? —repitió él, horrorizado ante mi cruel falta de consideración hacia Ronan—. Caitlin, ¿te has vuelto loca? Es un crío y le has destrozado.

—Quería que me demostraras que te importo.

—¿Dándome celos? —Me miró con incredulidad—. ¿Has sido capaz de llegar tan lejos sólo para darme celos?

—No me entiendes. Después de todos estos años no me conoces en absoluto.

—No —dijo él en voz baja—. Creo que no.

En ese momento ya no pude reprimir mi frustración ni un segundo más.

—¿Qué tengo que hacer para que me quieras, Conor? —grité desesperada.



—Yo te quería, Caitlin, pero me has chupado la energía. No me queda nada más que darte.

Ahora me estaba gritando, su voz forzada por la frustración.

—Necesitas ayuda. Ayuda de un profesional, porque yo ya no sé qué hacer. No estás en tus cabales. Tendría que haberme dado cuenta hace años, en lugar de mirar a otro lado e ignorar tus gritos de auxilio. He sido cruel. Perdóname, cariño. Tú no me necesitas a mí, sino a un buen médico que sepa ayudarte.

—Crees que estoy loca.

—¡No! No estás loca, estás desequilibrada. Sé que puedo conseguir que te ayuden.

—¡Ya no me quieres! Pretendes decir que estoy chalada para que me encierren.

—Yo no he dicho eso.

—¡Quieres que me encierren!

—No.

—¡Deseas mi muerte! —susurré, estupefacta al descubrir que seguramente quería que me quitara de en medio.

—No, Caitlin, no he dicho eso.

Hizo ademán de tocarme, pero yo retrocedí. De pronto tuve la sensación de que el mundo me daba vueltas. Sentí que me alejaba de él, flotando sobre la isla y el faro, a kilómetros de la realidad. Era como si supiera que estaba a punto de perderlo todo, pero fuese incapaz de parar.

—Deseas mi muerte —repetí, y me asustó la serenidad de mi voz—, cuando yo no te he dado más que amor...

Salí disparada escaleras arriba.

Al volver la cabeza vi que Conor no me seguía. Yo quería que viniera corriendo y me estrechara en sus brazos implorando perdón. Pero no lo hizo. Estaba sola en las escaleras. Sola como sentía que había estado a lo largo de todo nuestro matrimonio. Se me escapó un sollozo desesperado, me giré hacia la escalera y subí corriendo arriba de todo. Hasta que llegué al balcón que daba la vuelta al faro no vi que el vestido se me había prendido en el fuego. Estaba devorando la tela con tanta rapidez que no tuve tiempo de arrancármelo. Cuando quise darme cuenta, ya me estaba quemando. Aterrorizada, me asaltó un último pensamiento antes de despeñarme: *Cuando se dé cuenta de que me quiere, será demasiado tarde, y lo lamentará el resto de su vida.*

Instantes después estaba fuera de mi cuerpo, viendo cómo se precipitaba contra las rocas de abajo. Vi a Conor en el balcón, mirando hacia abajo horrorizado y sin dar crédito. Al final me *había* seguido.

Qué claro lo veo todo ahora. Tuve su amor, pero no lo supe ver. Qué tonterías llegamos a hacer cuando no somos capaces de actuar mejor. ¿Por qué hace falta tanta infelicidad para que nos demos cuenta de que

en la vida lo único importante es el amor y nada más que el amor? Es cuanto nos llevamos al morir. Es lo único que me llevaré cuando siga adelante. Es cuanto soy. Y yo sin saberlo.

Ellen paró de teclear. Miró la pantalla con asombro. La inspiración había dejado de fluir a través de ella. Sencillamente se había apagado como una lámpara. No tenía nada más que añadir. Ni una palabra. La habitación estaba extrañamente fría pese a que el fuego crepitaba vivamente en la chimenea. Se frotó las manos. Tenía los dedos helados. Volvió al principio de la historia y la leyó otra vez, el corazón palpitando con fuerza de emoción. Sin duda, estas palabras no eran suyas. No podría haber escrito esto, aunque quisiera. Tampoco los pensamientos eran suyos. Al aparecer en la narración los nombres de Ronan, Caitlin y Conor se había sorprendido tanto que casi había dejado de teclear, pero le estaban dictando la historia con tanta fuerza que no había tenido más remedio que seguir. ¿Cabía la posibilidad de que Caitlin hubiese canalizado de algún modo su historia a través de ella? Si era así, ¿por qué?

Sin perder un minuto más rumiando cosas que ignoraba, imprimió la historia y abandonó la habitación. Peg estaba en el jardín con *Reilly*, que acababa de finalizar su hibernación, intentando acostumbrarle a usar la casa nueva de pino que le había hecho Ronan. Ellen corrió por la gravilla hasta la casa de Oswald, que estaba en el salón, dando afanosamente los últimos toques a su retrato de Peg.

—Oswald —masculló, entrando en la habitación y cerrando la puerta a sus espaldas—. Necesito que leas algo urgentemente.

Él la miró por encima de las gafas.

—¡Ajá! Ya has empezado, ¿eh?

—No exactamente, pero lee esto y dime qué te parece.

—Pero ¿lo has escrito tú?

Ella se lo pasó.

—Técnicamente, sí, pero nada más.

Él la miró con las cejas levantadas.

—Duendes —dijo, meneando la cabeza con complicidad—. ¡Cómo no!

Se puso bien las gafas y se sentó. Tardó un rato en leerlo, pero Ellen supo que lo había entendido cuando empezaron a temblarle las manos. Cuando hubo acabado, dejó caer las páginas sobre el regazo.

—¿Te das cuenta de que has sido un canal de transmisión? —Enfatizó la palabra «canal»—. Y no estoy hablando de duendes.

—Si te refieres a que Caitlin ha hablado a través de mí, sí —contestó ella entusiasmada—. ¿Es posible que siga aquí?

—Nada más hay una persona que puede saber si esta versión de su muerte es cierta —dijo Oswald.

Ellen palideció.

—Ya no me hablo con Conor, ¿cómo voy a preguntárselo?

Oswald se quitó las gafas y cruzó las piernas.

—Hija mía, esto es un mensaje clarísimo del otro lado. Caitlin *quiere* que contactes con él.

Ellen abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Pues claro. Los espíritus no se toman tantas molestias para nada.

—¿Por qué iba Caitlin a hacer esto?

—Tal vez porque quiere compensar a Conor. —Agitó los papeles en el aire—. Muy posiblemente ésta sea la verdad de lo que pasó la noche en que murió. La verdad es que tiene su lógica. Dylan no iba desencaminado cuando aseguró haber visto a alguien remando de madrugada hacia la playa. Pobre Ronan, salió escaldado. Creo que esto quedará entre tú y yo, Ellen. Peg ya ha sufrido bastantes sustos últimamente.

—Es evidente que Conor jamás le contó a nadie que Ronan había estado allí, ni siquiera a la policía.

—Si la gente supiera eso, admitirían que es mejor persona de lo que creen que es.

Ellen se dejó caer en el sillón, de pronto estaba exhausta.

—No me extraña que a Ronan no le guste hablar de ella. La quería.

—Y ella fue muy cruel con él.

—Verás, Conor dijo que estaba desequilibrada. Ahora sé a qué se refería.

—Supongo que ella habrá podido ver las cosas con un poco de perspectiva, desde donde está ahora.

—Si no soy médium, ¿cómo ha sabido *usarme* como canal?

—Naturalmente que eres médium. Todos lo somos —dijo Oswald con rotundidad—. Cuando ocurren cosas extrañas, casi todo el mundo las atribuye a la casualidad o la suerte, y cuanto más niegan su sentido más fino, menos capaces son de percibir con él.

—Si Caitlin puede escribir a través de mí, ¿por qué Ciara no le escribe algo a Peg?

—Muy buena pregunta. Me temo que desconozco la respuesta. Ha apagado velas, ha movido cosas de sitio, ha hecho ruidos, sabe Dios qué más habrá hecho sin que ninguno de nosotros se haya dado cuenta. Recuerda que los espíritus están hechos de una vibración más ligera, por lo que no es fácil influir en las cosas materiales de nuestro nivel denso de vibración. Tiene que ser tremendamente frustrante para el que intenta hacerle saber a alguien que aún está por aquí. —Pensó unos instantes y luego añadió—: Me imagino que la persona de aquí abajo tiene que estar abierta y receptiva. Tal vez Peg, por lo que sea, ha cerrado ese sentido más sutil. Tras la pelea con el padre Michael, quizá desconfiase de lo que había visto a la muerte de Ciara, y lo cerró. Tienes que estar muy receptiva para que te haya llegado esta información de Caitlin.

—Llámalo tristeza —dijo Ellen con una risita amarga.

—Y añoranza —tuvo la bondad de añadir él—. Caitlin y tú tenéis eso en común; añoráis a Conor desesperadamente.

Así pues, ante la ligera insistencia de Oswald, Ellen decidió pasarle a Conor el mensaje de Caitlin. Lo echaba tanto de menos que su corazón ya no era un órgano, sino una herida abierta que no se curaba. Pensaba en él a todas horas, y, curiosamente, encontraba consuelo en todas las cosas de Connemara que le recordaban a él; el mar, la playa, las colinas. Le hacían sentirse mejor, si bien los recuerdos que escondían hurgaban y arañaban la herida, haciendo que en ocasiones sangrara. Si le enviaba el mensaje de Caitlin junto con una breve nota personal, no perdería nada, porque ya lo había perdido todo.

Escribió un escueto mensaje, deliberadamente corto: *Querido Conor, me he sentado a escribir una canción y me ha pasado esto. No sé cómo explicarlo, pero no lo he escrito yo. Me he limitado a teclear al dictado. Está claro que es para ti. Estoy en Connemara, con tía Peg. Espero que seas feliz. Ellen.*

Quiso añadir lo mucho que lo echaba de menos y que difícilmente podía vivir sin él, pero se contuvo. No había nada peor que una mujer desesperada, suplicando que no la abandonaran. Por lo menos aún tenía su orgullo. Se le pasó por la cabeza meter la nota en su buzón, pero siempre cabía la posibilidad de que pudiera estar en casa y la idea de toparse con él la mortificaba. De modo que se la dio a Oswald, que hizo de cartero encantado. Se fue en el coche de Peg y volvió poco después anunciando que Conor estaba en Dublín, pero que la mujer de la limpieza le había asegurado que se la haría llegar. Ellen tomó la decisión de olvidarse del tema. Él llevaba semanas sin dar señales de vida y era poco probable que fuese a contactar con ella ahora.

La vida volvió a la normalidad. De día trabajaba en la tienda; para comer se tomaba un sándwich o comía en el Pot of Gold con Dylan y su familia. Por las noches, cuando Peg y Oswald jugaban a cartas o al ajedrez, se metía en la salita a escribir canciones tristes, que posteriormente cantaba con Dylan. Sus voces conjuntaban de maravilla, como el sol y la lluvia, creando un magnífico abanico de colores.

Entonces, una agradable noche de verano, después de disfrutar de una insólita cena en el jardín, Oswald se fue a su casa y volvió con el lienzo, protegido con una funda.

—¿Qué tienes ahí, Oswald? —preguntó Peg, que se levantó para recoger los platos.

—Un regalo —dijo, sonriendo con orgullo.

—Ya has pagado el alquiler —repuso ella desconcertada.

—Esto no es por el alquiler, Peg. No tiene nada que ver.

Lo apoyó en la fachada de la casa. Ella leyó en la expresión de Oswald que no se trataba de un regalo cualquiera y Ellen sintió que el aire que los rodeaba se detenía.

—Es para *ti* —dijo.

Peg se tapó la boca con la mano y le brillaron los ojos.

—¡Oh! —exclamó.

Lentamente, Oswald retiró la funda descubriendo el retrato. La mujer ahogó un grito, boquiabierta. Contempló su retrato, atónita, y su rubor se intensificó.

—Pero yo no soy guapa —dijo, conteniendo las lágrimas.

—Para mí sí —repuso él en voz baja.

—Oh, Oswald... No sabía...

—¡Claro que no! —exclamó él, sonriéndole con ternura—. Pero para mí eres la mujer más guapa del mundo.

Fue hasta ella y tomó sus manos. Ellen se quedó clavada en el suelo como un hierbajo, deseando estar en cualquier otro sitio menos allí, asistiendo a su momento de intimidad. Pero ellos no parecieron darse cuenta, enfrascados como estaban en el florecimiento de su afecto mutuo.

—Te quiero, Peg.

—¿De verdad? —preguntó ella, mirándolo con las cejas arqueadas.

—Que sí, niña. Desde hace mucho tiempo.

—No sé qué decir.

—Pues dame un sí y hazme el hombre más feliz del mundo.

Peg trató de reprimirlas, pero las lágrimas brotaron; intentó hablar, pero se le hizo un nudo en la garganta; así que se limitó a asentir con la cabeza, a sonreír, y luego se rió abochornada. Oswald la estrechó con fuerza en sus brazos. Ellen logró moverse y entró en casa de puntillas. Subió a su cuarto y recuperó de la mesilla de noche el teléfono móvil que le había regalado Conor. Minutos después estaba bajando por el sendero en dirección al mar.

Se quedó en la arena, contemplando el faro de enfrente, ahora inofensivo a la suave luz vespertina. Pensó en Caitlin y sus últimos instantes, y pensó en Conor, tan defraudado e infeliz. Vio que la luz se desvanecía y sobre el faro centelleaba la primera estrella como el ángel lejano que te indica el camino a casa. Pensó en la muerte y en el sentido de la vida, y supo que Caitlin tenía razón. Lo único que importaba era el amor. Sin él la vida no tiene sentido.

Sostuvo el teléfono en la mano y recordó aquella vez que había tirado su iPhone al mar. Ese momento había cambiado su vida tan radicalmente que ahora se había convertido en un símbolo de la metamorfosis. Pues bien, una vez más, tenía que seguir adelante, al menos emocionalmente. Conor no volvería. Era absurdo conservar un teléfono que nunca sonaba y una esperanza en ningún momento avivada. No quería pasarse la vida añorando como Dylan. Tenía que abrir el corazón al futuro: si su madre había seguido adelante y había encontrado la felicidad con su padre, ella también podía.

Ellen levantó el brazo. Iba a tirar lo más lejos posible el teléfono al mar cuando sonó. Dio un respingo y lo sujetó con fuerza para evitar que se le cayera de los dedos. Lo miró patidifusa. Su nombre había iluminado la pantallita.

—Hola —contestó. Hubo un largo silencio. Aun así, sintió a Conor al otro lado de la línea, su vibración abriéndose paso en el silencio, rebobinando los últimos meses.

—Ellen —dijo él al fin.

—Sí. —Ella apenas osaba respirar.

—Recibí tu carta.

—¡Ah, estupendo! —Procuró aparentar tranquilidad. Se dijo a sí misma que esta llamada no significaba nada. Le llamaba únicamente por la historia de Caitlin.

—No soy feliz —le soltó.

—Lo siento. —La culpa tiró de su corazón como el peso de plomo atado al cordel de un globo de helio.

—¿Tú eres feliz?

Ella no sabía qué responder. Si Conor no la quería, ¿qué más le daba que fuera o no fuera feliz?

—Estoy bien —contestó—. La vida sigue, ya sabes.

Su voz se apagó. No había nada más que añadir. Podía notar el corazón batiendo contra la caja torácica, igual que las palabras que batían contra su circunspección, desesperadas por liberarse y llegar a él amorosas y suplicantes. Se mordió el labio, decidida a no llorar.

—¿Dónde estás? Se oye viento.

—En la playa.

—¿Qué haces allí?

—Me gusta estar aquí. Hace una tarde preciosa.

—He leído la historia, Ellen. —Parecía muy serio.

De pronto lamentó habérsela mandado.

—Lo siento; a lo mejor no tendría que habértela enviado. Ha sido una indiscreción y una falta de tacto por mi parte.

—¿Puedes venir al castillo?

—Claro. ¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora?

—A menos que te apetezca pasar la noche en la playa.

Ella se rió a regañadientes.

—Bueno, pensaba volver a casa en algún momento dado.

—Quiero enseñarte una cosa. Es importante.

—Está bien.

La voz de Conor se animó.

—Estupendo, ahora nos vemos. Te espero en la puerta principal.

Ellen subió corriendo desde la playa tan deprisa como quisieron llevarle sus piernas temblorosas, procurando con todas sus fuerzas no dar demasiada importancia a su deseo de verla. Se dijo a sí misma que lo único que le preocupaba a Conor era la historia de Caitlin. Si quisiera volver con ella, se lo habría dicho. Le habría dicho que la echaba de menos. Puede que hasta se hubiese disculpado. Pero no lo había hecho. Sólo le había dicho que no era feliz, pero perfectamente podía haberse estado refiriendo al hecho de que ella le había mentado.

Como al llegar a casa de Peg no vio a su tía ni a Oswald por ningún lado, escribió una breve nota para decirles que se iba al castillo a ver a Conor, y la dejó encima de la mesa de la cocina. El coche estaba aparcado en la gravilla. Seguramente su tía no lo necesitaba, pero pensó que no les haría ninguna gracia que se pusiese a dar voces por la finca para averiguarlo. Se subió al coche y giró la llave con mano temblorosa. Instantes después subía por el camino hacia el castillo de Ballymaldoon, la cabeza librando una batalla perdida por controlar el creciente optimismo de su corazón.

Condujo bajo los árboles de robustas ramas ahora engalanadas con hojas de color verde amarillento y pájaros allí anidados. Los campos estaban cubiertos de maleza, y a lo lejos las imponentes colinas se recortaban sobre el crepúsculo. Ellen trató de autoconvencerse de que tanto daba si Conor la amaba o no, porque ya era suficiente felicidad vivir en esta tierra hermosa y agreste. A decir verdad, no necesitaba nada más que a su familia y Connemara, absolutamente nada más.

Al divisar el castillo se le aceleró el pulso. Vio el coche de Conor y entonces lo vio a él, de pie con las manos en los bolsillos, vestido con camisa azul, chaqueta y tejanos. Ahora tenía el pelo más largo y una barba de días le ensombrecía el rostro. También estaba más delgado y ligeramente encorvado. Le sacudió una oleada de compasión y su nerviosismo desapareció.

Paró junto a su coche y bajó. Él se acercó, los labios curvándose en una sonrisa vacilante. La examinó de arriba abajo, pero sin su arrogancia habitual.

—Estás estupenda, Ellen —le dijo.

—Gracias —repuso ella—. Tú también.

Lo cual no era del todo cierto. Sus penetrantes ojos azules seguían siendo tan espectaculares como

siempre, aunque habían perdido su brillo.

—Veo que te has instalado aquí definitivamente.

—Sí, aquí soy más feliz que en Londres.

Ella apartó la mirada. La mención de Londres le trajo a la memoria su compromiso roto y su mentira.

—Con tía Peg me siento como en casa.

—¿Qué haces todo el día? —le preguntó.

—Trabajo en la tienda de Alanna. Me río mucho con ella. Y he empezado a tocar con Dylan.

—¿Qué ha sido de la novela?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que se me da mejor componer canciones.

—Seguro que Dylan y tú hacéis un buen dúo.

Conor se apoyaba ora sobre un pie, ora sobre el otro, y Ellen pensó lo raro que se le hacía que en su momento hubieran estado tan unidos y tan a gusto como dos perros compartiendo sofá. Ahora un viento frío aullaba en el abismo que los separaba; tenía el ancho de un cañón.

—¿Qué tal los niños?

—De fábula. Creciendo muy deprisa, ya sabes cómo son estas cosas. Ida pregunta por ti.

Ellen sonrió.

—Cuando quiera le pinto las uñas.

—Gracias. Estará encantada.

Se produjo otro silencio espeso mientras ambos navegaban penosamente por el nuevo formalismo de su relación.

—Bueno, te he dicho que quería enseñarte una cosa. Y así es. Está dentro.

—Estupendo —repuso ella, siguiéndolo hasta la puerta.

Vio que la abría y entraba. Recordó la vez que habían entrado los dos corriendo y habían subido las escaleras que conducían a su refugio secreto de la torre. Ahora era distinto. Eran extraños. Su breve romance se borró como si hubiese sido embarazoso y errado. Tomar conciencia de que lo suyo había acabado definitivamente fue como una bofetada y tragó saliva.

—Necesito que me ayudes a descolgar este cuadro —dijo Conor.

—¿Lo vas a descolgar?

—Quiero que veas una cosa que hay detrás.

—Oh.

—Y para eso *tengo* que descolgarlo —dijo con énfasis.

—De acuerdo.

La miró unos segundos más de lo normal y en ese breve instante ella hubiera jurado que había visto un atisbo de añoranza. Conor miró otra vez hacia el cuadro y ella se quedó con la duda de si de verdad lo había visto, o si simplemente había visto el reflejo de su propia añoranza.

—Vale, tú sujeta por la izquierda y yo por la derecha, y cuando te diga arriba, empujas, ¿vale? ¿Entendido?



Ellen puso las manos en el marco y esperó órdenes.

—Entendido —repuso.

—Con cuidado, ¿eh? No quiero que te hagas daño.

—Estoy bien. No pesa tanto como parece.

—Vale, arriba. Genial, un poco más. Listo. Ahora bájalo con cuidado. Lo apoyaremos en esta pared de aquí.

Descolgaron el cuadro y Ellen lo estudió con interés. De cerca, no parecía tan espeluznante. Se preguntó si había soñado que el retrato era de carne y hueso o si Caitlin realmente *había* poseído el cuadro. Ahora, apoyado en la pared, era un cuadro más. Ellen miró hacia la pared. Allí, encastrada en el ladrillo y el yeso, había una caja fuerte. Conor se había subido a una silla y estaba abriéndola.

—¿Por qué dejaste el cuadro colgado? —preguntó, olvidando su incomodidad.

Él abrió la puerta metálica y sacó una pila de libros. Bajó de un salto.

—No sabía dónde guardar esto —le dijo, mostrándole uno de los gruesos cuadernos de tapa dura.

—¿Qué es?

—Hay uno por cada año de matrimonio.

—¿Son diarios?

—Los diarios de *Caitlin*.

—¡Caray, sí que escribía!

—Escribió todos los santos días de su vida.

—¿Los has leído todos?

Él negó con la cabeza; horrorizado.

—¡Jesús, no! Algún que otro fragmento, porque se repite mucho.

—¿Y los escondiste aquí con su retrato? ¿Por qué no los guardaste en otro sitio?

—No lo sé. No me vi capaz. Me sentía muy culpable. Yo la había conducido a la muerte. No podía deshacerme de sus cosas como si ella no hubiese significado nada para mí. Me pareció que merecía algo mejor. Era la madre de mis hijos y en su día la quise.

Se le crispó el rostro de angustia.

—Y entonces recibí tu carta. Ven.

Fue a la escalera a sentarse. Ellen lo siguió y se sentó a su lado, tan fascinada con el último episodio de la vida de Caitlin que no se dio cuenta de que, poco a poco, el viento iba barriendo los celos que ambos sentían. Conor abrió el cuaderno por la última página.

—Lee esto. Siete de octubre de 2007.

Ellen examinó la entrada con interés. Se le aceleró el corazón de entusiasmo según iba leyendo. Estaba escrito exactamente con el mismo estilo que la versión de la muerte de Caitlin en el faro. Sus frases eran largas y poéticas, su imaginería onírica. Acababa la entrada con las palabras: *Mañana será un día decisivo. Mañana pondré a prueba el amor de Conor. Mañana sabré si le importo. Dios quiera que sí.*

Cuando acabó de leer, él sacó del bolsillo interior de la chaqueta la versión que Ellen había escrito a ordenador. La puso sobre la contracubierta del diario para comparar los textos.

—¿Ves que continúa?

—Sí. Es extraordinario.

—Aún está aquí, Ellen —dijo él en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque quiere que sepa que está bien. Creo que quiere que sepa que me perdona. Sé que te sonará raro, pero estoy convencido de que la he sentido muchas veces en los últimos cinco años, sobre todo en el cuarto de los niños. No sé, lo mismo son imaginaciones mías, pero te prometo que algunas veces me he despertado de madrugada convencido de que estaba a mi lado, susurrándome al oído.

—Oswald cree que está intentando darte un mensaje.

Conor la miró sin pestañear, los ojos bien abiertos y honestos.

—Ellen, quiere que siga con mi vida. ¿Por qué sino iba a darte la historia de su muerte para que me la pasaras? Yo ya la conozco. Estuve allí. Creo que lo ha hecho...

Él vaciló, momentáneamente cauto, como desconfiando de su análisis. Luego bajó los ojos hacia la página.

—*Cuando se dé cuenta de que me quiere será demasiado tarde, y lo lamentará el resto de su vida.*  
—Volvió a mirarla—. No quiero darme cuenta de que te quiero cuando sea demasiado tarde, Ellen, y lamentarlo el resto de mi vida. Si algo he aprendido de Caitlin, es eso. Creo que canalizó su historia a través de ti porque quiere que estemos juntos.

Se miraron fijamente de un lado al otro del abismo.

—Te he echado de menos, Conor —susurró ella, las lágrimas brillando en sus ojos castaños. Eso bastó para darle alas a él. Rodeándole la cara con las manos, presionó los labios contra los suyos, salvando la distancia que les separaba con un beso efusivo pero tierno.

—Me he traído unas películas geniales de Dublín —dice Conor, echándose atrás y perdiéndose felizmente en su adorable mirada—. ¿Te apetece que las veamos en casa?

Ella sonríe.

—Sí, me apetece un montón —contesta, cogiéndole la mano y presionándola contra su mejilla húmeda.

—¿Quieres llamar a tu tía para avisarla?

—No, me parece que está demasiado ocupada para preocuparse de mí —dice con una sonrisa cómplice—. Ya no soy una niña. Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Significa eso que por la mañana me despertaré a tu lado? —Su sonrisa es amplia y pícaro, como solía ser en el punto álgido de su romance.

—Creo que sí —contesta ella.

—En ese caso no hay un minuto que perder. —Conor se levanta y le ayuda a ponerse de pie.

—¿Qué quieres hacer con el cuadro?

—Lo colgaré en algún sitio para que los niños recuerden siempre a su madre. Pero aquí colgaré otro. Creo que estarías maravillosa en un lienzo.

Ellen se toma a broma la idea por absurda.

—No, creo que deberías encargarle a alguien que pintase a los niños. Así honrarás a Caitlin. Yo no la reemplazaré, ni lo pretendo.

—Si insistes..., de acuerdo. Pero si vuelvo a mudarme aquí, vendrás conmigo, ¿vale? —Ella inspira, intentando asimilar el súbito giro de los acontecimientos—. Podrías plantar un huerto y ver crecer las plantas, y podrías tocar con Dylan. Podrías elegir tu propio estudio donde escribir las letras de tus canciones.

—¿Me estás proponiendo que vivamos juntos?

—Te estoy proponiendo que pasemos el resto de nuestra vida juntos. —Conor le besa la sien y deja la cara contra su pelo—. Tengo clara una cosa, el futuro sin ti no es nada, Ellen. No quiero estar nunca más sin ti. ¿Me perdonas?

—Si tú me perdonas a mí.

Él la mira con cariño, empapándose de su belleza y su dulzura como un hombre sediento de amor.

—No hay nada que perdonar.

Y yo estoy feliz. Me inunda una efervescencia que jamás había sentido. Es ligera y borbotea como si estuviese hecha de pura alegría. Me eleva en el aire y esta novedosa sensación me marea. Conor es feliz y yo he disfrutado con su felicidad, sin importarme cómo me afectaría. Qué maravilla ser desprendida, qué dicha deleitarse en el gozo ajeno. Gracias a eso he pasado de ser una criatura oscura y triste a ser un alma luminosa y alegre. ¡Ojalá hubiera sabido en vida lo que sé ahora! Pero entiendo en este preciso momento que nuestro paso por la Tierra es un aprendizaje y que siempre estamos evolucionando, siempre avanzando hacia un amor más grande. Mi vida me ha enseñado mucho y dondequiera que vaya ahora me

Llevaré ese conocimiento conmigo en forma de vibración más clara y amorosa. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Y según me elevo sobre el faro veo que ya no es tal. Las olas han venido y se lo han llevado. Las ruinas yacen como huesos en el fondo del mar y por fin soy libre para seguir adelante. La luz que me envuelve se toma más intensa y asisto a un espectáculo maravilloso. Miro con asombro a los sutiles seres angelicales que han estado siempre conmigo, que me guían como han hecho desde el principio, con perseverancia y paciencia y amor; después de todo, no estaba sola, pero yo no lo sabía.

Reconozco a Ciara, saliendo de la luz. Viene y me da la mano.

—Siempre estarás con ellos —dice con la sabiduría de un alma muy vieja—. Pero ahora ha llegado el momento de que vengas a casa.

—Estoy lista —contesto, y sé a ciencia cierta que lo estoy—. ¿Cómo es? —pregunto.

Ella se ríe y me conduce hacia una luz mayor.

—Igual que cuando te fuiste.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Daphne, admirando desde cierta distancia el retrato que Darragh Kelly había hecho de los niños, y que Joe y Johnny acababan de colgar encima de la chimenea del vestíbulo.

—Es fabuloso —dijo Conor rodeando a Ellen con el brazo—. Un retrato genial, ¿verdad?

—Ha captado la belleza etérea de Ida —contestó ella.

—¿Y *Magnum* qué opina? —preguntó Ida.

—Si mueve la cola es que le gusta —dijo Finbar. *Magnum* estaba acostado frente al fuego, cansado tras un largo paseo por las colinas.

—Es un cuadro precioso —dijo Johnny, apoyando las manos en las caderas—. Este señor Kelly es un pintor magnífico.

Daphne sonrió con aprobación.

—Sí, tiene mucho talento. Me encantaría pintar así, pero no se me dan bien los retratos. Aunque soy bastante buena con los bocetos de perros.

—Yo conozco a algunas tías que parecen perros; puedes pintar a alguna si quieres —bromeó Joe.

—¿Por qué no te buscas una mujer decente? —repuso Conor—. ¡Una que a poder ser no parezca un perro!

Joe meneó la cabeza y sonrió con picardía.

—Con tanta chica suelta, ¿para qué conformarme con una?

—A la larga lo harás, Joe —dijo su padre sabiamente—. Como todo el mundo.

—¿Habéis colgado el cuadro de Caitlin en el cuarto de jugar? —inquirió Ellen.

—Aún no —contestó Johnny—. Vamos, Joe. Acabemos con esto que me toca merendar. ¿Os venís a tomar una pinta? —les preguntó a Conor y Ellen.

—Esta noche no. Vamos a ver una película —contestó él, y le sonrió a Ellen. Ella lo miró intrigada.

—Muy bien, estupendo —dijo Johnny.

—¿Puedes darle un recado a Dylan de mi parte? —preguntó Ellen—. Dile que, para variar, he escrito una canción feliz.

—¿Nos la cantarás en el *pub*? —quiso saber Joe—. Estoy un poco harto de las baladas irlandesas antiguas.

—Ya veremos —dijo ella—. Con la condición de que no te rías de nosotros.

—¿Y por qué iba a hacer semejante estupidez?

—Porque eres un cazurro, Joe —terció su padre en broma—. Venga, acabemos y vámonos al *pub*. —Se fueron los dos tan tranquilos por el pasillo.

—¿Qué película veremos? —preguntó Ellen cuando Daphne y los niños se fueron arriba.

—*La edad de la inocencia*. Te prometí verla juntos, pero no llegamos a hacerlo.

—Han pasado tantas cosas que se me olvidó por completo.

—Pues esta noche será nuestra noche.

Ella sonrió y añadió con voz de deseo:

—Todas las noches son nuestras noches, Conor.

Él se rió.

—Sabes cómo hacer sentir bien a un hombre.

—Es que me siento bien *aquí* —dijo ella en serio—. Tengo la sensación de que éste es nuestro hogar ahora. Bueno, de que es *mi* hogar, porque tuyo siempre lo ha sido.

—No, con Caitlin nunca sentí que fuera mi casa. Ahora lo es. —La abrazó—. Me has hecho muy feliz. Fui un estúpido...

Ella acercó un dedo a sus labios para hacerle callar.

—No, no digas eso. No revivamos el pasado. Lo que importa es el presente y los próximos años.

Él le besó en la sien, luego en el pómulo, y arrastró la nariz por su mejilla hasta que sus labios se encontraron.

—Te quiero más que ayer —susurró.

—Y yo te quiero menos que mañana —repuso ella, cerrando los ojos y estrechándolo entre sus brazos.

Poco después Ellen estaba sentada en la cama de Finbar leyéndoles un cuento a los niños. Se titulaba *La sopa de piedras* y trataba de tres monjes chinos que, mediante la sencilla tarea de preparar una sopa con una piedra, enseñaban a sus hostiles vecinos de una aldea de montaña a compartir. Lo había traído expresamente para los niños y cada vez que lo leía pensaba en los Trawton y los Byrne y en si llegaría el día en que todos se juntaran para un buen banquete.

—Ellen, ¿tú crees que mamá nos está viendo desde el cielo? —preguntó Ida mientras la arropaba.

La joven miró a los ojos inquisidores de la niña y le sonrió con dulzura.

—Cariño, estoy *segura* de que os ve.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero lo sé. —Le puso una mano sobre el corazón—. A veces sentimos cosas *aquí* que no podemos explicar. *Sabemos* cosas, pero no sabemos por qué las sabemos. Estoy convencida de que está siempre contigo, Ida. Contigo, con Finbar y también con papá. Creo que al morir nos llevamos nuestro amor.

Ida sonrió de satisfacción.

—Buenas noches, Ellen.

Ella le besó en la frente.

—Buenas noches, Ida.

Justo cuando se iba Finbar la llamó, y ella se volvió.

—¿Qué crees que le parecería que vivas con nosotros? —preguntó. Era una pregunta directa que Ellen llevaba un tiempo esperando.

—Creo que está feliz de que yo cuide de vosotros y, esté donde esté, ella también cuida de vosotros, sólo que no podéis verla.

—¿Crees que le caes bien?

—Eso espero. ¿Qué crees *tú* que piensa de mí? —Él no contestó, sino que se estuvo en la cama dándole vueltas.

—Yo creo que le caes bien —dijo Ida sin dudar.

Finbar siguió callado debajo de las sábanas. Estaba analizando en profundidad su pregunta, tratando de evocar a su madre. Entonces se giró abrazado a su conejito de peluche.

—Creo que no le caes mal —añadió, y cerró los ojos.

Ellen se echó a reír.

—Pues me conformo con eso. Buenas noches, Finbar. Hasta mañana, Ida.

Al día siguiente por la tarde, mientras Conor estaba en una teleconferencia con Los Ángeles, Ellen sacó a *Magnum* de paseo. Hacía un frío glacial. El viento traía chispas de hielo y la nieve gruesa y dura cubría el suelo. Le encantaba la poesía de la nieve y el modo en que centelleaba a la luz del sol, aunque hoy el sol estaba muy cómodo tras el edredón de nubes. Recorrió con la mirada el paisaje inhóspito y el mar gris y en su desolación descubrió una belleza inquietante.

Subió por las colinas, entrando en calor bajo el abrigo de piel de borrego, viendo su aliento empañar el aire helado. *Magnum* trotaba delante, siguiendo el rastro de un aroma en la nieve. No tardó en llegar a la pequeña ermita en la que estaba enterrada Caitlin. La iglesia parecía perdida y solitaria en la colina, como si estuviese contemplando el mar, escudriñando en vano el horizonte en busca de alguien que no venía nunca a casa.

Al abrir la cancela de madera vio a su izquierda una silueta gris encorvada sobre la tumba de Caitlin. Se fijó mejor y vio que estaba cambiando la rosa marchita por otra fresca.

—¿Ronan? —le llamó. El hombre se volvió. Para su sorpresa no era Ronan el que estaba debajo del sombrero marrón, sino Johnny—. ¿Qué haces *tú* aquí?

Él se levantó con dificultad.

—Yo la quería, Ellen. —Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Tú también?

Él frunció las cejas.

—Es que Ronan no la quería. Ella le hizo papilla. A duras penas puede oír su nombre sin hacer una mueca de disgusto.

—¿Sabes lo de Ronan y Caitlin?

—Naturalmente que lo sé. Fui testigo de todo y desde el principio supe que acabaría mal, aunque en ningún momento me imaginé que acabaría como acabó.

—¿Sabías que Ronan estaba en la isla aquella noche? —Él asintió—. ¿Cómo lo supiste?

—Dylan lo vio volviendo a remo a la playa, pero yo me lo encontré sollozando en la carretera cuando volvía de casa de Peg. Me lo contó todo. Pobre chaval, estaba hecho polvo.

—¿Y aún la quieres?

Él la miró fijamente.

—La quiero a pesar de sus defectos, Ellen. No estaba bien de la cabeza. Era frágil y estaba perdida.

—Dirigió los ojos al mar—. Pero ahora se ha ido y el faro se ha ido. No hay ni rastro de ellos.

—¿Alguien sabe lo de Ronan, aparte de Dylan y tú?

—No, ni pretendo decírselo a nadie. —La miró con recelo—. Y que quede entre nosotros, ¿vale?

—Dalo por hecho.

—Era mi amor platónico, Ellen. —Bajó los ojos hacia la tumba—. Sé que no está ahí dentro. Está en el cielo con el Señor, pero me gusta recordarla. —Sonrió con pesar—. Soy un carcamal romántico y ridículo, ¿qué se le va a hacer!

—No eres ridículo, Johnny. Creo que es muy bonito que vengas aquí a recordarla. Creo que este rincón tiene mucho encanto. Me refiero a que Dylan solía venir a componer canciones de amor y yo vine cuando Conor y yo lo dejamos; me hacía sentir mejor. Sabrás que la ermita la mandó construir un marinero para su difunta esposa. Fue construida desde el amor y desde entonces es como si lo hubiese ido fomentando de un modo u otro.

—Tienes una imaginación de escritora. —Johnny se rió entre dientes, rascándose la barba.

—Pero es cierto. Cuanto más sé de la vida, más me doy cuenta de que el amor es lo único que importa.

Johnny le pasó el brazo por debajo del suyo y se fueron colina abajo, seguidos de *Magnum*.

—Conor y tú hacéis muy buena pareja —dijo—. Como se dice: habéis encontrado la horma de vuestro zapato.

—Soy muy feliz —repuso Ellen.

—Es un buen hombre, aunque, si tienes cualquier problema, ya sabes a quién llamar.

—Descuida que lo haré.

—No eres una isla, Ellen. Eres una Byrne.

Ella se echó a reír.

—Y una Murphy.

Johnny asintió.

—No puede haber mejor combinación. ¿Te apetece tomar algo para entrar en calor?

—¡Claro! Veo desde aquí las tentadoras luces del Pot of Gold, y me están llamando. —Ella se rió y se apoyó en él con cariño.

—¿Ves como eres una Byrne-Murphy de pies a cabeza? —Él se puso momentáneamente serio y luego le sonrió de oreja a oreja—. Nadie valora eso tanto como Dylan.

—¡Ah, Dylan! —dijo ella con cariño—. ¿Crees que se casará algún día con Martha?

—No sentará jamás la cabeza. Ya no. Lleva demasiados años solo.

—¿Y Martha no tiene ganas de casarse?

—Yo creo que ya le da igual el matrimonio. Conoce a su pareja. Sabe que es indomable y apuesto a que ya le va bien así. —Inspiró el aire frío—. Yo no querría vivir con Dylan si fuese una mujer. Es vivir separados lo que los mantiene unidos.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y si vamos a buscarlo?



—No creo que tengamos que ir muy lejos para eso, ¿verdad? —Ambos se rieron.

—A esta hora del día no —dijo Johnny.

*Magnum* se apretujó en el suelo del asiento del pasajero de la furgoneta de Johnny y los tres recorrieron a dos por hora los caminos helados hasta el pueblo. El sol se ponía tras las colinas, bañando el paisaje nevado de un tono rosa suave. Se perdió en el cielo una bandada de pajarillos, recortados como balas sobre la luz menguante, y a la izquierda el mar impetuoso se extendía hasta el horizonte. Bajo las olas, el faro dormía el sueño eterno: silencioso, tranquilo y en paz.

Aparcaron el coche y pasearon hasta el Pot of Gold. *Magnum* los seguía obedientemente.

—Voy a llamar a Conor para decirle que venga —dijo Ellen al tiempo que Johnny abría la puerta. Una luz amarilla se derramó sobre la acera y el aire húmedo acogió las voces alborotadas. A Dylan se le iluminó la cara al ver a Ellen. La saludó con la mano y ella fue hasta él sorteando al gentío. Había miembros de la familia Byrne en todas las mesas y, en la esquina del fondo, estaban Oswald y Peg sentados con Ronan y una atractiva joven que Ellen no había visto en su vida.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Dylan—. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —contestó ella con una sonrisa de satisfacción. La palabra «siempre» sonaba cálida; como cálido sonaba «mi pueblo» y «mi hogar».

# Epílogo

La mañana de la boda, más bonita imposible. La primavera echaba su cálido aliento sobre las flores amarillas y moradas que se abrían para atraer a las mariposas y abejas que revoloteaban entre el brezo. El sol brillaba con intensidad en un cielo despejado y las gaviotas glotonas volaban en círculos sobre las largas mesas vestidas para el fastuoso banquete en los jardines del castillo. Habían montado una carpa blanca y amarilla en el césped de la parte delantera, que Johnny y Joe habían segado, dejándolo impecable como un campo de críquet, y el sendero era un paseo de tulipanes rojos, narcisos amarillos y fragantes dafnes. Al final, donde los robles daban paso al castillo, los muros de piedra antaño imponentes resplandecían y te daban la bienvenida bajo la alegre luz matutina. Habían abierto las ventanas de par en par y las palomas se arrullaban en las torrecillas mientras asistían al trajín de abajo. Hacía tiempo que la sombra de tristeza había desaparecido, disipada por el resplandor del amor que ahora iluminaba todos los rincones.

Con los rulos puestos y en bata, Ellen corría hecha un manojo de nervios de la cocina al vestíbulo, y a los jardines, comprobando que todo estuviera como tenía que estar en un día tan importante como éste. En la cocina, los del *catering* no daban abasto a cocinar para los doscientos invitados, y la florista, que había venido expresamente en avión desde Dublín, había acabado de adornar la carpa y ahora estaba engalanando al burro con unas rosas amarillas. Ronan había hecho un carrito de roble para que los niños se montaran, pero ni siquiera Peg podía asegurar que el burro tirase de él. Todo dependería de su humor de hoy. Estaba atontado, masticando la zanahoria que le había dado la florista, sacudiendo la cola de rato en rato para ahuyentar alguna que otra mosca. Ellen suspiró de placer al ver tanto esplendor y se emocionó de felicidad. Y pensar que hacía sólo un año creyó que había perdido para siempre a Conor y Connemara. Inspiró profundamente y en su fuero interno dio gracias a Dios por haberla traído hasta aquí y colmarla de satisfacciones. ¿Era una osadía creer que esta vez Él había dado con *ambas* manos? Miró la hora en su reloj. Pronto empezarían a llegar los invitados y tenía que estar presentable. Volvió a subir corriendo las escaleras, de dos en dos.

En su cuarto reinaba el silencio y olía al ramo de rosas blancas y fresias que Conor le había regalado en el desayuno. Se llevó una rosa a la nariz e inspiró el olor dulce. Oyó a Finbar y a Ida andando por el pasillo con Daphne. Sus carcajadas llenaban de alegría el castillo. Se quedó escuchando, la mirada perdida en algún punto, la mano descansando suavemente sobre el vientre.

Interrumpieron su ensimismamiento los primeros coches que subían despacio por el túnel de añosos robles y estacionaban en el prado frente al castillo. Ellen sacó la cabeza por la cortina de la ventana y vio que los invitados de la boda cruzaban el jardín hasta la carpa. Al girarse vio a Ida en la puerta, mirándola atónita.

—¿Y tu vestido? —preguntó la pequeña.

—¿Quieres ayudarme a ponérmelo? —le propuso Ellen, y a la niña se le iluminó la cara—. Estás guapísima, Ida. ¡Papá estará tan orgulloso cuando te vea!

Ida, henchida de placer, bajó los ojos hacia los brillantes zapatos rosas que Ellen le había comprado en Dublín.

—Bueno, más vale que acelere, ¿no? No quiero que Finbar y tú tengáis que esperarme. ¿Me ayudas a quitarme los rulos?

Conor recibió a los invitados con entusiasmo, y Joe y tres de sus primos hicieron de acomodadores,

indicando a la gente dónde sentarse. La carpa no tardó en estar abarrotada de gente endomingada con sus mejores trajes y vestidos. En el extremo de cada fila de sillas habían dispuesto unos ramilletes de rosas amarillas y a izquierda y derecha del altar, como sofisticadas cascadas, había unos jarrones rebosantes de otros arreglos más grandes, que impregnaban el aire del dulce aroma de la primavera. Los Byrne ocupaban las primeras ocho filas de la derecha del pasillo. Los hijos mayores de Peg, Declan y Dermot, habían venido con sus mujeres e hijos, y el sonido de su parloteo se elevaba por encima del suave murmullo de expectación. Los ingleses estaban sentados todos juntos al otro lado, llamando la atención con sus chaqués de maravilloso corte.

Anthony y Madeline Trawton estaban sentados con Leonora, Lavinia y sus aristocráticos maridos. Leonora y Lavinia parecían tan fuera de lugar como se sentían con sus vestidos de marca y tocados de Philip Treacy. Estaban acostumbradas a la formalidad de las iglesias y esta improvisación rústica les parecía tan pintoresca como desconcertante. Al mirar alrededor, para colmo de angustias, no vieron ni una sola cara conocida. En Londres conocían a todo quisqui —y si no conocían a alguien, era porque no valía la pena—. Sus maridos susurraban con disimulo tras los dípticos de la misa, observando con altanería a los vecinos de aspecto provinciano que los miraban recelosos y con cierta envidia, ya que emanaban un aire de opulencia con el que *ellos* ni soñaban.

Por fin el novio ocupó su sitio al principio del pasillo con su chaqué perfectamente planchado y lustrosos zapatos negros. Se puso a hablar nervioso con el cura, venido de una parroquia vecina para casarlos, comprobando cada cierto tiempo qué hora marcaba su reloj de bolsillo y volviéndose expectante en busca de la novia.

Instantes después Ellen recorría el pasillo con Finbar, Ida y Conor. Llevaba un vestido azul claro de florecitas amarillas bordadas y las uñas de Ida emitían destellos rosas a juego con su vestido de satén rosa. Finbar iba de la mano de su padre y Conor le sonreía orgulloso, porque estaba guapísimo en pantalones largos y americana. Sonrieron animosamente a Oswald y ocuparon sus sitios en la primera fila. A Oswald se le aceleró el corazón. Intuía que su novia iba a aparecer de un momento a otro y clavó los ojos en la entrada de la carpa.

De pronto ésta se abrió y Peg apareció con Ronan. Los fieles se pusieron de pie y se giraron para echar un primer vistazo a la novia. Se la veía un poco cohibida con el sencillo vestido de color marfil que Ellen le había ayudado a elegir en Dublín. Lo adornaban unas cuentas de nácar y ahora cada una de ellas brillaba bajo la luz suave de la carpa. Inspiró hondo, abrumada al ver tanta gente y unas flores tan hermosas, y se agarró del brazo de su hijo, al que miró para serenarse. Él agachó la cabeza y le susurró algo al oído, que le hizo sonrojar de placer. Entonces Peg levantó la mirada y vio a Oswald esperándola al final del paseo de rosas amarillas, su admiración claramente reflejada en su sonrisa amplia y amorosa. Ella le sonrió con timidez antes de dar el primer paso hacia él y su futuro en común.

Mientras Peg y Ronan recorrían parsimoniosamente el pasillo, Dylan tocaba al piano una pieza clásica que Oswald había pedido especialmente para Peg. Se hizo el silencio en la carpa y todos escucharon admirados la brillante interpretación de Dylan y vieron cómo la novia avanzaba hacia el novio. Ronan le dio un beso a su madre antes de entregársela a Oswald.

—Hola, niña —susurró cariñoso, y ella le sonrió de oreja a oreja, orgullosa de ser su *niña* pese a lo vieja que era.

La ceremonia no fue convencional. Peg no había querido un oficio religioso, pero sí que Dios estuviera muy presente. Cantaron cánticos, rezaron oraciones, tanto Dermot como Desmond leyeron unas lecturas breves y el cura pronunció un sermón inspirador. Para acabar, al final del oficio, Ronan se

plantó ante los fieles y desdobló un papel con manos temblorosas. Se volvió a su madre y casi arrancó, pero al verla allí con Oswald, tan feliz, se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y reprimió la emoción.

—Me gustaría leer una bendición, que ya conocéis todos, pero la verdad es que hasta ahora nunca había significado mucho para mí.

Hizo una pausa y respiró hondo para templar los nervios. Entonces miró fijamente a su madre buscando aliento en su mirada.

—Sé que Ciara está con nosotros. Sé que tú también lo sabes, mamá. Está con nosotros cada día, pero hoy más que nunca. Es el amor lo que nos une y por eso sé que siempre estará con nosotros.

Peg se enjugó una lágrima de la mejilla y apretó la mano de Oswald mientras Ronan leía la famosa bendición irlandesa:

*Que el camino salga a tu encuentro,  
que el viento sople siempre a tu favor.  
Que el sol brille cálido sobre tu rostro,  
las lluvias caigan suavemente en tus campos.  
Y basta que volvamos a vernos,  
que Dios te sostenga en la palma de su mano.*

*Que Dios te acompañe y te bendiga;  
que veas a los hijos de tus hijos.  
Que seas pobre en infortunios,  
rico en bendiciones,  
que de hoy en adelante  
sólo conozcas la felicidad.*

*Que el camino salga a tu encuentro,  
que el viento sople siempre a tu favor,  
que los cálidos rayos del sol iluminen tu casa,  
y que siempre tengas cerca una mano amiga.*

*Que esté verde la hierba que pisas,  
que esté azul el cielo sobre ti,  
que sean puras las alegrías que te rodeen  
y sinceros los corazones que te aman.*

Ronan dijo el último verso con un hilo de voz, pero logró acabarlo. Cuando volvió a su sitio, Dylan estaba tocando una conmovedora melodía en el piano.

Oswald tomó la mano de su mujer y se la llevó a los labios.

—¿Te he dicho lo guapa que eres? —preguntó.

Los ojos de Peg chispearon de felicidad.

—¡Qué sinvergüenza! —Y se rió—. Soy demasiado vieja para esa clase de piropos.

Pero Oswald vio que a Peg se le iluminaba la cara y sonreía llorosa. Se volvieron de cara a los fieles que, de forma totalmente inesperada y con gran vigor, prorrumpieron en sonoros aplausos. Con paso

enérgico y a carcajada limpia, recorrieron el pasillo, sonriendo de oreja a oreja a los amigos y familiares que se iban cruzando.

Los fieles se dispersaron por el césped. Los niños corrieron a acariciar al burro y montarse en su carrito, bajo la supervisión de sus madres. Para su alegría, el burro se puso a dar vueltas diligentemente por el césped, tras las zanahorias que Ronan le había puesto en la hierba para atraerlo. Los adultos se abalanzaron sobre la comida y el vino. Ellen miró con interés a los ingleses y los irlandeses. Al principio estuvieron divididos en dos grupos: los de chaqué y los de traje, sin que ninguno osara infiltrarse en el otro. Pero luego, al beber champán y comer del suntuoso banquete preparado en el césped, poco a poco empezaron a mezclarse. Le vino a la memoria el cuento de *La sopa de piedras* que les leía a los niños cuando se iban a la cama. Compartir es vivir. En este caso lo que los unió fue el convite y su afecto mutuo por Peg y Oswald.

Captaron su atención Conor y Ronan, enfrascados en una conversación un poco apartados del resto del grupo, a la sombra de un cedro. Tomó un trago de licor de flor de saúco y los miró con inquietud. Seguro que en un día tan especial como éste ambos serían capaces de perdonar.

—¿A qué viene esa cara de preocupación, Ellen Olenska? —Era Dylan.

—Mira allí. A Ronan y Conor.

—Pues ya sabes de qué están hablando.

—¿Te parece que pueden reconciliarse? —preguntó ella impaciente.

—Ahora mismo no. Parecen un par de perros marcando terreno.

—Pero hoy más que nunca tendrán que negociar una tregua, ¿no? ¡Es imposible que Ronan siga creyendo que Conor mató a su mujer!

—Es que no lo cree; ni ahora ni entonces. Lo que pasa es que estaba tan celoso que necesitaba una razón para odiarlo. En el fondo sabe la verdad.

—¿Que Caitlin nunca lo quiso?

—Sí, una verdad como un templo difícil de tragar. Vamos, déjalos. Ya se apañarán.

—Eso espero.

—Oswald me ha pedido que cantemos —le dijo.

Ella lo miró espantada.

—¿Tú y yo?

—Yo y tú. —Dylan sonrió con picardía—. Ya es hora de que cantemos en directo, ¿no te parece? Y no lo hacemos nada mal.

Él le pasó el brazo por la cintura y la condujo hacia la carpa.

Justo se disponía a entrar cuando miró hacia atrás y vio que Conor abrazaba a Ronan, como abraza un padre a su hijo.

El interior de la carpa estaba caldeado por el calor corporal y olía maravillosamente a flores y perfume. Habían retirado las sillas, despejando el centro para bailar. Como si de unos reyes se tratara, Oswald y Peg acapararon toda la atención, rodeados de multitud de felices cortesanos. Al ver a Ellen y Dylan los llamaron.

—¿Por qué no tocáis una de vuestras canciones? —les preguntó Oswald—. Nos encantaría ver lo que habéis hecho estos últimos meses.

—¿Tenéis alguna canción feliz? —preguntó Peg esperanzada.

Dylan le dijo algo a Ellen al oído y luego se sentó al piano y colocó los dedos en las teclas.

—¿Lista? —preguntó.

Ella asintió, notando que se le aceleraba el corazón debajo del cuerpo del vestido. Rezó en silencio para no decepcionar a Dylan. La música empezó y Ellen inspiró hondo. Todas las miradas estaban puestas en ella, de pie junto al piano, al lado de Dylan, y agradeció que no pudieran ver que le temblaban las piernas o que las palmas de las manos empezaban a sudarle de nervios. Dylan le lanzó una sonrisa tranquilizadora y se pusieron a cantar con armonía, llenando el aire con su tono cálido y mágico. Peg parecía estupefacta y Oswald se inclinó para susurrarle algo, a lo que ella asintió enérgicamente. Ellen empezó a disfrutar. Sus ojos se deslizaron sobre las cabezas de la muchedumbre y se posaron en su madre. Vio enseguida que su padre y ella estaban cogidos de la mano. Vio, también, la expresión de orgullo y nostalgia que hacía brillar sus ojos.

Atraídos por el sonido de la música, entraron en la carpa Conor y Ronan y unos cuantos invitados más que se habían quedado en el césped. Instantes después empezaron las palmadas y entonces Oswald llevó a Peg al centro de la sala y le hizo dar vueltas bailando alegremente. Ella se rió y se sonrojó y levantó las piernas cuando las palmadas se intensificaron. Entonces Dylan tocó una canción que todos conocían y todo el mundo se puso a cantar. Conor cogió a Ellen de la mano y la condujo entre el montón de bailarines. Incluso Leonora y Lavinia daban vueltas de la mano de sus maridos, quienes se habían quitado las chaquetas y ahora bailaban con el faldón de la camisa colgando por fuera de los pantalones. La música los unió a todos y nadie disfrutó más con el baile que Oswald y Peg.

Conor abrazó a Ellen.

—Le has organizado a Peg una boda preciosa —le dijo, presionando su rasposa mejilla contra la de ella.

—No habría podido hacerlo sin ti —repuso.

Ella notó que la piel de Conor se calentaba al contacto con la suya.

—¿Cómo te gustaría que fuese la nuestra?

Ella levantó el mentón y lo miró a los ojos.

—¿Me está pidiendo que me case con usted, señor Macausland?

—Sí, en el fondo soy un hombre muy tradicional.

Una sonrisa engulló la cara de Ellen.

—Pues creo que sería lo *conveniente*.

El énfasis con el que dijo «conveniente» hizo que frunciera el ceño.

—¿A qué te refieres, Ellen?

—Pues a que teniendo en cuenta que...

Ella sonrió con petulancia y los ojos le brillaron de orgullo maternal.

Él dejó de moverse al ritmo de la música y se la quedó mirando.

—¿No querrás decir...?

—Sí.

—¡Jesús! ¿En serio? —La sonrisa de Conor se amplió de emoción—. Espero que no sea una broma,

Ellen Trawton.

—No bromeo, cariño. Vas a ser padre otra vez.

—¡Jesús, María y José! —Se rió y le dio un abrazo—. Entonces más vale que hagamos lo que hay que hacer antes de que tu abuela se revuelva de nuevo en la tumba.

—¡Seguro que ya está mareada de tanto meneo!

Ellen sonrió.

—¿Cuándo podemos anunciarlo?

—Aún no. Hoy no. Es el día de tía Peg.

—Entonces mañana.

—Mañana.

Él presionó los labios contra su sien.

—Y pensar que hasta el fin de nuestros días todos los mañanas serán nuestros...

—Y si algo hemos aprendido de Caitlin, Conor, es que después también lo serán.

# Agradecimientos

He disfrutado mucho escribiendo este libro. Nada más hacer volar mi fantasía hacia la costa oeste de Irlanda, esas colinas agrestes y escarpadas me cautivaron, esas granjas de piedra en ruinas en las que únicamente habitan el viento y las ovejas, y ese elenco de maravillosos personajes con los que me fui topando por el camino. Me enamoré de Ballymaldoon, y las horas que pasé imaginando fueron inmensamente placenteras. No tuve la sensación de estar trabajando. Sin embargo, sí que tuve que pedir ayuda durante el trayecto, ¡porque no quería que mis personajes hablaran como si fuesen de Chelsea! Por eso estoy en deuda con mi amiga irlandesa Jane Yarrow, quien se moría de risa con algunas cosas que yo hacía decir a mis personajes. ¡Ah...! Lo pasamos *da craic*, que se dice en irlandés. Es una gran imitadora y las voces de Dylan, Conor y Peg no tardaron en sonar con fuerza y claridad en mi cabeza. Cobraron vida y estoy convencida de que, la próxima vez que vaya a Connemara, los encontraré.

Tengo la suerte de que mi agente, Sheila Crowley, es irlandesa. Me ha dado muy buenos consejos y algunas de las ideas que me dejó caer han ejercido sobre el libro un impacto mucho más notable de lo que podría llegar a imaginarse. Le estoy enormemente agradecida por su pericia como agente, pero también por su inspiración y su amistad. Veo el futuro con optimismo y soy muy consciente de que, de no ser por ella, ahora no me encontraría en una posición tan afortunada. También me gustaría dar las gracias a Katie McGowan y Rebecca Ritchie de Curtis Brown.

Simon & Schuster me ha catapultado a la lista de *best sellers* y no puedo estar más agradecida por ello. Son un equipo formidable. Dinámico, entusiasta, rebosante de energía e ideas, pero lo más importante de todo es que entienden mis novelas y cuál es la mejor manera de enfocarlas. Las cubiertas son impresionantes. Son unas ventanas maravillosas por las que mi lector puede colarse en mi mundo imaginario. Todo escritor quiere que sus cubiertas condensen el libro con fidelidad, pero es increíble cuántas no lo hacen. Gracias, equipo de S&S, por *entenderme*.

Así pues, mis efusivas gracias a Suzanne Baboneau, mi editora jefe, Kerr MacRae, mi mentor, Clare Hey, que corrigió meticulosamente el libro, línea por línea, y al fantástico grupo de profesionales que trabajan con tesón y que brindaron su pericia para ayudar a publicar y vender mis libros. La labor de todos ellos es encomiable. Gracias, James Horobin, Dawn Burnett, Maxine Hitchcock y Hannah Corbett.

Al otro lado del Atlántico, el equipo norteamericano de Simon & Schuster es igual de impresionante, y ocupa un área enorme. Cuando voy a Nueva York, mi editora Trish Todd es la única persona capaz de sacarme de Saks. Espero siempre con gran ilusión nuestras comidas, aunque me encantaría que el Atlántico no fuese tan grande. Supone un tremendo apoyo para mí y me siento muy afortunada de estar en sus manos. También le doy las gracias a mi editor Jonathan Karp, a Kate Gales, Alicia Samuels, Andre DeWerd y Molly Lindley.

Como siempre, me gustaría dar las gracias a mi madre por sus correcciones. Es la primera en tener el manuscrito y lo mejora enormemente con su ojo crítico para las palabras mal escogidas y las incorrecciones gramaticales. Pero, aparte de eso, hace unos análisis maravillosos de las personas y sus relaciones, y creo que se me ha pegado una pizca de ese talento.

Esta novela tiene un fuerte componente espiritual, muy integrado en mí y en mi experiencia. Gracias a mi padre por estimular en su momento mi curiosidad y por mantener viva esa llama durante nuestros largos paseos por el campo y numerosas subidas en telesilla en Klosters. Los últimos quince años han supuesto un viaje espiritual fascinante para mí, gracias a mi querida y sabia amiga, Susan Dabbs; pero



papá fue mi primer gurú.

Gracias a mis hijos, Lily y Sasha, por regalarme su amor, y a mi marido, Sebag, por su aliento, ideas y consejos. Es mi paladín y una fuente inagotable de alegría. Gracias a él, creo que soy mi mejor yo.